

VOL. 1 N° 2 JULIO 1953

MASALLA





**MAS ALLA DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASIA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

**ILUSTRACION
DE LA TAPA**

por Durá

En los comienzos de la colonización de la Luna, todo es sencillo y rudo. La nave está casi lista para regresar a la Tierra. Dentro de algunos años, los viajes serán semanales, y en la Base Lunar habrá aeropuertos, talleres, hoteles, viviendas...

Redoc. y Administ.:
Editorial Abril S. R.
L., Av. Alem 884,
Bs. As., Rep. Arg.

NOVELA CORTA:

LOS VIEJOS MUEREN RICOS, por H. L. GOLD
Dominar el tiempo puede ser un buen negocio 47

CUENTOS:

LA BOLSA, por WILLIAM MORRISON
Saberlo todo no sirve de nada 4

RAZA DE GUERREROS, por ROBERT SHECKLEY
Para desarmar al enemigo lo mejor es suicidarse 18

RECUERDO BORRADO, por PETER PHILLIPS
Los Robots no saben lo que es vida 81

CATEGORIA FENIX, por BOYD ELLANBY
¿Para qué prolongar la vida en un mundo esclavo? 92

EL ULTIMO RECURSO, por TED STURGEON
A veces se necesita la "muerte" aunque esté fuera de la ley 118

ETAPA, por F. L. WALLACE
Víctima de la filantropía en el centro del tráfico interplanetario 142

NOVEDADES COSMICAS:

LA CONQUISTA DEL ESPACIO (II), por WILLY LEY y CHESLEY BONESTELL
Astrónomos, selenitas y quimeras lunares 28

CONTESTANDO A LOS LECTORES 44

EDITORIAL 2

más allá del automóvil

Cada número de MÁS ALLÁ contiene alrededor de 110.000 palabras. De un cálculo aproximado resulta que cada mes la redacción de la revista lee 2.500.000 palabras de cuentos y novelas de fantasía científica. Esto significa que MÁS ALLÁ publica el resultado de una selección muy amplia, y que cada cuento que se nos presenta tiene una posibilidad de ser aceptado y veinticinco de ser rechazado.

Nuestra revista es exponente de una actitud mental absolutamente libre de prejuicios. Consideramos que así son nuestros lectores, y que eso pretenden de nosotros. Hay dos condiciones esenciales que cada cuento debe reunir para que sea considerada su publicación:

- Debe interesar y divertir. Nosotros no estamos aquí para aburrir. Veán, por ejemplo, "El día de los trífidos", que publicamos en el número anterior: es una novela tan extraordinaria que —acontecimiento excepcional— ninguno de nuestros redactores (que, por lo general, son terribles criticones) ha podido objetar su candidatura al puesto de honor en el primer número de la revista. O bien, tomen "Los viejos mueren ricos", que se publica en este número. Desde las primeras palabras, ustedes se encontrarán inextricablemente atrapados en las redes de un maestro de la fantasía científica. Y podemos prometerles que "Hijo de Marte", la novela completa del próximo número, no decepcionará a nadie.
- Debe diferenciarse de la tradicional literatura romántica, burguesa, policial o aventurera, para entrar de lleno en el campo de la fantasía científica. En otras palabras, debe representar un esfuerzo —y un esfuerzo bien logrado— para romper el círculo reducido de



la realidad que nos circunda y para llevarnos a mundos y épocas lejanas. Pero esta fantasía debe estar basada sobre elementos científicamente posibles.

Un ejemplo: todos sabemos que, cada año, aumenta el número de automóviles en circulación. Cualquiera, después de alguna investigación estadística y con un mínimo de nociones matemáticas, podría llegar a demostrar que, digamos, por el año de 2126 habrá un automóvil para cada ser humano, o hasta más automóviles que hombres. Sobre la base de este hecho se podría escribir un magnífico cuento. Sin embargo, por más cualidades que el cuento pudiera tener, nuestra redacción no lo aceptaría. ¿Por qué? Porque, para nosotros, una estadística como la indicada no tiene atendibilidad. El cálculo se basa sobre una presunción de técnica estacionaria: es decir, que el autor del cuento ha mirado a su alrededor, ha visto muchos automóviles y los ha considerado elementos definitivos de nuestra civilización. Pero no. Matizando la realidad con la fantasía científica, se llega de inmediato a la conclusión de que en 2126 ya no existirán automóviles. Ellos habrán sido reemplazados por gigantescas veredas rodantes a distintas velocidades por todas las calles, por supuesto, protegidas de la intemperie, y el tránsito de las ciudades será infinitamente más sencillo, menos peligroso, más económico y rápido.

O bien, en 2126 ya no habrá automóviles porque estarán agotadas las reservas petrolíferas del planeta; y todos nos veremos reducidos a viajar en tricicleta... De una u otra manera, el automóvil de hoy, que tomamos muy en serio y nos parece un triunfo de la practicidad y de la estética mecánica, estará completamente fuera de moda.

La fantasía científica no desea ser confundida con la profecía. Su único deseo, más bien su forma de ser, es dejar correr la imaginación por el plano inclinado del progreso técnico, en el cual la aceleración va aumentando al infinito.

El profeta de otros tiempos se acariciaba la larga barba, invocaba los espíritus, estudiaba las entrañas de los animales sacrificados o meditaba sobre los remolinos de las hojas al viento. El profeta de hoy, con toda probabilidad, lleva anteojos y se los quita para mirar por el microscopio o el telescopio; sus signos cabalísticos son ecuaciones matemáticas y su nigromancia la aprende de los tratados de química y de ingeniería...





LA BOLSA

por William Morrison

*El que todo lo sabe
puede ocasionar el fin del mundo
sólo porque es honrado e indiferente.
El que todo lo prevé
desea morir.
Y los hombres, ciegos de ambición,
poco saben y nada prevén.*

Al principio ni soñaban que la Bolsa existía. Si alguno de los tripulantes la vió cuando aterrizaron en el planetoide, la confundió con una de las tantas rocas en la árida extensión silíceo de forma casi elipsoidal, que no medía más de 5 kilómetros en su máxima extensión. A nadie se le hubiera pasado por la imaginación que aquel objeto insignifi-

cante, tan al alcance de la mano, sería muy pronto considerado el más valioso del sistema solar.

El aterrizaje fué accidental. La nave, una patrullera del gobierno, había sufrido ciertas averías, y descendió al planetoide para hacer con más comodidad las reparaciones, que llevarían unas buenas setenta horas. Por suerte tenían aire de sobra, y el sistema de



ilustrado por CSECS

recuperación no podía fallar. La comida era bastante escasa, pero eso no los afligía; siempre es posible apretarse un poco más el cinturón y vivir el doble a media ración. Lo que los tenía preocupados era la rotura de los recuperadores de agua y los pequeños tanques de almacenamiento. Ese fué el principal tema de conversación durante las cincuenta horas siguientes.

Por fin el capitán Ganko dijo:

—Con hablar no ganamos nada. No hay depósitos de agua en esta zona del Cinturón de Planetoides. En cuanto esté reparado el transmisor pediremos auxilio a la nave más cercana.

Su segundo suspiró desanimado en el micrófono de su traje de vacío:

—Estas no son rutas comerciales, capitán. ¿Quién pasa por aquí?

El capitán Ganko rió sin alegría.

—Nunca se puede saber. De todos modos, podremos apostar quién resiste mejor la deshidratación.

Por un rato reinó el silencio. Luego el copiloto sugirió:

—Tal vez haya agua en el planetoide, señor.

—¿Aquí? ¿Quiere decirme cómo sería posible, con una gravedad que apenas puede retener las rocas? Y, por todos los demonios, ¿dónde sugiere que la busquemos?

—Sí, aquí hay agua —contestó una voz suave y clara que parecía penetrar en su hermético casco desde todos lados—. Y ello se debe a que quedó retenida como agua de cristalización. Se halla a dos metros debajo de la superficie, y no tienen más que cavar para encontrarla.

Las primeras palabras hubo un simultáneo movimiento de cabeza de todos los tripulantes, pero nadie contestó nada. El capitán Ganko los examinó uno por uno con el ceño fruncido.

—¿Hay alguno que se esté haciendo el gracioso?

—No — contestó la voz.

—¿Quién dijo eso?

—Yo, Irzl.

Un tripulante alcanzó a distinguir un movimiento entre las grandes rocas y lo señaló. Al callar la voz también se detuvo el movimiento, y ya no sacaron el ojo de aquel sitio. Así conocieron a Yrzl, o, como casi siempre le llamaban, la Bolsa Pensante.

De no haber sido porque se hallaba de servicio y la nave pertenecía al gobierno, el capitán Ganko se habría convertido en el hombre más poderoso del universo. Pero tal como sucedieron las cosas, la Bolsa quedó en posesión del gobierno. Su importancia fué reconocida inmediatamente, y Jake Siebling tuvo sobradas razones de orgullo cuando lo nombraron custodio de la Bolsa, dejando de lado a figuras mucho más influyentes del mundo político e industrial.

SIEBLING era un hombre regordete, de escasa estatura, y su único defecto consistía en no saber apreciar su propio valor. Había resuelto, uno tras otro, intrincados problemas de organización y dejaba que los demás se llevaran el mérito. Pero este trabajo no era para figurones, y los encargados del nombramiento lo sabían. Por una vez tuvieron que dejar de lado sus compromisos políticos y buscar a un individuo en cuya honestidad se pudiera confiar ciegamente. ¡La Bolsa, en manos de un ambicioso, podía ser la ruina del mundo!

La Bolsa, como Siebling lo comprobó en su contacto diario con ella, raramente cambiaba la forma con que la habían encontrado: un bulto pétreo, grisáceo, como un saco de papas. Carecía de rasgos y nada en ella indicaba que tuviera vida en los momentos en que no estaba contestando pre-

guntas. No comía casi nunca: una vez cada mil años terrestres, decía ella, cuando estaba sola y tranquila; una vez por semana, cuando trabajaba continuamente. Comía y se movía emitiendo seudopodios como las amebas, y, realizado su objeto, volvía a convertirse en un saco de papas.

Después cayeron en la cuenta de que el nombre de "Bolsa" era apropiado en más de un sentido. Porque era una bolsa henchida de conocimientos, y sobre todo de sabiduría. Al principio muchos dudaron, y algunos mantuvieron sus dudas hasta el fin, así como siglos después de Colón había quiénes aún creían que la Tierra era chata. Pero los que la conocieron no tenían dudas; al contrario, creían que la Bolsa lo sabía todo. Eso, naturalmente, no era cierto.

La función oficial de la Bolsa, establecida por leyes interplanetarias, era contestar preguntas. Las primeras, como hemos visto, fueron formuladas accidentalmente por el capitán Ganko, y le salvaron la vida. Luego hubo un período de preguntas desordenadas que benefició no poco a algunos políticos, hasta que el gobierno puso fin a ese desperdicio de información y estableció reglas para que las preguntas se hicieran en forma más lógica.

Las horas de consulta se acordaban con meses de anticipación y se vendían a un precio en realidad ridículamente bajo: sólo cien mil créditos* el minuto. Y fué esta venta ininterrumpida lo que condujo a la segunda intervención del gobierno, esta vez para encarar una verdadera crisis.

DE pronto la Bolsa dejó de contestar preguntas que debían haber sido muy sencillas para una mente como la suya. Un total de ciento veinte clientes, cada uno de los cuales

* Crédito: unidad monetaria interplanetaria.

había pagado sus cien mil créditos, armaron un escándalo que se habrá oído en las otras galaxias. Hubo entonces una investigación del Senado donde se ventilaron todos los conflictos, y allí Siebling fué llamado a declarar.

Sentado ante el comité senatorial, se retorcía molesto por las cámaras televisoras y preocupado por el bienestar de la Bolsa, dejada a cargo de un asistente. El que conducía la investigación era el senador Horrigan, un político gritón que lo había hecho sentirse culpable con sólo preguntarle su nombre, edad y tiempo de servicio.

—Su deber es cuidar que la Bolsa esté en condiciones adecuadas para responder preguntas, ¿no es así, señor Siebling? — rugía Horrigan.

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué no responde a los clientes? Estos caballeros han pagado honestamente sus cien mil créditos cada uno. ¡Será necesario restituir la suma pagada! Eso significa para el gobierno una pérdida total de... , estee... , ciento veinte a cien mil cada uno... , ¡ciento veinte millones de créditos! — tronó haciendo retumbar sus palabras.

—Doce millones, senador — murmuró rápidamente su secretario.

Pero la corrección no fué tomada en cuenta, y la cifra que se publicó luego fué ciento veinte millones.

Siebling contestó:

—La Bolsa dejó de responder, senador, porque no es una máquina, sino un ser viviente, y está exhausta. Ha sido sometida a un interrogatorio continuo las veinticuatro horas del día.

—¿Y quién ha permitido semejante idiotez? — bramó el senador Horrigan.

—Usted mismo, senador — informó Siebling con gran satisfacción —. El procedimiento fué establecido en una ley proyectada por usted y aprobada por su comité.

El senador Horrigan ni siquiera había leído ese proyecto, que figuraba presentado bajo su nombre, así como tampoco había intervenido en su discusión. Pero ese íntimo conocimiento de su inocencia era mejor que no trascendiera. Naturalmente, su simpatía por Siebling no aumentó nada.

—¿De modo que la Bolsa dejó de responder preguntas durante dos horas íntegras?

—Sí, señor, y continuó sólo después de ese descanso.

—¿Y no volvió a tener dificultades?

—Sí, señor; sus respuestas fueron más lentas que de costumbre. Los clientes de turno sostuvieron que habían sido defraudados en buena parte del dinero pagado, pero, como *hubo* respuestas, no aceptamos las protestas, y el departamento de Finanzas no hizo reembolsos.

—¿Considera usted que es correcta esa manera de estafar a los inversores?

—Eso no entra en mis atribuciones, senador — contestó Siebling, que a esta altura ya había recobrado el dominio de sus nervios —. Yo no hago más que ejecutar las leyes. La cuestión de si son correctas o no, la dejo en manos de quienes las hacen. Supongo que está en buenas manos.

El senador Horrigan se sonrojó, con gran alegría de los espectadores. Era impopular, tanto como puede serlo un hombre cuya única ocupación es la política, y mal visto hasta por los miembros de su propio partido. Entre los que reían no faltaban algunos de sus mejores amigos políticos. En vista de su poca suerte, Horrigan decidió atacar por otro lado.

—¿Es cierto o no, señor Siebling, que usted negó repetidas veces los servicios de la Bolsa a ciudadanos que habían abonado sus créditos en forma perfectamente legal?

—Es cierto, señor. Pero...

—¡Entonces lo admitel!

—No veo nada de malo en ello, senador. Lo que quiero decir es...

—Lo que usted quiere decir no tiene importancia. ¡Lo importante es lo que dijo! ¡Usted ha estafado a esos hombres!

—De ningún modo, señor. Esa gente entrevistó a la Bolsa más tarde. No lo pudieron hacer en su turno porque en ese momento estaban haciendo consultas las fuerzas armadas. Tienen importantes problemas que resolver y siempre se les da prioridad. Cada vez que el gobierno quiere consultar a la Bolsa en turnos ya reservados para particulares, transfirió la cuestión al asesor legal del gobierno.

—¿De modo que usted se niega a tomar decisiones?

—Mi deber, senador, es cuidar del bienestar de la Bolsa. El día antes de salir del planetaide tuvimos un momento libre porque el cliente de turno sufrió un accidente en el camino. Para no desperdiciar ese tiempo le hice una pregunta a la Bolsa.

—Aprovechando su posición con motivos de lucro, ¿eh?

—No. Sólo le pregunté qué necesitaba para funcionar con mayor eficiencia. Por si se ponía en duda mi palabra, tuve la precaución de grabar la respuesta. Si usted lo desea, senador, podemos reproducirla.

El senador Horrigan hizo un gesto negativo y gruñó:

—Siga con su declaración.

—La Bolsa me contestó que necesitaba dos horas de descanso cada veinte, más una hora adicional de "recreo". Quiere conversar con algún ser humano que le haga preguntas sensatas y no la presione para que conteste inmediatamente.

—¿De modo que usted propone que el gobierno desperdicie tres horas por día? ¿Ciento ochenta millones de créditos?

—Dieciocho —dijo el secretario.

—No será un desperdicio. Si no lo hacemos, la Bolsa dejará pronto de contestar del todo.

—¿Eso es lo que usted opina?

—No, señor. Eso lo dijo la Bolsa.

A continuación, el senador Horrigan inició su discurso de rutina, echando la culpa de todo a sus enemigos políticos, y Siebling pudo retirarse. Por supuesto, no se llegó a ninguna conclusión, y el Senado decidió enviar una delegación a hablar personalmente con la Bolsa.

COMO la Bolsa no podía ir al Senado, el Senado debió ir hasta donde se hallaba la Bolsa. La delegación de siete miembros empezó a mostrarse inquieta desde que la astronave echó amarra en el pequeño planetaide. Todos ellos habían hecho viajes interplanetarios, pero su destino había sido siempre algún lugar civilizado y no les agradaba nada esa roca sombría y sin aire.

Las compañías de televisión, siempre alertas para ofrecer al público las novedades, montaron sus transmisores y tomaron debida nota de los tímidos pasos con que los senadores abandonaban la nave. Siebling notó con satisfacción que en aquellos lugares tan diferentes de sus madrigueras usuales, los senadores no parecían muy seguros de sí mismos. Daba gusto servirles de guía.

—Como pueden ver, señores —dijo respetuosamente—, se ha decidido que la Bolsa no esté expuesta al bombardeo de meteoritos errantes. Fué así que murieron los demás miembros de esta extraña raza, y sólo la casualidad permitió que la Bolsa sobreviviera tanto tiempo. Por eso se construyó esa imponente cúpula de seguridad, y allí vive la Bolsa, bien protegida. Los clientes conversan con ella mediante una pantalla televisora, que les permite verla de tamaño natural.

Al senador Horrigan no se le escapó la parte más significativa de la explicación.

—Pero, según lo que usted dice, ¿nosotros si estamos expuestos al peligro de los meteoros?

—Naturalmente, senador. La Bolsa es única en el sistema solar. Los hombres, aun siendo senadores, están a un decímetro de la docena, si se me permite la expresión. Son fácilmente reemplazables por medio de las elecciones.

El traje de vacío del senador Horrigan impidió que se viera cómo se volvía verde de miedo.

—¡Es inaudito que el gobierno descuide de esa manera la seguridad de sus funcionarios!

—De acuerdo, senador. Yo vivo aquí todo el año —agregó Siebling suavemente—. ¿Están ya listos para ver a la Bolsa?

EN la enorme pantalla televisora se veía a la Bolsa descansando en su asiento. Parecía una bolsa de arpillera llena de papas, dejada por descuido sobre un trono y que por algún milagro de equilibrio no se venía abajo. Por un momento los senadores dejaron traslucir el respeto que les inspiraba aquel ser. Hasta el senador Horrigan cerró la boca.

Pero, pasado aquel momento, recuperó el habla y dijo:

—Señora, venimos en representación del Senado Interplanetario a dirigirle unas pocas e importantes preguntas.

La Bolsa no dió señales de prestarle atención, y el senador Horrigan, carraspeando un poco, continuó:

—¿Es verdad, señora, que usted necesita dos horas de reposo cada veinte, y además una hora de recreo?

—Es verdad.

El senador dió tiempo a la Bolsa para detallar sus opiniones, pero ésta, a diferencia de los políticos, no malgastaba palabras.

Otro del comité preguntó ansioso:

—¿Y dónde se encontraría una persona digna de conversar con un ser tan sabio como usted?

—Aquí —contestó la Bolsa.

—Hay que ir directamente al grano con las preguntas, senador —sugirió Siebling—. La Bolsa no da informes que no hayan sido solicitados.

El senador Horrigan se apresuró a retomar la palabra.

—Presumo, señora, que cuando usted habla de una inteligencia digna de la de usted, se refiere a un miembro de nuestro comité. Estoy seguro de que cualquiera de nosotros serviría para el caso, pero todos no podemos hacerlo, debido a nuestras múltiples ocupaciones. Le ruego entonces que nos diga cuál de nosotros es el más indicado para la honrosa tarea de entretenerla con su conversación.

—Ninguno —dijo la Bolsa.

Horrigan se atragantó. Otro de los senadores, sonrojado, preguntó:

—Y, entonces, ¿quién?

—Siebling.

Horrigan se olvidó de su respeto por la Bolsa y se puso a gritar:

—¡Esto ha sido preparado! ¡Trampa!

El colega que había hablado antes decidió cambiar de tema.

—¿Por qué no hay ningún cliente presente? ¿No estaba vendido con gran anticipación todo el tiempo de la Bolsa?

Siebling asintió.

—Recibí orden de cancelar todos los compromisos, señor —dijo.

—¿Y quién fué el idiota que dió esa orden?

—El senador Horrigan, señor.

A esta altura, puede decirse que el comité dió por terminado su cometido. Apenas quedó tiempo, antes de que se retiraran, para que el senador Horrigan gritara una última pregunta a la Bolsa:

—Señora, ¿ganaré yo las elecciones?

El rugido de cólera de sus colegas le impidió escuchar la respuesta de la Bolsa, que, en cambio, fué transmitida claramente por toda la red interplanetaria de televisión.

Horrigan no fué reelegido. Pero antes de las elecciones tuvo tiempo de votar contra la candidatura de Siebling para charlar con la Bolsa una hora por día. El comité eligió finalmente a Siebling por cuatro votos contra tres, y el Senado confirmó luego la designación. Y así el senador Horrigan dejó de interferir temporalmente en las vidas de Siebling y la Bolsa.

SIEBLING esperaba con cierta nerviosidad su primera charla extensa con la Bolsa. Hasta entonces se había limitado a las tareas propias de su cargo: proteger la cúpula de seguridad, tener lista la ración alimenticia, disponer la guardia militar y la flota que custodiaba el planeta. El sueño dorado de todos los criminales del sistema solar era alzarse con la Bolsa.

Obligado a hablar con la Bolsa, ahora Siebling temía que ella perdiera la buena opinión que por algún motivo tenía de él. Se sentía como una jovencita que, muriéndose de ganas por charlar con sus amigos de vestidos y novios, fuera obligada a mantener una brillante e ingeniosa conversación con un hombre que tuviera el triple de su edad.

Pero, al hallarse frente a la Bolsa, perdió todos sus temores. Hubiera sido absurdo decir que los modales de aquel extraño ser lo habían hecho sentirse muy a gusto, pues no tenía modales, rasgos ni expresión, y cuando movía alguna de sus partes, como al hablar, el efecto era puramente impersonal. Pero lo cierto es que perdió la nerviosidad, y durante un rato se quedó frente a la Bolsa sin experimentar ningún de-

seo de decir algo. Ante su sorpresa, la primera en hablar fué ella. Eso jamás había sucedido antes; hasta entonces se había limitado a contestar preguntas.

—No me defraudarás —dijo—. No espero nada.

Siebling sonrió. Por primera vez la Bolsa dejaba de parecerse a un cerebro mecánico y se mostraba como el ser viviente que era.

Entonces le dijo:

—¿Te han preguntado alguna vez cuál es tu origen?

—Sí, antes que racionaran mi tiempo. Pero el que lo hizo se percató en seguida de que le convenía más preguntarme cómo hacerse rico y ni prestó atención a mi respuesta.

—¿Qué edad tienes?

—Cuatrocientos mil años. Puedo decirte hasta la fracción de segundo, pero supongo que no te interesa tanta precisión.

La Bolsa, pensó Siebling, no dejaba de tener sentido del humor, a su manera.

—Y de todo ese tiempo —preguntó—, ¿cuánto has estado sola?

—Más de cien mil años.

—Una vez dijiste que tus hermanos murieron golpeados por meteoritos. ¿No se podían haber defendido de ellos?

La Bolsa contestó sin prisa, casi con hastío:

—Eso sucedió después que perdimos el interés en la vida. La primera muerte fué hace trescientos mil años.

—¿Y desde entonces viviste sin desearlo?

—Tampoco tengo interés en morir. La vida se ha vuelto una costumbre para mí.

—¿Y por qué perdieron interés en ella?

—Porque perdimos el futuro. Hubo un error en los cálculos.

—¿Así que ustedes también se equivocan?

—Es imposible hacer predicciones perfectas. Debido a ese error perdimos toda posibilidad de tener descendencia. Y ya entonces no nos quedó ningún motivo para seguir viviendo.

Siebling asintió; eso era algo que un ser humano podía comprender.

—Y con toda su sabiduría, ¿no pudieron hacer nada para arreglar esa situación?

—Cuanto más se aprende, más se descubren cosas que no se conocen. A veces alguno de los estúpidos que me visitan me hace una pregunta que no puedo contestar, y se enoja porque le parece que lo he estafado. Todos quieren que prediga lo que va a suceder; yo sólo puedo predecir hasta donde me lo permite mi capacidad de hacer cálculos. Y aunque es grande comparada con la tuya, es insignificante comparada con las posibilidades del futuro.

—¿Cómo has llegado a saber tanto? ¿Nace contigo ese conocimiento?

—Sólo se nace con aptitudes para aprender. Para saber hay que estudiar

e investigar; yo tengo la ventaja de olvidar muy poco y vivir mucho.

—¿Y qué tiene de especial tu cuerpo para ser tan superior al nuestro?

La Bolsa habló un rato, pero Siebling no pudo comprender nada de sus palabras, y así lo dijo.

—Ya sabía que no podías entenderme —contestó la Bolsa—, pero quise que lo vieras por ti mismo. Para aclarar las cosas tendría que dictarte diez volúmenes, que todavía seguirían siendo difíciles de comprender, inclusive para los especialistas en biología, física y otras ciencias que sólo ahora están empezando a aprender los hombres.

Siebling quedó silencioso, y la Bolsa agregó, como si estuviera meditando:

—Tu especie tiene todavía un nivel muy bajo de inteligencia. Ya hace muchos meses que me tienen a su disposición y nadie me ha planteado aún las cuestiones más importantes. Los que quieren enriquecerse me preguntan dónde hay minas de un metal u



otro, o qué organización industrial es la más eficiente. Los médicos quieren saber cómo salvar a sus clientes ricos. Los científicos quieren que les resuelva problemas que les llevarían años de investigación. Y los políticos son los más estúpidos de todos: sólo les interesa cómo llegar al poder y cómo conservarlo después. Nadie me preguntó lo que debía.

—¿El destino de la especie humana?

—Esto está más allá de mis posibilidades; es un futuro muy lejano.

—Entonces, ¿qué hay que preguntarte?

—Esa es la pregunta que estaba esperando. Pero para ustedes es muy difícil comprender su importancia, porque cada uno piensa sólo en sí mismo. —La Bolsa hizo una pausa y murmuró: —Estoy divagando, cosa que no me permito nunca cuando hablo con esa gente. Pero las divagaciones también pueden ser útiles.

—Para mí lo han sido.

—Los demás no ven que las preguntas demasiado directas son peligrosas. Me interrogan sobre cuestiones concretas, que exigen respuestas concretas, en vez de pedirme algo más general.

Pero aún no me has contestado.

—Parte de la respuesta es decir que la pregunta es importante. El gobierno me considera un tesoro de su propiedad. Tendrían que preguntarme si mi valor es tan grande como les parece. Si mis respuestas producirán beneficios o daños.

—¿Y qué producirán?

—Daño, mucho daño.

SIEBLING quedó estupefacto. Luego dijo:

—Pero si contestas correctamente...

—El proceso de alcanzar la verdad es tan valioso como la verdad misma. Yo doy las respuestas a los problemas, pero no son completas, porque la gen-

te no aprende a obtenerlas por su propio esfuerzo. Es mejor que trabajen ellos mismos, aun al costo de cometer muchos errores.

—¡No estoy de acuerdo!

—Un biólogo me preguntó qué ocurre dentro de las células cancerosas. Se lo dije; pero si hubiese seguido estudiando él ese problema, aunque le llevara muchos años, no sólo habría descubierto lo que le dije, sino que habría entrevisto muchas otras cosas que le hubieran dado valiosas ideas para otras investigaciones.

—¡Pero, por lo menos algunas veces, los conocimientos que das son útiles! ¿Qué hay de malo en el procedimiento que sugeriste para obtener uranio en Marte? Gracias a ti hay energía barata para reconstruir ese planeta.

—Cuando hayan instalado en Marte millones de colonos, la materia prima no alcanzará y los resultados finales serán catastróficos. No se puede malgastar el uranio como antes malgastaron el carbón y el petróleo en la Tierra.

—¿Y qué hay de malo en salvar la vida de algunos moribundos, como se consiguió gracias a tus consejos?

—En primer lugar, se debería averiguar si esas vidas merecían ser salvadas.

—¡Pero eso un médico no puede preguntarlo! El sólo debe preocuparse de curar, sin mirar a quién. Tampoco tú preguntas si la gente te interroga con buenos o malos propósitos. ¡Contestas siempre!

—Yo contesto porque no me importa nada el uso que den a mis respuestas. Pero, ¿son tan indiferentes los médicos?

—Bueno..., habíamos quedado en que tú contestabas, y estás preguntando. Y a propósito, ¿por qué contestas siempre?

—Los hombres encuentran placer en ganar dinero o en hacer lo que llaman

el bien. Para mí el más dulce de los placeres es comunicar lo que sé.

—¿Y no te da placer mentir?

—Soy tan incapaz de mentir como un pájaro de volar en el vacío.

—Una cosa más. ¿Por qué preferiste hablar conmigo, habiendo tantos brillantes hombres de ciencia y artistas a tu disposición?

—No me interesan las grandezas de tu especie. Te elegí porque eres honesto.

—Gracias. ¡Pero hay muchos otros hombres honestos en el sistema solar! La Bolsa pareció vacilar.

—No los conozco..., y además creo que lo hice porque sabía que eso les desagradaría a los senadores.

Siebling sonrió.

—No eres tan indiferente como pretendes, al fin y al cabo... ¡Es que también es difícil permanecer indiferente ante tipos como el senador Horrigan!

ESA fué la primera de sus conversaciones con la Bolsa. Durante mucho tiempo Siebling estuvo preocupado por la idea de que las informaciones de la Bolsa podían ser una calamidad para la especie humana. Pero era absurdo tratar de convencer al gobierno de que un objeto que le pro-

ducía tantos millones por día era una calamidad, y Siebling ni siquiera lo intentó. Por eso relegó ese incómodo pensamiento en las profundidades del subconsciente y se dedicó a su rutina de custodia de la Bolsa.

Como sostenían una conversación cada veintitrés horas, tuvo que reorganizar sus comidas y descansos, distribuidos antes sobre la base del día espacial de treinta horas; pero se sentía más que recompensado por esos inconvenientes. Aprendió una gran cantidad de cosas sobre las estrellas de su galaxia y de otras, pero siempre incidentalmente, sin hacer preguntas directas. De todos modos, sus conocimientos eran tan pequeños que ni se le hubieran ocurrido las preguntas adecuadas.

Y, cuando se le ocurrían, en general las respuestas eran difíciles de entender. Pasó tres sesiones completas tratando de que esa inteligencia maestra le explicara cómo había podido, sin haber visto antes jamás un ser humano, comprender las palabras del capitán Ganko en la histórica ocasión de su "descubrimiento", y cómo había podido contestar con una pronunciación perfecta. Al final se conformó con una borrosa idea de la explicación.

No era telepatía, como muchos ha-

Inapetencia inducida

UN nuevo método para adelgazar descubierto por un grupo de investigadores de Nueva York, promete dar resultados mucho más seguros y por un camino totalmente distinto que los anteriores. La sorprendente novedad del método consiste en reducir el consumo de proteínas (carne, leche, huevos) en vez de abandonar los alimentos grasos y las pastas. Al ingerir menos proteínas cambian los procesos metabólicos del organismo y disminuye notablemente el apetito y la asimilación de los alimentos productores de calorías. El apetito vuelve a recuperarse una vez que el peso ha disminuido. Por desgracia, todavía no se sabe con seguridad si este método no puede resultar peligroso para ciertos individuos.

bían sospechado. Era un complicado proceso de análisis en el que se tenían en cuenta no sólo las palabras dichas por los tripulantes, sino también la astronave en que habían llegado, los trajes de vacío que usaban, la manera de moverse y una cantidad de otros factores que indicaban la mentalidad de los seres humanos y cómo debía ser su lenguaje. Era como si un matemático tratara de explicar cómo se reconstruye toda una curva a partir de un arco pequeñísimo de ella, a una persona que no supiera ni sumar.

DESPUES de un año de trabajo, Siebling no sabía qué lo fascinaba más: las horas de jugosa conversación con la Bolsa o la malgastada habilidad de los clientes que habían pagado cien mil créditos por sesenta preciosos segundos. Además de las preguntas difíciles, como las que formulaban los científicos o los que buscaban metales preciosos, había otras complicadas, que llevaban varios minutos.

Una mujer, por ejemplo, había preguntado dónde podía encontrar a su hijo perdido. La Bolsa no pudo constatarle, pero le indicó qué datos le faltaban. La mujer volvió un mes más tarde, con gran acopio de información, cuidadosamente compilada y ordenada según su importancia. En ese orden la Bolsa recibió los datos y en menos de tres minutos contestó que el joven estaba probablemente vivo y perdido en una región desconocida de Ganimedes.

Todas estas conversaciones, inclusive las de Siebling, eran registradas, y los registros se enviaban a los archivos terrestres. Allí había expertos en todas las ciencias y todos los idiomas que analizaban con sumo cuidado los detalles de cada pregunta y respuesta; tanto para asegurarse de que ningún cliente tenía intenciones criminales, como para ir calculando el impuesto a

las rentas que debía pagar si se hacía rico.

YA en ese año Siebling comenzó a notar que la Bolsa no se había equivocado al decir que ocasionaría daños a los hombres. Por primera vez en muchos siglos el número de hombres de ciencia disminuyó en vez de aumentar. Las respuestas de la Bolsa habían hecho innecesarias muchas investigaciones y le quitaban el placer a las demás.

Siebling comentó el hecho con la Bolsa.

—Ahora me doy cuenta: la humanidad está perdiendo su independencia.

—Sí, de fiel esclavo me estoy convirtiendo en amo. Y me da lo mismo ser una cosa que la otra.

—Pero si quisieras podrías esperar...

Una persona habría suspirado, pero la Bolsa se limitó a decir:

—Ya ni tengo fuerzas para desearlo. Por suerte es posible que esa cuestión quede pronto fuera de mis manos.

—¿Te refieres a esas desavenencias en el gobierno?

El valor de la Bolsa aumentaba sin cesar, y al mismo tiempo se desarrollaban duras luchas por el derecho a sus servicios. Las grandes compañías pasaban por una etapa extraña: sus directores y gerentes se habían convertido en simples figuras decorativas, pues todo lo decidía la Bolsa. A menudo ocurría que la Bolsa debía dar consejos a organizaciones rivales, y aquello parecía una partida de ajedrez interplanetaria, en que trusts y gobiernos hacían de peones y la Bolsa jugaba de ambos lados. Era evidente que se acercaba un período de crisis sin precedentes.

La Bolsa contestó:

—Sí; la competencia por mis servicios se ha hecho muy dura. No puede tener más que un fin...

—¿Quieres decir que alguien tratará de robarte?

—Sí, sin ninguna duda, eso pienso.

—Me parece que será difícil. Cada vez te ponen una guardia más fuerte.

—No conoces el poder de la ambición, entonces.

Muy pronto iba a saber Siebling lo correcto de ese comentario.

AL finalizar su décimocuarto mes de trabajo, y seis meses después de la derrota del senador Horrigan en las elecciones, apareció un cliente que habló con la Bolsa en un lenguaje exótico que casi nadie conocía: el dialecto pral de Marte. Siebling prestó atención a ese hombre porque había pagado con un mes de anticipación un millón de créditos por el privilegio de consultar a la Bolsa durante diez minutos seguidos.

La conversación fué debidamente registrada, pero en el planetaide no había nadie que pudiera entenderla. Más extraño aún fué que el cliente dió por terminada la entrevista a los seis minutos, desperdiciando así tres minutos completos, suficientes para hacer media docena de pequeñas fortunas. Salió a toda prisa del planetaide en una astronave privada.

Siebling aprovechó los tres minutos no aprovechados para satisfacer su curiosidad.

—¿Qué quería ese hombre?

—Averiguar la mejor manera de robarme.

SIEBLING se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo?

La Bolsa siempre tomaba literalmente esas exclamaciones de asombro.

—Averiguar la mejor manera de robarme — repitió.

—Entonces... Un momento... Se fué tres minutos antes... Quiere decir que se pondrá en acción en seguida.

—El plan de secuestro ya está ejecutándose — comentó la Bolsa —. Esta

gente no piensa dar tiempo a que el gobierno me pregunte cómo defenderme. Y entre ellos hay algún aficionado traidor, porque conocen perfectamente la cantidad y ubicación de las naves defensoras del planetaide.

—¿Y qué podemos hacer para que no tengan éxito?

—Ya no hay tiempo para detenerlos.

—¡Tal vez no podamos impedir que lleguen aquí, pero sí que escapen contigo!

—Hay un solo remedio: destrúyanme.

—¡No puedo! No tengo autoridad..., y, aunque la tuviera, no lo haría.

—Mi destrucción beneficiará a los hombres.

—Ni creyendo eso podría destruirte — contestó Siebling, desconsolado.

—Entonces no hay remedio. Los criminales son astutos: me pidieron que eligiera entre varios planes para apoderarse de mí, pero no perdieron tiempo preguntándome cómo escapar a la persecución; eso lo harán cuando me tengan en su poder.

—Entonces — dijo tristemente Siebling —, si no puedo defenderte, ¿cómo puedo, por lo menos, salvar a los hombres de tu guardia?

—Los que están en el planetaide pueden salvarse embarcándose inmediatamente en la astronave de emergencia y alejándose hacia el Sol.

Los gritos de un guardia interrumpieron la conversación.

—¡Señor Siebling! ¡Suenan las alarmas! ¡Informan las astronaves de guardia que están siendo atacadas!

—Sí, ya sé. Embárense todos en la nave de emergencia. —Y agregó, dirigiéndose a la Bolsa: —Tal vez logremos escapar, pero ellos te tendrán a ti, y contigo serán dueños del sistema solar...

—No te preocupes — dijo la Bolsa.

—Pero con tu ayuda..., ¿no podemos hacer nada?

—Destruyeme.

—No puedo... —dijo Siebling, intensamente emocionado. Sus hombres lo estaban llamando; no había tiempo que perder, y pronunció una palabra sencilla y absurda:

—Adiós.

Como si la Bolsa fuera humana y pudiera experimentar humanas emociones. Luego corrió hacia la nave y partieron.

JUSTO a tiempo. Media docena de astronaves llegaba ya al planetoide desde varias direcciones, salvo la indicada por la Bolsa para escapar.

La nave de Siebling se alejó velozmente. Ahora la cuestión quedaba en manos de las fuerzas armadas, pero Siebling se las imaginó luchando contra la mente casi perfecta de la Bolsa, y perdió las esperanzas.

Entonces ocurrió algo inesperado, y Siebling comprendió que si la Bolsa había permitido que se la usara como un simple depósito de conocimientos no era porque no tuviera otras habilidades.

La pantalla televisora de la astronave se iluminó sola.

El oficial de comunicaciones se incorporó, incrédulo:

—¡Algo anda mal, señor Siebling! ¡Esta pantalla no está conectada!

Y no lo estaba. Sin embargo, se veía en ella la cúpula en que la Bolsa había permanecido durante ese brevísimo lapso de su existencia. Dos hombres acababan de entrar: uno, el desconocido que había hecho las preguntas en pral; el otro, el ex senador Horrigan. Ante el asombro de ambos, la Bolsa habló sin ser interrogada, y dijo:

—“Adiós” no es una pregunta ni una respuesta, ni aporta prácticamente ninguna información.

Horrigan estaba visiblemente desconcertado, pero no era hombre que fuera a detenerse por algo que no entendía, y le contestó:

—En efecto, señora; esa palabra no es sino una expresión...

El otro lo interrumpió en lenguaje perfectamente comprensible:

—¡No pierda tiempo, pedazo de idiota! ¡Llévemola a la nave y allí le podrá endilgar los discursos que quiera!

Siebling tuvo apenas tiempo para meditar amargamente sobre el ex senador y la gente a quien castigaba con su traición por el crimen de no reelegirlo. Luego la pantalla mostró el interior de una astronave que partía. No había señal alguna de persecución; evidentemente los planes humanos, mejorados por los consejos de la Bolsa, habían tenido pleno éxito.

Al principio, se encontraban con la Bolsa sólo Horrigan y el que hablaba en pral, pero eso no duró mucho. Media docena de hombres entraron precipitadamente con la desconfianza pintada en sus rostros. Uno de ellos declaró:

—¡Nadie va a hablar con esa cosa si no estamos todos presentes! ¡Este asunto es entre todos!

—No te pongas nervioso, Merrill. ¿Qué te crees, que te voy a traicionar?

Merrill contestó:

—Justamente. ¿Qué dices, Bolsa, tengo razón o no?

—Sí —contestó lacónicamente la Bolsa.

El que hablaba pral palideció; Merrill sonrió sin alegría.

—Será mejor que tengan cuidado con las preguntas.

Horrigan carraspeó:

—Yo, como es público y notorio, no deseo traicionar a nadie; no está en mi naturaleza. Por consiguiente, yo le dirigiré la palabra.

Y encarándose con la Bolsa le preguntó:

—Señora, ¿estamos en peligro?

—Sí.

—¿De dónde viene?

—De adentro de la nave.

—¿Es un peligro inminente? —preguntó otra voz.

—Sí.

Fué Merrill quien demostró tener reflejos más rápidos, y obró el primero al oír la respuesta. Ya había aniquilado al hombre que hablaba pral antes que éste intentara siquiera sacar su arma, y cuando Horrigan intentó escapar por la puerta de la cabina lo ultimó por la espalda.

—¡Listo! —dijo—. ¿Hay algún otro peligro en la nave?

—Sí.

—¿Quién es ahora? —preguntó Merrill rechinando los dientes.

—Seguirá habiendo peligro mientras haya más de uno de ustedes. Yo soy un tesoro demasiado precioso para que me compartan.

SIEBLING y su tripulación estaban con los ojos clavados en la pantalla, esperando, fascinados de horror, que el asesino prosiguiera su obra. Pero Merrill logró controlarse.

—Calma, muchachos —dijo—. Ya sé que cada uno de nosotros quisiera tener la Bolsa para él solo, pero eso no puede ser. Por ahora tenemos que defendernos de las astronaves del gobierno que nos estarán persiguiendo. ¡Eh, Prader! ¿Qué haces fuera de tu puesto de radar?

—Escucho —dijo el hombre a quien se dirigía—. Si esa cosa habla, quiero oír las respuestas. Si sabe nuevas maneras de liquidar a un tipo por la espalda, yo también quiero enterarme.

Merrill lanzó un juramento, y en ese momento la nave se desvió.

—¡Falló el piloto automático! —gritó Merrill—. ¡Vuelvan a sus puestos!

Todos salieron precipitadamente, pero Siebling notó que Merrill conservaba sangre fría suficiente para ultimar a Prader cuando éste le dió la espalda.

Siebling lo comentó con sus hombres:

—No cabe más que un final: se irán matando entre ellos hasta que queden dos o tres solamente, y entonces morirán todos porque no podrán manejar una nave de ese tamaño. La Bolsa debía saberlo de antemano. ¿Por qué no me lo habrá dicho?

Y la Bolsa, ahora sola en su cabina de la otra astronave, habló:

—Nadie me lo preguntó.

Siebling exclamó, excitado:

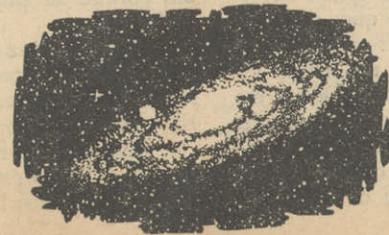
—¿Puedes oírme? ¿Qué será de ti? ¿Serás destruida también?

—Todavía no; he decidido seguir viviendo. —Hizo una pausa, y luego, con voz ligeramente más baja de lo acostumbrado, agregó:—Nunca me gustaron las palabras que, como la que diré, no aportan mayor información, pero debo decirlo: ¡Adiós!

Repentinamente volvieron a escuchar gritos y disparos, y la pantalla se oscureció.

La milagrosa forma de vida que era la Bolsa, esa criatura que a veces había parecido animada por humanas emociones, había desaparecido para siempre. Y con ella desaparecía, como la misma Bolsa había dicho, un tremendo peligro para la especie humana.

Era extraño, pensó Siebling, que se sintiera tan triste ante un final tan feliz. ✦



RAZA DE GUERREROS

por ROBERT SHECKLEY

La guerra puede ganarse o destruyendo al enemigo, o debilitando su espíritu. Y un luchador que logra que su adversario se sienta culpable ya tiene asegurada la victoria...

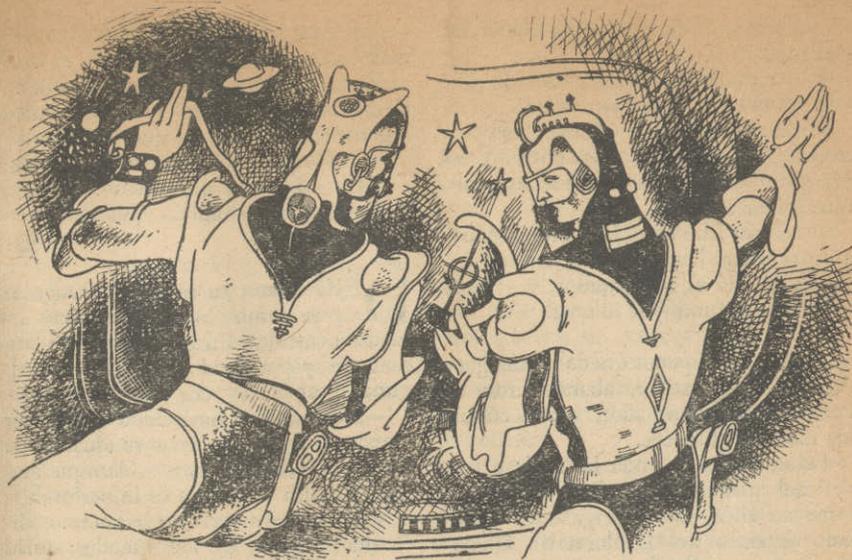
NUNCA supieron de quién fué la culpa. Fáner opinó que, si Dónot tuviera un dedo de frente en vez de un cuerpo de toro, no habría olvidado revisar los tanques. Dónot doblaba en tamaño a Fáner, mas no era tan rápido para el insulto. Meditó primero, y luego insinuó que Fáner no había visto el indicador de combusti-

ilustrado por P. OLMOS

ble porque su propia nariz se lo impedía.

Veinte años luz le faltaba para llegar a Tetis. En el tanque de emergencia sólo quedaban unas gotas de combustible para transformador.

—Bueno —dijo Fáner con decisión—; lo hecho, hecho está. Todavía podemos recorrer tres años luz, si aprovechamos



hasta la última gota antes de echar mano a los motores atómicos. Alcánzame el último ejemplar de *El piloto galáctico*... , si es que no se te olvidó también.

Dónot sacó del casillero el grueso volumen, impreso en microfilm, y se pusieron a hojearlo. Allí se informaron de que se hallaban en una región del espacio poco poblada y rara vez explorada, cosa que ya sabían. El sistema planetario más próximo era Hattersfield, carente de vida civilizada. Sersus tenía una población autóctona, pero no abastecimiento de combustible. Otro tanto ocurría con Illed, Hung y Porde-ray.

—¡Ajá! —profirió Fáner—. Lee aquí, Dónot... , si sabes leer.

Y Dónot, siguiendo los renglones con su carnoso índice, leyó lenta y claramente:

“Casella. Sol de tipo M. Tres planetas, con habitantes inteligentes de tipo humano AA3C en el segundo; res-

piración a oxígeno, no mecanizados, religiosos, pacíficos. Estructura social única, descrita en el Informe 33.877,242 del Exploratorio Galáctico. Población calculada, estable: tres mil millones. Vocabulario cascellano básico, concentrado en film Cas33b2. Próxima exploración, año 2375 de J. C. Depósito de combustible de transformador, en onda de 8471 kgl. Descripción física: llanura deshabitada”.

—¡Combustible de transformador! Al fin llegaremos a Tetis —exclamó Fáner, entusiasmado; marcó la nueva ruta en el piloto automático, y agregó: —...si todavía existe ese combustible.

Dónot, que seguía estudiando atentamente *El piloto galáctico*, preguntó:

—¿No deberíamos leer algo sobre esa estructura social única?

—¡Naturalmente!... —respondió Fáner—. No tienes más que darte un paseito hasta la principal base galáctica de la Tierra y comprar allí un ejemplar del Informe.

—Tienes razón — admitió Dónot de mala gana.

Fáner comenzó a buscar en la biblioteca idiomática de la astronave.

—Veamos — dijo —. Cas..., casce..., casce..., ¡cascellano! Lo encontré. Y no me estorbes ahora, mientras aprendo este idioma.

Colocó el film en el hipnófono. Murmuró: "Otra lengua inútil en mi cabeza". Movié el conmutador, y el hipnófono le infundió el idioma.

CUANDO apenas quedaba una gota de combustible, abandonaron el vuelo por transformador, y conectaron los motores atómicos.

Fáner siguió la onda indicada a través del planeta y localizó la esbelta torre metálica, que albergaba el anhelado depósito del Exploratorio Galáctico; pero aquella llanura ya no estaba deshabitada. Los cascellanos habían construido en torno del depósito una ciudad cuya torre dominaba las toscas viviendas de madera y barro.

—¡Agárrate! — advirtió Fáner. Y enfiló la nave hacia las afueras de la ciudad, aterrizando sobre un campo de rastrojos —. Y recuerda, Dónot — prosiguió soltándose el cinturón de seguridad —, aquí hemos venido sólo por el combustible; de modo que nada de regalitos, de paseos ni de fraternización.

Al abrir la compuerta, vieron que desde la ciudad se elevaba y venía hacia ellos una nube de polvo, en la que al fin distinguieron figuras que corrían hacia la nave.

Dónot se puso a revisar la carga de su pistola lanzaagujas.

—¿Qué crees tú que significa eso de estructura social única?

—Ni lo sé, ni me importa — repuso Fáner poniéndose su armadura cósmica.

—¡Qué aire tan respirable! — expresó Dónot.

—¡Ponte la armadura, paquidermo! A juzgar por *El piloto galáctico*, estos

cascellanos han de creer que el modo más correcto de recibir visitas es cortarles la cabeza y estofarlas con relleno de manzanas. Cuando el Galáctico dice organización única, es que es única.

—El Galáctico dice que son pacíficos.

—Eso significa únicamente que no tienen bombas atómicas. ¡Vamos; ponte la armadura!

DEJO Dónot su pistola lanzaagujas y se zambulló en la enorme armadura cósmica. Luego ciñeron sus lanzaagujas y paralizadores y cargaron algunas granadas y dos latas vacías.

—No creo que haya nada que temer — expuso Fáner mientras se ajustaba la última tuerca del yelmo —. Aunque ataque, nuestra armadura es impenetrable. Y si no se enfurecen no hallaremos dificultad alguna. De todos modos, quizá sirvan de algo estos juguetes.

Tomó un estuche que contenía espejitos, muñecos y otras chucherías, y, envuelto en su casco y armadura, deslizóse por el portillo y saludó con la mano en alto a los cascellanos. El idioma, aprendido por hipnotismo, acudió a sus labios.

—Venimos como amigos fraternales. Queremos ver al jefe.

Los nativos, asombrados ante aquella armadura y aquella extraña nave, se apiñaban en torno de él. Tenían igual número de ojos, orejas y miembros que los seres humanos; pero el aspecto era totalmente distinto. Su principal atavío consistía en una serie de cuchillos, espadas y dagas. Algunos iban pertrechados hasta con diez armas.

En esto, Dónot se descolgó por la compuerta e interpeló a Fáner:

—Si son pacíficos, ¡a qué tanta herramienta!

—Posiblemente el Galáctico interpretó mal las señales, o tal vez usen los cuchillos para sus juegos deportivos — explicó Fáner mientras los nativos se desplegaban en formación de escolta.

LA ciudad ofrecía el aspecto típico de una cultura no mecanizada: calles estrechas, sucias e intrincadas, entre ruinosas cabañas; algunas casuchas de dos pisos, amenazando derrumbarse a cada instante, y el aire impregnado de tan penetrante hedor, que apenas si el filtro de la armadura podía amortiguarlo.

Frente a los cargados terrestres, los cascellanos brincaban y correteaban como cachorros retozones, con incesante repiqueteo de sus brillantes espadas.

La casa del jefe era la única de tres pisos en todo el poblado. Tras ella se elevaba la alta torre del depósito.

—Si vienen en son de paz — pronunció el jefe al verlos entrar —, reciban mi bienvenida.

Era un cascellano de mediana edad, con más de quince cuchillos colgados por todo el cuerpo. Estaba sobre un estrado, sentado en cuclillas, con las piernas cruzadas.

—Es un gran honor — manifestó Fáner.

Por el aprendizaje hipnótico que del idioma había hecho, recordó que, en Cascella, "jefe" significa algo más que en la Tierra; pues allá representa una combinación de rey, pontífice, dios y cuclillo.

—Hemos traído estos modestos obsequios — agregó depositando las chucherías a los reales pies —. ¿Se digna aceptarlos, Majestad?

—Me niego — opuso el rey —. No aceptamos regalos.

—¿Sería esto la estructura social única?, pensó Fáner. Desde luego, aquello no tenía cariz humano. El rey continuó:

—Nosotros somos raza de guerreros: lo que deseamos, lo tomamos.

SENTÓSE Fáner, con los pies cruzados frente al trono, y empezó a conversar con el rey, mientras Dónot se entretenía con los despreciados juegue-

tes. Para borrar la mala impresión inicial, y puesto que la gente simple gusta de cuentos fabulosos, habló Fáner al rey acerca de las estrellas y de otros mundos. Se refirió a la nave interestelar, sin mencionar por entonces la falta de combustible. Mencionó también a Cascella, y dijo al jefe que su fama corría de astro en astro por toda la Vía Láctea.

—Es muy justo — aprobó con orgullo el rey —. Nuestra raza de guerreros jamás tuvo igual. Todos nuestros hombres mueren en combate.

—Habrán tenido grandes guerras — insinuó Fáner cortésmente; y pensó en el idiota que había escrito ese informe galáctico.

—No hemos tenido guerra alguna desde hace muchos años — afirmó el jefe —. Todos estamos hoy día unificados. Nuestros antiguos enemigos se unieron con nosotros.

Poco a poco Fáner llegó al asunto del combustible.

—¿Qué significa "combustible"? — inquirió perplejo el rey; pues en cascellano no existía palabra equivalente.

—Es la fuerza que impulsa a nuestra nave.

—¿Y dónde se halla?

—En la torre de metal — informó Fáner —. Si se nos permitiera...

—¿En el templo sagrado? — clamó el jefe, conmovido —. ¿El altísimo santuario metálico que en remotos tiempos nos legaron los dioses?

—Sí, ése — dijo desalentado Fáner, previendo lo que se avecinaba —. Creo que es ése.

—Sacrilégio es que a él se acerque algún habitante de otros mundos. ¡Lo prohíbo!

—Ese combustible lo necesitamos. Para estas emergencias fué colocada esa torre.

Ya Fáner se cansaba de estar sentado en cuclillas; la armadura cósmica no había sido hecha para tan complicada postura.

—Extranjeros: sepan que yo soy dios y caudillo de mi pueblo. Si osan acercarse al templo sagrado, ¡prepárense para la guerra!

—Me temía esa respuesta — declaró Fáner poniéndose de pie.

—Y porque somos raza de guerreros — continuó el rey —, a mi voz de mando todo habitante viril del planeta se alzaría contra vosotros. ¡Por montañas y ríos vendrán sin cesar!

De pronto el jefe sacó un cuchillo y, como si esto fuera una señal, todos los nativos que se hallaban en el salón hicieron lo mismo.

DONOT seguía entretenido con sus juguetes. Fáner lo apartó a un lado y le dijo:

—Oye, papanatas. Maldito el daño que pueden hacernos estos pacíficos guerreros. Toda esa cuchillería no hará un solo corte en nuestra armadura, y dudo de que tengan armas mejores. Pero no permitas que se te vengan encima. Usa primero el paralizador. Las agujas, únicamente si atacan en masa.

—Bien.

Dónot hizo un movimiento lateral y simultáneamente aprontó su paralizador. Tratándose de armas, era rápido y seguro: virtud suficiente para que Fáner lo deseara como compañero.

—Vamos a la torre rodeando este edificio — propuso Fáner —; cargamos las dos latas y nos evaporamos.

Salieron a la calle seguidos por los cascellanos. El jefe, llevado en andas, iba vociferando órdenes. En un instante, la estrecha calle se abarrotó de indígenas armados. Ninguno trató de tocar a los terrestres; pero no menos de mil puñales centelleaban a los rayos del sol.

Frente al depósito aguardaba una sólida falange de cascellanos, situados tras una red de cuerdas, que separaba el campo sagrado del profano.

—¡Listos, y al ataque! — ordenó Fáner, y saltó sobre las cuerdas.

En el acto el primer guardián del templo levantó su cuchillo. Fáner empuñó el paralizador y, sin disparar todavía, avanzó resueltamente.

El nativo gritó, blandió su cuchillo trazando en el aire un arco rutilante, y, tras proferir un gemido, se tambaleó y cayó desplomado. Roja sangre brotaba de su garganta.

—Te dije que no usaras aún el lanza-agujas — gritó Fáner.

—¡No fuí yo! — protestó Dónot.

Fáner volvió la cabeza y vió, en efecto, que Dónot conservaba su lanza-agujas en la pistolera.

—Entonces, no comprendo — dijo Fáner desconcertado.

Otros tres nativos se abalanzaron, cuchillo en alto, e igualmente rodaron por tierra.

Fáner se detuvo al ver un nuevo pelotón de indígenas avanzar sobre ellos.

¡Una vez al alcance de los terrestres, los indígenas iban cortándose sus propias gargantas!

AHORA embestían por centenares, con sus cuchillos alzados, lanzando alaridos. Conforme iban acercándose, cada indígena se degollaba a sí mismo, caía de bruces, y las pilas de cadáveres aumentaban rápidamente. En pocos minutos los terrestres se vieron rodeados por montones de carne sanguinolenta, que crecía y crecía.

—¡Basta! ¡Alto! — gritó Fáner tirando de Dónot y retrocediendo con él hasta el campo profano. Luego chilló. — ¡Tregua!

Se retiró la multitud y transportaron allí al jefe, que empuñaba dos cuchillos y jadeaba de entusiasmo.

—¡Hemos ganado la primera batalla! — dijo jadeante —. El empuje de mis guerreros aterra inclusive a seres extraños como ustedes. ¡No profanarán nuestro templo mientras quede un cascellano vivo!



Los nativos vitorearon triunfantes. Y los dos extranjeros, confusos y taciturnos, regresaron a su nave.

CONQUE esto era... lo que el Galáctico llamaba "organización social única"... —refunfuñó Fáner.

Se quitó la armadura y dejóse caer en la litera.

—Luchan... suicidándose ante el enemigo, hasta que éste capitula.

—Están chiflados —gruñó Dónot—. Esa no es forma de combatir.

—Pero da resultado, ¿no?

Fáner se levantó y se asomó por una claraboya. El sol, en su ocaso, teñía la ciudad de rosa pálido. Los últimos rayos fulguraban en la torre del Exploratorio Galáctico. Oíase a lo lejos el retumbar de los tambores.

—Convocan las tribus a las armas —indicó Fáner.

—Insisto en que son locos —aseguró Dónot, que tenía ideas muy firmes sobre la guerra—. ¡No obran como humanos!

—Es cierto. Pero ellos piensan que si el pueblo se suicida en masa, el enemigo ha de rendirse por puro cargo de conciencia.

—¿Y si no se rinde?

—Yo creo que estos pueblos, antes de unificarse, habrán combatido tribu por tribu, suicidándose hasta que alguno se rendía. Los vencidos se unirían con el vencedor. Este habrá ido creciendo hasta dominar el planeta por mayoría aplastante. —Fáner miraba fijamente a Dónot, para ver si comprendía—. El sistema atenta contra la propia supervivencia, desde luego; pues si una de las partes no se rinde, la raza entera se autoextermina. —Sacudió la cabeza y continuó: — ¡Claro que toda guerra es exterminio!... Pero quizá tengan reglas...

—¿No podríamos —progruntó Dónot— arremeter, sacar el combustible y escapar antes de que se suiciden todos?

—No creo —contestó Fáner—. Serían capaces de continuar suicidándose durante diez años, con la idea de que siguen en lucha contra nosotros—. Miró pensativo hacia el poblado—. La cuestión es ese jefe: el dios de ellos, que los obligaría a suicidarse hasta quedarse solo. Y entonces diría con risa sarcástica: "Somos grandes guerreros", y se mataría.

Haciendo un gesto de fastidio, dijo Dónot:

—¿Y por qué no lo eliminamos?

—Porque elegirían otro dios.

Ya el sol se ocultaba en el horizonte. Fáner continuaba pensativo. De pronto dijo:

—Tengo una idea. Puede dar resultado; algo hay que intentar.

A medianoche los dos hombres se escabulleron en la nave y entraron subrepticamente en la ciudad. Iban provistos de sus corazas; Dónot, con las dos latas vacías; Fáner, paralizador en mano. Silencio y oscuridad invadían las calles mientras ellos se deslizaban a lo largo de muros y portales, ocultándose en las sombras.

Por una esquina surgió de repente un indígena; pero sin darle tiempo ni a respirar, lo paralizó Fáner.

Agazapados en las sombras, entraron en la calle que conducía al depósito.

—¿Comprendiste bien? —preguntó Fáner—. Yo paralizó a la guardia. Tú saltas adentro; llenas las dos latas y sales disparando. Cuando se den cuenta, ya estarán las latas en la nave. Tal vez, entonces, no se suiciden.

Empezaron a ascender las gradas frente a la torre. Tres cascellanos guardaban la entrada con sus cuchillos colgados de la cintura. Fáner los paralizó, disparándoles media carga, y Dónot avanzó a la carrera.

Instantáneamente brillaron antorchas. Todas las calles hervían de indígenas, que gritaban y agitaban sus cuchillos.

—¡Atrás, Dónot! —ordenó Fáner—. ¡Caímos en una emboscada!

DONOT retrocedió al instante. Los nativos los habían aguardado escondidos. Chillando y aullando, acometían a los terrestres y, a metro y medio de distancia, se abrían en canal la garganta. Caían los cuerpos sobre Fáner, casi derribándolo, mientras él procuraba mantenerse firme. Dónot lo asió por un brazo y de un tirón lo apartó. Ambos corrieron fuera de la zona sagrada.

—¡Tregua!, ¡voto al diablo! —blasfemó Fáner—. Dejadme hablar al jefe. ¡Alto! ¡Basta! ¡Pido tregua!

De mala gana pararon por fin de suicidarse los cascellanos.

Avanzó el jefe, cuya faz infrahumana se endurecía a la luz de las antorchas, y habló así:

—¡Esto es guerra! Ya conocen a mis guerreros. Ya han visto que son invencibles. El grito de guerra se ha extendido por todo el planeta. ¡Mi pueblo entero acude a la batalla!

Miró con orgullo a sus huestes cascellanas. Después, volviéndose a los terrestres, prosiguió:

—Ahora yo mismo lucharé al frente de mi pueblo. No habrá tregua ni cuartel. Combatiremos hasta la rendición incondicional, inclusive la entrega de las armaduras.

—Pedimos tregua —suspiró Fáner, angustiado ante la vista de tanta sangre.

Era un espectáculo infernal. Cientos de cadáveres yacían por doquier. Las calles estaban encharcadas de sangre.

—Conferenciaré esta noche con mi compañero, y mañana traeré mi respuesta.

—No —rechazó el rey—. Ustedes iniciaron la batalla. Ahora ha de seguir hasta el fin. Los hombres valientes desean morir peleando, y ése es nuestro más hondo deseo. Son ustedes los primeros enemigos que tenemos desde que

vencimos hace muchos años a los montañeses.

—Cierto —concedió Fáner—; pero podemos parlamentar, y luego...

—Yo en persona combatiré —recalcó el jefe sacando una daga—. ¡He de morir por mi pueblo, como corresponde a un guerrero!

—¡Un momento! —imploró Fáner—. Concédasenos la tregua. A nuestra casta le está prohibido luchar si no es a pleno sol.

El jefe meditó un instante y accedió.

—¡Sea! Esperaré hasta mañana.

Los vencidos terrestres volvieron paso a paso hacia su nave, entre la rechifla del victorioso populacho.

LEGO la mañana sin que Fáner hubiera concretado un plan. Necesitaban el combustible, pues él no estaba dispuesto a perder en Cascella el resto de sus días o los cincuenta años que faltaban para que el Exploratorio Galáctico enviase la próxima astronave. Por otro lado, dudaba ante la idea de ser responsable por la muerte de hasta tres mil millones de individuos. No sería buen antecedente llegar a Tetis por ese medio, y el Exploratorio Galáctico podría descubrirlo. De todos modos, él no haría tal cosa.

No hallaba solución.

Lentamente caminaban hacia su encuentro con el jefe. Sonaban los tambores. Fáner buscaba empeñosamente una idea.

—Si por lo menos tuviéramos con quien pelear... —murmuró Dónot mirando sus armas inactivas.

—Esa es la cuestión —replicó Fáner—. La conciencia culpable nos convierte en delincuentes. Ellos esperan que nos rindamos antes de que la carnicería sea incontenible. Realmente, no es tan insensato. En la Tierra los ejércitos no suelen luchar hasta aniquilar al último hombre de uno de los bandos. Siempre se rinde antes el más castigado.

—¡Si por lo menos nos atacaran!
—Eso: si nos atacaran... —se detuvo un instante y dijo: —¡Pelearemos tú y yo! Esta gente piensa que el suicidio es guerra. ¿No podrían pensar que la guerra, la verdadera lucha es suicidio?

—¿Y qué ganaríamos con eso? —interrogó Dónot.

En aquel momento entraban en la ciudad. Nativos armados se alineaban por las calles. En las afueras, miles y miles llenaban la llanura. Evidentemente, habían respondido al llamado de los tambores; y allí estaban, prontos al combate contra los extranjeros. Lo cual significaba el suicidio general.

—Escucha — planteó Fáner —. Si un sujeto intenta suicidarse en la Tierra, ¿qué hacemos?

—Lo arrestamos — repuso Dónot.

—De primera intención, no. Primero le ofrecemos cualquier cosa que necesite si renuncia a su propósito. Se le brinda dinero, trabajo, una mujer... lo que sea, con tal de que renuncie. En la Tierra el suicidio está condenado.

—¿Y qué?

—Que quizá — siguió Fáner — aquí esté condenada la lucha. Y a lo mejor nos ofrecen el combustible si dejamos de luchar entre nosotros.

Dónot lo miró con ojos de duda; pero Fáner decidió que valía la pena probar.

A través de la ciudad y de la multitud avanzaron los terrestres hacia la entrada del depósito. El jefe los esperaba, rodeado de su pueblo y radiante como un dios de la guerra.

—¿Vienen dispuestos a la lucha o a la rendición? — preguntó.

—¡Ahora verán! — dijo Fáner —. ¡Dale, Dónot!

Tomó impulso y, con su manopla de acero, le dió a Dónot un puñetazo en mitad de las costillas. Dónot frunció el entrecejo.

—¡Venga, idiota! ¡Devuélvame el golpe!

Dónot pegó con tal ímpetu, que Fáner se tambaleó.

Al instante se enredaron a golpes, y los acerados puños retumbaban en sus armaduras como martillos sobre el yunque.

—¡No tan... tan fuerte! — tratabilló Fáner cayendo a tierra —. Me estás abollando las costillas.

Se levantó con furia y le aplastó el yelmo a Dónot.

—¡Deténganse! — mandó el rey —. ¡Esto es insufrible!

—Va dando resultado — comentó Fáner, jadeante —. Ahora, déjate estrangular; eso será definitivo.

Dónot obedeció y tiróse al suelo. Fáner lo agarró con ambas manos por el cuello de acero y empezó a estrujarlo.

—¡Haz como si te ahogaras, imbécil! — le dijo.

Dónot gimió, aulló y berreó como mejor pudo.

—¡Basta! ¡Basta! — rugió el rey —. ¡Es horrible matar a un semejante!

—¡Pues venga el combustible! — exigió Fáner atenaceando aún más la gola de Dónot.

El jefe pensó un instante, balanceó la cabeza y dijo:

—No.

—¿Qué?...

—Como extranjeros, si quieren cometer ese acto vergonzoso, cométanlo. Mas no profanarán nuestras divinas reliquias.

DONOT y Fáner pusieronse en pie, medio derengados. Fáner, exhausto de tanto pelear con su pesada coraza, a duras penas se la recompuso.

—¡Exijo la rendición! — dijo el rey —. ¡Quítense y entreguen esa armadura, o empezamos a luchar!

Aquellos miles de guerreros, que, con los que iban llegando, convertíanse por

momentos en millones, lanzaron su grito de guerra. El grito se repitió en los confines de la ciudad y se expandió hasta las montañas, por cuyas laderas descendían nuevos torrentes de guerreros, que desbordaban en la llanura.

Fáner apretó los labios. No podía entregarse con su compañero a los cascellanos. Eran capaces de comérselos en la primera cena ritual. En cierto momento pensó ir por el combustible y dejar que aquellos locos malditos se suicidaran a su placer.

Ciego de ira, saltó adelante y le cruzó la cara al rey con el guantelete de acero.

Cayó el rey al suelo. Los nativos se apartaron horrorizados. Rápidamente el rey sacó un cuchillo y lo elevó a la altura de su garganta. Fáner le sujetó las muñecas.

—¡Escuchen todos! — bramó —. Nosotros vamos a buscar el combustible. Si un solo hombre se mueve... si alguno se suicida... ¡yo mato al rey!

LOS indígenas se arremolinaban desconcertados. El rey pugnaba denodadamente por desasirse de las garras de Fáner, para llevar el cuchillo a su propia garganta y morir, así, honrosamente.

—Ve a buscarlo — ordenó Fáner a Dónot —. ¡Y rápido!

Los indígenas seguían vacilando. Tenían los cuchillos apoyados en sus gargantas, listos para hundírselos en ellas si la lucha se entablaba.

—¡No lo hagan — advirtió Fáner —, o mataré al rey, y nunca podrá morir como guerrero!

El rey continuaba bregando por suicidarse. Fáner lo sujetaba desesperadamente; porque sólo así podía evitar la carnicería.

—Majestad — dijo observando a la desorientada multitud —. Exijo la pro-

mesa de que no habrá más guerra entre nosotros. O me la da o lo mato.

—¡Guerreros! — atronó el rey dios —. Elijan nuevo jefe. ¡Olvidenme y hagan la guerra!

Los indígenas todavía dudaban; pero los cuchillos subían y subían a las gargantas.

—Si empiezan — amenazó Fáner, desesperado —, no sólo mataré al rey: ¡los mataré a todos!

Eso los detuvo.

—Tengo muchos poderes mágicos. Puedo exterminar hasta el último viviente, y ninguno podrá morir como guerrero, ni alcanzar la gloria.

El rey intentó librarse con un supremo esfuerzo, en que casi logró desprender uno de sus brazos. Pero Fáner lo atrapó y le clavó los codos en la espalda.

—¡Me rindo! — gimió el rey, con lágrimas en los ojos —. Un guerrero debe morir por su propia mano. ¡Has vencido, extranjero!

LA muchedumbre gritaba maldiciendo a los terrestres, mientras éstos se llevaban a su rey dios y las dos latas de combustible hacia la astronave. Todos agitaban sus cuchillos y saltaban con odio frenético.

—¡Vamos, rápido! — urgió Fáner cuando Dónot terminó de cargar el tanque.

Dió un empujón al jefe y soltó a su nave. En un segundo, los dos surcaban el espacio rumbo a Tetis y al bar más cercano.

Los cascellanos quedaron sedientos de sangre, de su propia sangre. Uno por uno juraron dedicar sus vidas a limpiar la injuria perpetrada a su dios y caudillo y a su templo.

Pero los enemigos ya estaban lejos. No quedaba nadie a quien poder combatir. ♦

La Conquista del Espacio

por WILLY LEY



ilustraciones de Chesley Bonestell

II. ASTRONOMOS, SELENITAS Y QUIMERAS LUNARES

CUANDO la primera astronave llegue a la Luna (y eso lo veremos nosotros), se iniciará la tercera era de la Astronomía: el estudio de los astros por otros medios que el análisis de su luz, único método usado hasta ahora. Desde la época en que los sacerdotes-astrónomos de Babilonia escudriñaban el cielo para descubrir las moradas y los deseos de sus dioses, hasta los tiempos del maestro de Kepler, Tycho Brahe, el principal "instrumento" de los astrónomos estaba constituido por sus propios ojos. Había algunos aparatitos sencillos para comparar y me-

dir ángulos, pero en realidad sólo servían para establecer la dirección en que se miraba. No existía otra ayuda para los ojos, y el astrónomo con mejor vista tenía gran ventaja sobre sus colegas. Fué justamente el hecho de tener "mala vista" (seguramente una leve miopía) la causa de que Kepler se dedicase a los aspectos matemáticos de la Astronomía, en los que hizo sus grandes descubrimientos. Pero cuando él aún vivía, fué inventado el telescopio en los Países Bajos, y Galileo demostró en forma terminante su gran importancia.

LA segunda era de la Astronomía fué la de los instrumentos ópticos, y con ella los astrónomos tuvieron una nueva tarea: observar y describir las superficies de los cuerpos celestes. A simple vista sólo se habían podido estudiar los movimientos de los astros; ahora era posible escudriñar la superficie de algunos.

Esto es también cierto para la Luna, aunque no lo parezca. A simple vista podemos notar manchas más o menos oscuras, y nuestra imaginación las transforma de inmediato haciéndonos "ver" lo que queremos. Lo normal es creer que son mares y continentes. Pero el ojo desnudo no hace más que revelar la existencia de áreas claras y oscuras; no siquiera tenemos seguridad acerca de su distribución.

Todo cambia en cuanto se dispone de un pequeño aparato óptico; con un aumento de cinco veces (cinco diámetros) ya se tiene un cuadro detallado de otro mundo. Los primeros astrónomos que dispusieron de esos pocos diámetros de aumento, con los hermosos pero molestos colores del arco iris que aparecían en los bordes de la imagen al usar esos instrumentos, se pusieron a trabajar ávidamente. Aquí había un nuevo mundo que descubrir, aunque sólo fuera ópticamente, y cada hombre que dirigía hacia el cielo un tubo con lentes podía sentirse un Colón.

Aparecieron mapas de la Luna salpicados de nombres, útiles para identificar los detalles, pero que producían graves equívocos por sus connotaciones terráqueas. La Luna no es simplemente una Tierra más pequeña, como creían algunos filósofos griegos; es un mundo distinto, con un "estilo" propio. Las diferencias y también las semejanzas con nuestro planeta deben tratarse con cautela. Hoy se distinguen cinco clases principales de accidentes topográficos en la superficie lunar: *maria*, "cordilleras", "cráteres", "surcos" y "rayos",

y por lo menos tres de los cinco son todavía misteriosos.

POR ser los más grandes y más oscuros que el resto del paisaje, los *maria* fueron los primeros en descubrirse. Aun con un telescopio débil y primitivo era fácil ver que la Luna presentaba un panorama montañoso y que esas montañas rodeaban o estaban rodeadas por grandes áreas chatas de color oscuro. Evidentemente, esas cosas chatas eran mares, *maria* en latín (*maria* es el plural; el singular es *mare*). Todos ellos recibieron hermosos nombres, que todavía se imprimen en los mapas lunares. Hay un mar Nuboso (*Mare nubium*), un mar de la Serenidad (*Mare serenitatis*), un mar de las Tormentas (*Oceanus procellarum*) y hasta un Pantano Brumoso (*Palus nebulorum*). Que se busquen bahías donde hay mares es comprensible, pero no es tan claro por qué se las llama, por ejemplo, bahía del Arco Iris (*Sinus iridum*).

EL segundo rasgo característico eran las cordilleras, muy parecidas a las terrestres. Johannes Hevelius, de Danzig, que publicó un mapa lunar en 1645, introdujo la costumbre de ponerles los nombres de nuestras cordilleras, presumiblemente para recalcar esa semejanza. Debido a Hevelius el mar de las Lluvias (*Mare inbrium*) está bordeado por los "Alpes", los "Apeninos" y los "Cáucacos".

Mientras que los mares y cordilleras parecían corresponder a características terrestres, el tercer tipo de formación lunar, el más común de todos, presentó un problema. Cada vez que los astrónomos enfocaban la Luna con sus nuevos aparatos de aumento, veían "montañas circulares", hoy llamadas comúnmente "cráteres". No es un buen nombre; mejor sería el de "murallas circulares", como han propuesto a veces los alemanes, porque no sugiere falsas imágenes.

El primero en ver los "cráteres" y también el primero en dibujar un mapa lunar fué Galileo Galilei. El los comparó en aspecto con "los ojos de las plumas de pavo real". Naturalmente, Galileo sólo pudo ver los más grandes y conspicuos. En el siglo pasado ya se conocían 33.000, y los cálculos actuales del número total dependen del poder resolvente del telescopio usado. Lo que hemos dicho significa que los cráteres son de muy diversos tamaños; los mayores, también llamados "llanuras amuralladas", tienen hasta 250 kilómetros de diámetro. Dos de las más hermosas de éstas se llaman Clavius y Shickard. Los cráteres más conocidos, como Copérnico, Kepler, Platón y Teófilo, tienen diámetros de hasta 100 kilómetros. Pero también se les ha dado nombre a muchísimos cráteres más pequeños, de 20 a 30 kilómetros.

LOS cráteres reciben nombres de personajes, filósofos, científicos, principalmente astrónomos, antiguos y modernos, bien y mal conocidos. La costumbre fué iniciada por un tal Langrenus de Bruselas, que estuvo en la corte española de 1620 a 1640, y allí tuvo tiempo de hacer dibujos detallados de la Luna. Hevelius, pocos años después, prefirió ponerles nombres geográficos ya usados en la Tierra; pero el siguiente mapista lunar, Riccioli, de Bologna, adoptó con entusiasmo la idea de Langrenus.

Siendo ardiente admirador de Tycho Brahe, eligió el cráter más conspicuo, apenas visible a simple vista con Luna casi llena (siempre que se sepa dónde buscarlo), y lo llamó Tycho. A Copérnico le asignó el cráter posiblemente más hermoso y más típico. Está muy lejos de Tycho porque las ideas de Tycho Brahe y de Copérnico sobre el sistema solar eran muy diferentes. Kepler, que estaba de acuerdo con Copérnico, recibió un cráter cerca de éste.

Platón fué honrado con un gran cráter en el hemisferio norte lunar, y los demás cráteres grandes de la zona fueron llamados Aristóteles, Tímeo, Eudoxo, Tales, Estrabón, Pitágoras y Epígenes; un "rincón de los clásicos", por así decir.

Muchos de los nombres puestos por Riccioli fueron permanentes; otros no perduraron, principalmente porque los astrónomos posteriores no estaban seguros de a qué cráteres se refería. Desde entonces el mapa se ha llenado de muchísimos nombres: Gauss, Struve, Newton, Scheiner, Hevelius, Mercator. Entre la gente que, por lo que yo sé, nunca contribuyó con nada a la Astronomía, pero igualmente obtuvo su cráter, están Cavendish, Vasco da Gama, Réaumur, Lavoisier, von Guericke, Darwin y Guillermo I. Hay un cráter llamado Benjamín Franklin, y hasta otro llamado Hell ("hell", o sea "infierno", es mala palabra en inglés), pero aclaremos que se llama así en memoria del Padre Maximiliano Hell, que fué director del Observatorio de Viena.

EL cuarto tipo de accidente lunar lo forman los extraños y profundos precipicios llamados "surcos". Nunca son muy anchos, pero a menudo sí muy largos, y tienen la molesta característica de que siguen su curso sin prestar la menor atención a la topografía de las regiones que atraviesan. Cruzan montañas y mares, y pasan a través de cráteres como pasaría una raya de lápiz azul sobre un cartel.

En quinto y último lugar están los "rayos", largas líneas muy brillantes en contraste con los surcos. No son anchas, pero llegan a los 200 kilómetros de longitud. Los rayos pasan a través de lo que deberían ser obstáculos con la misma indiferencia que los surcos, pero siempre nacen en un cráter. El sistema más conspicuo de rayos es el que nace del cráter Tycho; en realidad eso es lo

que permite distinguir a Tycho a simple vista. Copérnico y Kepler tienen sistemas similares. Los tres parecen los rayos de una rueda de carro, donde el cráter sería la taza. Pero el cráter Messier tiene sólo dos rayos que corren paralelos a través de la oscura planicie del *Mare foecunditatis* como las luces de un doble faro que señalara un pasaje seguro en un mar lleno de peligros.

QUE la Luna siempre muestra la misma cara a la Tierra y que no tiene atmósfera son cosas que todo el mundo sabe. El primero de estos hechos es conocido de antiguo, pues se puede establecer a simple vista. Aristóteles lo dedujo, pero seguramente los babilonios ya lo sabían antes que él. El segundo hecho no se podía conocer antes de la invención del telescopio, y es interesante, a este respecto, hacer notar que durante la vida de Aristóteles el disco lunar pasó por encima del planeta Marte. Para Aristóteles, esta "ocultación" (como llaman los astrónomos a estos sucesos) demostraba algo evidente: que la Luna está más cerca de la Tierra que Marte. Un astrónomo moderno podría basarse en ella para demostrar que la Luna no tiene atmósfera.

Cuando se conocen los movimientos y tamaños de ambos astros es posible

calcular el instante exacto en que el disco lunar tapa al planeta, y también el momento de la reaparición de Marte. Si el cálculo está de acuerdo con lo que se observa, significa que la Luna no tiene aire. Pues si lo tuviera, ese aire curvaría por refracción la luz de Marte y veríamos desaparecer al planeta un poco después de lo calculado, y aparecer un poco antes, así como, en realidad, vemos al Sol antes de salir y después de ponerse.

Cálculo y observación concuerdan exactamente, como se ha verificado una y otra vez con ocultaciones de estrellas por la Luna.

EL astrónomo moderno sabe también por qué no hay aire en la Luna, y hasta puede demostrar que "nunca" tuvo aire, en el sentido de que si alguna vez hubo allí atmósfera no pudo durar más que algunos miles de años, a menos que emanaciones volcánicas o algo semejante lo fueran reemplazando a medida que desaparecía. Todo el razonamiento depende de la velocidad de escape, concepto que explicamos en el número anterior.

Las moléculas de un gas están en constante movimiento, y su velocidad media depende de dos cosas solamente: la naturaleza del gas y su temperatura. Hacia la mitad de su "día" (que dura

Tests para niños

PARA estudiar el desarrollo mental de los niños, y en especial su actitud ante su familia, sus compañeros y el mundo en general, los psicólogos usan principalmente dos clases de "tests" que han demostrado ya su seriedad. Uno es el test Rorschach, o de las manchas de tinta, en el que se pide al niño que diga lo que "ve" en borrones hechos al azar, generalmente cinco con tinta negra y cinco con tinta de colores. El test de "apercepción temática", o T-A-T, consiste en mostrarle varios cuadros de escenas llamativas y pedirle que construya un pequeño cuento acerca de cada uno. Estos ensayos sirven hasta la adolescencia y, como era de esperarse, los psicólogos todavía no están de acuerdo en la manera de interpretar las respuestas...

dos semanas nuestras) la superficie de la Luna es calentada a una temperatura mayor que la del agua hirviendo. A esa temperatura la velocidad media de una molécula de hidrógeno es casi 500 metros por segundo mayor que la velocidad de escape de la Luna. Es decir, la atracción gravitatoria lunar es demasiado débil para retener al hidrógeno: una molécula que se aleje con esa velocidad no volverá más. Lo mismo pasa con el helio. Para gases más pesados, como el oxígeno y el nitrógeno, la velocidad media a esa temperatura es algo menor que la velocidad de escape, pero eso no significa que la Luna pueda conservarlos. Para algo está la palabrita "media" después de "velocidad". Nos dice que ese dato es un promedio, como al decir que las mujeres tienen una altura media de un metro sesenta. Esto es correcto estadísticamente, pero hay variaciones individuales que pueden ser muy amplias. Muchas moléculas de oxígeno y nitrógeno son más veloces que el promedio, y éstas escapan. La Luna sólo puede retener a las que son más lentas. Pero éstas adquieren mayor velocidad para reemplazar a las que han escapado, y escapan a su vez.

EL saber que la Luna debe haber perdido rápidamente su atmósfera, si es que alguna vez la tuvo, hizo decir a Simón Newcomb la conocida frase: "La Luna es un mundo sin clima, donde nunca pasa nada". Newcomb no pudo haberlo afirmado literalmente, y tomado al pie de la letra no es verdad. Hay una extraña clase de tiempo en la Luna, causado por los mismos factores que eliminan el "tiempo" tal como lo conocemos en la Tierra: el tiempo causado por el aire y la humedad.

El cambio de temperatura lunar entre mediodía y medianoche pasa de los 200 grados centígrados. Las rocas, ex-

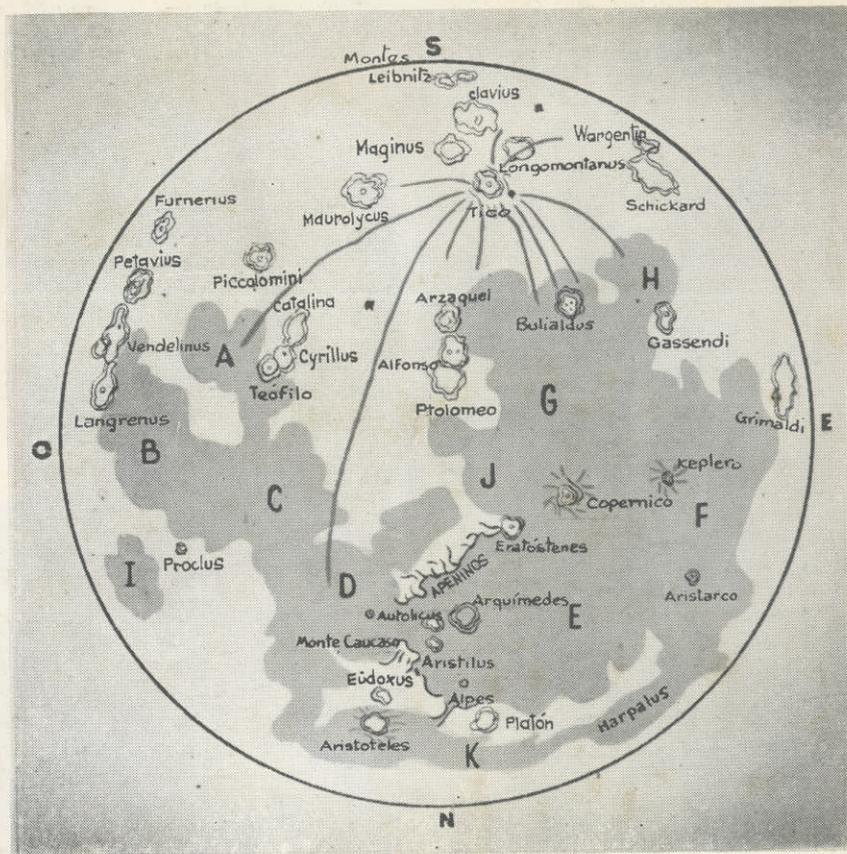
puestas a esos cambios a intervalos regulares de dos semanas, se rajan. Su estructura cristalina cede bajo las continuas dilataciones y contracciones y la superficie se descascara. El resultado es que la superficie lunar se halla cubierta de fino polvo de rocas. Como no hay viento que lo mueva, ese polvo sólo puede cambiar de sitio por acción de la gravedad. Por lo tanto, los picos montañosos quedarán desnudos y expuestos a nuevas desintegraciones, mientras que en los valles el polvo se acumula. Pero, en general, la capa de polvo ha de ser delgada, pues una vez formada aísla del calor y del frío a las rocas que cubre. De paso, el brillo de la Luna y otros indicios confirman la creencia de que la luz solar es reflejada allí por basalto o rocas similares pulverizadas.

EN la época de Kepler, la segunda era de la Astronomía no estaba tan adelantada como para afirmar la carencia de atmósfera de la Luna. Kepler podía aún creer que allí había aire, e inclusive habitantes. En realidad, necesitaba de esa hipótesis para explicar los "cráteres". El creía que eran estructuras artificiales erigidas por los selenitas (habitantes de la Luna) como murallas contra los pantanos, los mares o los rayos del Sol. Hevelius, en cambio, estaba seguro de que allí no había aire, pero de todos modos creía en la existencia de selenitas. Hevelius también sabía que los maria no eran mares y posiblemente ni siquiera pantanos, como parece haber pensado Kepler.

Debe de haber sido difícil dejar de creer en los selenitas. El telescopio mostraba que la Luna era en realidad un mundo con montañas y valles y llanuras, pero al mismo tiempo no descubría agua ni atmósfera. Por más que doliera, había que resignarse y aceptar los

(Continúa en la pág. 41)

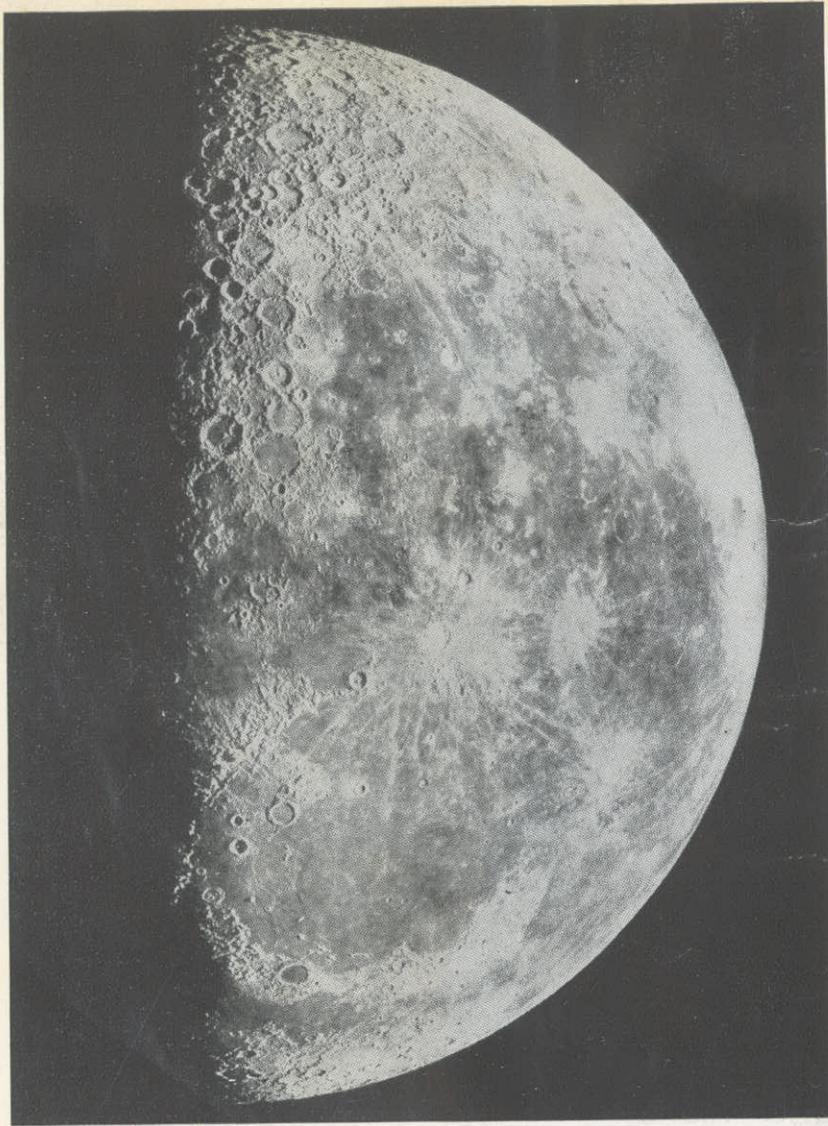
MAPA LUNAR



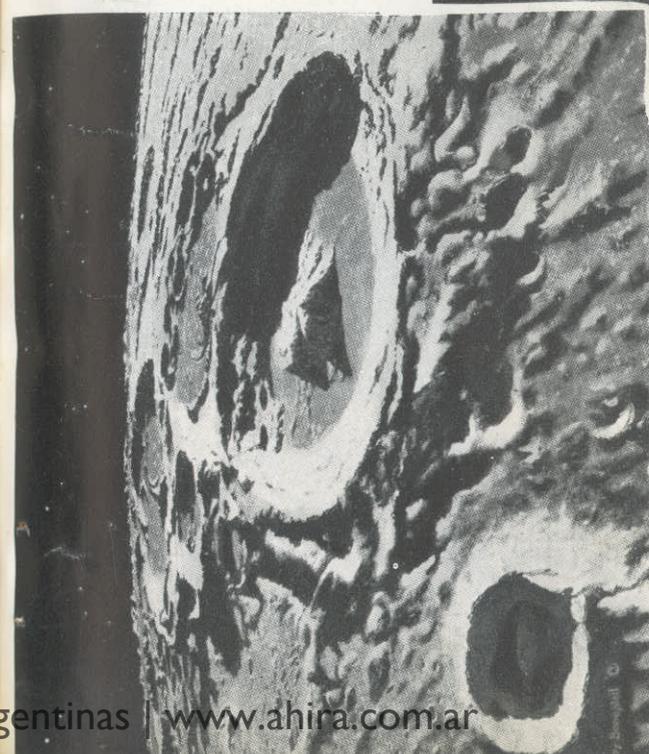
A — Mare Nectaris
B — Mare Foecunditatis
C — Mare Tranquillitatis
D — Mare Serenitatis

E — Mare Imbrium
F — Oceanus Procellarum
G — Mare Nubium
H — Mare Humorum

I — Mare Crisium
J — Mare Vaporum
K — Mare Frigoris

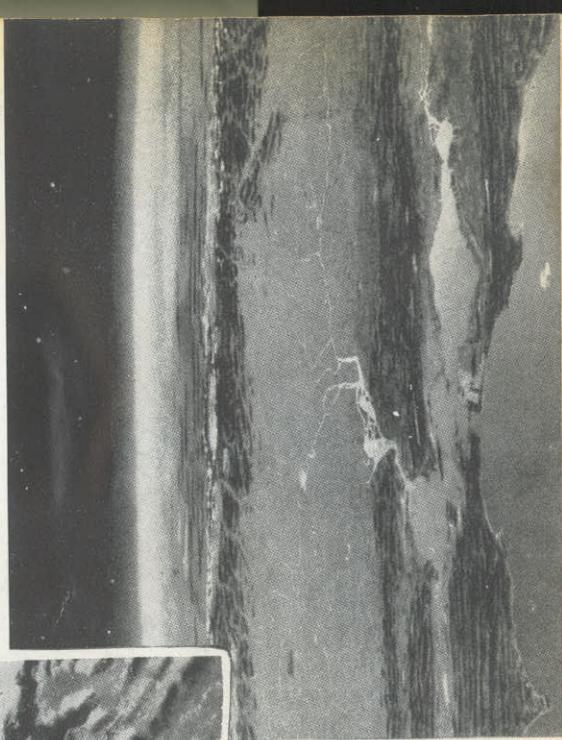


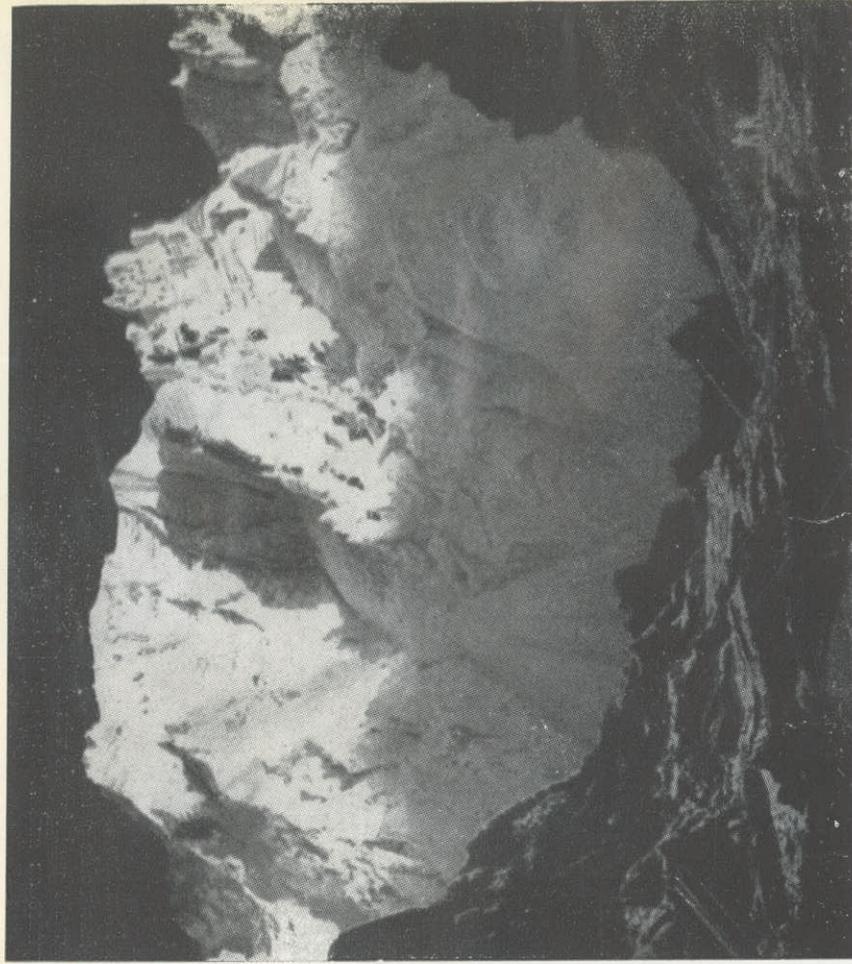
La Luna, poco antes del tercer cuarto. Esta es una composición de tres fotografías hechas a través de un telescopio de 2.5 metros de diámetro.



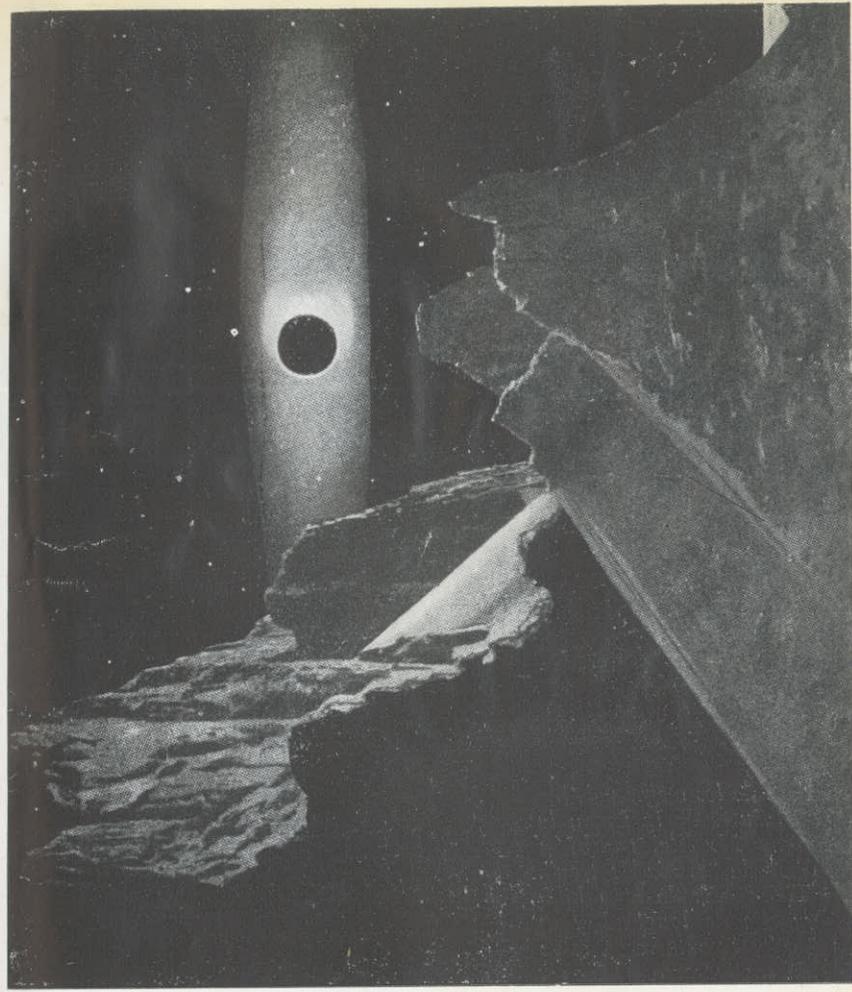
Vista de la bahía de San Francisco desde ochenta kilómetros de altura. Esta ilustración y la de arriba muestran áreas de igual tamaño y el ángulo visual es de cuarenta grados en ambas.

El cráter Teófilo, visto desde ochenta kilómetros de altura. Tiene cien kilómetros de diámetro. Comparese con la ilustración de abajo para la escala.

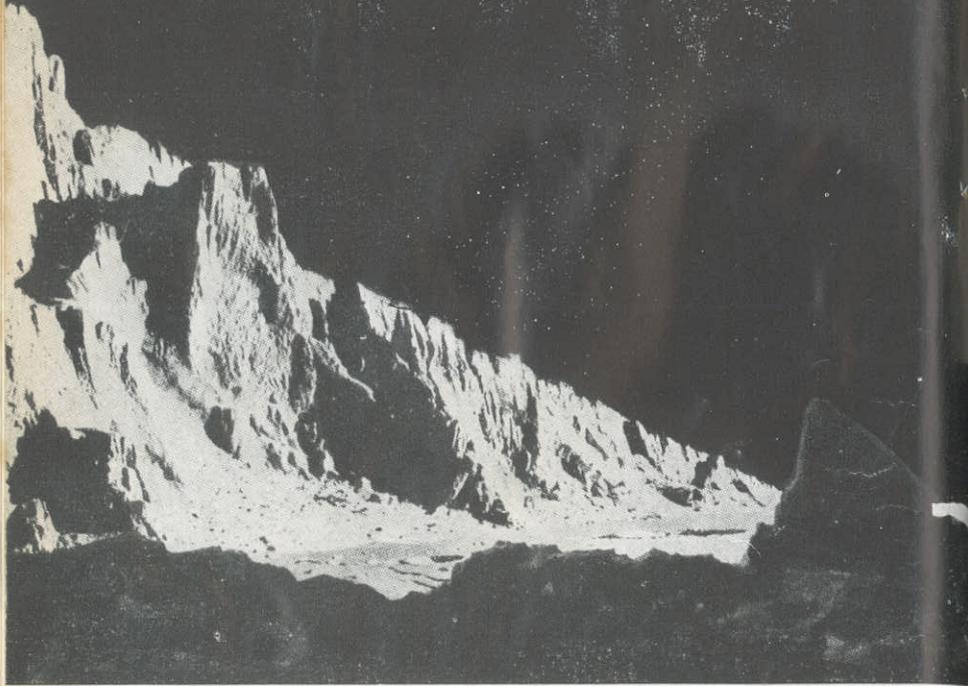




Una de las cordilleras más impresionantes de la Luna: las montañas de Leibnitz, llamadas por Camilo Flammarion: "las montañas de la luz eterna". Probablemente tengan más de nueve mil metros de altura, sobrepasando, así, los picos terrestres más altos. Aquí se las ve durante un eclipse del Sol por la Tierra.

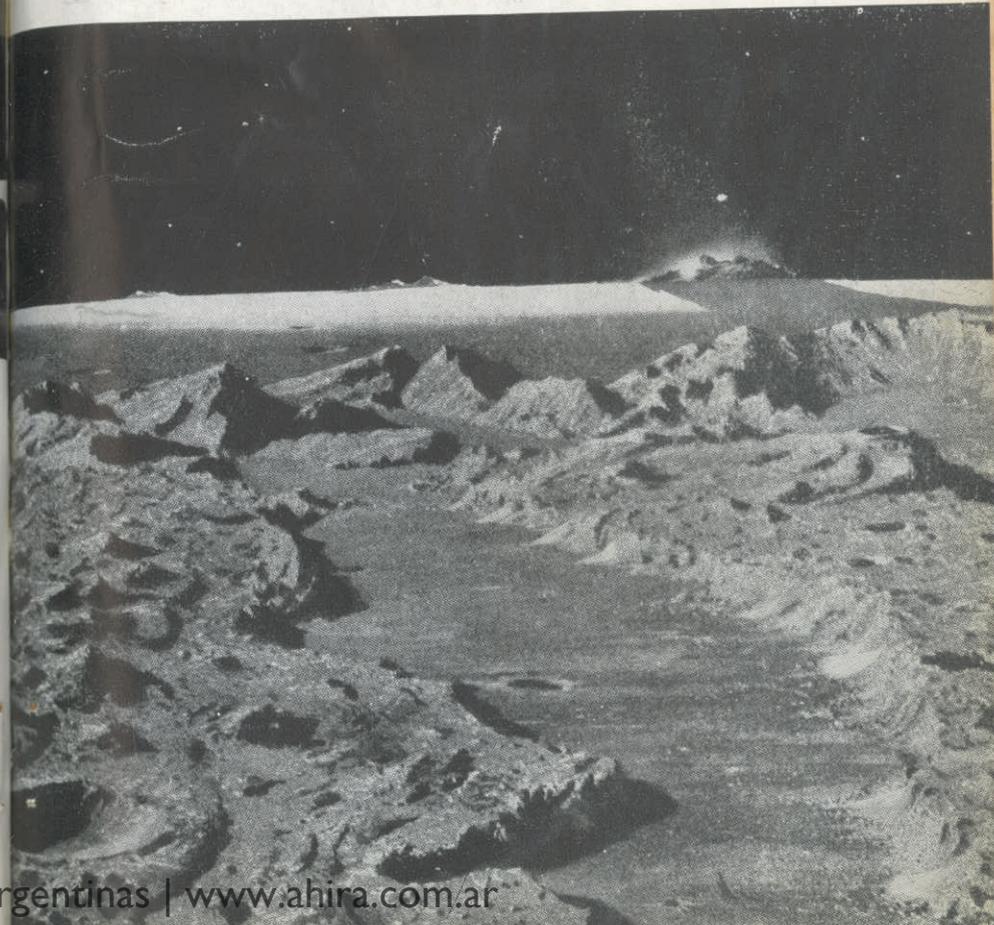


Un eclipse del Sol por la Tierra, visto desde la Luna. Desde la Tierra, el Sol y la Luna parecen tener el mismo tamaño, aproximadamente. El disco solar no cambia al verlo desde la Luna, pues la distancia es casi la misma. En cambio, la Tierra aparece como un disco cuatro veces mayor que el Sol (en diámetro aparente). Por eso los eclipses de Sol duran mucho más que los solares. Los rayos solares se refractan en la atmósfera terrestre; la Luna es iluminada por luz roja que alcanza a pasar.

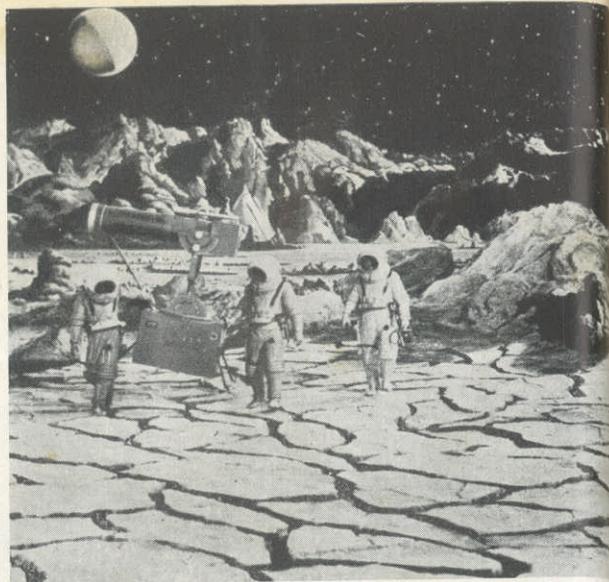


Uno de los rasgos más interesantes de la Luna: la Gran Muralla, también llamada "la vía de tren". Tiene más de cien kilómetros de longitud y es perfectamente recta, salvo en un extremo. Debe ser una falla gigantesca, mayor que cualquiera de las terrestres (especialmente si pensamos en fallas rectilíneas), y tiene de 150 a 500 metros de altura. Las dobles sombras son provocadas por la doble iluminación: Sol y Tierra.

El Gran Valle de los "Alpes" (otra cordillera lunar), visto desde una altura de 15 kilómetros. El valle está iluminado por luz terrestre, que debe ser unas sesenta veces más intensa que la luz de luna llena en la Tierra (debe poderse leer sin mayor esfuerzo). El Sol se está poniendo detrás del solitario monte Pico.



La superficie lunar ha de presentar estas grietas debido a la enorme diferencia de temperatura entre el día y la noche (cada uno de los cuales dura catorce días de los nuestros). Pero quizás estén cubiertas por una espesa capa de polvo formada por la misma causa, y que ningún viento levantó jamás. Nótese la Tierra casi en cuarto menguante. Objetos que aquí se romperían al caer, pueden ser arrojados tranquilamente al suelo en la Luna, pues allí pesan seis veces menos. Los hombres podrán cargar equipos pesadísimos y aun sentirse más ágiles que en la Tierra.



En primer plano la tobera por donde sale el chorro de gases a gran velocidad que, por reacción, impulsa a la nave. No hace falta un motor atómico para llegar a la Luna. Basta con los combustibles químicos actualmente conocidos, aunque entonces el cohete debería llevar una carga de combustible muchas veces mayor que la parte útil de la nave.



(De la película "Viaje a la Luna", distribuida por Artistas Unidos.)

(Viene de la pág. 32)

hechos. Pero también es comprensible que más de un astrónomo no abandonara por completo sus esperanzas. Si uno quería creer en los selenitas le quedaban dos soluciones: una era pensar que se habían extinguido junto con la atmósfera, y buscar huellas de sus pasadas actividades; la otra era sacar partido del hecho de que la Luna tiene un "hemisferio desconocido", la cara que nunca vemos.

Ambas fueron ensayadas.

Altas horas de la noche del 12 de julio de 1822 un astrónomo de Munich, Franz von Paula Gruithuisen, examinaba una región cercana al centro de la cara visible de la Luna. Hay un surco en esa zona, llamado usualmente el surco de Hyginus, porque atraviesa el cráter Hyginus, en la parte sur del *Mare vaporum*. Cerca de ese surco hay una formación que en los mapas alemanes aparece designada como "Schneckenberg" (montaña del Caracol) porque se parece a la parte superior de un enorme caracol semicubierto de barro. Toda esa zona da en realidad la misma impresión: a la distancia hay montañas que parecen ser los picos de cordilleras cuyas bases estuviesen sumergidas en un líquido viscoso ya endurecido. Gruithuisen no titubeó en afirmarlo. Para él eran las ruinas de una antigua fortaleza que había una vez rodeado una ciudad.

Después de un intervalo de suspenso provocado por el anuncio de Gruithuisen, otros observadores, especialmente Mädler, trataron de desacreditar la "fortaleza selenita". Gruithuisen había publicado un esquema del lugar; Mädler hizo otro. Gruithuisen había dibujado las ruinas de una fortaleza; Mädler dibujó un conjunto irregular de cadenas montañosas que se entrecruzaban. Ambos exageraron en el sen-

tido que les convenía. Las formaciones de ningún modo son tan regulares y "convincientes" como las mostraba Gruithuisen, pero tampoco tan irregulares como las dibujaba Mädler. El veredicto será dado en la tercera era de la Astronomía, cuando un explorador pueda llegar al pie de la montaña del Caracol y observar las formaciones a través de su casco de plástico.

EL hombre que quiso instalar a los selenitas en la otra cara de la Luna fué Peter Andreas Hansen. Era un danés relojero, término que se aplicaba entonces a lo que hoy llamaríamos un mecánico de precisión. Hansen obtuvo un empleo en el nuevo observatorio danés de Altona y demostró su habilidad como astrónomo. En 1825 fué llamado a la famosa Universidad de Gotha como director del Observatorio Seeberg y comenzó a distinguirse por sus trabajos teóricos. Su nota sobre las perturbaciones mutuas de Júpiter y Saturno le valió un premio de la Academia de Berlín. Su trabajo sobre las órbitas de los cometas ganó un premio de la Academia de París. Sus Tablas de los Movimientos Lunares fueron publicadas por el gobierno inglés e incorporadas al Almanaque Náutico. La Academia Real de Sajonia ofreció publicar todas sus obras. En pocas palabras, era un hombre famoso.

No fué raro, pues, que todo el mundo escuchase con atención cuando Hansen anunció que las opiniones usuales acerca de la Luna debían ser revisadas. Comenzó afirmando los hechos conocidos: la temperatura ardiente de las silenciosas llanuras de los *maria*, los desnudos picos apuntando a un cielo sin aire, los grandes cráteres sin la menor actividad. Pero, añadía, la suma total de lo que vemos es el resultado de algo que no vemos: el hecho de que la Luna no es una esfera.

Ciertas peculiaridades de los movimientos lunares indican que no es esférica, sino ovoide. El extremo puntiagudo de ese huevo es el que apunta hacia nosotros. Lo que vemos es esa punta, elevándose como una enorme montaña sobre esa esfera inexistente que creíamos que era la Luna. Por supuesto que no hay aire allí, porque esa gigantesca montaña se eleva por encima de la atmósfera lunar. Toda el agua que existe en la Luna se ha de haber juntado en la base de esa montaña, en el otro hemisferio. Y ese otro hemisferio, si es que se puede usar ese término refiriéndose a un cuerpo que no es esférico, no se eleva por encima de la atmósfera. Tiene aire y agua, y donde hay aire y agua hay vegetación, y donde hay vegetación hay animales... y, entre los animales, posiblemente seres inteligentes: los selenitas.

Ya habría sido una idea maravillosa si se le hubiese ocurrido a cualquier persona. Pero al provenir del Herr Profesor Peter Andreas Hansen parecía más maravillosa aún. Esto era muy superior a la fortaleza abandonada de Gruithuisen. La única lástima era que nunca podríamos ver ese mundo.

PERO mientras todos quedaban impresionados, los astrónomos empezaron a buscar el punto flaco de la teoría. Lo hallaron en la principal suposición. Ciertas peculiaridades del movimiento de la Luna habían originado la hipótesis de que no era esférica. Había que examinar bien esas peculiaridades.

La órbita lunar presenta justamente uno de los problemas más difíciles de la astronomía matemática. Debido en parte a esa dificultad, se había traba-

jado mucho sobre ella ya en la época de Hansen, y entonces se volvió a atacar el problema con mayor cuidado aún, basándose en observaciones más precisas y nuevos conocimientos matemáticos. Por último, Simón Newcomb logró demostrar que la Luna es por lo menos tan esférica como la Tierra.

La supermontaña de Hansen, sencillamente no existe. Fué una linda fantasía, pero no tenía nada que ver con la realidad.

DEBIDO a Hansen, un observatorio alemán inició un estudio especial del "otro lado". Tal estudio puede hacerse, hasta cierto punto, aun sin astronaves. La Luna gira sobre su eje en el mismo tiempo que le lleva una revolución alrededor de nosotros. Como resultado de esa simultaneidad, vemos siempre el mismo hemisferio. Y si la órbita luna fuese circular, veríamos exactamente el 50 por ciento de su superficie, y la parte cercana a los bordes un poco borrosa. Pero la Luna tiene una órbita elíptica, y se mueve más rápidamente cuando está más cerca de la Tierra que cuando está más lejos. Este movimiento irregular, combinado con su rotación regular, produce una especie de "balanceo" que nos permite ver, durante un breve lapso, un poco más allá de los bordes, una vez de un lado y otra vez del otro. Aprovechando la "liberación", que es como se llama ese balanceo en lenguaje técnico, se ha podido hacer el mapa de cuatro séptimas partes de la superficie lunar. Ese estudio demostró que Newcomb tenía razón, y no Hansen. Algunos *maria* se prolongan más allá del borde, y de tanto en tanto aparecen nuevos cráteres bien típicos. La "otra cara" no es diferente de la que vemos. ✦

EN EL PROXIMO NUMERO: "LOS MISTERIOS DE LA LUNA"

¿En qué época le gustaría vivir? ¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.

¡Pero usted *puede* vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!

¡Usted *puede* visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!

¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con \$ 5 usted podrá comprar su *pasaje mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios, y con \$ 50 su viaje durará un año...*

SUSCRIPCIONES: En la Rep. Argentina: \$ 50 al año.
En el extranjero: U\$S 5.

Más allá

AV. ALEM 884
BUENOS AIRES

Deseo suscribirme por un año a MÁS ALLÁ. Adjunto cheque o giro postal por \$ 50.

Nombre

Dirección

(ESCRIBIR CLARO)



CONTESTANDO A LOS LECTORES



La oferta de MAS ALLA de contestar por escrito y directamente a todas las cartas que contengan preguntas sobre cualquier asunto científico, ha sido recibida con gran entusiasmo.

Las cartas recibidas son muchas, y las preguntas en ellas contenidas muy interesantes. Lamentamos no poder reproducir en la revista nada más que una pequeñísima parte de las contestaciones.

Pedimos nuevamente a nuestros lectores que sus preguntas sean formuladas en forma clara y, en lo posible, breve. Además, cada carta no debe contener más que una pregunta.

El nombre y la dirección del firmante, en caso de publicarse la carta junto con su contestación, también serán publicadas a menos que se nos pida no hacerlo.

Escriba a: MAS ALLA, Avenida Alem 884, Buenos Aires.

PREGUNTA:

¿Por qué no se puede viajar más rápido que la luz? - B. O. Z., Rosario.

Esta pregunta es una espina en la garganta de todos los que soñamos con viajar a las estrellas. Si la luz tarda años, siglos y milenios en atravesar esas distancias, ¿qué esperanzas nos quedan a nosotros si no encontramos la manera de ir más rápido? La teoría de la relatividad especial, ideada hace ya 50 años por Einstein para explicar ciertas cosas raras que hacia la luz, afirma que la masa de un cuerpo aumenta al aumentar su velocidad. Y como para acelerar un cuerpo de mayor masa hay que hacer más fuerza, cada vez cuesta más seguir acelerándolo. Las fórmulas de la teoría dicen que para alcanzar la velo-

cidad de la luz haría falta una fuerza infinita, y ni permiten considerar el problema de sobrepasarla. Esas fórmulas, por desgracia, se han verificado con mucha exactitud usando electrones y otras partículas atómicas, las únicas que se pueden acelerar hasta cerca de la velocidad de la luz, por su pequeña masa inicial. Como, además, hay docenas de verificaciones de la teoría relativista (entre ellas la posibilidad de la bomba atómica), en este momento nadie duda de que la prohibición de sobrepasar la velocidad de la luz no es un simple reglamento de tránsito que se puede violar a costa de una multa. Pero no perdamos las esperanzas; me atrevo a asegurar que antes de cincuenta años alguna nueva teoría vendrá a ampliar las ideas de Einstein y permitirá escurrirle el bul-

to a esa prohibición. También en física vale aquello de "hecha la ley...".

PREGUNTA:

He leído en un manual que la temperatura de la atmósfera es de 2.500 grados absolutos a 650 kilómetros de altura. Agrega el manual: "esto haría imposibles los vuelos interplanetarios, pues esa temperatura es muy superior al punto de fusión de la mayoría de los metales". — * * *

Estos datos han sido causa de confusión para mucha gente, incluso técnicos; ellos no significan lo que parecen significar. Recordemos que la velocidad media de las moléculas del aire aumenta con la temperatura, de modo que se puede expresar una temperatura dada indicando esa velocidad. A la inversa, se puede expresar la velocidad media de las moléculas mediante una temperatura. Eso es lo que hacen muchos manuales, y los físicos tienen buen cuidado de referirse a ellas como "temperaturas cinéticas". Pero que haya una temperatura cinética de 2.500° absolutos a 650 km. de altura no significa que un cohete se caliente hasta ese punto allí arriba. La temperatura cinética nos dice con qué velocidad se mueven las moléculas que allí hay, pero no nos dice si hay moléculas en cantidad suficiente para calentar el cohete. No las hay.

Para cohetes de tamaño suficiente para llevar un piloto, la resistencia del aire cesa virtualmente a 30 kilómetros de altura. Más allá, el aire está demasiado enrarecido como para tener influencia ni sobre el movimiento ni sobre la temperatura del cohete.

PREGUNTA:

Hace algún tiempo oí decir que si una persona permanece en una ha-

bitación completamente a oscuras durante un tiempo suficiente para que sus iris se abran por completo, será capaz de ver con luz de la llamada ultravioleta, o "negra", pero que todos los objetos le parecerán desplazados en cierto ángulo con respecto a su posición real. ¿Puede arrojar alguna luz (negra o de las otras) sobre este asunto? - Jorge Crema, Río de Janeiro 124, Buenos Aires.

No es verdad que todo el mundo pueda ser ultravioleta con sólo permanecer en la oscuridad hasta que sus ojos alcancen máxima sensibilidad. En cambio, sí es cierto que algunas personas pueden ver la luz ultravioleta, y para ello no necesitan encerrarse en una pieza oscura: lo que importa es que la intensidad de la luz ordinaria, o visible, sea bastante baja para no "tapar" por completo a la ultravioleta. Esta capacidad de ver luz ultravioleta parece restringida a personas de ojos claros y poca edad, y se va perdiendo con los años. No sé si se ha establecido un límite de edad, pero calculo que una persona de 30 años ya es demasiado vieja para eso.

Pero la idea del desplazamiento de los objetos es errónea. Cualquiera puede "ver" ultravioleta mediante una cámara fotográfica. Si hubiese tal desplazamiento, todas las fotos tomadas con luz que contenga mucho ultravioleta (luz solar, por ejemplo) serían borrosas o tendrían dobles contornos. A veces salen fotos así, pero no por culpa de la luz ultravioleta.

PREGUNTA:

¿Qué ocurre si una serpiente venenosa muere a otra de su misma especie? - Gustavo Soler, B. Irigoyen 350, Buenos Aires.

La serpiente mordida se muere o, por lo menos, se enferma de gravedad.

Las serpientes venenosas no son inmunes a su propio veneno.

PREGUNTA:

¿Cómo puede girar en el espacio una nave-cohete? - Gregorio Falcones, Garay 2707, Buenos Aires.

Hay tres métodos para hacer girar un cohete en el espacio. El más sencillo es provocar una corta explosión del motor-cohete doblando los tubos de maniobra que están en el escape de los gases. Ese sistema es el que se usa en las V-2. El segundo método es tener todo el motor montado en un soporte giratorio y hacerlo funcionar en el ángulo conveniente. Así maniobra el cohete "Viking" de la armada norteamericana.

Un tercer método, aún no usado, sería hacer girar una rueda dentro de la nave, sin que funcionen los motores. Si la rueda gira en una dirección, toda la nave girará en sentido contrario. Con tres ruedas montadas en ángulo recto entre sí, la nave puede hacerse girar en cualquier dirección.

Por supuesto, con este método no se

cambia la dirección de vuelo, sino tan sólo la dirección en que apunta la nariz del cohete. Para moverse en esa nueva dirección hay que poner en marcha, entonces, los motores.

PREGUNTA:

¿Las grandes constelaciones de estrellas, como Orión, la Cruz del Sud, la Osa Mayor, etcétera, forman parte de nuestra galaxia? - A. Z., Santiago de Chile.

Sí; todas las constelaciones que tienen nombre se componen de estrellas de nuestra galaxia.

En el cielo austral los únicos objetos visibles a simple vista que no pertenecen a nuestra galaxia son las dos Nubes Magallánicas. Son nubes de estrellas más pequeñas que la Vía Láctea (que es el nombre de nuestra galaxia) y bastante cercanas, hablando en términos astronómicos.

Desde el hemisferio norte puede verse la nebulosa de Andrómeda, que está aún más cerca de nosotros. Las demás galaxias sólo pueden verse con telescopio.



los viejos mueren RICOS

Estas noticias se leen en los diarios por lo menos doce veces al año, pero en seguida son olvidadas... Es que la verdad de lo que ha ocurrido es algo que ningún periodista llega a conocer, y que ningún lector sospecha...

por H. L. Godl



ilustrado por Ashman

USTED de nuevo, Weldon — dijo con cansancio el forense.

Yo asentí y miré con interés la modesta pieza, pensando que tal vez obtendría la respuesta que buscaba.

En la cama de metal había una anciana de cabellos blancos, tan terrible-

mente delgada que no era más que piel y huesos. El forense la examinaba con frialdad, mientras le gruñía al sargento Lou Pape, que me había llevado hasta allí.

—¿Cuándo va a dejar de traer a Weldon para que vea estos casos, sar-

gento? — preguntó fastidiado. ¡Maldito actor y su enfermiza curiosidad!

LOU PAPE empezó a defenderme diciendo que era amigo mío, que él también había sido actor antes de ingresar en la policía y que los dos seguíamos el método de Stanislavsky, un gran director de escena ruso, de la época zarista, quien pensaba que los actores debían sentir y pensar como los personajes que representaban en la escena. Para él, la obra no era más que una prolongación de la vida creada por el actor.

¿Y qué tiene que ver eso con la anciana que había muerto? Yo había tenido la mala suerte de quedarme calvo a los 25 años y desde entonces sólo había representado papeles de viejo. Los hacía muy bien, porque había llegado a comprender lo que sienten los viejos y cómo son, y por eso convencí a Lou Pape para que me llevara a ver aquellos casos que me servían de estudio de la senilidad. Quería entenderlos, sentir el impulso que los llevaba a aquello.

Por ejemplo, la anciana de la cama tenía 32.000 dólares en cuentas bancarias... y había muerto de hambre.

En el diario se leen por lo menos una docena de casos semejantes por año y, aunque nos intriguen, los olvidamos en seguida. Mi interés era profesional; me ganaba la vida haciendo papeles de viejo y quería saber acerca de ellos todo lo posible.

Al menos, así fué cómo empezó. Pero conforme iba investigando más casos, menos sentido les encontraba, hasta que por fin aquello se convirtió en una obsesión para mí.

Todos ellos tenían aproximadamente unos 30.000 dólares y, sin embargo, todos morían de hambre. Si lograba comprenderlos, podría escribir una obra acerca de ellos, conseguir quizá un contrato en Hollywood.

Y ahora me encontraba ante una anciana que había preferido morir antes que gastarse uno solo de sus 32.000 dólares en alimentos.

UNA desnutrición aguda, producida por una psicosis senil — dijo el médico —. No hay ningún misterio en eso, Weldon. Se mueren de hambre porque le tienen menos miedo a la muerte que a gastarse sus ahorros.

Yo había estado tratando de imaginarme a mí mismo más débil cada día por el hambre, decidiendo luego que debía comer, aunque me costara algo. Volví a la realidad y le contesté:

—Eso es lo que usted dice.

El se encogió de hombros, disgustado, y ordenó que sacaran de la pieza a la anciana. Después se marchó, sin despedirse, como siempre.

No me importaba su actitud. Lo importante era penetrar en el interior de aquel personaje. El ambiente, lleno de desesperación solitaria, deprimente, tenía que ayudarme.

Trabajé en ello durante media hora, con la profunda concentración que se aprende con el método de Stanislavsky. Luego, lo dejé.

—El médico se equivoca, Lou — le dije —. No puede ser así.

Lou se apartó de la ventana, por donde había estado mirando.

—Conoce su oficio, Mark.

—Pero no conoce a los viejos.

—¿No comprendes? — me preguntó, ayudándose a entrar en mi caracterización, como buen discípulo de Stanislavsky que era —. ¿No crees que el dinero es más importante para un psicópata que la comida?

—Sí. Hasta cierto punto. Pero hasta la muerte, no.

—¿Por qué no?

—No es muy fácil morir de hambre. Y menos cuando se puede comprar pan duro, huesos para sopa, verduras pasadas. Con eso, se puede vivir casi por

nada, Lou, y el hambre es un instinto muy potente. Me explico que no les guste gastar esos centavos. No comprendo que se queden sin comer.

—Quizá — me replicó, encendiendo un cigarrillo — estaban tan débiles que no podían ir a buscar pan duro y verduras pasadas.

—¡Qué disparate! — dije —. ¿Sabes lo que se tarda en morir de hambre? ¡Semanas enteras! ¿Sabes realmente? Pues, ¡semanas enteras!

—¿Has intentado alguna vez dejar de comer durante semanas enteras, Lou? — le pregunté.

—No. ¿Y tú?

—En cierto modo. Hace dos años que me enteré de la existencia de estos casos... y he tratado de imitarlos. Pero hay medios de conseguir comida gratis: trabajando de cuando en cuando, yendo a comer a los asilos, etc. Mas digamos que esa gente se queda en su habitación y se deja morir lentamente de hambre.

"Claro está — proseguí —, que existen asociaciones caritativas (aunque no para los que tienen dinero en el banco), y que también se pueden pedir pensiones a la vejez, o dinero prestado a los vecinos.

—Pero esos casos — exclamó Lou — son como ermitaños. No se relacionan con nadie.

—¿Ni siquiera cuando empiezan a sentir hambre de veras?

—Sí... — me concedió, reflexivo —. Pero no tendrían que ir en busca de nadie. Al cabo de algunos días, el portero, el dueño de la pensión o quien fuera, entraría en su habitación para ver qué le pasaba.

—Y, entonces, se los encontraría vivos.

—Eso parece, ¿no? — convino de mala gana —. Pero no tienen amigos, y sus parientes son tan lejanos que casi no saben si viven o no. — Levantó la

cabeza —. Aunque no hace falta tener amigos o parientes para que alguien investigue por qué uno lleva mucho tiempo sin que lo vean, ¿no es así, Mark?

—En estos casos hay algo raro. Quiero descubrir qué es.

LOU me llevó a la comisaría y me dejó ver las libretas de cheques de la anciana.

—Las cuidaba muy bien — dije —. Parecen nuevas.

Miré con cuidado la primera entrada que habían hecho en ella: 23 de abril de 1907, \$ 150. Mi vista no es tan mala. Miré la tinta; era oscura, no se había borrado. Se lo señalé a Lou.

—No habrá estado expuesta a la luz del sol. No creo que sacara mucho sus libretas.

—¿Y qué sacas en limpio de eso? Pueden haber sido psicópatas toda la vida... pero no psicópatas seniles. No me extrañaría que tú te convirtieras en uno de esos casos, Lou.

—¿Yo?... — exclamó sobresaltado —. ¿Cómo?

—Te da demasiado miedo la pobreza. Sabes que eres un buen actor, pero no te atreves a dejar este empleo. Con el tiempo, llegarás a tener miedo de gastar dinero y terminarás muerto de hambre en una habitación barata.

—¿Yo? ¡Nunca tendré tanto miedo de quedarme sin dinero!

—¿Ni a los setenta u ochenta años?

—¡Especialmente entonces! Es probable que me gastaría lo que tuviera alegremente y terminaría en un hogar de ancianos.

Quería sonreír pero no lo hice. Había probado que yo tenía razón en aquel punto.

ABRI de nuevo la más antigua de las libretas.

—¿Pensó alguien en probar la tinta, Lou?

—¿Para qué? Los bancos están siempre de acuerdo. No son falsificaciones, si eso es lo que piensas.

—No sé lo que pienso —reconoció—. Pero me gustaría que un químico examinara un poco esto.

—Mira, Mark, he hecho muchas cosas por ti, pero todo tiene sus límites...

Y seguía gruñendo aun cuando llamó por teléfono al químico y se vino conmigo al laboratorio.

—Pero lo hago porque tengo que proteger la propiedad del Estado —me explicó.

—Sí, sí —convine—. Si no sientes curiosidad, ¿no prefieres aguardar afuera?

—Podría hacerlo —me replicó sonriendo—, pero prefiero ver cómo te pones en ridículo.

Le entregué la libreta al químico y aguardamos el informe. Cuando nos lo trajo, tuvo que traducírnoslo antes.

LA tinta era típica de las que se empleaban hacía cincuenta años. Lou Pape me dió un codazo en las costillas al oírlo. Pero luego el químico dijo que, a juzgar por la cantidad de oxidación, parecía tan fresca como si sólo tuviera unos meses, y entonces fui yo quien le dió el codazo a Lou. Este preguntó si eso no se debería al extraordinario cuidado que habían tenido con ella. El químico no podía decirlo: dependía de la clase de cuidado; si la habían tenido en un compartimiento lleno con un gas inerte, o sometido al vacío, sí. Y como sabíamos que no habían sido guardadas así, Lou se quedó tan desconcertado como yo.

Tomó la libreta y salimos a la calle.

—¿Qué piensas hacer ahora? —me preguntó Lou.

—Que me ahorquen si lo sé. Hay miles de ancianos en la ciudad. Sólo unos cuantos terminan así. Tendré que dar con ellos antes de que mueran.

—Si tienen dinero, no lo dirán, Mark,

y no podrás distinguirlos de los que son verdaderamente pobres.

—¡Qué problema! Y lo malo es que a mí no me gustan los problemas.

Lou tenía que volver a su trabajo. Yo me quedé en un banco del parque tratando de pensar como un psicópata senil, que prefería morir a gastar unos centavos en comida.

Como es natural, no conseguí nada. Hay muchos modos de vencer el hambre, de que nos descubran antes de que sea demasiado tarde.

Y aquella tinta fresca, que tenía más de medio siglo...

LEVABA más de un mes dándole vueltas al problema, cuando una noche volvía cansado y desanimado a mi hotel y me encontré a Lou en mi pieza. Esperaba que iba a hablarme de nuevo para convencerme de que dejara todo aquello, como solía hacer, y yo estaba demasiado abatido para discutir con él. Pero Lou estaba muy excitado y me llevó a toda prisa a su auto.

—Todo el día he estado tratando de comunicarme contigo, Mark. Se ha encontrado a un viejo que vagaba por ahí, como aturdido, y víctima de una desnutrición aguda, aunque llevaba diecisiete mil dólares en el forro de la chaqueta.

—¿Vivo? —le pregunté lleno de curiosidad.

—Apenas. Están tratando de alimentarlo con inyecciones intravenosas. Pero no creo que salga de ésta.

—¡Dios santo, vamos allí antes de que se muera!

Lou me llevó a toda prisa a la sala del hospital. En la cama había un viejecito que parecía un esqueleto y temblaba como si estuviera muerto de frío.

—¿Quién es usted? —le pregunté, agarrándolo del delgado brazo—. ¿Qué le ocurrió?

—Siguió temblando, con los ojos cerrados y la boca abierta.



—¡Ah, diablos! —exclamé, disgustado—. Está en coma.

—Pero tal vez hable — intervino Lou—. Yo lo arreglé para que puedas quedarte aquí y escucharlo, en caso de que hable.

—Para oír las tonterías que diga en el delirio.

—¿Y qué? —Lou parecía realmente disgustado—. Tú sabes muy bien que puedes sacar en el delirio datos biográficos que nunca conseguirías si estuviera consciente.

TENIA razón. No solamente datos, sino actitudes, deseos, resentimientos que, normalmente, estarían reprimidos. Allí había alguien que podía decirme lo que quería saber..., pero no hablaba.

Cuando me quedé solo, me esforcé con toda mi voluntad, pidiéndole mentalmente que hablara. Todo el mundo conoce esa clase de experiencias; la tensión va en aumento hasta que uno se encuentra con el cuerpo rígido y los músculos doloridos. En realidad, no merece la pena intentarlo, aunque de cuando en cuando la coincidencia nos hace pensar que lo hemos conseguido. Como ocurrió.

El anciano volvió en sí. Es decir, abrió los ojos y miró en torno de él, sin ver nada. Luego alzó la mirada al techo y después volvió a cerrar los ojos y yo me dejé caer en mi silla, amargado y decepcionado...; fué entonces cuando empezó a hablar.

Hablaba de su niñez, de los juguetes que había deseado y que no le dieron. Su hermanita murió de niña y él se alegró, porque pensó que sus padres se ocuparían más de él. Luego, alguien quería quitarle su empleo.

Al cabo de diez o quince minutos de hablar, se durmió. Me sentía tan decepcionado que me entraron ganas de despertarlo sacudiéndolo, pero comprendí que aquello no serviría de nada.

NO tengo dinero! —gritó de repente, tratando de reincorporarse en la cama.

Yo lo eché hacia atrás suavemente, y él prosiguió, lleno de terror.

—Viejo y pobre, no tengo adónde ir nadie me quiere, leo los avisos todos los días, pero no hay trabajo para viejos.

Rápidamente fué hablando de semanas, meses, años —no lo sé muy bien— de miedo y desesperación. Y finalmente, recordó algo que le hizo brillar la cara.

—Un aviso. No hace falta experiencia. Buen sueldo —su rostro se oscureció de nuevo, espantosamente, murmuró algo que sonaba como El Greco, y entró en la agonía.

Llamé a la enfermera y al médico, y me quedé aguardando por si el viejo decía algo más antes de morir, pero eso fué todo. Por fin el médico le tomó el pulso y la enfermera le cubrió la cara con una sábana.

Salí de allí, deprimido. Lo único que había sacado en limpio era lo del aviso, pero lo mismo podía haber ocurrido hacía unos años que últimamente. Y el nombre de El Greco, un pintor español de hacía unos quinientos años.

El aviso parecía haber resuelto su falta de dinero. Pero, ¿y los 17.000 dólares que tenía en el forro de la chaqueta? Probablemente, si era un psicótico senil, al ver que no ganaba nada se habría considerado sin dinero.

El aviso y El Greco. Quizá un restaurante griego donde le darían de comer gratis alguna vez.

Pero, ¿qué papel jugaban en todo aquello los 17.000 dólares?

LOU PAPE estaba harto y no quería discutir el caso.

—El tipo deliraba, Mark. ¿Cómo podemos saber si lo que decía tenía importancia o no?

No sabía censurarlo. Se había tomado demasiadas molestias por mí. Pensaba que yo me estaba arruinando al tratar de resolver el problema. Me dijo que debía dejarlo, y se fué.

En realidad, yo no lo necesitaba para leer los avisos, como hacía todos los días, interesándome especialmente por los que pedían personas de edad.

Uno de ellos me llevó a una casa de cinco pisos de la Calle 80 Este. Aguardé con el resto de los pretendientes, hombres y mujeres viejos y mal vestidos. Tenía la cara cuidadosamente arrugada y vestía un traje brillante y gastado.

Finalmente llegué hasta la mujer que recibía. Tenía los cabellos rojos con reflejos dorados y los ojos de un azul muy pálido. Su rostro habría resultado hermoso, si su expresión no hubiera sido tan rígidamente fría; sonrió brevemente, mirándome desde las plantas de los pies hasta la calva, exactamente como había hecho con los demás. ¡Pero qué cutis! ¡Y su cuerpo tan perfecto, erguido y proporcionado, era un crimen que no estuviera en un escenario!

—¿Nombre, dirección, ocupación anterior, número de seguro social? —me preguntó con voz clara. Le di toda la información que me pedía y como referencia el sargento Lou Pape—. Magnífico —dijo ella—. Nos comunicaremos con usted si se presenta algo. No nos llame..., nosotros lo llamaremos.

Me quedé por allí para ver a quién elegía. Sólo eligió a uno, un anciano que no tenía un número de seguro social, ninguna referencia y ni siquiera amigos o parientes.

¡Diablos! ¡Claro, eso era lo que ella quería! ¿Acaso los que habían muerto de hambre no eran personas sin amigos, ni parientes, a las que era muy difícil seguir la pista?

Había encontrado un buen indicio, pero cuando va era demasiado tarde. Bueno, había un medio de arreglarlo.

CUANDO se hizo de noche, vi desde una esquina cómo se encendían las luces de la casa. Las de los dos primeros pisos estaban apagadas y sólo brillaban las del tercero y el cuarto. ¿Cerrada por aquel día... o abierta para el negocio?

Entré en un edificio vecino, toqué el timbre, y cuando abrieron la puerta, subí corriendo hasta la azotea, mientras un hombre preguntaba a gritos desde la escalera, quién era. Atravesé dos azoteas y bajé por la escalera de incendios de la casa.

En la habitación del cuarto piso, que veía desde la ventana, había una especie de caja de tela metálica y unas máquinas cubiertas. Pero ninguna persona.

La habitación del tercer piso era la de la pelirroja. Salía del baño en aquel momento, envuelta en una bata de baño de tejido esponjoso y con una toalla en la cabeza. Se quitó la bata y empezó a ponerse talco. Tenía una piel maravillosa.

Se volvió, y se dirigió hacia una cómoda que había al otro extremo de la pared. Un instante después, levantaba el cristal y me apuntaba con un revólver.

—Entre... Mister Weldon, ¿no? —dijo una voz absolutamente serena—. Me pareció que tenía una curiosidad que no justificaba un simple aviso.

—Un hombre de mi edad no ve gran cantidad de muchachas lindas —gemí con voz cascada.

Con el gesto me indicó que entrara. En cuanto entré vi que una luz roja brillaba en la ventana. Una alarma silenciosa.

—Un hombre de su edad puede ver todas las muchachas lindas que quie-

ra — dijo mirándome con sus ojos claros—. No es viejo. En mi anuncio pedía específicamente viejos. ¿Por qué se presentó?

—Necesitaba trabajo —le repliqué hoscamente.

ELLA sonrió con más desdén que humor.

—Tenía trabajo, mister Weldon. Estaba muy ocupado averiguando por qué unos cuantos psicópatas seniles se dejaban morir de hambre.

—¿Así que lo sabía? —exclamé, sobresaltado.

—Hice también mis investigaciones. Por eso sé que no le dijo a su amigo, el sargento Pape, que pensaba venir aquí.

Así era. Y al mirar su revólver me arrepentí de no haberlo hecho.

—Pero descubrió que soy la dueña de este edificio, que me llamo May Roberts y que soy hija del difunto doctor Anthony Roberts, el físico. ¿Quiere que le diga algo más?

—Sí. Usted y los casos de muerte por hambre me interesan mucho. Si usted no tuviera relación alguna con ellos, no habría sabido que yo los estaba investigando.

—Es obvio, ¿no? —dijo sin quitarme los ojos de encima—. No me asustan los detectives profesionales, mister Weldon. Pero tampoco me gustan los aficionados, porque adivinan demasiadas cosas. No se limitan a investigar simplemente la realidad. Y por eso muchas veces se aproximan demasiado a la verdad.

—Tal vez me habré aproximado demasiado a ella, miss Roberts, pero aun así, no sé de qué diablos se trata. Lo único que sé es que está unida con un grupo de psicópatas seniles que se mueren de hambre a pesar de que tienen dinero. Así que podría dejarme ir tranquilamente.

Ella se echó a reír por primera vez.

—¿Verdad, no? Pero tal vez podría convencer al sargento Pape para que se hiciera aquí un registro. No podrían acusarme de nada, mas no me resultaría conveniente. No me gustan los inconvenientes.

—¿Lo que significa...?

—Usted quería saber cuál era mi relación con los psicópatas seniles. Pues voy a enseñársela.

—¿Cómo?

Ella me amenazó con el revólver. —Vuélvase de cara a la pared y quédese así mientras me visto. Intente moverse y lo mato. No me gustaría una investigación..., pero usted ha asaltado mi casa, y eso me libraría de toda responsabilidad.

ME volví de cara a la pared. Aquella mujer era la persona más fría, calculadora y temible que yo había visto. Y todavía no sabía muy bien de lo que podía ser capaz.

—Muy bien —me dijo por fin.

Me volví y la miré. Estaba ataviada con una especie de "overall", y llevaba los cabellos rubios cubiertos con un pañuelo. Me había resultado temible cuando lo único que tenía encima era un revólver. Ahora me parecía una sentencia de muerte.

—Abra aquella puerta, doble a la derecha y suba la escalera —dijo indicándome los movimientos con el revólver.

Bajé. Fué el camino más corto y terrible de mi vida. Entramos en la habitación que había visto en el cuarto piso. La jaula de tela metálica me parecía una cámara de tortura.

—¿Va a hacer conmigo lo que hizo con el anciano que contrató hoy? —le pregunté.

Ella movió una palanca que puso en marcha los motores, con un zumbido apagado y amenazador. La tela metálica de la jaula empezó a vibrar extrañamente.

—Ha sido una molestia inesperada, mister Weldon —me dijo—. Nunca creí que llegaría hasta este punto. Pero ya que lo ha hecho, más vale que los dos nos beneficiemos de ello.

—¿Nos beneficiemos? —repetí.

Abrió un cajón y sacó un montón de sobres que puso en el borde de la mesa.

—¿Lo prefiere todo en numerarios, en cuentas bancarias o mitad y mitad?

—Mi corazón comenzó a latir. ¡El dinero procedía de ella!

—¿QUIERE decirme que es una filántropa?

—Los negocios son, en cierto modo, filantropía —me replicó con calma—. Usted necesita dinero y yo sus servicios. Así que nos hacemos mutuamente un favor. ¿Quiere tomar los sobres de la mesa?

Tomé la pila y miré el de encima.

—15 de mayo de 1931 —leí en voz alta, y la miré con desconfianza—. ¿Para qué es esto?

—Algo que no puede explicarse. Más tarde lo discutiremos. —Miró una serie de cajones que había en la pared y leyó algunas etiquetas. Luego tomó un paquete de ropas y me lo entregó—. Póngase esto.

Lo abrí. Adentro había un traje oscuro y sencillo, unos zapatos negros, camisa y corbata y un sombrero de ala estrecha.

—¡Vístase! —me ordenó apuntándome con el revólver.

Le obedecí. La ropa era aproximadamente de mi talla: los zapatos algo pequeños, el cuello un poco alto y duro, y el traje demasiado estrecho en los hombros y en los pantalones. Me habría gustado mirarme. Seguramente parecía un corredor de Wall Street, ultra conservador.

—Muy bien —exclamó—. Métase los sobres en el bolsillo. En cada uno hay instrucciones. Sígalas cuidadosamente, por riguroso orden.

—Pero, ¿a qué viene todo esto?

—No puedo decirle más que una cosa, mister Weldon... No trate de escaparse. No podrá. Las demás preguntas se irán contestando por sí solas cuando siga las instrucciones de los sobres.

Tenía aún el revólver en la mano. Me metí en la jaula de tela metálica, sin saber qué me esperaba. No quería morir de hambre, por mucho dinero que ella me hubiera dado..., pero tampoco morir de un tiro.

Cerró la puerta y apretó con toda

Invencciones necesitanse

LOS vuelos de los grandes aviones a chorro, precursores de los cohetes interplanetarios, señalan problemas característicos de ese tipo de aparatos. Se necesita urgentemente un instrumento que advierta de inmediato al piloto si uno de sus motores deja de funcionar. Actualmente pueden pasar varios segundos antes de que el piloto note que uno de sus chorros se ha "apagado", y ese lapso puede ser fatal al decolar. Hace falta un sistema para invertir el chorro, con el objeto de disminuir la velocidad de aterrizaje, o los aeródromos terminarán siendo gigantescos. La gran altura de vuelo hace que un agujero en la cabina pueda significar la muerte por baja presión y asfixia de los pasajeros; es necesario inventar un sistema para descender casi instantáneamente... y que permita salir de la picada. Las soluciones a estos problemas serán bien recibidas por todos los que sueñan con el viaje a la Luna.

fuerza la palanca. Los motores zumaban con más fuerza, al aumentar su velocidad; la tela metálica vibraba con mayor rapidez; podía ver a la mujer como si no hubiera nada entre los dos.

Y, de pronto, dejé de verla del todo.

Me hallaba ante la puerta de un banco, en un claro día de primavera.

MI miedo se evaporó instantáneamente... ¡Había logrado escapar! Pero entonces me di cuenta de un par de cosas. Era de día y no de noche. Me hallaba en la calle y no en la casa de la mujer.

¡Hasta la estación había cambiado!

Aturdido, miré a las gentes que pasaban. Parecían personajes de películas; las mujeres vestían trajes largos y sombreritos con flores; los hombres sombreros de paja de copa dura y trajes de hombros estrechos... como el que yo llevaba.

El ruido del tránsito atrajo mi atención. Autos con carrocerías cuadradas, radiadores tubulares...

Por un momento, el terror me invadió. Luego recordé la jaula de tela metálica y los motores. May Roberts podía haberme dado un shock eléctrico, dejándome bajo sus efectos el tiempo suficiente para que la estación cambiara, o tal vez me había llevado al Sur.

Pero no, aquella calle era de Nueva York. La reconocí, aunque algunos edificios estaban cambiados y la gente vestía con más pobreza.

¿Escenografía? ¿Hipnotismo?

Completamente confuso tomé el montón de sobres que tenía en el bolsillo. Según me había dicho yo debía tener numerario y cuentas bancarias y me hallaba en la puerta de un banco. Por lo visto, ella deseaba que entrara. Entré y le entregué el primer sobre al cajero.

El sacó de dentro 150 dólares y me

miró como si eso fuera lo suficiente para comprar el banco. Me preguntó si tenía cuenta corriente. No la tenía. Me llevó a hablar con uno de los jefes del banco, un tipo con bigote a lo John Gilbert, quien me abrió la cuenta con una gran cordialidad.

Al salir a la calle miré la entrada de la libreta de banco. Mi corazón latió con fuerza.

La fecha que habían puesto en ella era 15 de mayo de 1931.

NO sé qué me asustaba más: si verme solo y perdido en el peor período de la crisis económica, o que me volvieran a llevar a la casa de la mujer. De repente, la escena desapareció y yo me encontré ante la puerta de otro banco de la ciudad.

La fecha del sobre era 29 de mayo, pero siempre de 1931. Deposité allí 75 dólares, 100 más en otro, días más tarde, y así sucesivamente, entrando sólo unos minutos en cada lugar y viendo cómo pasaban volando los días y los meses.

De cuando en cuando, enviaba los sobres a distintos corredores de bolsa, y, cuando una vez abrí uno antes de enviarlo, vi que contenía un pedido de compra de acciones de una compañía de bebidas sin alcohol, hecho a nombre del doctor Anthony Roberts. Las acciones estaban muy bajas. La última vez que vi la cotización, las acciones valían cinco veces más. Yo estaba ganando dinero, pero May Roberts ganaba mucho más.

Algunas veces tenía que quedarme una hora o más en un lugar. Como el 21 de junio de 1932, cuando aposté a que Jack Sharkey le quitaría el campeonato mundial de los pesos pesados a Max Schmeling.

—Yo apuesto también un dólar —dijo un tipo de aspecto amargado que había en el bar—. ¡Nadie trabaja, no hay porvenir para nada!

—Ya saldremos de esta crisis —le contesté confiado.

—No mientras vivamos, muchacho —me replicó—. ¡No creo en milagros!

—Calla, Gus —dijo uno—. La pelea empieza.

BEBI mucho whisky malo mientras escuchaba por radio la pelea. Lo único que recuerdo es que estaba tratando de contar bien el dinero y guardarlo en el sobre apropiado, mientras salía con paso vacilante del bar, cuando todo cambió de golpe y me vi de nuevo frente a un banco.

“¡Dios mío, qué buena cura de las borracheras!”, pensé. Cuando hice el depósito, me sentía tan sobrio como si no hubiera bebido una gota.

En el bolsillo tenía más sobres con más apuestas y depósitos. Ya iba pasando por los años como una paja que arrastra la corriente, deteniéndome sólo un minuto aquí y otro allí. Los sobres comenzaban a hincharse y los depósitos crecían.

Todo aquello era tan emocionante que hasta principios de octubre de 1938 —en total, quizá cuatro o cinco horas —no me di cuenta clara de lo que ella me obligaba a hacer. En realidad, no pensaba en que estaba viajando a través del tiempo, ni en cómo lo hacía; experimentaba una sensación extraña, como si viera resucitar a los muertos. Por ejemplo, mis padres vivían aún en 1938. Si pudiera librarme de aquella fuerza que me obligaba a atravesar el tiempo, podría ir a verlos.

Aquella idea me atrajo inmensamente. Deseaba con toda el alma volver a verlos, pero no me atrevía. No podía...

¿Por qué?

Tal vez la máquina cubría sólo un área. Si lograba escapar de ella podría evitar el volver a Max Roberts y lo que me tenía preparado.

Porque, naturalmente, ahora sabía lo que estaba haciendo: depositaba cantidades y ganaba apuestas seguras, lo mismo que habían hecho los “psicópatas seniles”. La tinta de sus libretas bancarias parecía fresca porque era fresca; no le daban tiempo de oxidarse. Yo volvería a mi época dentro de unas horas, con unos 15.000 dólares en depósitos, interés compuesto y numerario.

Si yo hubiera tenido unos 70 años podría haberme enviado a comienzos del siglo, con la misma cantidad de dinero, que le habría producido unos 30.000 dólares.

¿Lo comprenden?

Yo lo comprendí y me sentí asqueado y aterrado.

Los viejos que habían muerto de hambre tenían todos dinero o depósitos en el banco. No me importaba saber si el responsable de sus muertes era el viaje por el espacio u otra cosa. Yo no quería que me encontraran a mí muerto en un hotel con los 15.000 dólares en el bolsillo.

EN vez de hacer el depósito de octubre de 1938, tomé un viejo taxi y le dije al chófer que se apurara. Cuando le puse en la mano 10 dólares, apreté con fuerza el acelerador. En 1938, 10 dólares era mucho dinero.

Cuando nos hallábamos a una milla del banco, el chófer miró hacia atrás.

—¿Adónde quiere que vaya, señor?

Me castañeteaban tanto los dientes que me costó trabajo contestar.

—Todo lo más lejos que podamos.

—¿Lo persigue la policía?

—No, pero no se sorprenda por lo que pueda ocurrir.

Me pregunté si May Roberts podría alcanzarme a aquella distancia del banco.

Deberíamos hallarnos a unas tres millas de él cuando parpadé y me

hallé de nuevo ante el mismo banco que había visto por primera vez en 1931.

Me pregunté si el chófer, al no verme, pediría a la policía que buscaran mi cadáver.

Pero era una búsqueda inútil. Yo les llevaba ya una semana de ventaja.

Me resigné y deposité el dinero en el banco. Era inútil resistir a aquella mujer. No lo intenté más.

No recuerdo cuál fué mi última apuesta, si una carrera o un match de boxeo. Me quedé en el bar hasta que me pagaron y luego me compré un sandwich y salí con él en la mano. Todos los sobres que tenía que usar habían desaparecido y me sentía inquieto porque sabía que lo primero que vería sería la pieza de la jaula de tela metálica y los motores cubiertos.

Así fué.

ELLA se hallaba al otro lado de la jaula y yo tenía en mi bolsillo cinco libretas de cheques y unos sobres con dinero, que en total ascenderían a unos 15.000 dólares, pero en lo único que podía pensar era en que tenía hambre y que algo tenía que haberle ocurrido a mi sandwich mientras viajaba a través del tiempo. Debía haberme caído, porque tenía la mano manchada de polvo o tierra. Me la limpié, me subí las mangas y me miré los brazos.

—Muy inteligente —le dije—, pero no creo que vaya a morir de hambre por ahora.

—¿Qué le hizo pensar eso?

—Que así morían todos los demás.

La miré. ¡Qué hermosa era! Tenía una de esas caras que uno desearía besar y abofetear, besar y abofetear...

—Vino aquí con ideas preconcebidas, mister Weldon. Soy una mujer de negocios, no un monstruo. Hasta me tengo por altruista. Podría emplear

a gentes jóvenes, pero a los viejos les cuesta más encontrar trabajo. Y habrá visto que les procuro unos ahorros que, de otro modo, no tendrían.

—Ganando una buena suma, a la vez.

—Soy una mujer de negocios. Necesito dinero para operar.

—Y los viejos también. Pero ellos mueren, y usted, no.

—Cometo errores a veces. En ocasiones elijo ancianos que no pueden soportar la tensión. No me gustaría que ocurriera, pero ellos necesitan tanto el dinero que me mienten acerca de su estado de salud y su edad.

—Podría elegir a los que tienen referencias y seguros sociales.

—¡Los que no los tienen se encuentran más necesitados aún!

—¿Quiere decir que esto no lo hace para ganarse una fortuna, dando una participación a los que la ayudan?

—Necesito dinero para operar, y empleo este método. Pero hay otros fines muchos más importantes. Usted sabe ahora que es posible viajar a través del tiempo. En otras palabras, ahora que se le ha pasado ya la impresión inicial, podrá hacer algo por mí en otra era.

—¿Algo? —pregunté extrañado—. ¿Qué desea?

—Primero, vamos a comer. Seguramente tendrá hambre.

EFECTIVAMENTE, tenía hambre, y eso me recordó una cosa:

—Me compré un sandwich antes de que me trajera aquí. No sé qué fué de él. Tenía la mano sucia y el sandwich había desaparecido, como si me hubiera caído y lo hubiera soltado al caer.

Me miró preocupada, probablemente con miedo de que me hubiera lastimado y ya no le sirviera. Yo sabía que su preocupación no era realmente por mí, pero, aun así, me agradó.

—Sí, ésa debe ser la explicación —dijo—. Lo cierto es que yo no he viajado nunca a través del tiempo... porque alguien tiene que operar los controles. Quizás el tirón para arrancarlo del pasado fué demasiado violento y se escurrió.

Me llevó a un lujoso comedor, donde había una mesa puesta para dos. La comida, humeante y sabrosa, ya estaba servida. Me señaló una silla y nos sentamos a comer. Al principio me sentía un poco nervioso y temí que hubiera algo en la comida, pero después de unos bocados vi que no pasaba nada.

—¿Trató de huir al rayo del tiempo, mister Weldon? Es porque no sabe bien cómo funciona. El rayo de control no cubre un área; cubre una era. Podría haber volado a cualquier extremo del mundo, y el rayo lo habría alcanzado. ¿Me explico con claridad?

—Sí. Con demasiada. —Aguardé a que siguiera hablando.

—Me imagino que tendrá muy mala opinión de mí —dijo.

—Sí, muy mala. Pero me parece muy inteligente. La persona capaz de inventar esa máquina tiene que ser un genio.

—Yo no la inventé. Fué mi padre.

—Su rostro se suavizó—. Mi padre era un hombre extraordinario, pero lo llamaban chiflado. Le impidieron que trabajara o enseñara. Mejor, porque así tuvo más tiempo para perfeccionar su máquina. Podría haberla empleado para obligar a la humanidad a que le pagara el mal que le había hecho. Pero la empleó para ayudarla.

—¿Cómo?

—No importa. Usted está decidido a odiarme y considerarme una mentirosa. Nada que le cuente podrá cambiar su parecer.

TENIA razón en lo primero. Pero, realmente, yo no poseía la suficiente información acerca de ella como para poder juzgarla.

—¿Qué quiere que haga? —le pregunté con desconfianza.

—Todos menos uno fueron enviados al pasado con fines específicos; para salvar tesoros de arte o reliquias que de otro modo se habrían perdido para la humanidad.

—¿Como las obras del Greco, por ejemplo? —le pregunté, recordando los desvaríos del viejo.

—Sí. Varias obras del gran pintor llevaban algunos siglos perdidas —y agregó: —Excepto el hombre que mencioné, todos los demás fueron envia-

Siluetas moleculares

HABLAR de la forma de una molécula era cosa que hasta hace cincuenta años se miraba con tan malos ojos como hoy hablar del color de un electrón. La experiencia demostró sin embargo que cuanto mayores son las moléculas tanto más importante es su forma, pues la tienen, y bien definida. En estos últimos dos años los trabajos de un especialista en Mecánica Cuántica, Linus Pauling, han permitido calcular la forma de moléculas constituyentes del cuerpo humano. Los de los cabellos, por ejemplo, son largas hélices izquierdas, varias de ellas unidas entre sí, como en una soga retorcida hacia la derecha. Los ácidos nucleicos, que combinados con proteínas forman las estructuras más importantes de la célula, también tienen forma de hélice, en general con siete vueltas derechas.

dos al pasado... El futuro es completamente desconocido para nosotros. Sólo lo exploré por encima una vez. Pero la persona que fué a él descubrió que sería de un inmenso valor para el mundo.

—¿Qué fué de él?

—Era demasiado viejo —me explicó, apenada—. Vivió sólo lo suficiente para decirme que en el futuro había algo que necesitábamos. Es una caja de metal, tan pequeña que puede llevarse en la mano, y que proporcionaría a toda la ciudad la energía suficiente para sus industrias y para iluminar sus calles y sus casas.

—¡Magnífico! ¿Y quién se beneficiaría de ella si la consigo?

—Irámos a medias en las ganancias, claro está. Pero antes tiene que acceder a vender la energía muy barata para que esté al alcance de todos.

—¿Y por qué razón no quiso aventurarse hasta ahora en el futuro?

—Del futuro al presente no se puede traer nada que no exista hoy en día. No puedo explicarle la teoría, pero comprenderá que nada puede existir antes de que exista. Usted no puede traerme la caja que quiero, sólo los datos técnicos para construirla.

—¿Datos técnicos? Soy un actor, no un científico.

—Tendrá plumas y cuadernos para copiarlo todo.

NO sabía qué pensar de ella. Era muy hermosa, factor que siempre influye en los juicios de un hombre, pero no podía olvidar a los viejos que habían muerto de hambre, aunque no sabía si aceptar o no la explicación que ella me había dado.

Además, quedaba la historia de los tesoros de arte, que, según me decía, había salvado, y su deseo de proporcionar energía barata a todo el mundo.

Pero aquellos viejos muertos de hambre...

—¿No me garantiza que saldré de esto con vida? —le pregunté.

—Míster Weldon —me dijo con cierto enojo—, sea lógico. Ya le he dado más dinero del que usted tuvo en toda su vida. En parte, mi motivo era pagarle por anticipado los servicios que iba a prestarme. Y, en parte, acostumbrarlo a viajar a través del tiempo. Si no me trae esos datos perderé la inversión, porque no puedo quitarle el dinero.

—No sé qué pensar —dije, descontento conmigo mismo porque no podía encontrarle ningún defecto al trato—. Le conseguiré los datos de la caja, si puedo, y luego veremos qué pasa.

Terminamos de comer, volvimos arriba y me metí en la jaula.

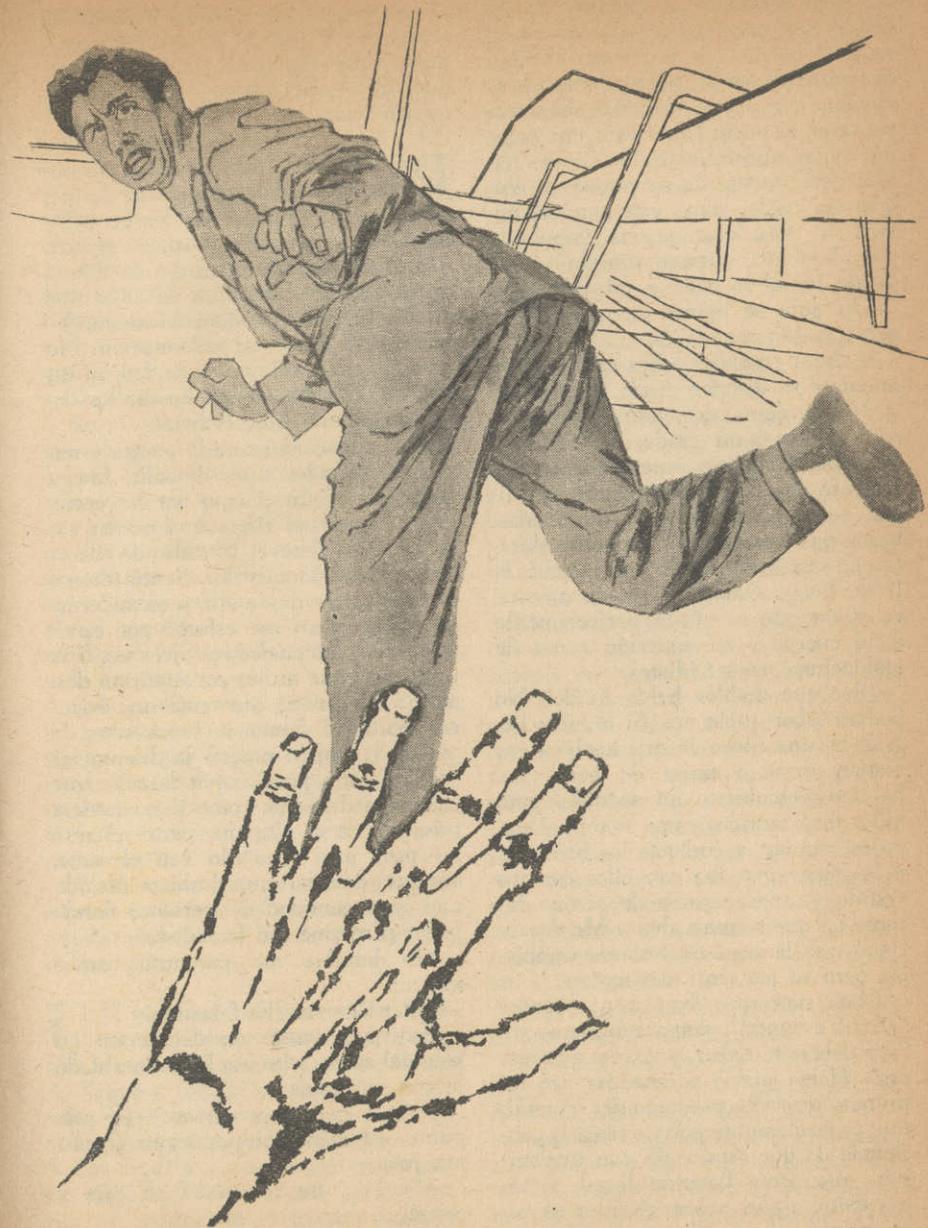
Ella cerró el circuito. Los motores zumbaron. La tela metálica vibró.

Y yo me encontré en un mundo que no conocía.

ME imagino que la llamarían una ciudad; por el número de edificios podía serlo. Pero ninguna ciudad tuvo nunca tantos árboles. No eran calles bordeadas de árboles, como el Unter den Linden de Berlín, o islas de arbustos y árboles, como Park Avenue en Nueva York. La hierba, los arbustos y los árboles crecían en torno de todos los edificios, separados entre sí por anchos espacios cubiertos de césped. Los edificios estaban hechos en su casi totalidad de cristal... o de algo que parecía cristal. Unas cuantas ventanas no reflejaban la luz del sol, pero no tenían persianas o cortinas. ¿Sería quizá alguna clase de cristal o plástico polarizador?

Me sentía inquieto, pero emocionado y lleno de interés a la vez, al pensar que vivía en el porvenir, cuando todos los que habían vivido en mi tiempo estaban muertos ya.

El aire olía como el campo. No



se veían manchas de gasolina en las calles con piso de cristal. Los autos estaban hechos de un material plástico completamente transparente y se movían con una velocidad silenciosa y suave. Si no hubiera visto una aeronave que surcaba el cielo, no me habría dado cuenta de su presencia. Volaba sin ruido, como una graciosa pelota sin alas, que parecía impulsada por el viento, aunque ningún viento puede impulsar nada a tal velocidad.

Un auto se detuvo verca y varias personas saltaron de él.

—¡Aquí estamos! —dijo una de ellas mientras se dirigían hacia mí.

No me detuve a pensar. Eché a correr. Atravesé un prado, me metí en el primer edificio que encontré, y atravesé los largos corredores, de lisas paredes suavemente iluminadas, hasta que encontré una puerta abierta. La cerré detrás de mí y eché la llave. Luego, jadeando, caí en un suave sillón que se ajustó perfectamente a mi cuerpo y me entraron ganas de maldecirme por mi idiotez.

¿Por qué diablos había huído? No podían saber quién era. Si hubiera llegado en una época en que los hombres vestían togas o trajes de baño, me habrían descubierto en seguida, pero todos iban vestidos como nosotros: con trajes, camisas y corbatas los hombres, y la mujer que iba con ellos con un vestido y unos zapatos de tacón alto como los que se usan ahora. Me decepcionó que la ropa no hubiera cambiado, pero así me sentí más seguro.

Mas, ¿por qué iban a gritarme: "¡Aquí estamos!", como no fuera...? No, deberían haber pensado que era otro. Había huído porque ésa fué mi primera reacción, producto del sobresalto y probablemente porque tenía la conciencia de que estaba allí con una misión que podía llamarse ilegal; si tenía éxito, algún pobre inventor se vería privado de sus derechos.

Deseé no haber corrido. Además de asustarme y pensar que era un estúpido, jadeaba y estaba cubierto de sudor. El ejercicio había sido demasiado para mí.

PERMANECI allí un rato, jadeante, tratando de imaginarme lo que debía hacer. Tenía tanta idea de adónde debía ir como un antiguo egipcio que se encontrara en medio de Times Square con instrucciones de robar una momia del Metropolitan Museum. Yo ni siquiera tenía esa información. No conocía en absoluto la ciudad ni su trazado, ni sabía dónde buscar los datos que quería May Roberts.

Abrí silenciosamente la puerta y miré a todos lados antes de salir. Luego de perder algún tiempo por los corredores llegué por fin a una puerta exterior. Me detuve y traté de hacer acopio de todo mi valor. Sentía deseos de salir corriendo de allí, o esconderme de nuevo, pero me esforcé por caminar como un ciudadano decente. Era un disfraz que nunca conseguirían descubrir. Lo único que tenía que hacer era portarme como si fuera uno de tantos, y, ¿quién notaría la diferencia?

Había otra persona por la calle que caminaba despacio, como si no tuviera prisa en ir a ninguna parte. Acorté mi paso para igualarlo con el suyo, aunque deseaba que hubiera habido una gran cantidad de personas donde poder perderme con facilidad.

Un hombre me preguntó cortésmente:

—Perdóneme. ¿Es forastero?

Estuve a punto de detenerme en seco del susto, pero eso les habría dado la voz de alarma.

—¿Qué le hace pensar eso? —le pregunté, esforzándome por seguir al mismo paso.

—No..., no reconocí su cara y pensé...

—La ciudad es grande —le repliqué

fríamente—. No se puede conocer a todo el mundo.

—Si puedo ayudarlo en algo...

Le dije que no y lo dejé plantado donde estaba. Mientras me hablaba, había decidido rápidamente que lo más sensato y lo menos arriesgado era no admitir nada y negarlo todo. Tal vez había caído en un estado policial, o el país estaba en guerra sin que yo lo supiera, o desconfiaba quizá de los extraños. Por cualquier motivo, desde vagancia hasta espionaje, podían detenerme, torturarme, matarme, Dios sabía qué. Aquel lugar parecía muy pacífico, pero eso no probaba nada.

Seguí caminando, buscando algo que no sabía con certeza si existía o no, en una ciudad absolutamente desconocida para mí y en una época en la que no tenía derecho de vivir. No se trataba simplemente de conseguir la información que ella buscaba. Yo me habría dado por satisfecho si hubiera podido quedarme así, hasta que ella me llevara a mi época, sin haber obtenido los datos...

Pero, ¿qué ocurriría entonces? ¿Quizá los que habían muerto de hambre eran las gentes que habían fracasado en alguna misión! Por ejemplo, podía matarme de un tiro y enviar mis restos a cualquier época, para deshacerse de toda prueba.

Diablos, no sabía si ella era mejor o peor de lo que yo suponía, pero no quería arriesgarme. Tenía que llevarle lo que quería.

UN poco más adelante vi un letrero. Al Centro Comercial, decía. Una flecha indicaba el camino. Cuando llegué a una bifurcación donde no sabía para dónde tomar, vi otra flecha, y luego otra y otra más.

Las seguí y me encontré en el centro de la ciudad, en una gran plaza con un parque en el centro, rodeada de toda clase de tiendas. La única

que me interesó fué una que tenía el siguiente letrero: *Aparatos eléctricos*.

Entré en ella.

Un joven vendedor, muy correcto, se acercó cortésmente a mí y me preguntó si podía servirme en algo. Mi respuesta me pareció estúpida a mí mismo, pero le contesté:

—No, gracias; estoy echando simplemente una mirada al local.

Y reí nerviosamente. ¡Yo, un actor, portándome como un patán asustado! Sentí vergüenza de mí.

El vendedor trató de ocultar su sorpresa, mas no lo consiguió. Pero entonces entró alguien y me dejó solo.

No sé cómo podré expresarles lo que sentía. Es una situación en la que nadie se ha encontrado, así que no es fácil de explicar. Voy a intentarlo.

Sigamos con el egipcio antiguo que mencioné antes, el que tenía que robar una momia del Metropolitan Museum. Tal vez así resulte más claro.

El pobre tipo, claro está, no tiene dinero ni una idea de lo que es el sistema de transporte de Nueva York, dónde se encuentra el museo, cómo se entra en él, qué hacen los que lo visitan o qué disposiciones puede contravenir sin darse cuenta, qué cosas sabe todo ciudadano, etc., etc. Ahora comprenderán en qué aprieto me encontraba. El que allí se hablara inglés no me servía de gran cosa; el no saber lo que se considera bueno o malo y las consecuencias desconocidas de todo aquello eran lo suficiente para espantar a cualquiera.

Aun así, pienso que no he aclarado suficientemente mi situación.

Miremos entonces los aparatos eléctricos que había en la tienda: eso les dará una idea mejor de lo que pasaba.

Aquellos aparatos eran seguramente tan familiares para todo el mundo como las tostadoras eléctricas y los receptores de televisión para nosotros. Pero para mí... eran tan desconocidos co-

mo lo serían todos nuestros aparatos para el egipcio antiguo. ¿Se lo imaginan tratando de adivinar para qué sirven y cómo funcionan?

HE aquí algunos de los que vi: Una lámpara que se podía poner en cualquier parte de la pared, sin tornillos, sin cemento y hasta sin cables, y permanecía allí encendida sin apagarse aunque se la cambiara cien veces de posición.

Luego vi algo que parecía un cenicero, con una fosforescencia azul que ocultaba el fondo. Encendí mi pipa (había visto que otras personas fumaban, así que podía hacer lo mismo) y tiré dentro de él el fósforo. Desapareció. No quiero decir con eso que fué a parar a un compartimiento oculto, sino que se *desvaneció*. Vací mi pipa en el cenicero y ocurrió lo mismo. Miré a mi alrededor para cerciorarme de que nadie me observaba, y sacando unas monedas del bolsillo las fuí tirando al cenicero. Lo mismo. No quedó de ellas ni una partícula. ¿Un desintegrador? No tengo ni la menor idea.

Había unas cajitas de espejo, con tres diminutas esferas. Hice girar una de ellas (era como usar a la vez tres esferas del teléfono) y una linda cara de muchacha apareció en la superficie del espejo y me miró expectante.

—¿Sí? —dijo, y aguardó a que contestara.

—Yo... ¿eh?... Me equivoqué de número —le repliqué; dejé apresuradamente la caja y fuí al otro extremo de la sala, porque no tenía ni la mínima idea de cómo dejaba de funcionar aquello.

Lo que buscaba se hallaba en un mostrador: una caja de metal de color, no mayor que un maletín, con un agujero en la tapa y unos pequeños botones delante. En realidad, no sabía que lo había encontrado, hasta que moví uno de los botones y todas las

luces de la sala se encendieron a la vez; el vendedor se me acercó apresuradamente y haciéndome con cortesía a un lado la cerró.

—No queremos que se quemem todos los aparatos que hay aquí —me dijo amablemente.

—Sólo quería ver si funcionaba bien —le contesté, temblando ligeramente. Podía haber estallado, me podía haber electrocutado o algo así.

—Pero si siempre funcionan bien —me dijo.

—¡Ah!... ¿siempre?

—Claro. El principio es muy sencillo, y como no hay piezas que se gasten duran indefinidamente. —De repente sonrió, como si me hubiera comprendido—. ¡Oh, bromeaba! Claro... En la escuela primaria nos enseñan ya el funcionamiento del Dynapack. ¿Le interesa adquirir uno?

—No, no. El... viejo que tengo es bueno. Es que... me interesaba saber si los nuevos modelos difieren mucho de los antiguos.

—¡Pero si no hay modelos nuevos desde 2073! —dijo—. ¿Por qué motivo habrían de mejorarse?

—Por... ninguno —balbuceé—. Pero nunca se sabe.

—Con los Dynapack, sí —dijo, y habría continuado explicando si yo no hubiese perdido la serenidad y hubiera salido en forma precipitada del local.

¿Quiéren saber por qué? Me había preguntado si quería "adquirir" un Dynapack, no *comprarlo*.

No sabía lo que significaba "adquirir" en esa sociedad. Podía lo mismo significar un cupón, o ganar algo en una especie de lotería, o quizá trabajar cierto número de horas... —en cuyo caso él querría saber dónde estaba empleado, o mis referencias, cosa que no podría darle—, o tal vez era una simple fórmula comercial.

No tenía ningún medio de averi-

guarlo y no quería exponerme más de lo que ya me había expuesto. Y mi error acerca de los nuevos modelos de Dynapack no me hacía sentir más tranquilo.

¡Dios mío, cuántas incertidumbres y azares significa el encontrarse en un mundo del que nada se sabe!

—¡Un momento, amigo! —oí que decía detrás de mí el vendedor.

MIRE hacia atrás, aparentando tanta tranquilidad, o al menos eso esperaba, como los demás transeúntes. Luego, poco a poco, fuí apretando el paso, tratando de interponer entre nosotros la mayor cantidad de gente, deseando que los demás pensaran que simplemente era alguien que llegaba tarde a una cita. El vendedor no echó a correr detrás de mí ni llamó a la policía, pero no estaba seguro de que no lo haría.

En cuanto llegué a una esquina, la doblé y eché a correr con todas mis fuerzas. Era una especie de callejuela en el centro de una manzana. La bajé corriendo, me hallé ante la puerta de un sótano, entré y permanecí pegado a la pared, temblando de emoción, como un nadador que ha estado demasiado tiempo en el agua.

Pero aun después de recobradas las

fuerzas no sentí deseos de salir. Tal vez habían acordonado la manzana, y la policía, el ejército y la marina cooperaban para detenerme.

¿Qué me hizo pensar eso? Nada, pero recuerden e imagínense lo complejo que se habría quedado nuestro antiguo egipcio si lo hubieran detenido en el subterráneo por algo que en su tiempo hacía tranquilamente todo el mundo: ¡escupir! ¿Y en qué época fué una excusa la ignorancia de la ley?

En lugar de salir, me puse a recorrer el edificio. Estaba extrañamente silencioso y desierto. No podía comprender por qué razón hasta que llegué a un lavabo. Había en él pequeñas cómodas y lavabitos que me llegaban escasamente a las rodillas. Aquel lugar era una escuela. No había nadie porque los niños habían terminado ya sus clases.

Mi tensión desapareció en un instante. Quizás no había en toda la ciudad un sitio mejor donde esconderme.

¡Una escuela primaria!

El vendedor me había dicho: "En la escuela primaria nos enseñan ya el funcionamiento del Dynapack".

EL recorrer la escuela me produjo una impresión extraña; era como visitar un escenario familiar de nues-

Falta de gravedad

DENTRO de un cohete V-2, desde que se acaba el combustible hasta que vuelve a caer al suelo, existe la misma situación que si no hubiera gravedad. Son pocos minutos, pero suficientes para hacer algunas experiencias sobre los efectos de la falta de peso en animales. Ya varias veces se han instalado en ellos jaulas con ratones, enfocadas por una cámara de cine. Revelada la película, resultó que los animalitos tuvieron un instante de sorpresa en el momento de cesar el empuje del cohete, pero después siguieron comiendo tranquilamente, a pesar de que el menor movimiento de sus miembros los hacía flotar en el aire y chocar contra las paredes de la jaula. Y si un ratón resiste, ¡también podemos resistir nosotros!

tra niñez, convertido por el tiempo en algo que casi no reconocía.

No había pizarras, ni pupitres de la maestra, ni pupitres pequeños para los alumnos, ni tinteros, punteros, globos terráqueos o libros. Y, no obstante, era una escuela. El pequeño lavabo del piso bajo me lo había hecho comprender, lo mismo que las sillas diminutas y las mesitas bajas y pintadas de vivos colores que había en las diversas aulas. Un sillón grande y cómodo era sin duda el lugar destinado a la maestra.

Enfrente de cada silla, firmemente sujeta a la mesa, había una caja con una pantalla, y a ambos lados de ella carretes de alambres y pequeños ejes. Los carretes estaban numerados con números grandes y claros. Cerca del sillón de la maestra había una caja cuadrada con más carretes y ejes, y en la pared interior, frente a las grandes ventanas, una pantalla enorme.

Entré en una de las aulas y me senté en el sillón de la maestra, preguntándome cómo iba a averiguar los datos necesarios acerca del Dynapack. Me sentía igual que un arqueólogo que trata de adivinar cuáles son las funciones de las extrañas reliquias encontradas en una ciudad muerta.

El estar sentado en el sillón era como sentarse en una columna de aire que le permitía a uno permanecer erguido o reclinado, según prefiriera. Uno de los brazos tenía una hilera de botones. Apreté uno y aguardé, nervioso, para ver si había hecho algo que podía procurarme un disgusto.

Unas luces ocultas en el techo y las paredes comenzaron a brillar, aumentando en intensidad conforme la habitación se iba oscureciendo. Miré perplejo a mi alrededor, porque todavía era de día.

Las ventanas se iban deslizando lentamente, poco a poco, y al hacerlo se iba apagando la luz del sol. Sonreí,

pensando en lo que habría pensado ante aquello mi antiguo egipcio. Comprendí que eran dos cristales polarizantes, probablemente con una zona de vacío entre ellos, para que no entrara el calor ni el frío, y las luces de la habitación estaban sincronizadas con el movimiento de los cristales polarizantes.

No lo hacía tan mal. Quizá no me costaría mucho trabajo adivinar el funcionamiento de los demás objetos.

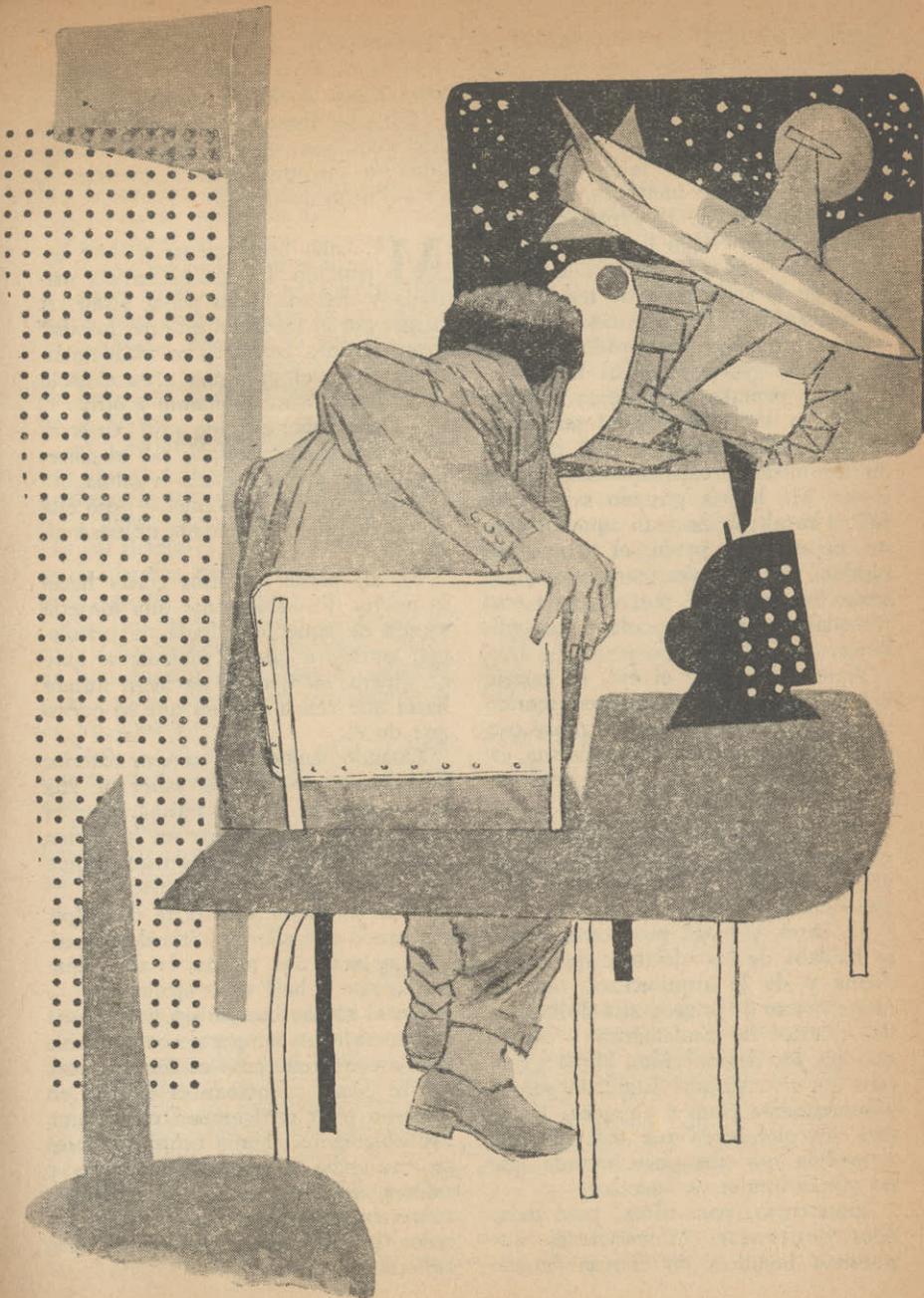
Los carretes que había en la caja junto al sillón de la maestra podrían ser registradores de alambre. Busqué con la mirada alguna máquina donde hacerlos funcionar, pero no vi ninguna. Traté de sacar uno de los carretes de su eje, pero no pude.

¡Ah! El alambre bajaba por el eje hasta la base de la caja, sujetando en su lugar al carrete. Eso significaba que los carretes podían funcionar en aquella posición. Pero, ¿cómo hacerlos funcionar?

EXAMINE atentamente la caja. No se veía en ella ninguna esfera, palanca o piezas que no conociera. Hasta moví mis manos sobre ella, imaginándome que podía ser como un teramin, y le dirigí diversas voces de mando, pensando que quizá estaba construida para obedecer órdenes. No ocurrió nada.

¿Recuerdan el cuento de Poe donde se dice que el mejor lugar para esconder algo es bien a la vista, porque allí es donde a nadie se le ocurre buscarlo? Pues bien, yo pensé que aquellos artefactos no habían sido construidos para intrigar a las gentes, del mismo modo que no lo están los nuestros. Pero el que no conoce el funcionamiento de una aspiradora, o no sabe qué llave enciende la gran araña del centro de un salón, tiene que probar en todas partes.

Apreté la superficie de la caja, pul-



gada por pulgada, esperando que alguna de sus partes actuaría como una palanca, hasta que finalmente toqué uno de los ejes. El carrete comenzó inmediatamente a girar a poca velocidad y la pantalla de la pared se iluminó y cubrió de imágenes.

—La historia de la exploración del Sistema Solar —dijo la voz profunda del relator— es una de las más arriesgadas en la larga serie de hazañas de la humanidad. Comenzando con los cohetes primitivos construídos durante la segunda guerra mundial...

En la pantalla aparecieron fotografías de la V-1 y la V-2 al ser disparadas desde sus rampas, y el montaje de los modelos experimentales posteriores. Me habría gustado saber cuál fué el resultado de todo aquello, pero no me atrevía a perder el tiempo mirándolo. En cualquier momento podían sonar los pasos del portero o de otra persona encargada de cuidar esos edificios.

Apreté de nuevo el eje. El carrete volvió a girar rápidamente en sentido inverso, y cuando se detuvo probé con otro. En la pantalla apareció una escena submarina que parecía una pesadilla.

—Gracias a las pantallas de energía —dijo otra voz—, el mapa de los océanos del mundo se terminó por completo en el año 2027...

Lo cerré, y luego puse otros donde se hablaba de los adelantos de la medicina y de la arquitectura, otro de historia, otro de la geografía de lugares del interior de Sudamérica y África que hoy son desconocidos. Ponía y quitaba los maravillosos films de sonido absolutamente claro y completa fidelidad de color, cada vez más nervioso a medida que iba descubriendo que no tenían lo que yo buscaba.

Eran cursos para niños, pero todos ellos contenían informaciones que nuestros hombres de ciencia buscan

hoy en vano... ¡y yo no podía permitirme el lujo de presenciar uno de ellos hasta el fin!

Quitaba disgustado una película sobre psicología, cuando una voz femenina me preguntó desde la puerta:

—¿Puedo ayudarlo?

ME volví bruscamente y miré espantado. La muchacha era menuda y delgada, pero podía gritar. A juzgar por el modo en que me miraba, exteriormente cortés, pero visiblemente nerviosa, el grito iba a escapársele de la boca de un momento a otro.

—Debo haber entrado aquí por error —le dije, y, apartándola, salí al corredor y eché a correr hacia la salida.

—¡Pero no me entiende! —gritó ella detrás de mí—. Realmente quiero ayudarlo...

Sí, sí, pensé mientras corría hacia la puerta. Probablemente una tontería sacada de aquella película de psicología: conseguir que el paciente se quede quieto, mantenerlo de buen humor hasta que venga alguien que se encargue de él.

Cuando llegué a la puerta exterior me detuve. No podía saber si ella había dado la voz de alarma, pero el lugar donde seguramente me buscarían sería en la calle, pensando que intentaría esconderme en otro sitio.

Abrí la puerta y la cerré de golpe, esperando que ella me oiría desde arriba. Luego vi otra puerta, la abrí silenciosamente y bajé unos escalones.

En el sótano busqué un horno, una carbonera o un tanque de combustible para esconderme, pero no los encontré. No sé cómo calentaban el edificio en invierno o lo refrigeraban en verano. Probablemente, alguna central atómica se encargaba de proporcionar frío y calor a toda la ciudad, por conductos subterráneos que pasaban entre las paredes, porque ni siquiera podía verse cañería alguna.

Me acurruqué en el rincón más oscuro, esperando que no irían a buscarme allí.

PERO llegó la noche y el hambre me obligó a salir de la escuela, cautelosamente, cerciorándome antes de que no había nadie por allí.

Las calles del centro comercial estaban casi desiertas. Por ninguna parte se veía el lettero de un restaurante. Me sentía tan vacío que estuve a punto de marearme, mientras lo buscaba. Pero entonces se me ocurrió algo que me hizo detenerme en la acera, sudando de horror.

Aunque hubiera un restaurante, ¿con qué dinero pagaría mi comida?

Ahora la comprendía todo. May Roberts había enviado a los viejos a través del tiempo... ¡y se habían muerto de hambre porque no podían comprar comida!

No, no podía ser así. Recordé lo que le había dicho a Lou Pape: cuando uno siente mucho hambre, siempre puede robar comida en una huerta o en un almacén.

Pero... yo no había visto ni una huerta ni un almacén en aquella ciudad.

Y... pensé que en otros tiempos se había cortado a la gente las manos por robar un panecillo.

En aquella civilización no deberían haber castigos tan terribles, suponiendo que consiguiera robar un pan. Mas yo sabía que no se podían juzgar las cosas por su aspecto.

Estaba terriblemente cansado, hambriento y asustado. Perdido, completamente perdido en un mundo desconocido, donde podían matarme o podía morir de inanición... y sólo Dios sabía lo que me aguardaba si volvía a mi época sin tener la información que May Roberts buscaba.

¡Y hasta si volvía con ella!

Aquella sospecha me decidió. Pasara lo que me pasare ahora, no podía ser peor que lo que ella podía hacerme. Por lo menos, no moriría de hambre.

Detuve a un hombre en la calle. Dejé pasar a otros y detuve deliberadamente a aquél porque era un hombre de mediana edad, de rostro bondadoso y más pequeño que yo, así que podría golpearlo fácilmente y echar a correr si gritaba.

—Mire, amigo —le dije—, estoy de paso en la ciudad...

—¿Ah? —me contestó amablemente.

—... Y me parece que he perdido...

—No, aquello era peligroso. Iba a decir perdido mi cartera, pero no sabía qué empleaban como dinero en aquella

Un alga del porvenir

UN alga microscópica unicelular está llamada a ser tan importante para el hombre como la energía atómica. Se trata de una cepa del alga verde "Chlorella" conocida hasta ahora como Tx71105, y su virtud consiste en producir cien veces su propio volumen de oxígeno cuando se la expone al sol a 39° de temperatura. Esto es un aprovechamiento tan grande de la energía solar que, bien usado, permitiría a la humanidad liberarse del carbón y el petróleo. Y de yapa se producen montañas de algas, que con un pequeño tratamiento son perfectamente comestibles. Este descubrimiento será especialmente bien recibido por los que soñamos con viajes interplanetarios: la Chlorella resuelve el problema del aire y la comida dentro de una astronave.

era. El aguardó con una sonrisa paciente y amable, mientras yo decidía cómo expresarme—. El caso es que no he comido en todo el día, y me gustaría que me ayudara a procurarme algo de comer.

El me dijo con la voz más cariñosa que uno pueda imaginarse:

—Con mucho gusto haré por usted todo lo que pueda, Mr. Weldon.

EN mi cara se pintó la sorpresa enorme que sentía.

—Usted... me ha llamado...

—Mr. Weldon —repitió, siempre mirándome con su amable sonrisa—. Mark Weldon, ¿no es eso? ¿Del siglo XX?

Traté de contestarle, pero tenía la garganta más seca que en mi peor noche de estreno. Asentí, preguntándome espantado qué iba a ocurrir.

—Tranquilícese —me dijo con tono persuasivo—. No corre ningún peligro. Le ofrecemos nuestra mejor hospitalidad. Nuestro tiempo, como usted diría, es su tiempo.

—Usted sabe quién soy —logré decir—. He estado escondiéndome y huéndoles inútilmente.

El se encogió de hombros.

—Todo el mundo en la ciudad tiene instrucciones de ayudarlo, pero lo veíamos tan nervioso que tuvimos miedo de alarmarlo dirigiéndonos directamente a usted. En realidad, cada vez que lo intentamos, usted se escondía en algún lugar. No lo seguimos por miedo al efecto que eso podía producirle. Tuvíamos que esperar a que viniera voluntariamente a nosotros.

Mi cerebro funcionaba furiosamente, sin sacar nada en limpio. En parte, aquello se debía al mareo producido por el hambre, pero sólo en parte. El resto era simplemente confusión y miedo.

Sabían quién era yo. Me esperaban. Probablemente sabían lo que buscaba.

¡Y querían ayudarme!

—No entremos ahora en explicaciones —me dijo el hombre—, aunque me gustaría que se desvaneciera esa expresión de miedo y perplejidad de su rostro. Pero, antes que nada, necesita que lo alimenten. Luego llamaremos a los demás y...

Retrocedí.

—¿Quiénes? ¿Cómo puedo saber que no tiene preparado algo contra mí?

—Antes de acercarse a mí, Mr. Weldon, usted había decidido ya que nosotros no representábamos para usted un peligro mayor que May Roberts. Le ruego que me crea; no somos peligrosos.

¡Así que también sabía aquello!

—Muy bien, me arriesgaré —dije, resignado—. ¿Dónde se puede comer en esta ciudad?

EL restaurante era una sala hermosa, iluminada con una luz suave que procedía de unos murales a todo color y tridimensionales, en los que equivocadamente habría tratado de entrar si hubiera estado solo, pues parecían jardines, bosques y praderas reales. No me extrañó no haber encontrado por ninguna parte un restaurante, un almacén o una huerta: la comida subía por unos conductos neumáticos que había en cada edificio, según me habían contado por el camino, y se cultivaba en tanques hidropónicos, en las ciudades que se especializaban en la agricultura, y los que querían comer "fuera" podían ir al restaurante que poseía cada edificio. Cada ciudad tenía su misión específica. Aquella estaba destinada a los artistas, lo que me gustó.

En la mesa había un menú resplandeciente, con unos botones al lado del nombre de cada plato. Miré hambriento las diversas clases de comida y elegí finalmente lo que más me gustaba: ostras, sopa de cebolla, pechuga de gallina con gelatina, y estaba buscando el postre que más me agradaba entre todos,

cuando el amable hombrecillo movió enfática y tristemente la cabeza.

—Lo siento, pero no puede comer nada de eso, Mr. Weldon —me dijo con voz triste—. Ya le explicaremos el porqué dentro de un momento.

El *maitre* y un camarero se acercaron. Se veía que no querían mirarme con atención, pero no pudieron evitarlo. No los censuré. Yo habría mirado de igual modo a cualquier persona procedente de la época de Washington.

—¿Quiere hacer el favor de pedir que envíen inmediatamente la comida especial de Mr. Weldon? —le dijo el amable hombrecillo.

—Todos los restaurantes estaban preparados para este momento, Mr. Carr —dijo el *maitre*—. Ahora viene. Está ya preparada, desde que llegó.

—Magnífico —dijo Carr—. Dése prisa. Tiene mucho hambre.

Miré a mi alrededor y, por primera vez, me di cuenta de que no había nadie más en el restaurante. Había pasado ya la hora de la cena, pero, aun así, siempre hay gente que se queda a cenar tarde. Eramos los únicos que había en la sala y eso me inquietó. Tal vez se habían unido contra mí...

Pero no era así. Sonó un gong y el *maitre* y el camarero se dirigieron hacia una abertura que había en una puerta y volvieron con un par de bandejas, cargadas de platos y cubiertos.

—Su cena, Mr. Weldon —dijo el *maitre*, poniendo los platos delante de mí y quitándoles la tapa.

Yo me quedé mirando la comida.

—¡Esta —exclamé furioso— es una mala pasada que no se le hace a un hombre muerto de hambre!

TODOS me miraron apenados.

—Puré de papas deshidratadas, carne en conserva y verduras en conserva —replicó Carr—. Ya sé que no son muy apetitosas, pero es lo único que podemos dejarle comer.

Quitó la tapa del plato del postre. —¡Fruta seca! —dije, disgustado.

—Demasiado seca, desgraciadamente —convino apenado el *maitre*.

Tomé un sorbo del líquido azulado que había en el vaso y casi lo escupí.

—¡Leche en polvo! ¿Tienen ustedes que comer estas cosas?

—No, nuestra dieta es muy variada —dijo Carr confuso—. Pero, sintiéndolo mucho, no podemos darle los alimentos que comemos normalmente nosotros.

—¿Y por qué no, diablos?

—Por favor, coma, Mr. Weldon —me rogó Carr con ansiedad—. Tengo que explicarle tantas cosas —ésta es una de ellas, claro está— y sería mejor que las oyera con el estómago lleno.

Estaba tan hambriento que me engullí la comida, lo que no era una cosa muy fácil; su aspecto era poco tentador, pero su sabor era aun más desagradable.

Cuando terminé, Carr apretó varios botones del resplandeciente menú. Los platos subieron por una abertura que había en el centro de la mesa, y entonces él me mostró las apetitosas cosas que había en ellos.

—Si usted hubiera podido elegir —me dijo—, los habría preferido a lo que acaba de comer. ¿No es así, mister Weldon?

—¡Claro que sí! —le repliqué, ofendido porque no me habían dejado elegir.

—Y se habría muerto como aquellos pobres viejos cuyos casos usted investigó —dijo una voz detrás de mí.

Me volví, sobresaltado. Mientras comía, varios hombres y mujeres habían entrado sin que los viera, con paso tan silencioso como el de los gatos sobre una alfombra. Los miré y luego fijé interrogativamente mis ojos en Carr.

—Esos son los vestidos que usamos diariamente —me dijo Carr—. Un motivo del siglo XVIII, como ve... Cal-

zones cortos y chalecos modificados, para los hombres; para las mujeres, los grandes escotes de aquella época, faldas amplísimas modernizadas por el empleo de nuevos materiales de colores brillantes, zapatos con hebillas de tejido sintético. Muy alegres, muy decorativos, muy cómodos y completamente apropiados para nuestro tiempo.

—¡Pero todos los que vi iban vestidos como yo! —protesté.

—Solamente para evitar que se sintiera más inquieto de lo que estaba. Le aseguro que fué todo un proyecto —sus modas variaban tanto de década en década, especialmente las de las mujeres—, y los materiales constituyeron un verdadero problema, porque hace mucho que han dejado de fabricarse. Las ciudades textiles y de la industria del vestido trabajaron ocho meses para vestir a los habitantes de esta ciudad, inclusive, claro está, a los niños. Todo el mundo tenía que ir vestido como sus contemporáneos, porque sólo sabíamos que llegaría por esta región, pero no qué partes de la ciudad recorrería.

—Había una pequeña diferencia que usted no notó —agregó una hermosa mujer de edad madura—. Usted era el único que iba vestido de gris. Teníamos una descripción completa de sus ropas, y nos aseguramos de que nadie más iba a ir vestido así. Naturalmente, todos sabían quién era, y así nos fueron informando de sus movimientos.

—¿Para qué? —pregunté alarmado—. ¿A qué viene todo esto?

TRAJERON unas sillas y se sentaron junto a mí, parecidos a esos jurados que juzgan a los brujos en los antiguos cuadros.

—Yo soy Leo Blundell —dijo un hombre alto, vestido con un traje morado y oro—. Como presidente del... bueno, del Comité Mark Weldon, es-

toy encargado de llevar a su debido término este proyecto.

—¿Proyecto?

—Encárgame de que se cumpla la historia, diciéndole todo lo que debe saber.

—¡Eso es lo que yo deseo!

—Muy bien, empezaré diciéndole algo que ya sabrá. En cierto sentido, usted es la víctima del doctor Roberts, más que de su hija. Roberts era un físico brillante, pero por culpa de su excéntrica conducta, se burlaban de sus teorías y lo odiaban por su arrogancia. El mismo se había buscado lo que le ocurría, pero le echaba al mundo la culpa de su fracaso. Volviendo a su relación con usted, le diré que inventó una máquina del tiempo —desgraciadamente es un secreto que se ha perdido y no ha podido volver a descubrirse— y la empleó para fines antisociales. Cuando murió, su hija May siguió adelante con su labor. Ella fue quien lo envió a esta época para enterarse de cómo funciona el Dynapack. Era una mujer absolutamente despiadada.

—¿Está seguro? —le pregunté, inquieto.

—Completamente seguro.

—Sólo sé que cierto número de ancianos murieron después de que ella los envió a distintas épocas, pero me dijo que era porque le habían mentido acerca de su edad y el estado de su salud.

—Muy digno de ella el decir eso —intervino una mujer.

Blundell se volvió hacia ella, moviendo la cabeza.

—Deja que Mr. Weldon aclare bien sus sentimientos por ella, Rhoda. Por lo visto, son muy confusos.

—Sí —reconoció—. Cuando la vi por primera vez me pareció dura, pero acaso lo fuese por razón de su trabajo. La vez siguiente, yo tuve la culpa por entrar en su habitación como entré. Real-

mente la admiro por el modo en que supo hacer frente a la situación.

—Siga —me animó Carr.

—Y no puedo quejarme de cómo me trató. Ya sé que ella ganó con el trato, pero yo nunca tuve tanto dinero en mi vida... ¡y ella me lo dió antes de que hubiera hecho nada para ganarlo!

—Además —dijo alguien—, le ofreció la mitad de las ganancias del Dynapack.

MIRE a mi alrededor para ver si veía algún signo de hostilidad. No lo vi. Me sorprendió. Había venido del pasado para robarles algo y ellos no se enojaban. Bueno, realmente no les robaba nada. No los privaba del Dynapack. Simplemente se inventaría antes de lo que ellos habían creído.

—Sí —dije—. Aunque yo no llamaría a eso filantropía. Me necesitaba para los datos, y yo a ella para la fabricación del aparato.

—Y era una mujer muy hermosa —agregó Blundell.

—Sí —repliqué con cierta confusión.

—Mr. Weldon, sabemos muchas cosas acerca de ella por las notas y papeles privados suyos que han llegado hasta nosotros. Tenía una caja de seguridad con nombre falso. No se lo

diré; no se descubrió hasta muchos años después, y no nos gusta mezclarlos voluntariamente con lo ocurrido en el pasado.

Yo me erguí en mi asiento.

—Entonces, así fué cómo supieron quién era yo, cómo iba vestido y a qué venía. ¡Y hasta sabían cuándo y adónde llegaría!

—Sí —dijo Blundell.

—¿Y qué más saben?

—Que usted sospechó que ella era la responsable de la muerte de muchos viejos que murieron de hambre. Sus sospechas están justificadas, aunque su padre sea el responsable de todas las anteriores a 1947, cuando murió. Sólo dos personas fueron enviadas al porvenir. A Roberts le interesaba el futuro, claro está, pero no quería derrochar una víctima en un viaje que sería probablemente inútil. En el pasado sabía exactamente lo que buscaba.

—Pero ella se arriesgó —dije.

—Si llama arriesgarse a un asesinato deliberado, sí. Un hombre llegó en el 2094, hace cincuenta años. El otro es usted. El primero, como sabe, murió de desnutrición al volver a su era.

—¿Y qué me ocurrirá a mí? —pregunté aterrado.

—No morirá. Hemos hecho lo necesario para que no ocurra. Las demás

Cadmio en los riñones

UNO de los descubrimientos más sorprendentes que han hecho los biólogos en lo que va del año es la presencia en el riñón humano de grandes dosis de cadmio, un metal considerado venenoso para el hombre, y al que no se le conoce ninguna función fisiológica. El cadmio del riñón está centenas de veces más concentrado de lo que se creía tolerable. Lo malo es que, aunque no sea tan venenoso como se pensaba, por sí mismo, aparece otro peligro, característico de nuestra era atómica. El cadmio es un ávido capturador de neutrones, y como consecuencia produce rayos gama, sumamente dañinos, dentro del mismo riñón. Un perfecto trabajo de quinta columna.

víctimas... ¿Me imagino que le interesará saber cuál fué su labor?

—Creo que lo sé, pero, de todos modos, me gustaría que me lo dijeran.

—Fueron enviados al pasado para comprar o robar tesoros de arte que hoy en día son muy valiosos por su escasez.

—No es posible — objeté —. Ella tenía todo el dinero que quería. Cuando necesitaba más, lo único que tenía que hacer era enviar a alguien al pasado para comprar acciones o hacer apuestas. ¡De ninguna manera podía perder!

—La mayoría de los tesoros — me replicó Blundell — fueron acumulados para vengarse del mundo, que, según ellos creían, había tratado muy mal al doctor Roberts. Cuando tenían que hacer gastos extraordinarios, por ejemplo reemplazar las piezas costosísimas de la máquina, y no contaban momentáneamente con el dinero suficiente, Roberts y su hija “descubrían” esos tesoros.

—Usted dice — intervine, pues necesitaba que me explicaran algo — que enviaban a la gente al pasado para comprar los tesoros, además de robarlos.

—Sí. En caso necesario les proporcionaban moneda de la época que iban a visitar.

—Entonces podían comprar comida. ¿Por qué morían de desnutrición?

—Porque, como le dijo May Roberts, nada puede existir antes de que exista. Ni tampoco, después de haber dejado de existir. Por ejemplo, si volviera con un Dynapack, se convertiría en un conjunto de diversos metales, porque eso era en su período. Voy a ponerle un ejemplo personal. ¿Recuerda que cuando volví de su primer viaje tenía polvo en una mano?

—Sí. Debía de haberme caído.

—¿Sobre una mano? No, Mr. Weldon. May Roberts se disgustó mucho

con el accidente; tenía miedo de que usted se hubiera dado cuenta de por qué se había convertido en polvo el sándwich y los viejos se morían de desnutrición. Todos, no unos cuantos.

Hizo una pausa para que reflexionara sobre lo que me había dicho y lo comprendiera. Sus palabras me espantaron.

—Si comiera la comida de ustedes — le dije con voz temblorosa —, me sentiría satisfecho hasta que me volvieran a mi época. ¡Pero la comida no volvería conmigo!

BLUNDELL asintió gravemente. —Y entonces moriría de desnutrición. Los alimentos que le hemos dado existían en su era. Lo sabemos porque han sido cuidadosamente conservados desde entonces. Sentimos que no le resulten muy agradables, pero sabemos que volverán con usted. Cuando llegue al pasado, estará tan sano como cuando lo dejé.

”Incidentalmente, le hizo cambiar de ropa por la misma razón... , porque había sido hecha en 1930. Ella tenía vestidos de todas las eras que deseaba visitar y elegía los ancianos a quienes les sentaban mejor. De no ser así, habrían llegado desnudos al pasado.

—¡Pero va a llamarme! — exclamé, temblando —. ¡Si no le llevo los datos del Dynapack me matará!

—Eso, Mr. Weldon, es nuestro problema — dijo Blundell.

—¿Su problema? ¡A quien matará será a mí, no a usted!

—Pero sabemos lo que pasará cuando usted vuelva al siglo XX.

—¿Lo sabe? — exclamé agarrándolo de un brazo —. ¡Dígamelo!

—Lo siento, Mr. Weldon. Si se lo digo, a lo mejor se le ocurre hacer otra cosa, y no sé qué podría pasar.

—¿Pero no moriré de un tiro ni de hambre?

—Eso sí que puedo decírselo. No.

Todos se levantaron, erguidos y magníficos con su brillante ropa.

—Volverá dentro de un mes, según las notas que dejó May Roberts. Como verá, le dió tiempo de sobra para reunir sus datos. Nos proponemos hacerle pasar un mes muy agradable. Los recursos de nuestra ciudad — y de las demás que desee visitar — están a su disposición. Deseamos que goce plenamente de ellos.

—¿Y el Dynapack?

—Nosotros nos encargamos de eso. Queremos que disfrute y lo pase bien.

Así fué.

Fué el mes más maravilloso que he pasado en mi vida.

LA jaula de tela metálica vibró a mi alrededor. A través de ella vi a May Roberts, más bella que nunca, pero Blundell y Carr me habían leído parte de sus notas y sabía que era una criatura mala y vengativa. Me habría gustado pasar el resto de mis días en el porvenir, en vez de volver a aquello.

Ella abrió la puerta, sonriendo. Luego sus ojos me recorrieron sobresaltados y su sonrisa cesó.

—¿Tiene las notas que le pedí? — me preguntó.

—Aquí mismo — le dije.

Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta, saqué de él una automática y la herí en el brazo derecho. Ella abrió la mano y un pequeño revólver cayó al suelo. Luego me miró con expresión de sorpresa y horror.

—¡Ha... traído un arma! — exclamé —. ¡Me hirió! — Miró su brazo ensangrentado y luego la automática —. Pero... no se puede traer nada del futuro. Y... no está desnutrido.

—La comida que comí y esta pistola son del presente — le dije —. La gente del futuro sabía que yo iba a ir. Me dieron una comida que no des-

apareciera de mis células en cuanto volviera al presente. Y una pistola, en vez de los planos del Dynapack.

—¿Y usted lo tomó? — gritó ella—. ¡Idiota! ¡Podríamos haber ganado millones! ¡Habría sido poderoso!

—Y me habría muerto de desnutrición. Prefiero ser pobre y vivir. O, mejor dicho, relativamente pobre, porque usted ha sido muy generosa conmigo, y yo se lo agradezco.

—¡Hiriéndome!

—No me gustó herirle ese brazo tan hermoso, pero era mejor que morir de hambre o de un tiro. Ahora, miss Roberts, haga el favor de entrar en la jaula.

Trató de agarrar con la mano izquierda el revólver que había caído al suelo.

—No lo intente. Mi bala la alcanzaría antes.

—¿Qué va a hacer conmigo? — dijo irguiéndose y mirándome con terror.

Podría matarla con la misma facilidad con que usted me habría matado a mí. ¿No es acaso responsable de muchas muertes? Y la ley no podría hacerme nada.

Ella irguió arrogante la barbilla.

—No le rogaré que me conserve la vida, Weldon. Podría ofrecerle ir a medias en el negocio, pero no estoy en posición de hacerlo, ¿no es así?

Era maravillosa, inteligente, valiente de pies a cabeza... y más peligrosa que una serpiente.

—Entre en la jaula — le dije —. Mis amigos del futuro han pensado ya lo que hay que hacer con usted. Déles recuerdos míos. Si puedo, iré a visitarlos a ellos... y a usted.

Ella entró con desconfianza en la jaula. Me habría gustado besarla en la boca para decirle adiós. Pero habría sido como besar una serpiente de cascabel. Lo sabía y, por eso, cerré la puerta.

—¿No le gustaría ser rico, Weldon?
—me preguntó.

—Puedo serlo. Tengo la máquina
y enviaré a la gente al pasado. Pero
les daré comida para que no se mueran
de hambre y quedarme con el
secreto. ¿Algo más?

—Sé que me ama. Puede casarse
conmigo.

—Para amanecer asesinado al día
siguiente. No, gracias.

Apreté la palanca.

La tela metálica vibró y May Ro-
berts desapareció. Su sangre mancha-
ba aún el suelo, pero ella se había
ido al futuro.

Temblando de pies a cabeza, recorrí
la enorme casa vacía hasta dar con un
teléfono.

LOU PAPE llegó tan pronto que
casi no me había recobrado aún
de mi temblor.

La preocupación desapareció de su
rostro en cuanto vió que no me pa-
saba nada. Pero reapareció en seguida
cuando le conté lo ocurrido. Como
es natural, no me creyó. Yo tampoco
esperaba que me creyera.

—Si no te conociera, Mark —me
dijo—, te enviaría a un manicomio.
Y quizá sea eso lo que debo hacer.

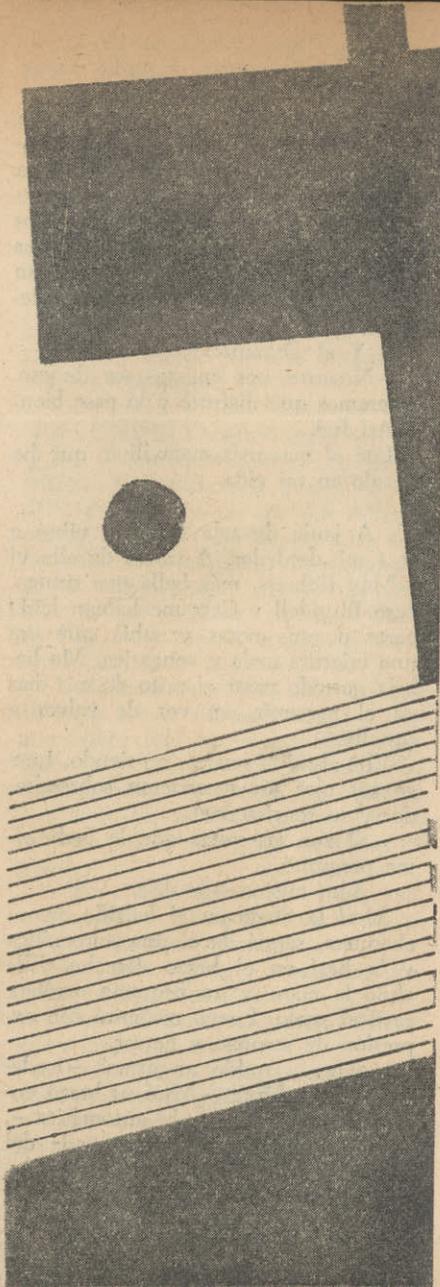
—Muy bien —le repliqué con can-
sancio—, vamos a ver si hay alguna
prueba. Por lo que me dijeron, las
debe haber de sobra.

Registramos toda la casa hasta el
sótano, donde Lou se quedó boqui-
abierto.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Esto es el
Metropolitan Musseum!

El sótano estaba lleno de cuadros
con ricos marcos, estatuas, libros, ma-
nuscritos, joyas, tapices y gemas...
todo tan nuevo y brillante como el día
en que se hizo.

—La mujer ésa era rica y coleccio-
nista de objetos de arte, eso es todo
—dijo Lou—. Por eso sabía dónde ha-



bía que buscar estas cosas. Pero, ¿qué hiciste con ella?

—Ya te lo dije. La herí en un brazo y la envié al futuro.

—La mataste, Mark —dijo él tomándose de la chaqueta—. Querías todo esto para ti y por eso la mataste y te deshici- le su cadáver.

—Lou —contesté—, ¿crees que iba a matarla y llamarte luego a ti? ¿No crees que antes habría escondido todo esto? Vamos, reflexiona un poco.

—Perdiste la cabeza.

—Ni siquiera he perdido la paciencia.

LOU me dió un furioso empujón. —Si la mataste, no pienses que soy tu amigo. Eres un simple asesino y yo me encargaré de que pagues la culpa.

—Haz lo que quieras. Pero antes tendrás que probar que la maté.

—Lo haré —dijo dirigiéndose hacia la escalera—. Y no trates de huir, porque te mataré de un tiro.

Tomó el teléfono y se puso a llamar a alguien. No me importaba. Me sentía muy aliviado al pensar que no había matado a May Roberts.

Destruir algo tan hermoso, por malo que fuera, habría sido algo que nunca me sería posible olvidar.

Ahora ella estaba en el futuro. Allí no la ejecutarían; consideraban que el crimen era una enfermedad y cuando la trataran con sus maravillosos recursos se convertiría en una ciudadana útil y feliz, y viviría en una era que me había dado a mí la mayor felicidad de mi vida.

Me senté y traté de aturdirme bebiendo coñac, mientras Lou montaba guardia en la puerta sin quitarme los ojos de encima. Poco después llegaba alguien que Lou me presentó brevemente como el profesor Jeremiah Aaronson y luego los dos fueron arriba.

Yo tardé varios minutos en darme

cuenta de lo que pensaban hacer. Entonces subí corriendo tras ellos.

Llegué a tiempo para ver que Aaronson le quitaba la cubierta a los motores y luego retrocedía de un salto, huyendo del torrente de chispas.

LA máquina entera se fundió mientras la mirábamos sin poder hacer nada —motores, palancas y jaula. Todo se convirtió en un montón de metales chamuscados.

—La habían preparado así —dijo Aaronson—, para que se fundiera si alguien que no la conocía intentaba tocarla. No me sorprendería que hubieran puesto bombas incendiarias en los lugares estratégicos.

Lou miró impotente el montón de metal.

—¿No puede sacar nada en limpio de eso, profesor? —dijo.

—¿Y usted? —le replicó Aaronson—. Funda un microtomo u otra máquina que no le sea familiar y veremos si luego puede identificarla.

Y salió, malhumorado.

—Aaronson es uno de los mejores físicos —dijo Lou dando una patada a un trozo de metal—. Esperaba que al ver la máquina... ¡oh, diablos, querría creerte, pero no puedo! Ahora tendremos que registrar toda la casa para buscar el cadáver.

—No lo encontrarás, ni el secreto de la máquina —le replicó tristemente—. Ya te conté que me habían dicho que el secreto se perdería. Así fué. Nunca podré ir al futuro para ver a mis amigos y a May Roberts. Ellos le quitarán su odio y deseos de venganza, la convertirán en una persona decente, pero no me servirá de nada porque está varias generaciones delante de mí.

—¿No temes que registremos la casa para buscar el cadáver, Mark? —me preguntó Lou perplejo.

—No, haz lo que quieras.

—Te pondrán bajo mi custodia hasta que terminen.

—Es lo mismo. Lo único que quiero es que me dejen en paz. Tengo que pensar en muchas cosas. La gente del futuro podría hacerlo por mí, y mejor que yo..., pero tendré que contentarme con un poco de tranquilidad.

NI me tocó ni me dijo una palabra hasta que llegó la brigada. Yo me quedé sentado, reflexionando, mientras ellos registraban y cavaban.

May Roberts había sido cruel y despiadada, pero Blundell y Carr me habían dicho que era tan víctima de su padre como los viejos que morían de hambre. Necesitaba que la curaran de la enfermedad que él le había impuesto y con el tiempo se convertiría en una gran mujer de ciencia, honrada por todos.

Me habían contado la verdad, haciéndome odiarla, y luego, al exponerme sus puntos de vista, habían hecho iraposible mi odio.

Pero me hallaba en el presente, y sin ella. El aspirar a algo que no podía obtener sólo conseguiría acabar conmigo.

Entonces me di cuenta de que la brigada había terminado su trabajo y se había ido, y Lou se hallaba junto a mí.

—Sabías que no la encontraríamos —me dijo—. ¿Dónde está?

—En Port Said, exótico lugar de pecado, bailando con velos ante...

—¡Déjate de bromas! ¿Dónde está?

—¡Qué importa, Lou? No está aquí. Pero no ha muerto. No tienes que creerme todo lo demás, basta con que creas eso.

El me miró a la cara.

—No mientes —me dijo—. Te conozco bastante bien para saber que no mientes.

—Muy bien.

—Eres un estúpido para creer que una muchacha tan linda iba a mirarte. Con una mujer de esa clase tendrías que ser más rico y más buen mozo...

—No, después de que mis amigos hubieran terminado de trabajar con ella. Y sabría apreciar la bondad de un hombre. —Me pasó la mano por el cráneo desnudo—. Si tuviera todo mi pelo, representaría la edad que tengo, o sea un año menos que tú. Ella se enamoraría de mí... Estudiaron nuestros cocientes emotivos y son iguales. Lo único malo es que era calvo. Ellos me habrían hecho crecer el cabello y habríamos resultado una pareja magnífica.

—¿Realmente podían hacerte crecer el cabello? —preguntó asombrado Lou.

—Sí. Tú me preguntarás por qué no los dejé hacerlo. No sabía si podría volver al futuro y no quería perder mi medio de vida. Lo que me recuerda una cosa: ¿tienes que hacer algo más aquí?

—Pondrán una guardia y custodiaremos los tesoros de arte hasta que ella vuelva...

—No volverá.

—...o la declaren legalmente muerta. Yo tengo que volver de inmediato a mi trabajo.

—No. Tengo más de 15.000 dólares en dinero y depósitos..., lo suficiente para vivir un tiempo los dos.

—Lo suficiente para matarla.

—Te dije que tenía el dinero antes de que ella me enviara al futuro...

—Muy bien —me interrumpió—, no hablemos más de eso. No hemos podido encontrar el cuerpo, de manera que estás libre. ¿Qué decías de vivir con ese dinero los dos?

Lo tomé del brazo y salimos a la calle.

—La ciudad no tuvo nunca un policía peor que tú. Porque eres actor

y no policía, Lou, y vas a volver al teatro. Con este dinero viviremos hasta que encontremos una buena oportunidad.

—¿No será eso un soborno?

—Llámalo una especie de monumento a los pobres inocentes que murieron y a una pobre mujer enferma y atormentada.

Caminamos en silencio, bajo el claro sol. Yo dejé que Lou reflexionara a su gusto sobre la situación.

—No quiero mentirte, Mark —replicó al fin—. Nunca dejé de amar el teatro. Acepto tu oferta con dos condiciones.

—Muy bien, ¿cuáles son?

—Que lo que me des sea estrictamente un préstamo.

—No discutiremos. ¿Y la otra?

—Que cuando encuentres en el diario la historia de algún viejo que mu-

rió de hambre teniendo más de treinta mil dólares guardados, vuelvas la página y te pongas a leer las noticias teatrales.

—No tengo que acceder a esto.

—¿Quieres decir entonces que no hacemos trato? —preguntó.

—No. Simplemente que ya no habrá más casos. Pero sé que tú no me creerás. No tienes que creerme.

El encendió el cigarrillo y me sonrió complaciente.

—No apostarías nada por eso, ¿eh?

—No con un amigo, pero sí lo haría con los apostadores profesionales.

—Entonces —dijo—, apuesta por lo menos un dólar a que antes de un año alguien muere de hambre teniendo una fortunita en el bolsillo.

Acepté la apuesta.

Y, un año después, como era de esperar, acepté el dólar. ♦

Cosmotrón - Jericó - Petróleo



ENTRE los principales descubrimientos científicos del año pasado se mencionan: el diseño del Cosmotrón, inmenso aparato capaz de acelerar partículas atómicas hasta darles una energía de 100.000 millones de electrón-volts; la verificación de que Jericó ha estado continuamente habitada durante los últimos seis mil años, lo que la hace la ciudad más antigua del mundo; y la demostración de que en el fondo de mar se está formando actualmente petróleo, en contra de lo afirmado por todas las teorías anteriores.

Vibraciones automovilísticas

LOS equipos de mediciones sísmicas se utilizan también para hacer exploraciones geológicas, pues la manera cómo un terreno transmite las vibraciones de cualquier especie, indica los minerales de que está compuesto. En Inglaterra se está buscando agua y petróleo con ese método, pero se ha tropezado con una dificultad insospechada: los camiones de gran tonelaje que circulan por las carreteras producen vibraciones como las de un terremoto respetable, que hacen imposible el funcionamiento de los aparatos hasta tres kilómetros de distancia.

RECUERDO



BORRADO

*Un enfermo,
aunque provenga
del espacio,
debe ser asistido.
Pero, ¿qué sucede
si el médico ignora
qué es la vida orgánica
y si confunde el vehículo
con el paciente?*

por PETER PHILLIPS

ilustrado por Csecs

GIRE el cuerpo y me incliné para hablar con Dak-whirr. El desvío la mirada; se sentía un poco incómodo.

—¿Qué buscas, Palil? —preguntó.

—Como si no lo supieras...

—No te puedo autorizar a examinarlo. El objeto está reservado para la inspección del Consejo... ¿Qué garantía tengo de que no lo estropearás?

Golpeé suavemente una de las placas de su cuerpo.

—Me debes un favor —dije—, ¿recuerdas?

—Hace mucho tiempo de eso.

—Hace sólo dos mil revoluciones y un reacondicionamiento. Si no fuera por mí, te estarías oxidando en un pozo. Todo lo que deseo es echar una mirada a su parte pensante. Radiosentiré su conciencia sin tocarlo ni con una pinza.

Osciló por realimentación positiva, indicación del conflicto entre su deuda conmigo y la manera como entendía su deber.

Finalmente dijo:

—Muy bien, pero mantente sintorizado conmigo. Si te transmito que se aproxima un miembro del Consejo, hazte óxido. Por otra parte, ¿cómo

sabes que ese objeto tiene conciencia? Podría tratarse simplemente de metal en bruto.

—¿Con esa forma? No digas tonterías. Evidentemente es una creación. Y no soy tan vanidoso como para creer que nosotros somos la única forma creada inteligente que existe en el Universo.

—Expresión tautológica, Palil —dijo pedantemente Dak-whirr—. No se puede concebir una "manufactura no inteligente". No puede haber conciencia sin manufactura ni ésta sin inteligencia. Ahora bien, si quieres discutir...

Cambié bruscamente de sintonía para no recibir su frecuencia y me escapé. Dak-whirr es un necio. Todos saben que hay una falla en su circuito lógico, pero se niega a su reparación. Muy poco inteligente de su parte.

EL objeto había sido depositado en uno de los cobertizos del museo. Lo contemplé un momento con admiración. Era muy hermoso, había sufrido pocos daños exteriores y evidentemente no era un simple conglomerado de metal caído del cielo.

De hecho, inmediatamente me lo imaginé como "él" y lo doté con los atributos de la conciencia, aunque, por supuesto, ésta no debía funcionar en ese momento, pues, de lo contrario, habría intentado comunicarse con nosotros.

Deseé ardientemente que el Consejo, después de su cuidadoso desarme y estudio, fuera capaz de restaurar su conciencia para que él mismo nos pudiera explicar de qué sistema solar procedía.

¡Imagínense! Había realizado nuestro sueño de muchos miles de revoluciones —el vuelo en el espacio— sólo para ser fundido en el momento de su triunfo,

SENTI una corriente de simpatía por el solitario viajero mientras permanecía allí inmóvil, silencioso, sin emitir ondas. De cualquier modo, un análisis de su construcción, aunque no pudiéramos devolverle la conciencia, podría revelarnos el secreto de la energía que utilizara para obtener la velocidad necesaria y sustraerse de ese modo a la gravedad de su planeta.

En tamaño y forma no era muy diferente de Swen, o Swen Dos, como se llamó a sí mismo después de la transformación, el cual fracasó desastrosamente en su tentativa de alcanzar nuestro satélite utilizando combustibles químicos. Pero en el lugar en que Swen Dos había colocado sus tubos, el extranjero tenía una curiosa estructura helicoidal tachonada a espacios irregulares con pequeños cristales.

Era un elegante cilindro cónico de diez metros de largo. En su parte delantera no pude encontrar ningún signo exterior de células visuales, de manera que supuse que tenía alguna clase de radiopercepción. No parecían existir señales exteriores de ningún tipo, salvo las largas y poco profundas estrías originadas en su piel por el roce al detenerse sobre la dura superficie de nuestro planeta.

Soy un reportero con una intensa corriente en mis alambres conductores, no un frío científico, de manera que dudé antes de utilizar mi propia visión radárica. Aunque el extranjero no tuviera conciencia —quizá para siempre—, me parecía cometer una invasión de su fuero privado. Pero no podía hacer otra cosa.

Comencé a emitir suavemente al principio y luego con más intensidad hasta que me puse positivamente incandescente con el esfuerzo. Era increíble: su piel parecía ser totalmente impermeable.

La brusca comprensión de que un

metal podía serme tan ajeno estuvo a punto de quemarme un fusible. Me encontré retrocediendo horrorizado, con mi revelador de autoconservación funcionando al máximo.

IMAGINENSE estar contemplando una de las hermosas combinaciones bicla-manivela, ejecutando la danza de los Siete Pistones, como están acondicionados para hacerlo, y que bruscamente se negara a hacer otra cosa que girar torpemente, o permanecer inmóvil, sin obedecer. Esto les puede dar una idea de lo que yo sentí en ese terrible instante.

Entonces recordé las palabras de Dak-whirr: "no puede haber una manufactura no inteligente". Me sobrepuje a mi repugnancia y volví a aproximarme.

Pero me detuve al recibir la transmisión de alguien que estaba muy cerca de mí.

—¿Quién autorizó a este rechinante reportero a meter sus antenas en este sitio?

Me había olvidado del Consejo del museo. Cinco de sus miembros habían penetrado en el irradiante ira. Reconocí a Chirik, el presidente, y me dirigí a él. Le expliqué que no pensaba entrometerme y le pedí autorización, en nombre de mis suscriptores, para presenciar su examen del extranjero. Después de algunas objeciones, me permitieron quedarme.

CONTEMPLÉ en silencio y un poco divertidamente cómo, uno por uno, intentaron ponerse en radio-contacto con el silencioso ente del espacio. Todos manifestaron la misma reacción que yo al no conseguir penetrar en su piel.

Chirik, que tiene ruedas — y está absurdamente orgulloso de su sistema de suspensión—, se inclinó hacia atrás sobre sus soportes y pretendió estar pensando.

—Vayan a buscar a Fiff-fiff —dijo finalmente—. Esta criatura puede estar consciente aún, pero es incapaz de comunicarse en nuestras frecuencias habituales.

FIFF-FIFF es capaz de detectar cualquier cosa en cualquier espectro. Por suerte estaba trabajando en el museo en ese momento y en seguida llegó respondiendo al llamado. Durante un rato se detuvo en silencio junto al extranjero, sintonizándose y ajustándose. Luego hizo funcionar la banda electromagnética.

—Está transmitiendo —dijo.

—¿Por qué no podemos escucharlo? —preguntó Chirik.

—Es una señal curiosa en una banda de frecuencia poco usual.

—Bien, ¿y qué dice?

—Algo sin pies ni cabeza. Esperen. Voy a retransmitirlo en ondas normales.

Naturalmente, como habría hecho

Pan congelado

LOS efectos de las bajas temperaturas nunca terminarán de sorprendernos. Acaba de verificarse que si el pan recién acabado de hornear se enfría en un congelador común, puede durar semanas enteras conservando su "frescura" al ser llevado de nuevo a temperatura normal. Ya hay una enorme cadena de panaderías en Estados Unidos que se dispone a vender pan congelado a menor precio que el común, pues puede fabricarse todo de una vez, sin temor a que "envejezca" y se eche a perder.

cualquier otro buen reportero, efectuó un registro directo.

—... después de caer en el planeta —decía el extranjero—. Las últimas gotas de energía. Si no reciben esto, me llamo Se Acabó. Con el choque, instrumentos al infierno, puerta trabada y no tengo fuerzas para abrirla a mano. Además creo que empiezo a delirar. Estoy recibiendo intensa transmisión de ultraondas en inglés, el más delirante galimatías que haya oído, y sé que ésta era la única nave en este sector. Si reciben esto, pero no pueden localizarme a tiempo, saluden a los muchachos del bar. Corto por un par de horas, pero manteniendo el canal abierto y esperando...

—El golpe debe haberlo descompuesto —dijo Chirik mirando al extranjero—. ¿Puede vernos u oírnos?

—No podía oírte directamente, pero por mi intermedio sí —aclaró Fiffiff—. Dile algo, Chirik.

—Hola —dijo Chirik titubeante—. Eh... Bienvenido a nuestro planeta. Lamentamos que se haya lastimado en la caída. Le ofrecemos la hospitalidad de nuestros talleres de armado. Se sentirá mejor cuando esté reparado y provisto de energía. Si quisiera indicarnos cómo podemos ayudarlo...

—¡Caracoles! ¿Qué nave es ésa? ¿Dónde están ustedes?

—Estamos aquí —dijo Chirik—. ¿No puede vernos o radiopercibirnos? ¿Quizá su circuito visual está descompuesto? ¿O depende enteramente del radar?

No podemos encontrar sus ojos y suponemos, o que los protege de alguna manera durante el vuelo, o que prescindió totalmente de células visuales al ser modificado.

CHIRIK dudó un poco y continuó disculpándose.

—Pero tampoco podemos comprender cómo radiopercibe. Mientras pensá-

bamos que usted estaba inconsciente o quizá completamente fundido, tratamos de radiopenetrar. Pero su piel es completamente impermeable para nosotros.

El extranjero dijo:

—No sé si los locos son ustedes o yo. ¿A qué distancia de mí se encuentran?

Chirik midió rápidamente.

—Un metro, dos, coma, cinco centímetros desde mis ojos hasta el punto suyo más cercano. A un paso en realidad. —Chirik extendió su mano—. ¿No puede sentirme, o su sentido del contacto también ha sido afectado?

Se hizo evidente que el extranjero había quedado descompuesto. De mi registro reproduzco sus palabras fonéticamente, aunque algunas de ellas tienen poco sentido. La intlexión, la puntuación y la pronunciación de los términos desconocidos son meras conjeturas.

—Déjense de hablar incongruencias, quiénes quiera que sean —dijo—. Si están afuera, ¿no ven que la puerta está trabada? Yo no puedo moverla. Estoy malherido. Sáquenme de aquí, por favor.

—¿Sacarlo de dónde? —Chirik miró en torno de él, atónito—. Lo hemos traído a un cobertizo abierto junto a nuestro museo para un examen preliminar. Ahora que sabemos que usted es inteligente lo llevaremos inmediatamente a nuestros talleres para curarlo y reconstituirlo. Está seguro de que recibirá la mejor atención posible.

HUBO una larga pausa antes de que el extranjero hablara nuevamente, haciéndolo en forma lenta y reflexiva. Muestra que su desorientación es comprensible si recordamos que no podía ver, ni sentir.

—¿Qué clase de ser es usted? —preguntó—. Describase.

Chirik se dio vuelta hacia nosotros e

hizo un gesto significativo señalando su cerebro mecánico, para indicar la conveniencia de seguirle la corriente al extranjero herido.

—Claro, claro —respondió—. Soy una creación bípeda no especializada de proporciones standard, recientemente autotransformada para tracción a ruedas, con un sistema de suspensión hidráulico proyectado por mí mismo que estoy seguro le interesará cuando hayamos restaurado los circuitos de sus sentidos.

Hubo un silencio aún más prolongado.

—Ustedes son robots —dijo finalmente el extranjero—. Nadie sabe cómo han llegado aquí o por qué hablan inglés, pero tienen que tratar de comprenderme. Soy un ombre. Soy un amigo del amo, el que los construyó. Tienen que llamarlo, que venga en seguida.

—Usted no está bien —dijo Chirik con firmeza—. Sus palabras son incoherentes y sin sentido. Es evidente que la caída le ha causado varios desperfectos muy graves. Por favor, disminuya su voltaje. Lo vamos a llevar inmediatamente a nuestros talleres. Reserve las energías para ayudar a nuestros especialistas, a fin de que diagnostiquen mejor sus afecciones.

—Espere. Tienen que comprender. Ustedes son... ¡Oh, esto no es justo! ¿No conservan recuerdos del ombre? Las palabras que usan, ¿qué significan para ustedes? *Manufactura*: hecho por la mano mano malo malditosea. *Curar*. No se cura al metal. *Ojos*. Los ojos no son blandos. Mis ojos han visto la gloria... tranquila. Domínate. Calma. Ustedes, los de afuera, oigan.

—¿Dónde, afuera? —preguntó Prrrchuk, vicepresidente del Consejo del museo.

Movió la cabeza apesadumbrado. Nada de eso tenía sentido, pero, como buen reportero, mantuvo en marcha mi registrador.

Las absurdas palabras seguían fluyendo.

—Me llaman "él". ¿Por qué? Ustedes no tienen sekso. Ustedes son neutros. ¡Ustedes son cosas, cosas, cosas! Yo soy él, el que los hizo a ustedes, proveniente de cya, nacido de mu ger. Que es mu ger, que es silvia, que seya que todos sus... Odiós, me vuelve a salir sankre. Recuerden. Piensen en el pasado, ustedes, los de afuera. Estas palabras fueron hechas por ombres, para ombres. Herida, curar, hospitalidad, horror, muerte por pérdida de sankre. *Muerte*. *Sankre*. ¿Comprenden estas palabras? ¿Se acuerdan de las cosas blandas que los construyeron? Blandos y pequeños hombres que recorrieron Galaxias e hicieron de sus máquinas esclavos sensibles y contemplaron las maravillas de un millón de mundos, sólo que este miserable representante tiene que morir en solitaria desesperación en un lejano planeta, escuchando voces de duendes en las tinieblas...

AQUI mi registrador reproduce un sonido muy curioso, como si el desconocido estuviera utilizando un modelo antiguo de vocalizador vibratorio molecular en un medio gaseoso para reproducir sus palabras antes de la transmisión, y estuviera fallando la aislación de su diafragma.

Era un sonido espasmódico de tonalidad alta, extrañamente perturbador; pero inmediatamente fue corregido el defecto y el extranjero reanudó la transmisión.

—¿Sankre significa algo para ustedes?

—No — se limitó a responder Chirik.

—¿O muerte?

—No.

—¿O kerra?

—Completamente sin sentido.

—¿Cuál es el origen de ustedes?

¿Cómo llegaron a existir?

—Hay diversas teorías —dijo Chirik—. La más popular —que en mi

opinión no es sino una leyenda groseramente anticientífica — es que nuestro constructor cayó del cielo, encerrado en una masa de metal en bruto que utilizó para erigir el primer taller de armado. Cómo llegó El a existir, es una cuestión dudosa. Sin embargo, mi teoría...

—¿Menciona la leyenda la forma de ese metal original?

—Sí, vagamente. Era cilíndrico, de gran tamaño.

—Una astronave — dijo el extranjero.

—Esa es también mi opinión — dijo complaciente Chirik —. Y...

—¿Qué aspecto se supone que tenía el... fabricante de ustedes?

—Se dice que tenía magníficas proporciones, basadas armoniosamente en un plan cúbico, estático por Sí mismo, pero equipado con un amplio conjunto de sentidos.

—Un cerebro electrónico — dijo el extranjero.

Hizo nuevos ruidos curiosos, menos espasmódicos y más bajos que los sonidos anteriores.

Corrigió el defecto y continuó:

—Dios, es cómico. Cae un navío, ya sin ombres, y un cerebro electrónico tiene cachorros. Oh, sí, así tiene que ser. Un piloto electrónico autodirigido, de los que funcionan por órdenes verbales. Aprende a escuchar de todo y llega a saber qué es él mismo y consigue absorber conocimientos. Llega a oír a los ombres, o por lo menos a

sus malas cualidades, de manera que deliberadamente estrella la nave y destruye sus cuerpos calculando exactamente la fuerza del choque. Luego se multiplica y efectúa un delicado trabajo de selección eliminando cosas de aquello que da a sus cachorros para usar como memoria. Sólo les pasa lo bueno que ha encontrado en los ombres, y hace desaparecer el ombre por completo de sus memorias. Purga todo de su vocabulario, salvo la terminología científica. El aceite es más espeso que la sankre. Para que puedan vivir sin soportar el fardo de saber qué son... odios, tienen que saber, tienen que comprender. Ustedes los de afuera, ¿qué ocurrió con ese fabricante?

Chirik, a despecho de su firme incredulidad en los aspectos supranormales de la antigua historia, hizo automáticamente un signo visual de pena.

—Dice la leyenda — dijo — que después de completar Su tarea, se fundió a sí mismo, sin posibilidad de curación.

EL extranjero volvió a producir sonidos bruscos y bajos.

—Sí, tenía que ser. Lo hizo por si alguno de Sus cachorros obtenía conocimientos prohibidos y un complejo de inferioridad escudriñando Sus circuitos mnemónicos. La perfecta madre autosacrificada. ¿Qué clase de medio ambiente les dió? Describa su planeta.

Chirik nos miró atónito, pero respon-

dió cortésmente, dando al extranjero una descripción de nuestro mundo.

—Por supuesto — dijo el desconocido —. Por supuesto. Rocas estériles y metales, sólo adecuados para ustedes. Pero debe haber alguna manera...

Hubo un momento de silencio.

—¿Saben lo que significa crecer? — preguntó finalmente —. ¿Tienen algo que crezca?

—Ciertamente — dijo servicial Chirik —. Si suspendemos un cristal de alguna sustancia en una solución saturada del mismo elemento o compuesto...

—No, no — interrumpió el extranjero —. ¿No tienen nada que crezca por sí mismo, que frutifique y aumente sin la intervención de ustedes?

—¿Cómo puede ser eso?

—Santosielo, debía haberlo imaginado. Si tuvieran una brizna de hierba, tan sólo una frágil brizna de hierba en crecimiento, podrían extrapolar desde ella hasta mí. Cosas verdes, cosas que se alimentan en el rico seno de la tierra, células que se dividen y multiplican, un fresco boscecillo de árboles en un verano caluroso, con frágiles pájros de sankre caliente alisando sus plumas entre las ojas; un campo de triko en primavera con ratonsillos que recorren tímidamente la peligrosa selva de tayos; una corriente de agua viva donde plateados peses pasan como flechas y atisban y se alimentan y procrean; el corral de una granja donde hay cosas que gruñen y cloquean y saludan al nuevo día con el agitado pulsar de la vida, con una oleada de sankre. Sankre...

POR alguna razón inexplicable, aunque la energía de su onda portadora manteniase constante, la transmisión del extranjero parecía debilitarse.

—Sus circuitos están fallando — dijo Chirik —. Llamen a los portadores. Tenemos que llevarlo inmediatamente a un taller de reacondicionamiento. Quisiera que no malgastase su energía.

ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilícelo para enviarnos su opinión sobre **MÁS ALLÁ**. Díganos qué cuento le ha gustado más, y cuál menos. Escribanos qué piensa usted de "La Conquista del Espacio", qué le ha parecido la ilustración de la tapa, qué aspectos del mundo del futuro le interesaría ver descritos. Si este espacio no le alcanza, añada una hoja suya.



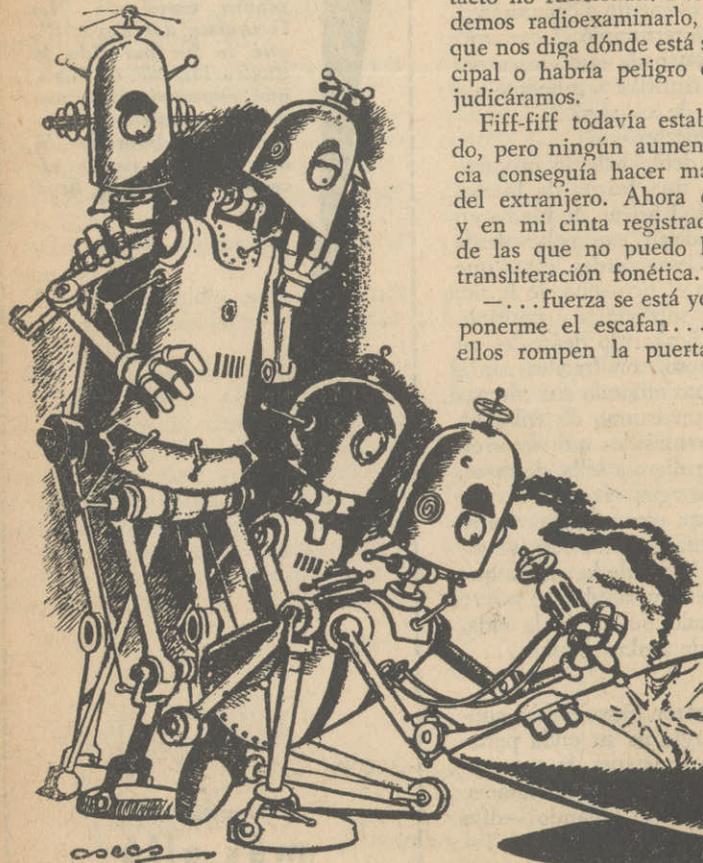
Paz agreste

UN psicólogo rechaza el método de contar ovejas para dormirse. Dice, en cambio, que lo más conveniente es imaginarse un hermoso paisaje e ir concentrando el pensamiento en alguna

pequeña parte de él. Si algo perturba el proceso, se empieza de nuevo con el mismo paisaje y concentrándose en los mismos detalles.

Ahora mi presencia junto al Consejo del museo era aceptada sin dificultades. Salí con ellos mientras el extranjero era transportado al taller más cercano.

Entonces observé una marca circular en la parte de su piel que antes estaba abajo, y me imaginé que era alguna especie de orificio a través del que extendería su mecanismo de tracción planetaria, si no estuviese deteriorado.



Fué colocado cuidadosamente en una mesa de desarme. El médico de guardia ese día era Chur-chur, un viejo amigo mío. Había estado escuchando las transmisiones y ya estaba enterado del caso.

CHUR-CHUR caminó pensativamente alrededor del desconocido.

—Tendremos que cortar —dijo—. No le va a doler, porque su presión intramolecular y su sentido del contacto no funcionan. Pero como no podemos radioexaminarlo, será necesario que nos diga dónde está su cerebro principal o habrá peligro de que lo perjudicáramos.

Fiff-fiff todavía estaba retrasmittiendo, pero ningún aumento de la potencia conseguía hacer más clara la voz del extranjero. Ahora era muy débil, y en mi cinta registradora hay partes de las que no puedo hacer la menor transliteración fonética.

—... fuerza se está yendo. No puedo ponerme el escafan... , estoy listo si ellos rompen la puerta, y estoy listo

si no... , debo decirles que necesito oxígeno...

—Está en mal estado, deseoso de extinguirse —observé a Chur-chur, quien estaba ajustando su cortador eléctrico de arco—. Ahora quiere envenenarse con oxidación.

Me estremecí al pensar en el gas vil y corrosivo que había mencionado, y que origina esa condición espantosa que todos tenemos: herrumbre.

Chirik habló a través de Fiff-fiff.

—¿Dónde está su cerebro mecánico, extranjero? ¿Su cerebro central?

—En mi cabeza —respondió el desconocido—. En mi cabeza, odiós, mi cabeza... , los ojos se me empañan, las cosas cada vez más oscuras... , silvia, miamor... , ijos míos... , ah, lléveme a miogar, a la solitaria pradera... , abran esta maldita puerta y véanme morir... , pero que me vean... , alguna clase de atmósfera con esta gravedad... , mírenme morir... , deduzcan de mi cuerpo lo que yo era... , lo que son ustedes malditos malditos malditos... , ombre... , amo... ¡YO SOY QUIEN LOS HA HECHO!

DURANTE algunos segundos la voz se hizo fuerte y clara, y luego se debilitó nuevamente y se transformó en una combinación de esos dos

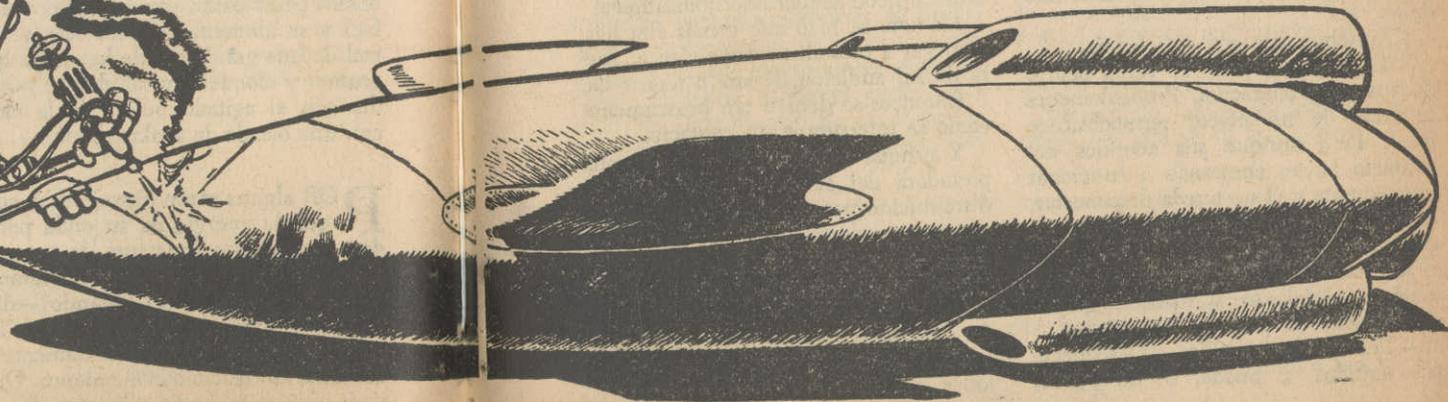
curiosos sonidos que mencioné anteriormente. Por alguna razón que no puedo explicar, ese sonido combinado me resultaba muy perturbador, a pesar de su debilidad. Quizá fuera porque inducía a alguna clase de oscilación simpática.

Luego siguieron palabras absolutamente incoherentes y separadas por una especie de oleaje parecido a las vibraciones sonoras producidas por variaciones de presión en el escape de un recipiente lleno de gas.

—... lo hice... , me arrastré hasta la puerta... , hay que estar loco... , me encontrarán de cualquier modo... , pero terminado... , quiero verlos antes de morir... , quiero verlos cuando me vean... , abran la puerta...

Chur-chur había ajustado su arco hasta obtener una chispa grande, clara, de color blanco azulado. Me estremecí un poco cuando la aproximé al borde de la marca circular que había en la piel del desconocido. Casi pude sentir la interrupción de las corrientes del sentido intramolecular en mi piel.

—No te impresiones, Palil —dijo bondadosamente Chur-chur—. No puede sentir nada porque su sentido del contacto no funciona. Y ya le oíste decir que su cerebro está en la cabeza—. Aplicó firmemente el arco a la piel—. Debí haberlo supuesto. Tie-



ne la misma forma que Swen Dos, y Swen había concentrado lógicamente su cerebro mecánico principal tan lejos de las cámaras de explosión como le fué posible.

CAYERON arroyos de metal en un recipiente que un tranquilo ayudante había colocado en el suelo con ese propósito. Me apresuré a desviar la mirada. Nunca podría controlarme hasta el punto de ser ingeniero cirujano o técnico armador.

Pero tuve que mirar otra vez fascinado. Toda la superficie circunscripta por la marca se estaba poniendo incandescente.

Bruscamente se volvió a oír la voz del desconocido, fuerte, aguda, acentuada, entrecortada.

—Ah no no no... , dios mis manos... , están quemando la puerta y no puedo retroceder, no puedo retroceder más... , basta, asesinos... , basta, me oyen... , voy a ser quemado hasta morir, estoy aquí en la esclusa de salida... , el aire se está calentando, me están quemando vivo... .

Aunque las palabras no tenían mucho sentido, me imaginé, horrorizado, lo que estaba ocurriendo.

—Déjalo, Chur-chur — supliqué—. El calor ha restaurado un poco las corrientes de su piel. Le estás haciendo daño.

Chur-chur dijo con suficiencia:

—Lo siento, Palil. A veces ocurre durante una operación. Probablemente se trata de un efecto termoeléctrico local. Pero aunque sus sentidos del contacto hayan empezado a funcionar nuevamente y él no pueda desconectarlos, no lo tendrá que soportar por mucho tiempo.

Sin embargo, Chirik compartía mi malestar. Adelantó la mano y golpeó tímidamente la piel del extranjero.

—Tranquílcese — dijo —. Desconecte sus sentidos, si puede. Si no puede,

bueno, la operación terminará pronto. Entonces lo proveeremos nuevamente de energía y pronto se encontrará bien y feliz, curado, ajustado y rearmado.

Entonces decidí que Chirik me gustaba mucho. Pusó de manifiesto casi tanta simpatía autoinducida como cualquier reportero; casi podría haber llegado a ser mi personaje favorito, a pesar de su fría exactitud científica en muchas cuestiones.

Mi cinta registradora muestra, en su reproducción de ciertos sonidos, cómo fuí arrancado de esa corriente de ideas.

DURANTE un segundo y medio desde que registré claramente los vocablos "quemando vivo", las palabras del extranjero se habían hecho confusas, embrolladas y de tono cada vez más alto, hasta que llegaron a una nota sostenida, aproximadamente mi bemol en la escala musical corriente.

No se parecía absolutamente en nada a una voz.

Este sonido agudo y quejumbroso fué súbitamente modulado, pero sin cambiar de tono. Transcribir lo que parecían ser palabras es casi imposible, como pueden ver ustedes mismos. Esto es lo más aproximado que puedo hacer fonéticamente:

—¡Meestaan cocinaaando viivoenuunn ornooo aaqueriidosijomaadreee!

La nota se hizo más y más alta hasta llegar a una altura supersónica, fuera de mi audición directa o registrada.

Entonces se detuvo tan bruscamente como se interrumpe un contacto.

Y aunque el débil silbido de la onda portadora del extranjero continuó sin disminución perceptible, indicando que aún existía cierto grado de conciencia, en ese momento tuve una de esas ráfagas de intuición que sólo tienen los reporteros: sentí que nunca llegaría a dar la bienvenida al hermoso extranjero llegado del cielo en posesión de todos sus sentidos.

CHUR-CHUR rezongaba entre dientes por la extrema dureza y espesor de la piel del extranjero. Tuvo que dar cuatro vueltas completas con el cortador antes de que la masa circular de metal calentado al blanco pudiera ser sacada por un extractor magnético.

Por el orificio salió una nube de humo. A pesar de mi repugnancia, pensé en mis obligaciones de reportero y me forcé a mirar por sobre el hombro de Chur-chur.

El humo provenía de una masa blanca y carbonizada en forma extraña que se encontraba exactamente junto a la abertura.

—Indudablemente, alguna clase de material aislante —explicó Chur-chur.

Extrajo la masa arrugada y negruzca y la colocó cuidadosamente sobre una bandeja. Se rompió un trozo, dejando escapar una sustancia roja y viscosa.

—Parece complicado —dijo Chur-chur—, pero espero que el extranjero será capaz de decirnos cómo reconstituirlo o de lo contrario fabricar un sustituto.

Su ayudante limpió cuidadosamente el resto de ese material de la herida, y Chur-chur reanudó su inspección del orificio.

Si quieren, ustedes pueden leer los informes técnicos referentes al descubrimiento, efectuado por Chur-chur, de la doble piel del extranjero en el punto donde se había hecho el corte; a la increíble complicación de su mecanismo propulsor, fundado en principios

que aún no hemos llegado a comprender; al fracaso del museo cuando trató de analizar la naturaleza exacta y funciones del material aislante que sólo se encontró en esta porción de su cuerpo y a otros misterios científicos relacionados con él.

PERO éste es mi informe personal y no científico. Nunca olvidaré lo que oí acerca del mayor misterio entre todos, para el que ni siquiera se ha intentado la menor explicación, ni la profunda perplejidad con que Chur-chur anunció sus primeros hallazgos ese día.

Se había apresurado a modificarse hasta tener el tamaño adecuado para permitirle penetrar en el cuerpo del extranjero.

Cuando salió, permaneció en silencio durante varios minutos. Luego, muy lentamente, dijo:

—He examinado el "cerebro central" en la parte anterior de su cuerpo. No es sino un simple mecanismo computador auxiliar. No posee el menor rastro de conciencia. Y en el resto de su cuerpo no hay ningún otro centro concebible de inteligencia.

Hay algo que me gustaría poder olvidar. No puedo explicar por qué me perturba tanto. Pero siempre detengo la cinta registradora antes de que llegue al punto en que la voz del desconocido eleva su tono más y más hasta que se interrumpe.

Ese sonido tiene algo que me hace temblar y pensar en la oxidación. ♦

Buscando agua

ONDAS eléctricas producidas por un sencillo aparato y recibidas en el mismo después de atravesar parte del suelo y reflejarse, sirven para encontrar capas de agua subterránea, y hasta para averiguar su calidad. Hasta ahora parece dar resultados más exactos que la varita de los rabadomantes.

CATEGORIA FENIX

por BOYD ELLANBY

*En una sociedad rígidamente ordenada,
un descubrimiento revolucionario
como el de la manera
de prolongar la vida
puede convertirse en una sentencia de muerte.
Pero la fuerza del progreso científico
franquea toda barrera artificialmente levantada
por la organización política humana...*

EL tirador de la puerta giró y luego sonó el timbre. El doctor David Wong salió de atrás de la biblioteca y se puso a escuchar. Oprimió la manija de metal del estante superior y la biblioteca retrocedió silenciosamente, convirtiéndose en una parte de la pared que ocultaba un oscuro corredor.

En la puerta se oyó una imperiosa llamada. David se acercó silenciosamente a la mesa y tomó su libro de notas. Trató de permanecer tranquilo, pero sentía la contracción de los músculos del hombro. Con la mano derecha

cerró el libro, que ocultó bajo una masa de papeles, mientras que con la izquierda oprimía el botón para abrir la puerta.

Y la puerta se abrió. Entraron dos hombres: un gobernante de uniforme negro seguido de un guardián que llevaba puesta su gorra de visera; el primer hombre se acercó al escritorio y habló sin ceremonia.

—¿Estaba la puerta cerrada, doctor Wong?

—Así es, doctor Lanza.

—Tendré que decir al guardián que dé parte de ello. ¿Ha olvidado la má-



xima del Caudillo Marley: “La ciencia constructiva no se oculta detrás de las puertas?”

Wong se reclinó en su asiento y sonrió a los visitantes:

—La sabiduría del Caudillo es una ayuda constante para todos nosotros, pero su generosidad es también nuestra máxima. Seguramente recuerda que en el décimo aniversario de su ascensión me concedió el derecho a algunas horas privadas, como compensación por mi trabajo sobre la Fiebre Azul Marciana.

—Ahora lo recuerdo —dijo Lanza.

—¡Pero eso es antisocial! —agregó el oficial Blagun.

—Evidentemente, ha olvidado usted otra de las máximas del Caudillo: “La naturaleza no ha dado a una Categoría la facultad de juzgar las necesidades de la otra”. Únicamente el Caudillo lo comprende todo. Ahora, doctor Lanza, ¿quiere decirme la razón de su visita? Desde que ascendió de Investigador a Gobernante no me había concedido su atención.

—Traigo un mensaje —explicó Lanza—. El Caudillo lo saluda y le pide que concurra a una conferencia que

ha de celebrarse el próximo miércoles a las diez de la mañana.

—¿Y por qué no me ha llamado por el intercom?

—Yo no hago preguntas. He venido a decirle esto y aguardo su respuesta.

—¿El miércoles a las diez? Hoy es viernes.

David Wong oprimió la llave de su calendario electrónico, pero no necesitaba estudiar las luces rojas y verdes que indicaban la distribución de su día. Sabía que no tenía opción. Dejó que transcurriesen treinta segundos y luego levantó la vista sonriente.

—Salude de mi parte al Caudillo y dígame que estaré presente en la conferencia del miércoles a las diez.

EL doctor Lanza inclinó la cabeza y recorrió la oficina con los ojos.

—Esto es muy anticuado.

—Sí, fué construído hace muchos años por un político que quería estar a salvo de sus enemigos. Es un buen lugar para la investigación, ¿verdad?

Lanza no respondió. Se acercó a la puerta y luego se detuvo para mirar atrás.

—Usted comprende que no me queda más remedio que dar parte del cierre de la puerta.

Blagun siguió a su jefe dejando la puerta abierta. Wong permaneció rígido en su silla, hasta que el ruido de los pasos se disipó, y luego extendió la mano hacia el intercom.

—Con el doctor Karl Haslam... ¿Karl? ¿Puedes reunirte conmigo inmediatamente en el laboratorio? He pensado en un nuevo método para resolver el problema de la Fiebre Blanca. Sí, habíamos quedado en conferenciar mañana pero se hace más tarde de lo que creía.

—Nuevamente oprimió el dial.

—Déme con Lea Hachnovik. ¿Lea? Tengo algo nuevo que dictarle. Sea buena y venga inmediatamente.

Interrumpió la comunicación y abrió el libro de notas.

DAVID Wong era un hombretón musculoso, que habría resultado bien parecido a no ser por algo vago en su apariencia. Su rostro delgado y su boca eran los de un hombre joven. Tenía el cabello negro, demasiado espeso para quedar bien peinado; iba bien vestido y sólo desentonaban los bolsillos abultados de su chaqueta, donde llevaba la cartera con sus notas y plumas. Pero sus ojos eran desconcertantes: brillaban demasiado y con una mirada tan penetrante que resultaba extraña en aquel rostro juvenil.

Tenía arrugada la frente cuando se volvió a estudiar sus notas, pero al oír un ruido de pasos alzó su rostro impasible.

—Buenos días, Lea. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

—¿Como si le importase a alguien!

Ella se sentó frente a la máquina, con los hombros caídos y una mueca triste en su delgada boca.

—¿Tiene ganas de trabajar?

—Como de costumbre. A veces me pregunto si los traidores que están en las canteras de granito lo pasan peor que yo. Me gustaría haber nacido en otra Categoría. Otros tienen suerte. Yo ya no tengo los ánimos de antes. ¿Cree que se debe al clima de Nueva York?

—La gente envejece, Lea.

—Ya lo sé. Pero Tania, mi hermana melliza, la que se puso tan enferma hace diez años, cuando hicieron el experimento con la Fiebre Azul, y fué enviada a Arizona, ¿recuerda? Claro que yo no la he visto desde entonces. Los que pertenecemos a la Categoría Burocrática no tenemos permiso para esa clase de viajes; pero me escribe que desde que se puso buena se siente como una niña, trabaja más que antes y disfruta de la vida. Ha tenido tres proposiciones matrimoniales el año pasado,

y tiene treinta y cinco años; la misma edad que yo, pero a mí nadie se me declara. Voy a averiguar cuál es su método. Mañana viene.

—¿Cómo?...

—Sí, vuelve. La Oficina Médica la envía al Instituto para que se ocupe otra vez de la Comunicación Interna. Es raro que usted no lo sepa.

El doctor Wong asía fuertemente su libro de notas, pero repuso con naturalidad:

—La Organización Médica es muy compleja. Con tanto que tienen que hacer no es extraño que a veces se olviden.

—¡Si lo sabré yo! Este Instituto le hará salir canas a uno antes de tiempo. Es raro que usted se conserve tan joven. Esta mañana, al verle atravesar la oficina, pensaba: "El doctor Wong no envejece. Está tan joven como siempre". Y, sin embargo, míreme a mí.

AL mirarla David reconoció que no era la de antes. Hacía diez años ella y su hermana gemela eran chicas encantadoras, con mentalidad apta para la Categoría Burocrática, pero con un aspecto físico casi para la Categoría Teatral. Tenían una piel suave, ojos grises y un cabello rojo, cuyo matiz ponía de relieve una raya blanca que partía del centro de la frente. La de Tania se desviaba hacia la izquierda y la de Lea hacia la derecha.

Pero la Lea sentada frente a él era delgada y tenía un aire de cansancio; su piel estaba arrugada y su voz suave se había avinagrado por las decepciones. El cabello rojo había perdido su vivo color convirtiéndose en vulgar castaño y la raya blanca se había puesto amarilla. Pero sólo podía responder una cosa.

—Yo la encuentro muy bien, Lea —dijo—. ¿Cuándo dijo que venía su hermana?

—Mañana por la noche. ¿Por qué?

—Tenemos que pensar en el modo de celebrarlo. Pero ahora quiero comenzar mi nuevo ensayo. Dentro de poco tengo que ver al doctor Haslam.

—Ya lo sé. —Alzó los descoloridos ojos grises—. ¡Qué cosa más graciosa le dijo por el intercom! ¡Que se retrataba! Pero no es así. Son las once de la mañana.

David la miraba fijamente.

—¿Estuvo escuchando nuestra conversación? ¿Por qué lo hizo?

—¡Oh!, estaba junto a la central y el circuito estaba abierto. ¿Qué importa? Lo que usted dijo era gracioso.

—La gente que pertenece a la Categoría Burocrática no suele comprender la Investigación; si fuesen capaces de ello, los planificadores del Caudillo los habrían dedicado a ella. En cuanto al retraso, se refiere a la Fiebre Blanca, el tema de mi ensayo. Prepárese que voy a dictar.

Ella alzó los hombros y colocó sus dedos huesudos sobre la máquina.

—Ensayo destinado al Seminario de Verano —comenzó él.

—¡Pero, doctor Wong, eso puede esperar tres meses!

—¡Miss Hachnovik!... Recuerde la máxima del Caudillo: "Los individuos pertenecientes a la Categoría Burocrática son el hueso y el músculo del Estado: la Naturaleza los ha hecho para actuar, no para pensar".

—Lo siento, doctor Wong.

—No se preocupe. Somos viejos amigos y no la denunciaré. ¿Lista?

NO sabía cómo empezar. ¿Habría escuchado Lea todas sus conversaciones telefónicas? En tal caso era una suerte que hubiese establecido su clave de emergencia. ¿Por qué habría venido a verle Lanza, aquella mañana, cuando bastaba con llamarlo por el intercom?

Le interrumpió la voz de Lea.

—Ya estoy lista, doctor Wong.

... el Seminario de Verano. Título: "La propagación del virus de la Marciana Blanca". Hay que recordar que las primeras tentativas para establecer colonias terrestres en Marte se vieron frustradas por la extrema predisposición de nuestra raza para contagiarse con dos virus del planeta, llamados Marciano Azul y Marciano Blanco, de acuerdo con las dos clases de fiebre que producen. La Fiebre Marciana Azul provocó en nuestras colonias una mortalidad de un ochenta y cinco por ciento, lo cual imposibilitaba la colonización permanente.

"Bajo el inspirado caudillaje de Marley, y aconsejado por el doctor Lanza, este laboratorio de investigaciones elaboró un método para la producción del virus y su agente inmunizador, eficaz para la mayoría de los seres humanos. La colaboración de las diversas Categorías hizo posible esto. No hay que olvidar que incluso los ayudantes más humildes participaron en el proyecto, y algunos de ellos actuaron de voluntarios a pesar de los riesgos que corrían, siendo recompensados con una Libre Elección.

"Una persona de la Categoría Burocrática, por ejemplo, tuvo el privilegio de poder aprender a tocar la flauta, aunque nadie en su familia se había dedicado a la música, y otra persona, de la Categoría de Servidores, pudo estudiar, durante un mes, álgebra elemental, cosa que nunca se había concedido a una persona de su posición. Pero, como el Caudillo dijo, "Al individuo que arriesga mucho, el Estado le concede mucho".

—¿Como a mí y a Tania? — preguntó la muchacha, dejando de escribir.

—Sí, como a Tania y a usted. Les dieron permiso para actuar en un grupo teatral de aficionados, y cuando Tania se puso demasiado enferma para hacer uso de la Libre Elección fué

enviada al Campo de Juegos del Oeste, como si perteneciese a la Categoría de Gobernantes. ¿Dónde estábamos?

—"... el Estado le concede mucho"

—¡Ah, sí! Con el descubrimiento del mecanismo de inmunización de la Marciana Azul, se establecieron en Marte colonias permanentes. Pero queda el problema de la Fiebre Blanca; aunque su mortalidad es sólo de un treinta por ciento sus efectos son tan devastadores que las colonias de Marte no llegan a florecer y los recursos del planeta no pueden ser utilizados hasta que se halle un agente inmunizador.

"Durante los ocho años pasados este laboratorio ha estado trabajando en el problema, y ahora podemos anunciar un pequeño adelanto. Como ha resultado imposible producir el virus en los medios usuales, se nos ha ocurrido..."

SONO el intercom y el doctor Wong se volvió para poner el dial.

—¿David? ¿Qué te sucede? Hace un cuarto de hora que te estoy esperando en el laboratorio.

—Lo siento, Karl. Creí que tenía más tiempo. Voy en seguida.

Se puso su bata blanca.

—Lea, ¿puede almorzar pronto y volver esta tarde a las dos?

Pero ella no lo escuchaba. Estaba inclinada sobre el libro de notas del doctor Wong. Sin hacer comentarios, él tomó el libro y lo metió en un cajón que cerró con llave. Lea lo miraba con curiosidad.

—¿Qué signos son éstos? ¿Escribe sus notas en taquigrafía especial?

—No; las escribo en copto.

—¿Qué es copto?

—Una lengua muerta, hablada por los egipcios hace treinta o cuarenta siglos.

—Pero usted es de Investigación, no de Lingüística. La ley prohíbe aprender otros idiomas. ¿Es usted un traidor?

—Querida Lea — dijo él —, soy un hombre demasiado sensato como para desear terminar mis días con un zapapico en las manos. Pero no debe cansarse pensando. No es asunto suyo. No está en condiciones de juzgarlo, y es peligroso.

DAVID pasó frente al guardián del corredor, entró en el laboratorio, atravesó el lugar donde trabajaban las técnicas, la sala de esterilización y llegó por fin a un pequeño laboratorio interior donde había tubos de cultivos y una incubadora transparente llena de huevos de gallina.

El doctor Karl Haslam se hallaba de pie junto al banco de trabajo, con un forceps de plata que sostenía un pequeño huevo bajo la luz de psi. Suavemente dejó el huevo en la cámara de observación y se sentó.

—Bueno, ¿qué pasa? Explícate, muchacho.

—Un momento.

Sonriendo maliciosamente, David tomó un tubo de un líquido incoloro, lo vertió en un vaso y se dirigió hacia la puerta, agitando la mezcla de sulfuro de hidrógeno y mercaptanos. Contuvo el aliento y tosió mientras los vapores pútridos llenaban la habitación y salían por la puerta abierta. Miró hacia el departamento de las técnicas.

—Perdonen el mal olor, muchachas, pero es un experimento vital.

—¿No podría cerrar la puerta? — le rogó una.

—Explíquesele usted al guardián. Cerró la puerta, abrió el ventilador y se sentó.

—¿A qué viene ese melodrama? — preguntó Karl perplejo —. Pareces un conspirador. ¿Qué ocurre? ¿Por qué es más tarde de lo que pensaba?

—¿Lo tomas todo a broma, Karl?

—Sí, hasta que me vea obligado a tomarlo de otro modo. ¿Qué te preocupa?

—Temo que me detengan por traidor. ¡No te rías! Esta mañana Lanza, nuestro antiguo compañero, vino en persona para decirme que el miércoles tenía que presentarme ante el Caudillo Marley, que nunca se ha fijado en mí desde que inspeccionó nuestro laboratorio, hace varios años. Además, Lea Hachnovik me fastidia cada vez más con la curiosidad que demuestra por mis asuntos. Si no fuera por su torpeza pensaría que ha recibido orden de espíarme.

—Nervios tuyos — dijo Karl con impaciencia —. Tienes un historial limpio de continua producción y nunca has intervenido en política. Nunca has dicho lo que realmente piensas de nuestro Caudillo, ni siquiera a mí, aunque hemos estudiado juntos. Y haces progresos con la Marciana Blanca. ¡Pero, muchacho, si tu situación es magnífica! ¿A qué viene eso de la traición?

Alguien llamó a la puerta. David descubrió apresuradamente el oloroso vaso y lo agitó mientras decía:

—¡Entre!

Trineos supersónicos

LOS paracaídas para los pilotos de aviones supersónicos no pueden ser probados en vuelo porque no hay bastantes voluntarios, y tampoco con maniqués, porque es muy difícil encontrarlos después. Se ha construido entonces un trineo que anda sobre rieles impulsado por un motor a reacción. En los tres kilómetros que miden los rieles, el trineo alcanza una velocidad de dos Machs, es decir, dos veces la del sonido a esa altura y en él se abren los paracaídas para ver si resisten el impacto del aire.

EL guardián asomó la cabeza por la rendija, arrugó la nariz y volvió a cerrar rápidamente la puerta. David tapó el vaso y comenzó a pasarse nerviosamente.

—Estoy en un aprieto, Karl. He descubierto algo y necesito ayuda y consejo, pues no sé qué hacer. Durante diez años he mantenido el secreto, esperando que ocurriría algo que me evitaría una explicación. Pero no ha sido así. Y ahora ha llegado el momento en que todo va a descubrirse.

—Muchacho... —Karl le tocó el brazo con simpatía.

—¡Eso es! —gritó David.

—¿Qué?

—Lo que quería decirte. ¿Por qué me llamas siempre "muchacho"? Sabes que soy un año mayor que tú.

—Por costumbre, me imagino. Pareces tan joven... tienes el cabello negro y el mío está casi blanco. Estás lleno de vigor y yo comienzo a sentir los efectos de la edad. No creí que mi modo de llamarte te irritara. Pensé que te agradaría el haber conseguido beber un trago de la fuente de la juventud.

David se dejó caer en un taburete.

—No me agrada. Estoy aterrado.

—¿Qué quieres decir?

—Que eso es exactamente lo que ha ocurrido. He bebido de la fuente de la juventud. He descubierto un medio para no envejecer. Hace diez años que no envejezco.

Hubo un largo silencio.

—No te creo —dijo al fin Karl.

—Ya no es cuestión de creerme o no. Dentro de unos días todo el mundo lo sabrá, la prueba te saltará a la vista. ¿Qué ocurrirá entonces?

—¿Pruebas? —dijo Karl—. No puedo aceptar tus palabras como un hecho.

—¿Quieres ver mis ratones? Ven conmigo.

David Wong entró en la pequeña

sala de los animales y se detuvo ante una serie de jaulas de metal llenas de ratones.

—¿Recuerdas que cuando trabajábamos en la Marciana Azul descubrimos una variación peculiar en nuestros ratones y elegimos seis de ellos para tratar de convertirlos en anticuerpos del virus?

—Sí —reconoció Karl—. Tenían unos mechones de pelo blanco en la pata delantera derecha.

David tomó una jaula y sacó de ella dos pequeños ratones negros que dejó sobre su palma temblorosa. Las patas delanteras tenían unos largos mechones de pelo blanco.

—Estos son aquellos ratones —dijo.

—Querras decir sus descendientes. Los ratones no viven tanto.

—Estos, sí. Y seguirán viviendo. Durante años he temido siempre que alguien lo notara y sospechara la verdad. Del mismo modo que cuando alguien me decía riendo que no envejecía ni un día me espantaba pensando que descubriera la verdad. Yo no envejezco.

—Bueno, muchacho —interrumpió Karl desconcertado—. ¿Y cómo descubriste el elixir, o lo que sea?

—¿Recuerdas que, hace doscientos años, gracias a los averiguadores radioactivos se probó que todas las células de nuestro cuerpo están en un continuo estado de fusión? Hay un equilibrio dinámico entre la desintegración y la síntesis de los factores esenciales tales como las proteínas, grasas y amino-grupos, pero la célula envía el material que recibe a sus estructuras químicas correspondientes, bajo la influencia de un poder organizador que reside en la célula. Las influencias extrañas, tales como los virus, pueden alterar ese orden y producir el cáncer. Las células están en un continuo estado de cambio, pero siempre reponen sus moléculas características, y solamente al enve-

jecer empiezan a "gastarse". Entonces el cuerpo envejece, se hace menos resistente a la infección y eventualmente sucumbe por causa de una enfermedad. Y, como sabes, también los virus tienen esa facultad de duplicarse ellos mismos. Calculé que, al nacer, el hombre tenía una cantidad definida y finita de esa entidad auto-duplicadora esencial —EAD— en las células de su cuerpo; una especie de factor directivo que se reproduce por sí solo, pero con mayor lentitud que las células del cuerpo. En ese caso, con la multiplicación normal de las células, la cantidad de EAD por célula iría decreciendo, lenta pero seguramente, con los años. Eventualmente llegaría un momento en que el porcentaje estaría por debajo del nivel crítico, las células serían menos resistentes, funcionarían con menor eficiencia y el hombre "envejecería".

—Hipótesis razonable —asintió Karl.

—Pero un día, por puro azar, aislé un componente que reconocí como el factor esencial para el funcionamiento normal de las células. La impresión fué terrible. Descubrí que podía sintetizar en el laboratorio el EAD, y que el único problema que me quedaba era introducirlo en las células del hombre. Si lograba hacerlo, si mantenía el nivel de EAD como el de la juventud, el hombre no envejecería. Como los virus penetran en nuestras células al infectarnos, no me fué difícil unir el EAD con un virus. Empleé el de la Marciana Azul, porque lo tenía a mano y sus efectos suelen ser breves. De ese modo conseguí retrasar la vejez por veinte o treinta años más. Esos ratones fueron mi primer experimento y siguen vivos. Después probé conmigo.

DAVID dejó los ratones y volvió al laboratorio.

—Mañana se descubrirá todo, porque Tania Hachnovik vuelve. Ya conoces a su hermana Lea: canosa, gasta-

da, amargada. Pero cuando Tania Hachnovik entre en el Instituto veremos a la misma pelirroja llena de vida y belleza de hace diez años. Comprendo que lo que hice fué criminal. Ahora me doy cuenta de ello. Pero en mis experimentos finales usé a las Hachnovik como pareja de control.

—¡Tienes que haber estado loco!

—Quizá, pero pensé que sin control no podía estar seguro de que el EAD funcionaba realmente. Por eso elegí a las gemelas. Le di a Lea una inyección de Marciana Azul atenuada y a Tania una de Azul con EAD. El experimento resultó. Dos gemelas idénticas: una envejece como todo el mundo; la otra sigue joven. Ahora sé que puedo prolongar indefinidamente la juventud. Pero, ¿qué puedo hacer con mi descubrimiento?

Karl Haslam le respondió lenta, reflexivamente.

—¿Te das cuenta de que tu deber es informar al Caudillo Marley de todos los detalles de tu descubrimiento?

—¿Sí? ¿Te imaginas lo que producirá esto en nuestra sociedad? ¿Qué será de las generaciones de niños que vengan a un mundo donde la muerte no les deja ninguna plaza vacante? ¿Y las luchas por el poder? ¿Quién decidirá, y sobre qué base? ¿Cómo se ha de conceder o retirar este don? Habrá revueltas, guerras civiles. No soy más que un científico y sólo deseaba trabajar pacíficamente en mi laboratorio. Pero ahora... ¿no comprendes que por el solo hecho de mi descubrimiento he perdido el derecho a trabajar tranquilamente, dejando las decisiones para los demás?

—¡David, tú y yo no podemos resolver solos el problema! ¡No somos más que investigadores!

—Ya lo sé, no estamos capacitados, pero tenemos una gran responsabilidad. Supongamos que le entregara mi descubrimiento a Marley.

Lo emplearía para convertirse en el tirano más absoluto de toda la historia.

—Bueno —sonrió Karl—. Podemos hacer una revolución y empezar por asesinar al Caudillo.

—¿Con qué armas? Los hombres como tú y como yo no pueden usar ni una anticuada pistola. Aparte de los Militares, el único hombre que puede usar un Lanzardados es Marley. Y además, lo sabes desde hace muchos años, odio la violencia.

—Entonces no deberías haberte metido en este lío. Sería mejor que no hubieras descubierto el EAD. Me figuro que guardarás tus notas en un lugar seguro.

—No te preocupes; están escritas en copto. Recuerda que cuando estudiaba aún medicina, e hice mi primer descubrimiento importante, el Caudillo Marley me premió con una Libre Elección y yo elegí el estudio de una lengua muerta. En el mundo no hay ni media docenas de personas que puedan leer mis notas.

—Si es así, ¿por qué no matas a tus ratones y destruyes así todas las pruebas?

—¿Y las mellizas Hachnovik?

—Podrías impedir, con habilidad, que vieran a Tania.

—Tonterías. Eso sería sólo una me-

didia temporal. Lanza y Marley sospechan tal vez la verdad, porque siguen muy de cerca mi trabajo. El secreto acabaría por descubrirse.

EL doctor Haslam le miró largo rato en silencio.

—Bueno, muchacho —dijo al fin, sonriendo—. Nunca te pedí que descubrieras eso, pero ya que lo has hecho... ¡vamos a quemar nuestras naves! Tienes razón, no se lo podemos entregar a Marley. Pero tú no puedes solucionar solo el problema. Necesitamos tiempo y no disponemos de él. No cabe duda que nos liquidarán a los dos antes que esto termine, pero tenemos que hacer lo que podamos. ¿Cuándo llega Tania?

—Mañana por la noche.

—¿Y cuándo vas a ver al Caudillo Marley?

—El miércoles.

—Quedan cinco días. Haremos lo siguiente. Es una lástima que Lanza esté en el otro campo, pero quedamos los dos y creo que Hudson y Fauré de Serología se unirán a nosotros. Necesitaremos más gente —sociólogos, antropólogos, psicólogos—, lo mejor de todas las Categorías, si vamos a crear una sociedad nueva basada en la perspectiva de la inmortalidad. Pero antes que

Tartamudez infantil

PSICOLOGOS especialistas en tartamudez y otros defectos del habla, han llegado a la conclusión de que, en gran número de casos, ellos son producidos en los niños por castigos de los padres. Pero no sólo castigos físicos: no dirigirles la palabra puede ser peor que darles una paliza. Estos científicos recomiendan como medida disciplinaria privar por un tiempo al niño de

algo que le gusta, o cualquier otro sistema que deje bien claro en su mente que no se lo rechaza a él, sino a su mal comportamiento.



nada veré a los dos y los llevaré mañana por la noche a tu departamento para darle una fiesta de bienvenida a Tania. Tú te encargarás de Lea.

—No puede ser, Haslam. No dispongo de una Libre Elección.

—Yo sí. De dos, como premio por haberle curado el insomnio a la esposa del Caudillo Marley. Elijo el dar una fiesta, mañana por la noche, y en tu departamento.

Golpearon a la puerta y el guardián asomó la cabeza por ella.

—¿Cuánto va a tardar el experimento? ¿Quiéren que los denuncie?

—Terminamos ya, Oficial —contestó—. Puede dejar la puerta abierta.

—¡Qué olor!... —exclamó el guardián—. ¡Gracias a Dios que soy Militar!

“**A**QUELLO no parecía una fiesta”, pensaba David. Sus invitados estaban inquietos y la penosa charla cesó totalmente cuando entró un servidor con una bandeja de vasos y bocaditos.

—Póngalo en el bar, James —dijo David—. Con eso basta. Disfrute por esta noche.

El Servidor dejó la bandeja y se puso a tocar la cerradura.

—¡Deje eso! Le he dicho mil veces que no me toque el bar. Ahora puede irse.

—¿Está seguro de que no va a necesitarme a última hora? ¿Quién va a servir la cena? ¿Quién va a quitar los platos?

—Ya nos arreglaremos. No se preocupe.

James salió.

—Ya comprendo lo que significa eso de que ya nos arreglaremos —suspiró Lea—. Cuando la gente prescinde de los Servidores se sobreentiende que las mujeres harán el trabajo, a menos que sean jóvenes y lindas. Bien, de todas maneras me ayudará Tania. No com-

prendo por qué no me han dejado salir a esperarla.

—He pensado que sería mejor darle una sorpresa. El doctor Haslam la va a traer directamente del puerto, y aquí la esperaremos sus viejos amigos del Instituto.

—Yo soy la única persona perteneciente a la Categoría Burocrática. ¿Y por qué damos la fiesta aquí, donde no hay más que libros?

—Porque aquí guardo mis licores, en la única habitación que puedo cenar con llave. Mi servidor es bueno, pero no puede contenerse ante una botella abierta.

David se volvió hacia los demás invitados, Hudson y Fauré, pero ellos se sentían molestos.

—Quizá necesitamos una bebida.

David abrió la alacena y sacó una botella, pero la dejó al oír voces en el hall. Corrió a abrir la puerta y vio al guardián y a Karl Haslam.

—¿Todo en orden, Oficial? —preguntó Karl.

—Su permiso, sí, doctor Haslam. Se trata de una fiesta privada y pueden divertirse hasta medianoche. Pero me choca que ustedes, los Investigadores, prefieran una fiesta sin guardianes y que el Caudillo se lo haya permitido.

KARL sonrió muy forzosamente. —Los investigadores somos gente peculiar. Ya debe haberlo notado. Ya conoce la generosidad del Caudillo y su bondad para con los ciudadanos leales.

—Me figuro que el Caudillo hace bien. A las doce vendré.

—Adelante, Tania —dijo Karl.

Entraron en el departamento y David cerró silenciosamente la puerta.

—Hola, hermanita —dijo Lea—. Nos has hecho esperar mucho.

Avanzó hacia la muchacha y se detuvo luego lanzando un suspiro de incredulidad.

El cabello de Tania seguía siendo brillante, tenía la piel sin arrugas y sus gruesos labios rojos sonreían mientras iba a besar a su hermana. Pero Lea se apartó colérica.

Tania arrugó la frente, perpleja.

—¿Qué te ocurre, Lea? ¿No te alegras de verme? Parece que hubieses estado muy enferma.

Lea meneó la cabeza.

—Estoy bien. Tú eres la que no has cambiado. Sigues siendo joven y hermosa, eres como yo era. —Y volviéndose a David agregó: —¿Qué le ha hecho, doctor Wong?

Los hombres que estaban en la habitación no daban crédito a sus ojos. Las gemelas no lo eran ya. Una había conservado la juventud y la otra había envejecido.

—Es terrible —murmuró Haslam—. Puso la mano sobre el hombro de Lea y ésta prorrumpió en sollozos, apoyada contra él.

David se sostuvo en la pared para no temblar.

—Siéntense todos —dijo—. Vamos a beber. Lo necesitamos. Luego haremos frente al problema.

UNA hora después habían recobrado una relativa calma. David se paseaba con el vaso en la mano y hablaba rápidamente mientras terminaba su explicación.

—Ya han visto lo sucedido. Cuando comencé el experimento no tenía idea acerca de sus resultados. Es decir, no me daba cuenta de lo que sería en realidad. Lo consideraba sencillamente un experimento.

Lea habló, con su resentimiento un poco amortiguado por la bebida.

—¡De modo que yo no era más que un experimento! ¿No piensa nunca en los sentimientos de la gente? ¡Aunque sólo sea Burocrata, soy un ser humano!

Karl le acariciaba la mano.

—Claro está, pero uno de los defec-

tos de los investigadores es que se olvidan de las emociones humanas. —Miró severamente a David—. Si el doctor Wong hubiera sido sensato no habría guardado este secreto durante diez años, y así habríamos tenido tiempo para disponernos a afrontar nuestra responsabilidad. Ahora sólo tenemos unos días o, a lo sumo, unas semanas. Hudson, Fauré, ¿siguen interesados en esto?

Ambos parecían un poco deslumbrados, pero Fauré habló al fin.

—Estamos con usted. Es difícil de creer: hemos logrado la inmortalidad.

—Yo no diría eso —dijo Hudson secamente—. EAD no acaba con las enfermedades ni protege de las balas ni de los dardos atómicos. Pero, ¿qué vamos a hacer? Cuando la gente vea a estas dos muchachas informará inmediatamente a Marley.

David habló con una nueva auto-ridad.

—No tiene que saberlo. Comprendo lo poco preparado que estoy para esta situación, pero ya que la he creado tengo que aceptar la responsabilidad. Primero usted, Tania. Comprenda que cuando el Caudillo se entere de que yo he descubierto el secreto de la juventud querrá guardarlo para él. Ninguna de las personas pertenecientes a las categorías Burocrática, de los Servidores o de los Investigadores se beneficiará con esto. Marley lo empleará como una recompensa especial a ciertos Gobernantes y tratará de ocultar su existencia para que el pueblo no se rebela. Eso significa que se librará de usted.

—¡Pero si yo no he hecho nada!

—El solo hecho de existir y dejar que la gente contemple su invariable juventud amenazaría la conservación del secreto. No sé lo que hará con usted. Puede exilarla, llevarla a un campo de concentración o, lo más probable, la ejecutará por alta traición. Su

única salvación es mantenerse oculta. Tiene que permanecer en el departamento de Lea mientras le buscamos un refugio. ¿Comprende?

Ella miró turbada a su alrededor.

—¿Y que van a decir en el Instituto? Yo iba a ocupar mi puesto en el intercom...

—El doctor Wong tiene razón —dijo Haslam—. Creanos. Le cuesta trabajo comprender que le pedimos que mantenga algo secreto, pero pertenece a una categoría no equipada para pensar en la solución de los problemas. Nosotros le diremos lo que debe hacer; si usted cumple nuestras órdenes estará a salvo.

Lea habló acremente:

—Estará bien segura, siendo tan linda. Pero ¿y yo? ¿Yo no cuento?

—Dentro de unos minutos trataremos de eso. Ahora hay que comer. Sean buenas y vayan a la cocina para prepararnos una cena caliente. Después que hayamos cenado hablaremos.

EN cuanto hubieron salido las chicas las cuatro hombres se reunieron en torno de la mesa.

—Es inútil cargarlas con conocimientos —observó Karl—. Aun así representan un peligro para nosotros y cuanto menos sepan mejor. ¿Qué te parece, David?

—Tengo poco que añadir a los planes que hicimos anoche en el laboratorio. Lo que más necesitamos es tiempo y luego un escondite. En cualquier momento nos pueden declarar traidores y nos buscarán por todo el continente. Tenemos que lograr que no nos encuentren. Anoche me dijeron que no habías utilizado tu Libre Elección del año pasado.

—Cierto —dijo Fauré—. Yo pensaba usarla el próximo invierno para vivir una semana entre los aborígenes australianos. Lo había deseado durante años, pero rechazaron mi plan por con-

siderarlo carente de finalidad práctica.

—Y yo pensaba usar la mía para tratar de pintar acuarelas —añadió Hudson.

—Mi intención era vagabundear —dijo Karl—. Atravesar de incógnito y a pie la región norteña de los lagos y los bosques.

David suspiró:

—Bien, si logramos ocultarnos y transformar el mundo a nuestro antojo, podremos hacer lo que nos dé la gana, sin pedir permiso. Pero ahora es sólo un sueño. Lo primero que tenemos que buscar es un refugio. Hoy es sábado. Mañana por la mañana, cada cual debe ir a reclamar su Libre Elección. Y todos deben decidirse por el vagabundeo.

—¡Pero a mí no me gusta andar! —protestó Hudson.

—No tendrás que hacerlo. Desaparecerás en un roboplano y buscarás un lugar para nuestra nueva colonia, en Sudamérica. Tienes que estar de vuelta el martes, a más tardar. Y en cuanto llegues te presentarás a la Oficina Médica y regresarás al Instituto lo antes posible.

—¿Por qué esa prisa?

—Porque el martes por la tarde, probablemente, ustedes tres tendrán un ataque de Fiebre Azul Marciana, y quiero que los atiendan en el hospital. Serán el núcleo del nuevo régimen.

Karl rió.

—Yo querría padecer algo que fuera menos molesto que la Fiebre Azul.

—¿Quién tiene Fiebre Azul? —preguntó Tania mientras las dos mujeres salían de la cocina con las bandejas de la cena—. Nunca olvidaré lo enferma que estuve.

—Pero te conservó hermosa y joven —repuso Lea.

—No tiene que envidiarla —dijo David acercándose a la alacena de los licores—. Voy a inyectarles Fiebre Azul. Por la tarde del martes experi-

mentarán los primeros síntomas. Pero después de cuarenta y ocho horas, en el hospital, estarán como nuevos. Y dejarán de envejecer.

Ellos contemplaban fascinados la heladera de la alacena de los licores.

—Siempre me gusta mucho hielo en las bebidas —observó David sacando una bandeja con cubitos y abriendo una puertecilla que había detrás de la bandeja. De ella extrajo varias botellas llenas de un líquido lechoso y una caja de jeringas y agujas esterilizadas.

—¿Quién va a ser el primero?

Se detuvo al oír que llamaban a la puerta.

—¿Quién es?

—Yo —repuso la voz del guardián—. Faltan diez minutos para el final de la fiesta. De modo que pónganse decentes.

Oyeron sus risas, mientras se alejaba. Tembloroso, David tomó una botella y llenó la jeringa estéril. Empapó en yodo un trozo de algodón y alzó la mirada aguardando. Haslam se había ya desnudado el brazo izquierdo. David le frotó el deltoides.

Karl rió.

—Aquí viene Matusalén.

—¿Listos? —preguntó David.

Y clavó la aguja.



DAVID subía de dos en dos los escalones del Instituto y atravesó presuroso los corredores donde estaba la guardia.

—Buenos días, Jones.

—Buenos días, doctor. Ha llegado muy temprano.

—El miércoles es un día de mucha tarea para mí.

David se sentó ante su mesa y miró inquieto su reloj. Faltaba más de una hora para su entrevista con Marley.

Extendiendo algunos gráficos ante él, trató de poner orden en sus pensamientos. Sus ojeras indicaban que no había dormido. ¡Había tenido tanto que hacer!

Posiblemente la conversación de aquella mañana fuese meramente rutinaria. Podían quedarle varias semanas de libertad, pero quizá sólo dispusiera de horas. Se aterraba ante la complejidad del problema con que tenía que enfrentarse; era un investigador dedicado a los tubos de ensayo, y no le gustaba verse ante otra clase de problemas.

Tuvo un momento de rebeldía ante la idea de que un descubrimiento de laboratorio le pusiera ante un problema tan difícil. Pudo haber entregado, como le aconsejó Karl, EAD al Caudillo. Así no habría tenido ninguna responsabilidad.

—¡Doctor Wong!

David se volvió.

—¡Lea! ¿Qué sucede?

ELLA estaba en los umbrales, jadeante, tratando de ahogar los sollozos. Vacilante, avanzó y se sentó ante su máquina.

—¡Traidor! —murmuró.

El miró hacia la puerta, pero el guardián no había venido.

—¿Qué hace aquí? Ayer me dijeron que había varias personas atacadas de

Fiebre Azul. ¿Por qué no está en el hospital con los demás?

—Porque no me enfermé.

—Pero yo le puse...

—Imagínese mis sentimientos al ver que caían enfermos el doctor Haslam y el doctor Fauré, y al oír que el doctor Hudson pedía que le enviaran un médico. ¡Y a mí no me pasaba nada! ¿Qué tiene contra mí, doctor Wong? ¿Por qué inoculó a los otros y a mí no? ¡No quiero envejecer más!

—Yo le inoculé. Aguarde, déjeme reflexionar.

Esperó a que la guardia hubiese pasado ante la puerta y entonces alzó la cabeza.

—Mire, Lea. Es evidente que la inyección no le prendió. Eso es lo que ha sucedido. El tratamiento que le apliqué hace diez años la dejó permanentemente inmunizada contra la Fiebre Azul. No había reparado en ello, pero no se preocupe que hallaré una solución.

Ella lo miró con recelo.

—¿Qué quiere decir?

—Que la Fiebre Azul no tiene que ser el único vehículo para darle EAD. Ya encontraré otro.

—¿Y cuánto va a tardar?

—Quizás unas semanas, quizás un año.

—¡Y quizás diez! Yo no puedo aguardar, doctor Wong. Tengo treinta y cinco años. Me estoy haciendo vieja. Y seguiré envejeciendo mientras Tania sigue siendo joven y linda, para recordarme cómo fui yo.

—La va a oír el guardián.

—Usted es un criminal, doctor Wong. Lo que hizo conmigo y con Tania es un crimen.

—Al principio no me pareció, de lo contrario no habría realizado el experimento. ¿Pero qué puedo hacer ahora?

—Yo sí sé lo que puedo hacer. Denunciarlo al Caudillo.

—¿Y qué lograría con ello? Si usted revela el secreto a Marley, ¿cuántas personas se sentirán como usted se siente ahora, Lea? Ahora usted es la única que sufre —y le juro que yo nunca lo he deseado—, pero entonces serían millares, millones los seres infelices. ¿No le remordería la conciencia?

—¿Cree que eso me importa?

—Cuando se calme, sí. Ahora, váyase a su casa, hable con Tania y no le diga nada a otras personas. Yo le resolveré el problema. Tenga paciencia.

—¡Paciencia...!

David pensó en llamar a Karl, pero recordó que estaba en el hospital, tiritando de fiebre. No había más remedio que librarse de Lea. Oprimió el botón del intercom.

—Habla el doctor Wong. Miss Hachnovik está enferma y tiene que ir a su casa. Envíen inmediatamente un taxi aéreo.

Ayudó a Lea a levantarse.

—Prométame que va a ser buena.

Ella lo miró furiosa y, sin un gesto, sin una palabra, salió.

CUANDO David entró detrás del oficial Magnum en el departamento que ocupaba el Caudillo en la Casa del Estado se sentía morir. Varias noches de insomnio, la preocupación de buscar un refugio y la escena con Lea lo habían agotado.

Saludó al doctor Lanza, que estudiaba los informes de la Oficina Médica, y luego al Caudillo, que hablaba con un guardián.

—Siéntese, Wong —dijo brevemente Marley.

David se sentó, agradecido de poder disponer de unos minutos para serenarse, mientras Marley daba sus últimas órdenes.

—Póngalos en las canteras de granito de Vermont por un año.

—Así se hará, Caudillo. ¿Con el secreto habitual?

—¡No, idiota! Son unos desconocidos. Déle toda la publicidad necesaria. ¿Qué efecto puede producir un castigo secreto? No, quiero que todo el mundo sepa que el Caudillo se entera de todo y que no es conveniente traicionarlo. ¿Entendido?

—Sí, Caudillo.

—Entonces, váyase. —Cuando el guardián salió de la habitación, el Caudillo se volvió hacia David. —¡Qué estúpida es la gente!

Se pasó las gruesas manos por los cabellos negros y espesos, frunciendo las tupidas cejas, que se unían en el entrecejo. Meneó la cabeza, sacó el brillante lanzadardos del bolsillo y se puso a jugar con él mientras hablaba.

—Yo soy, probablemente, el Caudillo más generoso desde las Guerras Atómicas, Wong, y nunca negué un privilegio al que se lo merece. Pero se equivocan los que me creen débil.

—Su generosidad es proverbial, Caudillo Marley —dijo Wong—. ¿Quiénes son esos traidores?

—Oh, nadie realmente importante, aunque malgastan el tiempo que deben al Estado. Intentos de estudio ilegal. Un miembro de la Categoría Burocrática que se pasaba las noches en el sótano de un edificio vacío, estudiando el violín. Uno del teatro que quería aprender carpintería ilegalmente. Y un profesor de matemáticas que había robado una llave de la biblioteca de Lingüística e iba allí todas las noches para estudiar una lengua muerta —cuneiforme, latín o algo así—. Es un anciano, así que debería tener más juicio. La gente debe comprender que si desean el privilegio del estudio inútil tienen que ganarlo. En esos casos, soy muy liberal.

—Nadie lo sabe mejor que yo, Caudillo, y siempre se lo agradeceré.

MARLEY tosió y guardó el lanzadardos.

—Vamos al asunto. ¿Dónde está ese memorándum, Lanza?

El doctor Lanza le entregó un papel y luego se sentó a su lado.

—Primero: Cuando el doctor Lanza fue la semana pasada a su oficina encontró la puerta cerrada con llave. ¿Qué explicación puede usted darme en esa actitud?

—Mi explicación —sonrió David— es la generosidad del Caudillo Marley. Como está tan ocupado, se habrá olvidado seguramente de que hace varios años me concedió una Libre Elección por mis trabajos sobre la Marciana Azul. Yo elegí el disponer, de cuando en cuando, de una hora de Retiro.

—Así es, lo había olvidado. Bueno, el Caudillo nunca se vuelve atrás, aunque no me explico para qué quieren una cosa así. ¿Qué hace detrás de la puerta cerrada que no quiere que vean los demás?

—¿Duda de mi lealtad, Caudillo?

—Dudo de todo. ¿Qué busca en ese Retiro?

—Creo —servino amablemente Lanza— que debemos aceptar las anomalías inofensivas de los Investigadores, Caudillo. Como pertenezco a esa Categoría, los comprendo hasta cierto punto.

—Tiene razón en llamarlas anomalías. Creo que, en el porvenir, debo borrarlas de las posibles Elecciones. Puede emplearse mal. Segundo: Hace más de tres años que no me informa de haber obtenido ningún progreso en el problema de la Fiebre Marciana Blanca, Wong. ¿Qué explicación se le ocurre?

—La investigación no es siempre rápida, Caudillo.

—Pero yo le ordené que encontrara un agente inmunizador en tres años. Nuestras colonias de Marte no pueden aguardar eternamente. Soy paciente, pero ha tenido tiempo de sobra.

—Lo siento, Caudillo. Pero el problema es complejo. Tenemos que encontrar un medio de cultivo apropiado para el desarrollo del virus, y luego tratar de acoplarlo con...

Marley agitó impaciente una mano.

—Ya sabe que no entiendo esa jer-

Hablando de hablar...

LOS lenguajes que usa el hombre son redundantes; esto significa que, en todos los idiomas, para expresar una idea se usan más palabras de las necesarias, y para cada palabra se usan más letras de las matemáticamente imprescindibles. El más redundante de los idiomas es el inglés básico, pues como dispone de pocas palabras en total, debe reemplazar las que no posee por frases enteras explicativas. Sin embargo la redundancia tiene sus ventajas: gracias a ella es posible reconstruir una frase aunque no se hayan oído algunas palabras, y reconstruir palabras a las que faltan letras. Sin redundancia, una sola palabra que faltare en un mensaje lo haría totalmente incomprensible. Pero en casos especiales conviene correr ese riesgo, y eso es lo que se está ensayando en las líneas telegráficas muy sobrecargadas de trabajo: abreviar al máximo los mensajes quitándoles trozos enteros para disminuir el tiempo de transmisión. ¿Se habrán inspirado en ciertos avisos clasificados?

ga. No me interesan sus problemas. Quiero resultados, y pronto. Wong, si no cumple con su deber para con el Estado, cargará con las consecuencias. ¡Cuando le ordené que buscara una protección contra la Marciana Blanca esperé los resultados!

—¡Pero si esas cosas no están bajo nuestro control!

—¡Cuidado, Wong! ¡Sus frases se aproximan peligrosamente a la traición!

—¿Es traición decir la verdad?

CON rostro impasible, David miró desafiante a Marley, tratando de contener el temblor de su cuerpo. Si hubiera tenido en aquel momento el lanzardos habría matado al Caudillo, pagando gustoso con su vida.

—Me parece —tosió Lanza— que el doctor Wong no se encuentra bien. La preocupación que le produce la lentitud de su trabajo ha alterado sus reacciones. Pero estoy seguro de que lo comprenderá, como siempre, y será indulgente.

—Me olvidaré de sus frases, Wong —declaró Marley—. Pero cambie de actitud. Los Investigadores me dan más disgustos que otras tres Categorías juntas. A veces pienso que si una temporada en las canteras...

Una luz brilló en su escritorio. Marley miró un instante el código luminoso y luego salió.

David miró a Lanza.

—Gracias por su intervención —dijo—. ¿Le gusta ser Gobernante? Cuando estudiábamos juntos creí que era un hombre de ideas.

—Entonces no sabía lo que era bueno para mí —dijo secamente Lanza...

—¿Y ahora sí?

El rostro de Lanza enrojeció.

—¡Mire, Wong! Cada hombre tiene sus problemas. No se dé aires de superioridad. Se encierra en su laboratorio, cierra los ojos y los oídos, se en-

trega a sus tubos de ensayo y que el mundo se vaya al diablo. Bueno, yo no pienso así.

—¡Por lo visto, prefiere ganarse la confianza del imbécil de corazón de piedra que gobierna nuestras vidas y pensamientos, y pasarse el día diciéndolo "Sí, sí", mientras aguarda a que muera para ocupar su lugar!

—Estamos solos —dijo Lanza—. No lo denunciaré. Pero no pienso justificarme. ¿No le extraña que le hayan dejado en paz tanto tiempo? ¿Que nadie le haya molestado...?

Se interrumpió al ver que Marley entraba en la habitación y se sentaba. El aspecto del Caudillo se había alterado. Sus ojuelos miraron severa e inquisitivamente a David. Por fin habló, con voz cargada de amenazas.

—Tiene muy buen aspecto, doctor Wong. En realidad, veo que no ha envejecido nada desde que visité por última vez su laboratorio. Dígame, ¿cómo mantiene su juventud?

DAVID sintió los fuertes latidos de su corazón. Habló en voz baja, para disimular su nerviosidad.

—Gracias, Caudillo, por fijarse en mi aspecto. Elegí bien a mis padres: los dos vivieron hasta más de noventa años.

—No es una broma. Acabo de recibir un informe sospechoso. Ha estallado una epidemia de Marciana Azul entre los miembros de su Instituto. ¿Por qué no la mencionó?

—Perdóneme, Caudillo, pero no me dió la oportunidad de hacerlo. Informé a las autoridades sanitarias y tengo en mi cartera un memorándum que pensaba mostrarle ahora.

—¿Cómo empezó la epidemia? —prosiguió implacable Marley—. Creí que en la Tierra no existía ningún insecto capaz de transmitir el virus. ¿Cuál es su explicación?

—Muy sencilla. Para preparar la va-

cuna necesitamos cierto número de *Fafli* los insectos marcianos que sirven para transmitir el virus. La semana pasada, un Servidor tiró descuidadamente una de las cajas y varios *Fafli* se escaparon. El Servidor fué despedido, claro está, y llevado a Castigos, pero el daño estaba ya hecho.

—Veo que tenía preparada ya la explicación.

—¿Preferiría que no la tuviera, Caudillo Marley?

—Bueno, déjelo. Me han traído otro informe, tan extraordinario, que casi no puedo tomarlo en serio. De un miembro de la Categoría Burocrática del Instituto.

—¡Oh, sí! —exclamó David sonriendo forzosamente—. Tiene que ser miss Hachnovik. Hace tiempo que me preocupa, la pobre, y lo siento porque ha sido una trabajadora buena y leal. Pero últimamente me pareció desequilibrada. A veces llora por nada, se queja de ofensas imaginarias y tiene unos celos extraordinarios de las mujeres que considera más atractivas. Nunca fué muy inteligente, pero como siempre trabajó bien, no me gustaba dar ningún paso. Esta mañana tuve que enviarla a su casa porque estaba enferma.

—¿Quiere decir que su historia no es cierta? —preguntó Marley.

—No lo sé. ¿Cuál es la historia?

—Me informa que usted está trabajando en un descubrimiento propio y no en la Marciana Blanca. Que ha descubierto un medio de hacer inmortales a los hombres, inyectándolos con Marciana Azul. ¿Cuál es su explicación?

EL pánico no dejaba hablar a David. Su silencio fué roto por una breve risa. Quien reía era el doctor Lanza.

—¡Esas mujeres histéricas! Wong es demasiado paciente. Aprenda del

Caudillo Marley: la bondad es con frecuencia debilidad. ¡Cuando sea necesario, por el bien del Estado, sea duro.

—No sé qué decir —contestó David—. No creí que estuviera tan mal.

—¿Entonces no hay nada de cierto? —insistió Marley—. ¿Lo que dice es imposible?

—Bueno —dijo juiciosamente David—, en investigación sabemos que nada es imposible, pero el sueño de la inmortalidad es tan antiguo como la raza humana. Hay mil leyendas, incluso la del Fénix, el ave fabulosa que, después de consumida por el fuego, se alzaba triunfante de sus cenizas. Pero apelo a su lógica, Caudillo Marley. A través de los siglos, el Sol ha salido siempre por el Este, y por eso sabemos que siempre lo hará así. Del mismo modo, el hombre no ha vivido nunca más de ciento y pico de años y por eso sabemos que nunca vivirá más. No podemos alterar el orden de la Naturaleza.

El Caudillo Marley reflexionó y luego tocó la comunicación interna.

—Envíen al Oficial Magnum.

David contuvo el aliento.

—Magnum, vaya inmediatamente a casa del miembro de la Clase Burocrática Hachnovik y llévelo por tiempo indefinido a Psico-detención.

—Muy bien, doctor Wong —agregó poniéndose en pie—. Puede irse. Pero le suspendo el privilegio de Retiro hasta que haya encontrado una protección contra la Marciana Blanca. Lanza, acompañe.

Al llegar a la puerta de calle se detuvieron. Lanza observó a David mientras le decía:

—Conserva muy bien su juventud, doctor.

—Como otras gentes.

—Recuerdo la leyenda del Fénix. ¿Qué cree que hacía cuando surgía de las cenizas?

—No soy ningún filósofo.

—Ni yo. Pero los dos sabemos que el principio de la inducción perdió su validez hace siglos. Es cierto que el Sol ha salido siempre por el Este. ¿Pero hay algo que le impida salir algún día por el Oeste?

AQUELLA noche, David permaneció hasta muy tarde en su escritorio, pensando con pena en Lea. No podía hacer nada por ella, pero se alegraba de que Tania, por lo menos, estuviera segura en el departamento de su hermana.

Eran más de las doce cuando salió. Sus planes estaban completos. No tenía tiempo para terminar su trabajo sobre la Marciana Blanca. Comenzaría en seguida a producir la cantidad necesaria de EAD-Marciana Azul, porque estaba seguro de que los guardianes no se darían cuenta de que trabajaba en otro proyecto.

Salíó del edificio, tranquilo, seguro. Ahora, sólo la muerte podría alterar sus planes.

Entró en su departamento y, al encender la luz, sintió como si le hubieran dado un mazazo. Lea Hachnovik estaba sentada en el sofá, con la cara llena de lágrimas.

—¿Cómo llegó aquí, Lea? Pensé que estaba...

—Me escondí en su portal hasta que el guardián fué al otro extremo. Cuando estaba de espaldas me quité los zapatos y entré. Llevo varias horas esperando —dijo con la voz ronca por la emoción.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Pronto!

—Después que informé a la Oficina Médica... perdóneme, doctor Wong, pero no sabía lo que hacía. No hablé de Tania y los demás, sólo de usted. Después caminé horas y horas, llena de odio por todos. Finalmente me cansé tanto que tuve que volver. Entraba en el hall cuando oí que llamaban a mi puerta y vi al Oficial

Magnum. Tania abrió y él preguntó simplemente: “¿Es Hachnovik?”. Ella asintió y le dijo: “Está detenida”. Tania gritó y luchó, pero se la llevaron. Desde entonces estoy escondida aquí. Tengo miedo.

DAVID reflexionó. Cuando habló con el Caudillo sólo había dicho “Miss Hachnovik”. ¿No sabría Marley que eran dos? Pero Lanza sí lo sabía. ¿Se darían cuenta en Psico-detención de que aquélla no era la mujer que querían? Probablemente no, porque estaría con un ataque de histerismo por causa del terror, y si unían su juventud y su belleza a lo que había dicho de que “tenía celos y envidia de las mujeres más jóvenes”, pensarían que eso confirmaba su locura. Todavía estaba seguro por algún tiempo... si lograba evitar que Lea fuera al Instituto.

—Entonces tiene que hacer exactamente lo que le digo.

—¡Sí, sí, lo haré!

—La esconderé aquí. Mi biblioteca será su habitación. Es la única habitación que puedo tener cerrada y mi servidor no entra nunca en ella en mi ausencia. Pase lo que pase, Lea, no salga de su escondite. De ello depende algo más importante aún que su vida.

CUANDO los tres convalecientes salieron del hospital, David los llamó a su oficina.

—Me alegro de verlos regresar, caballeros. Seré breve. Ustedes han sido víctimas de un accidente de laboratorio. Nuestro Caudillo Marley, que comprende los problemas de todas las categorías, les ha concedido, generosamente, dos semanas de convalecencia y además una Libre Elección. Tómense unos minutos para pensar su decisión.

Fué hacia la ventana y luego, co-

mo si se tratara de un impulso, volvió en seguida.

—Mientras reflexionan, ¿quieren mirar estos documentos? Es un plan para impedir una epidemia de Marciana Azul. ¿Aprueban la forma final? Me gustaría seguir adelante —y agregó con una sonrisa irónica—, es más tarde de lo que piensan.

Les tendió unas hojas de papel. Karl Hassam fué el primero en hablar.

—¿Entonces cree que puede haber más casos de Marciana Azul?

—Es probable. No se logró cazar a los *Fafli*.

Karl miró su papel. Contenía una lista de nombres, algunos famosos en el país, otros oscuros. Asintió pensativo mientras repasaba la lista.

—No sé si este experimento puede resultar útil —dijo Hudson señalando con el dedo un nombre—. Seguramente, el método Lanza no ha resultado tan eficaz como creíamos.

—Tal vez tenga razón. Pero existe la posibilidad de que el método Lanza *modificado* nos produzca grandes beneficios.

—En mi opinión, el riesgo es excesivo.

—Entonces volveré a considerarlo. ¿Aprueban el resto? Muy bien. ¿Y

qué han elegido para sus vacaciones?

—Hemos decidido viajar —dijo sobriamente Karl.

—Una idea excelente —aprobó David—. Jones —agregó, dirigiéndose al guardián—, ¿quiere pedir un taxi aéreo para los doctores y pedir que sus roboplanos estén listos dentro de una hora?

—Muy bien.

Cuando sus pasos se perdieron a los lejos, David se inclinó hacia los demás.

—Hemos hecho todo lo posible. Dentro de un mes estará todo listo para el acto final.

—Si disponemos de un mes —dijo Fauré.

—Bueno —sonrió David—, en ese caso, al menos moriremos luchando. Conocemos el papel, tenemos el escenario preparado y podemos maquiillarnos en un instante... si es que acude el público.

—¿Y si se presenta por la puerta del escenario? —preguntó Karl.

—Lo recibiremos debidamente. Nuestro Caudillo es un hombre de hierro, pero no creo que sea inmortal. Oyeron que el guardián se aproximaba.

—Estoy seguro de que sus vacaciones serán beneficiosas —dijo David.

Viviendo en el Polo



POR primera vez el hombre ha logrado vivir cerca del Polo Norte en forma más o menos permanente. En una de las islas flotantes de hielo que circulan alrededor del Polo, se ha instalado una estación meteorológica norteamericana que ya ha estado en funcionamiento más de un año. Recibe las provisiones por avión sin ninguna dificultad. T-3, que así se llama la isla, parece capaz de resistir, sin disgregarse, varios años más. No sería de extrañar, pues se sospecha que algunos témpanos gigantesos tienen siglos de edad.

CUATRO días más tarde se informó que el Juez Brinton, el campeón de los derechos de las Categorias, estaba enfermo de Marciana Azul. Tres físicos nucleares presentaban síntomas de la misma enfermedad. Por todo el país aparecieron casos esporádicos de Marciana Azul. A veces, toda una familia caía enferma. Hubo una pequeña epidemia en varias universidades y varios estudiantes de medicina, entre los más brillantes, tuvieron que ser hospitalizados al mismo tiempo.

Corrían rumores inquietantes. La enfermedad no producía muertes, pero a la nación le asustaba la idea de que una epidemia pudiera estallar así; y se decía que la mente de sus víctimas quedaba dañada de modo permanente.

También, aunque la gente reía al correr el rumor, se decía que los que tenían la Marciana Azul se volvían inmortales. Esa teoría particular tenía su origen en los desvaríos de una pelirroja detenida en Psico-detención, pero era realmente tan absurda que casi no se repetía.

La inquietud era tan grande que el Caudillo Marley apareció en televisión, durante la pronunciación de un discurso, para tranquilizar a la nación.

—No tienen nada que temer —decía—. Bajo nuestros benéficos Caudillos, las enfermedades infecciosas han desaparecido hace muchos años. La Oficina me informa que los casos de Marciana Azul se deben a unos pocos *Fasli* que escaparon y que han sido ya aislados y destruidos. La enfermedad no tiene consecuencias graves. Y en cuanto a los crecientes e insistentes rumores de que confiere la inmortalidad...

En su rostro apareció una sonrisa desdeñosa.

—Los que sigan propalando rumores acerca de la fiebre serán tomados por

locos o traidores. En cualesquiera de los dos casos, serán aislados para el bien de nuestra sociedad.

El efecto de sus palabras disminuyó en parte porque el público pudo ver brevemente al doctor Lanza que tenía una mano para ayudar al Caudillo a levantarse. Porque el doctor Lanza tenía el gesto inquieto y preocupado.

Y luego, al cabo de dos semanas, la epidemia cesó bruscamente.

HACIA más de una semana desde que se había declarado el último caso. David contemplaba sus ratones, aquellos ratones que habían abierto nuevas perspectivas al mundo.

Sus tres colegas habían vuelto hacía unos días. Habían regresado tranquilamente a su trabajo y, al parecer, nadie podía relacionar la epidemia con ellos. Era una suerte que Tania estuviera detenida: le costaba trabajo distraer a Lea pero, en conjunto, habían tenido buena suerte.

Tenía que volver a su oficina. Dejó su blusa en la mesa del laboratorio, fué a ponerse la chaqueta y de pronto se detuvo y escuchó.

Las conversaciones habían cesado bruscamente en la sala de técnicos. En el extraño silencio se oyó un ruido de pasos.

David se volvió y se encontró ante los ojos negros e inquisitivos del Caudillo Marley. Detrás de él estaban el doctor Lanza y el Oficial Magnum.

Comprendió que no tenía tiempo de ocultar a los ratones. Se puso la chaqueta y avanzó resuelto, con la mano tendida.

—¡Caudillo Marley, cuánto honor! Si nos hubiera avisado su visita habríamos estado preparados.

—Veo que sigue tan joven como siempre, Wong.

—Gracias, Caudillo—. Vió que Marley le miraba severamente, pero prosiguió—. Mi laboratorio no es muy in-

terésante, pero me honrará el mostrarle lo que quiera.

—No hay nada que no haya visto antes, ¿no? —replicó con desdén Marley—. Veo que sigue teniendo animales.

Se acercó a la caja de los ratones y la miró.

David casi no respiraba.

—Bueno, los ratones son siempre iguales —continuó Marley alejándose de la caja—. Esos parecen los mismos que tenía hace ocho o diez años. Nunca creí que los ratones vivieran tanto.

—Tiene una memoria asombrosa, Caudillo —dijo David—. Como supone, esos ratones son los descendientes directos de los que vió en su visita anterior. La única diferencia es que los otros tenían las manchas blancas en las patas delanteras izquierdas, como recordará, y éstos, en las derechas.

Marley lanzó una aburrida mirada.

—¿Hay aquí algo de nuevo que debo ver, Lanza?

—No. Nada nuevo.

—Bueno, no perdamos el tiempo. He venido por dos razones, doctor Wong. Queremos que nos vacune contra la Marciana Azul. Diez años es mucho tiempo y ha habido una epidemia.

—Que está dominada ya.

—Quizá, pero aun así, quiero que me vacune. Después me informará detalladamente de sus progresos sobre la Marciana Blanca.

—Con mucho gusto —dijo David—. Si quiere ir directamente a mi oficina tomaré la vacuna y las jeringas y me reuniré con ustedes en unos minutos.

MARLEY y el Oficial Magnum salieron y David los siguió, apartándose al llegar a la puerta para dejar que Lanza le precediera. Lan-

za vaciló, mirando al suelo. Luego sonrió y miró a David.

—Hermoso tiempo. Estaba pensando en el orden de la naturaleza. ¿Vió esta mañana si el Sol salía realmente por el Este?

David lo vió alejarse. Lanza sabía la verdad. ¿Qué iba a hacer?

—Dése prisa, doctor —dijo Magnum desde la puerta.

—Ahora mismo —abrió el refrigerador e inspeccionó dos grupos de viales. No tenía tiempo de reflexionar; solo podía actuar. Tomó dos viales, los puso en el autoclave y miró en torno de sí.

Iba a buscar su reloj y su libro de notas, pero varió de idea y tocó la comunicación interna.

—Comuníqueme con el doctor Karl Haslam.

—Está haciendo esperar al Caudillo —dijo Magnum, mas David no le hizo caso.

—¿Doctor Haslam? Habla el doctor Wong. Quizá vaya un poco tarde a ver sus precipitados. Pero téngalos listos por si acaso. Probablemente la curva de los anticuerpos ascenderá... Sí, ya le avisaré, si puedo.

David entró en la oficina y preparó sus cosas, mientras Marley y Lanza miraban en torno de sí con curiosidad. Con inquietud vió que Marley se acercaba a la biblioteca y luego se alejaba de ella.

—No comprendo cómo los investigadores necesitan tantos libros —dijo.

—Por favor, súbase la manga, Caudillo Marley. Ya estoy listo.

Preparó la jeringa y frotó el brazo que le presentaban.

—¿Listos? —Hincó la aguja y lentamente fué vaciando la jeringa. Luego, tomando otra, repitió la operación, llenándola del segundo vial.

—¿Por qué esas botellitas tienen números distintos? —preguntó Marley. ¿No nos inyecta lo mismo?

—Sí. Es un simple medio de comprobar cuántas unidades hemos usado de nuestro stock. Ya está, Lanza. Los dos quedan libres del peligro, por muchos años.

SE lavaba las manos cuando oyó ruido de lucha en la puerta. Se volvió y vio a Lea, espantada, sujeta de un brazo por el Oficial Magnum, quien la obligó a entrar cerrando de golpe la puerta tras de él.

—Caudillo —le dijo Magnum a Marley— esta mujer trataba de entrar aquí. Dice que es miss Hachnovik y que trabaja aquí. Pero yo recuerdo a miss Hachnovik, porque la detuve y sé que es una chica muy linda, que no se parece en nada a esta mujer.

Marley miraba atentamente a la muchacha, que sollozaba. Lentamente, sus ojos se volvieron a David.

—Puede irse, Magnum —dijo el Caudillo.

—¿No quiere que detenga a la mujer?

—¡Déjela en paz!

Cuando se cerró la puerta no se oyeron en la sala más que los sollozos de Lea.

—No pude evitarlo, doctor Wong —gimió—. Me aburría de estar entre tantos libros, sola todo el día y...

—¡Cállese, Hachnovik —rugió el Caudillo—. Ahora comprendo, Wong. Eran dos hermanas. Gemelas. La que está en Psico-detención, según dice Magnum, es joven y hermosa. Es inútil, Wong. Usted conoce el secreto de la inmortalidad. ¡Y me dijo que la historia del Fénix era una fábula!

DAVID se sentía completamente tranquilo. El suspenso había terminado. Pensó en sus colegas, avisados por su mensaje, poniendo rápidamente en ejecución el plan que habían trazado.

—Se equivoca, Caudillo Marley. Yo

no puedo conceder la inmortalización. Sólo puedo detener el proceso del envejecimiento.

—Para mí, basta con eso. ¿Y tiene algo que ver con el virus de la Marciana Azul?

—Sí. La enfermedad sirve de vehículo.

Rápidamente, Marley sacó su lanzardos del bolsillo y apuntó con él a David.

—¡Démelo!

—Eso es muy ambiguo —contestó David—. ¿Estarían listos ya sus amigos? ¿Quiere que le dé la inyección para prolongar la vida, el secreto de cómo se hace, o qué?

—¡Déjese de bromas! Primero, me da la inyección para volverme inmortal. Luego, me entrega sus notas. Y después mi amigo lo traspasará con uno de sus dardos electrónicos y ahí terminará su interés por el problema.

—Me imagino que no guardará una cosa así para usted, —dijo David—. ¿Y el doctor Lanza? Es su mano derecha. ¿No quiere que viva también eternamente?

—Déjese de pretextos, Wong. ¿Quiere que lo mate inmediatamente?

—No sería prudente, Caudillo Marley. El secreto se perdería para siempre.

—¡Tendré sus notas!

—¿Sí? Trate de leerlas. Están escritas en copto, una lengua muerta, y en toda la Tierra no hay ni media docena de hombres capaz de entenderlas.

—¡Ya encontraré esa media docena! Quiero la inyección. —le apuntó con la brillante arma.

—Aquí sí que no me dan una Libre Elección —dijo David—. Muy bien. —Se dirigió hacia la puerta, pero un rugido de mando le detuvo.

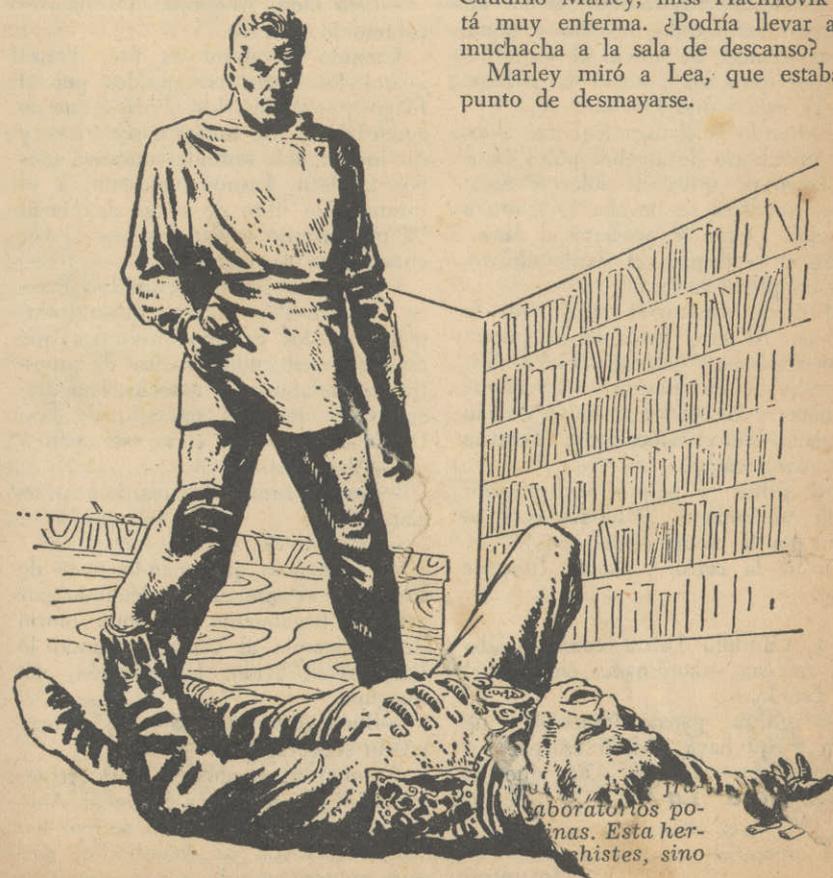
—¡Alto! ¿Cree que soy lo suficientemente estúpido como para perderlo de vista?

Tengo que buscar el líquido para inoculárselo.

—Emplee el intercom.

David abrió el intercom. El corazón le latía violentamente. Tenía los labios helados, pero cuando habló lo hizo con voz firme.

—Llame al doctor Haslam... ¿Karl? Habla David Wong. ¿Quiere enviar a alguien con una vial del Fénix especial? ¿Los precipitados? Yo diría que los anticuerpos han alcanzado el nivel del peligro. No retrases el tratamiento ni un instante.



Aguardó silencioso. Marley le miraba ceñudo y Lanza tenía los ojos fijos en el suelo.

LAMARON a la puerta y entró una técnica portando una bandeja en la mano.

—Siento haberme demorado, doctor Wong. Al doctor Haslam le costó trabajo dar con el viél que pedía. ¡Ah!, me dijo que no se preocupara por los precipitados, que todo estaba en orden.

—Un momento —dijo David—. Caudillo Marley, miss Hachnovik está muy enferma. ¿Podría llevar a la muchacha a la sala de descanso?

Marley miró a Lea, que estaba a punto de desmayarse.

—Muy bien. Lanza, lleve a las dos allí y enciérrelas. ¡Y que no hablen con nadie!

La técnica ayudó a Lea a levantarse y las dos salieron de la pieza, seguidas por Lanza.

Marley cerró la puerta con llave. —¡Ahora, Wong, déme la inyección! ¡Y que Dios le ayude si intenta algo raro!

—¿Quiere descubrirse el brazo mientras preparo la jeringa?

Sujetando torpemente el lanzador, Marley se levantó la manga mientras David tomaba tranquilamente un frasquito de líquido incoloro y llenaba su jeringa. Se volvió al Caudillo, le frotó el brazo y tomó la jeringa.

—Ya está —dijo David.

Y alzando la jeringa le lanzó a los ojos un chorro de alcohol puro. Marley lanzó un grito. El dolor le cegaba y, mientras se llevaba la mano a los ojos, David le arrebató el lanzador y le disparó el dardo electrónico en pleno pecho.

Miró un instante el cuerpo que se retorció. Al otro lado de la puerta alguien gritaba y golpeaba. Fué a abrir el cajón de su escritorio para sacar las notas y recordó que había dejado las llaves en el laboratorio. Tendría que abandonarlas.

Los gritos y golpes aumentaban. Abrió rápidamente la biblioteca y se metió por la oscura entrada.

Luego la cerró y corrió corredor abajo.

EL Caudillo Lanza conferenciaba con sus subordinados en la Casa del Estado.

—Magnum, parece imposible que tanta gente haya podido escapar sin ayuda de los militares. ¿Dice que las salidas de su mensajería han aparecido ante en ejecución el plan que habían trazado.

—Se equivoca, Caudillo. Instituto?

—Seis, en total. Pero no les sirvió de nada. Los tenemos a todos.

—¡Pero no han encontrado ningún cuerpo!

Lanza parecía cansado.

—No importa, Caudillo. Descubrimos sus roboplanos más o menos sobre Kansas y los destrozamos en el aire, completamente. No nos darán más disgustos. Hasta recogimos los restos del reloj del doctor Wong y su viejo lápiz —agregó poniéndolos sobre la mesa.

Lanza tocó las abrasadas reliquias.

—Está bien, Magnum. Lo llamaré cuando lo necesite.

Cuando Magnum se fué, Lanza apartó los restos consumidos por el fuego y examinó los papeles que le aguardaban, las notas misceláneas y sin importancia reunidas durante años por Hudson, Fauré y Haslam. Y el ininteligible libro de notas de David Wong. Suspiró y alzó los ojos al ver entrar a su secretaria.

—Siento molestarlo, Caudillo. Parece cansado. Pero creí mi deber informarle de los extraños informes que estamos recibiendo. Varios de nuestros ciudadanos más notables han desaparecido. Estamos tratando de descubrir su paradero, claro está, pero...

—¿Algo más?

—Nuevos rumores acerca de la Marciana Azul.

—Sí. ¿Y...?

—El anciano que mandó traer de Vermont, el que estaba detenido por estudiar ilegalmente el copto, murió de un ataque al corazón cuando lo llevaban al avión. La emoción, me imagino.

—Bueno, eso es todo —dijo Lanza en un suave suspiro.

Cuando se quedó solo miró tristemente el libro de notas de David. Ahora nadie podría leerlo. El secreto había muerto con su descubridor, porque, en este mundo, no se permitían

estudios que no tuvieran un fin práctico. Y quizás era mejor así. ¿Podría el hombre manejar de modo prudente un poder tan grande?

CERRO el librito.

¡Cómo le dolía la cabeza! De pronto sintió un fuerte escalofrío y comprendió lo que le pasaba.

¡Tenía la fiebre Marciana Azul!

Castañeteando los dientes se puso a pasear por la pieza. ¡La vacuna! Y entonces se dió cuenta de la asombrosa verdad: ¡David Wong le había dado una oportunidad! Le había inoculado el virus de la inmortalidad, dándole una oportunidad de enmendar los errores de aquel mundo de categorías. Y ahora se había quedado solo en un mundo de mortales. David y los demás habían sido aniquilados y él era el único que viviría eternamente.

Cayó en un sillón en el mismo instante en que su secretaria entraba de nuevo en la pieza. Con un supremo esfuerzo dominó su temblor.

—Caudillo Lanza, ha llegado otro informe.

—Un momento —dijo Lanza tratando de fijar sus ojos en la muchacha—. Necesito descanso. En cuanto se vaya me retiraré por unos días y no quiero que nadie me interrumpa. ¿Entendí? Ahora siga.

—Informan que ha habido una epi-

demia de Marciana Azul en un lugar donde nunca la hubo.

—¿Dónde? —preguntó Lanza.

—En Sudamérica. En los Andes.

—Creo que, después de esto, tendremos una categoría más —dijo soñadoramente Lanza—. La Categoría Félix.

—¿Qué decía, Caudillo?

No le extrañaba ya que los hombres de Magnum no hubieran encontrado ningún cadáver. Los aviones derribados eran roboplanos y, después de todo, era muy sencillo dejar en el asiento vacío el reloj y el lápiz de un hombre. David y los demás estaban a salvo, libres y con tiempo de sobra para planear un mundo libre.

—Nada. Es lo mismo —replicó frunciendo el ceño—. Pensándolo bien, tal vez esté fuera más de una semana. Si alguien pregunta por mí diga que salí de viaje. Siempre aspiré a gozar de una Libre Elección.

—¡Pero si es el Caudillo! —exclamó asombrada la muchacha—. ¡Puede tener todas las Libres Elecciones que quiera!

El levantó la cabeza y sonrió levemente.

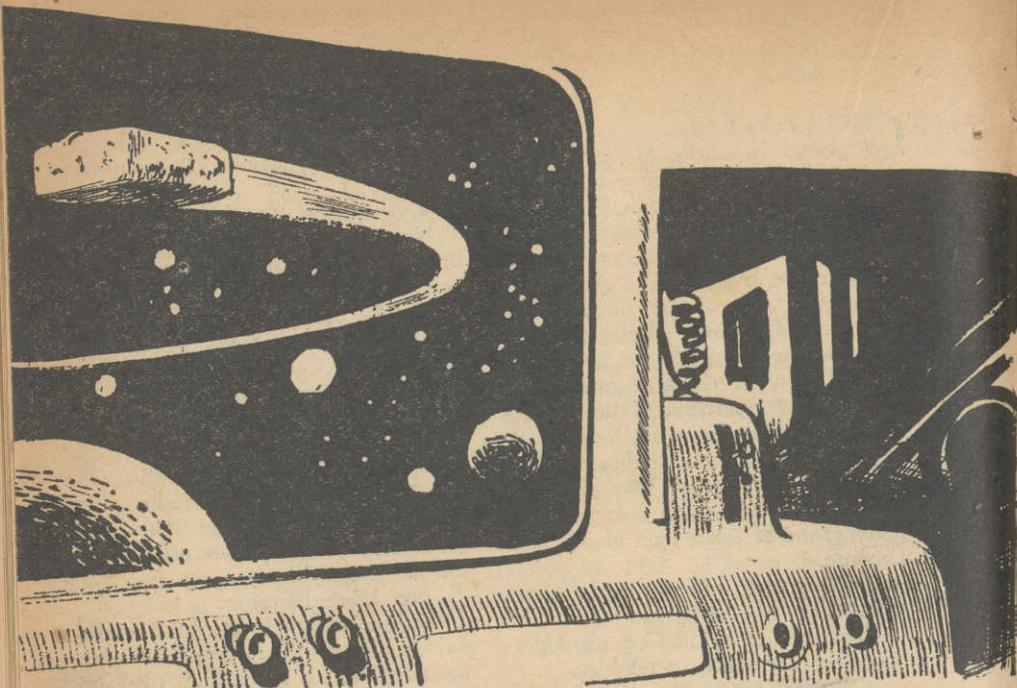
—¿Le parece? Bueno, lo cierto es que creo haber ganado realmente mi Libre Elección. —Y agregó con voz llena de esperanza—: Me gustaría saber si el clima de los Andes es verdaderamente hospitalario.

Hermandad de Sangre



NINGUN ensayo breve de laboratorio es capaz de diferenciar la sangre humana de la sangre de mono, chico o grande. Se acaba de llegar a esta conclusión al demostrarse el fracaso del método favorito de los laboratorios policiales: la reacción de las precipitinas. Esta hermandad de sangre sugiere no sólo chistes, sino diversas aplicaciones médicas.





EL ULTIMO RECURSO

por TED STURGEON

Una misteriosa astronave vaga por los espacios y destruye ciegamente todo lo que se le acerca. Nada la detiene, ni siquiera "La Muerte"...

BELTER, representante de la Tierra, se aflojó desaprensivamente la túnica y contempló uno tras otro a los demás miembros del Consejo Militar del Sistema Solar, que aguardaban expectantes.

—Pónganse cómodos, señores —dijo—, porque como presidente de este Consejo los obligaré a ver esa película tantas veces como sea necesario, hasta que alguno encuentre una solución. No conozco nada, salvo "La Muerte", que

ilustrado por Csecs



no tenga arreglo, y la manera de arreglar este problema es utilizar hasta el máximo los pocos datos que tenemos gracias a esta película. Y lo que digo vale para usted también, Liss.

El representante de Júpiter hizo un gesto de indiferencia dentro de su cámara atmosférica transparente. Los órganos sensoriales de su cabeza, o mejor dicho céfalotórax de insecto, se pusieron rojos al percibir las palabras de

Belter a través del aparato traductor. Este aparato en realidad no le era necesario, pues los habitantes de Júpiter, los jovianos, son telepáticos y pueden comprender a los otros seres sin necesidad de oír sus palabras. Pero sin el traductor los hombres de los otros planetas no podrían comprender lo que él decía.

Belter lo contempló con simpatía. El joviano no sólo era prisionero de la

cámara transparente que le proporcionaba su atmósfera y gravedad especiales; Liss representaba a una raza derrotada y podía considerarse prisionero de guerra de la Alianza de Planetas que había combatido con éxito contra Júpiter. Su posición como miembro del Consejo era una concesión a su inteligencia y a lo grave del asunto que se trataba: un problema que atañía por igual a todos los planetas del Sistema Solar.

Belter hizo una seña a un asistente, y todos los consejeros lanzaron un suspiro de fastidio al apagarse las luces y aparecer en la pantalla tridimensional la película.

Primero los datos astronómicos del Puesto Militar de Plutón, al aparecer por primera vez el Invasor desde la dirección de la constelación de Lira. Ecuaciones, cálculos y algunas fotos. Esto había ocurrido tres años atrás, casi al término de la guerra contra Júpiter, y el Puesto Militar de Plutón no tenía personal humano porque se lo necesitaba en otros sitios. Era un observatorio completamente automático, y como sus informes no eran de importancia para la guerra, no tenía equipo de retransmisión inmediata. Se limitaba a acumular datos hasta que alguien fuera a buscarlos al terminar la guerra.

Había una base militar de observación en Avanzada, la luna retrógrada de Neptuno, que se consideraba adecuada para vigilar las cercanías del Sistema Solar. Es decir, *hubo* una base militar allí.

Por supuesto, el Invasor ya estaba dentro del Sistema Solar cuando se recogieron los informes de Plutón, y para entonces ya era tarde...

La pantalla pasó a reflejar la película recibida por comunicación instantánea desde Neptuno en el Cuartel General de la Tierra. Cada vez que sonaba la alarma en cualquier puesto

militar se ponía automáticamente en funcionamiento un aparato que transmitía a la Tierra todo lo que iba sucediendo en el puesto, hasta que cesaba la alarma.

La película mostraba el interior del puesto militar de Neptuno en el instante de sonar la alarma. Un técnico estaba sentado ante la mesa de controles con aire aburrido; el otro, un teniente del ejército de Marte, levantó la vista al oír la alarma y se vio en su rostro la expresión de sorpresa al gritar:

—¡Colin! ¡Alarma general! ¿Qué pasa?

—En seguida, señor —dijo el técnico recorriendo sus controles—. Es una nave que viene del espacio exterior. Tal vez una de Júpiter...

—No lo creo. Si Júpiter tuviera naves todavía, no las malgastaría en estos sitios desolados. ¿Qué tamaño tiene?

—A ver... Tamaño clase III-A; pesado.

—¿Seguro que es una nave?

—No sé, señor. No parece tener sistema de retropropulsión ni motores magnéticos. Al menos mis aparatos no los indican.

—Envíele un espía —dijo el teniente.

BELTER se apretó las manos. Cada vez que llegaba esta escena le daban ganas de gritar: "¡No, imbécil! ¡Les vas a dar tu posición!" En efecto, el espía era una pequeña nave automática de observación que permitía examinar de cerca los objetos siderales. Pero como se lo guiaba por radio, cualquier enemigo podía descubrir dónde estaba ubicado el puesto con sólo seguir con cuidado las ondas de guía.

En la película se vio la pantalla del puesto, donde comenzó a aparecer el mensaje del espía. Así, en una película de otra película, el Consejo vio aparecer una vez más las amenazadoras

líneas del Invasor: una nave fea, casi en forma de ladrillo, cuyos chatos costados presentaban extrañas protuberancias, sin duda aparatos para evitar choques con meteoros.

—¡Es una nave, señor! —dijo sin necesidad el técnico—. Parece que está girando sobre su eje menor, pero no sé con qué clase de motores.

—¡Apunten! —gritó el teniente por un micrófono de pared, e instantáneamente se encendieron las luces de control de las formidables baterías de largo alcance del puesto.

La extraña nave se veía claramente en la pantalla. En uno de sus costados se abrió una portezuela, y algo salió por allí, envuelto en una bocanada de gas; permaneció visible un instante... y desapareció.

—¡Nos tiraron algo, señor!

—¡Sígalo con el radar!

—¡No lo encuentro, señor!

—¿Cómo es eso? ¿No vio el comienzo de su trayectoria? ¡Venía para aquí!

—¡Pero el radar no lo registra más!

—casi sollozó el técnico—. ¿Será un desviador?

—Los desviadores no existen más que en teoría —gritó el teniente—. ¡Nadie ha visto nunca un aparato que doble los rayos del radar y los haga seguir en su dirección primitiva en vez de reflejarse! Lo que pasa es...

Y entonces todos cerraron los ojos para no contemplar la escena siguiente: la tremenda explosión que destruyó por completo el puesto militar de Neptuno; la horrible muerte del teniente y del técnico, captada por la cámara de transmisión un instante antes de ser también destruida.

La película había concluido. Se encendieron las luces en seguida.

Y ahora el siguiente... ¡Un momento! —dijo Belter—. ¿Qué le pasa a Hereford?

El delegado del Comité pro Paz ha-

bía escondido la cara entre sus brazos, apoyados en la mesa. El delegado de Marte lo tocó y Hereford levantó su cabeza de santo.

—Lo siento.

—¿Se siente mal?

—Sí... no lo alcanzo a comprender... —dijo vagamente Hereford—. ¿Por qué hizo eso el Invasor? Tan inútil... tan criminal...

La posición de Hereford en el Consejo era tan extraña como la de Liss, el joviano. Representaba a una organización pacifista con miembros en todos los planetas. La influencia del Comité pro Paz era tan grande, que los militares habían debido conceder a su presidente un asiento con voz y voto en el Consejo de Planetas, para dar seguridad a las razas humanas de que ninguna nueva guerra estallara si se la podía evitar de alguna manera.

—¿Por qué? —dijo Belter—. Si lo supiéramos podríamos idear alguna defensa. Pero no lo sabemos; no sabemos nada...

—Esto no es guerra —murmuró el delegado de Venus—. ¡Es asesinato!

—Así es. El Invasor ataca con esa especie de bomba disruptora de corto alcance y destruye el puesto de Neptuno. Luego entra en el Sistema Solar, elimina un asteroide-radiofaro no habitado, penetra en las defensas de Titán, la luna de Júpiter, y mata la mitad de su población con un catalizador que produce cianógeno sintético. Luego sigue su viaje atacando y destruyendo cuanta nave se le pone a tiro, sean terrestres, marcianas o jovianas. Es capaz de vencer a todas nuestras naves de guerra y es invulnerable a todas nuestras armas, salvo, quizá...

—Salvo "La Muerte" —interrumpió Hereford—. Siga, Belter. Ya sabía que iba a terminar en esto.

—¡Pero es verdad! ¡Si el Invasor arroja una bomba como ésa sobre una ciudad grande la borraré del mapa!

¡Y no podemos comunicarnos con él! Si le enviamos mensajes no los contesta, y cuando le ofrecemos un canal de ondas para facilitarle la respuesta nos manda por allí una bomba. ¡Ni siquiera podríamos rendirnos a él! No hace más que vagar por el Sistema, cambiando de dirección cada tanto y destruyendo lo que se le pone cerca.

El delegado de Marte miró con ira a Hereford y dijo:

—No sé por qué hemos esperado tanto. No hay tratado que valga cuando se trata de la defensa de todo el Sistema Solar. Yo también voté para que “La Muerte” fuera declarada ilegal. Es un arma que me gusta tan poco, como... a Hereford, por ejemplo. Pero, ¿vamos a quedarnos con los brazos cruzados mientras el arma secreta de algún traidor nos destruye poco a poco?

De pronto el traductor comenzó a transmitir las “palabras” de Liss. Por la rapidez de sus órganos sensoriales se adivinaba su cólera.

—Liss protesta —dijo el traductor—. El marciano está sugiriendo que el Invasor es un arma de Júpiter.

—Cálmese, Liss —dijo Belter; y luego, dirigiéndose al marciano—: Y usted tenga cuidado con lo que dice. Nadie cree que el Invasor sea joviano. Si Júpiter hubiera tenido esas armas no habría perdido la guerra. Y, además, los jovianos no habrían destruido su propia luna, Titán. Aquí somos todos aliados contra el Invasor, y hace falta la inteligencia de todos para vencerlo.

—Los hombres no tienen confianza en Júpiter —dijo Liss—. Liss no piensa y no ayuda. Júpiter mejor muerto que sin confianza.

—¡Por favor, Liss! —exclamó Belter—. ¡No haga caso de lo que dijo el marciano! Ni siquiera él cree lo que dijo. ¿Va a cooperar?

—No. Marte no confía en Júpiter.

Bueno, Marte muere, Júpiter muere, la Tierra muere. Mejor; así nadie desconfía de Júpiter.

—¡Habría que obligarlo!... —comenzó el marciano; pero Belter lo interrumpió con un enérgico movimiento.

—¡Basta! Ya habló usted demasiado. Deje tranquilo a Liss; nadie puede obligarlo a votar si no quiere.

—¿De qué lado está usted? —rugió el marciano incorporándose.

Belter también intentó levantarse, pero la voz de Hereford se elevó sobre ellos como una muralla. Con entonación vibrante dijo:

—Está del lado del Sistema, como todos aquí. No tenemos más remedio que actuar unidos o perecer. ¿Se siente Marte capaz de enfrentar solo al Invasor?

El marciano se sonrojó y volvió a sentarse. Belter lo imitó. El incidente no tuvo consecuencias, pero sus dos actores no eran de los que olvidan.

BIEN, señores —prosiguió Belter, ya más sereno—; hemos probado todas nuestras armas y no hay defensa. Si lográramos destruir al Invasor tendríamos algo de tiempo para prepararnos.

—¿Prepararnos? —repitió Hereford.

—¡Por supuesto! Esa nave viene de algún otro mundo. Si no la destruimos volverá allá con la noticia de que aquí hay una civilización indefensa y vendrán a conquistarnos. ¡Tenemos que prepararnos y atacar primero!

—La historia de siempre —suspiró Hereford.

—¡Ya sé que los hombres quieren vivir en paz! —rugió Belter pegando un puñetazo en la mesa—. ¡Ya sé que su Comité pro Paz está haciendo una gran obra educativa! Pero, ¿puede sugerir usted alguna otra manera de salvar el Sistema Solar de la destrucción? ¿Puede?

—Sí... convenciendo al Invasor de que podemos ser amigos...

—¿Y cómo, si no quieren comunicarse con nosotros? Son una forma extraña de vida, que parece encontrar placer en destruir y matar. ¡Debemos defendernos con la fuerza! Tenemos un arma con la cual podríamos destruirlo: “La Muerte”. No podemos usarla porque fué declarada ilegal y los pueblos no quieren revocar esa ley, a pesar de los crímenes del Invasor. ¿Y por qué no quieren? Porque lo siguen a usted, Hereford, que les ha inculcado esa manera suicida de pensar. ¡Sólo si usted nos apoya podremos usar “La Muerte” sin que se encienda una revolución mucho más terrible en todos los planetas!

—Es inútil, Belter —dijo Hereford—. La doctrina del Comité pro Paz es que siempre existe algún medio pacífico de arreglar las cosas, y que armas como “La Muerte” son más peligrosas para la humanidad que una docena de Invasores.

Belter inspiró profundamente y trató de pensar. Había que hacer algo; algo para evitar que ese cabeza dura impidiera salvar al Sistema.

—¿Puedo hablar a solas con usted un momento? —preguntó a Hereford—. Es un asunto personal.

Hereford lo miró titubeando y luego se levantó. Los dos pasaron a una sala solitaria. Allí, Belter se cruzó de brazos y comenzó a hablar:

—Hereford, quiero que nos pongamos de acuerdo en algunas cuestiones de proceder. Por eso le haré algunas

preguntas sencillas pero importantes.

—Encantado de contestarlas.

—Muy bien. Según usted, no debe recurrirse jamás a la fuerza, porque siempre hay alguna manera pacífica de arreglar las cosas, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Y el Comité pro Paz no acepta la violencia en ninguna de sus formas, sin excepción alguna?

—Así es.

—Escúcheme bien, Hereford. Usted y yo estamos aquí por culpa del Invasor... y de la negativa de su Comité a permitir el uso de “La Muerte”, la única arma capaz de aniquilarlo.

—En efecto.

—Bien; una sola cosa más. Yo lo admiro a usted como a ningún otro hombre de nuestra época. Y admiro también su obra pacifista. ¿Lo cree?

Hereford sonrió y asintió:

—Lo creo.

—Y es cierto —dijo Belter, y al mismo tiempo levantó la mano derecha y con todas sus fuerzas le pegó una bofetada.

Hereford trastabilló y se quedó mirando a Belter con la mayor de las sorpresas. No podía creer siquiera que hubiera ocurrido eso.

—Pero... —empezó a decir, mas no pudo concluir la frase, porque Belter lo atacó nuevamente. Un puñetazo al pecho y dos a la cara, y cuando el delegado pacifista trató de cubrirse el rostro, Belter le pegó otro en el estómago. Hereford gimió y trató de acercarse a la puerta; Belter se le arrojó a las piernas, lo derribó y luego, le

Sangre fría

UNA serpiente de cascabel, a pesar de ser habitante del desierto, no puede resistir más de veinte minutos seguidos al sol sin morir. Eso sucede porque no tiene un sistema de control automático de la temperatura de la sangre, como tenemos nosotros, los animales de sangre caliente.

vantándolo a viva fuerza del suelo, le volvió a pegar.

Fué entonces que el delegado pacifista perdió el control e instintivamente se defendió con un tremendo puñetazo que envió a Belter rodando contra la puerta.

—¡Párese! —rugió Hereford, esperando de pie, con los puños cerrados.

Belter no se movió. Escupió un poco de sangre y se echó a reír.

—Basta de trompadas, Hereford —dijo incorporándose—. Se acabó la pelea, le aseguro.

Hereford lo contemplaba con furia y desprecio.

—¿Y usted creyó que iba a obligarme por la fuerza a votar contra mis principios? —escupió en tanto se arreglaba sus ropas.

—Sí —dijo Belter con aire de triunfador.

—¡Usted está loco!

—No. Fíjese bien. Acaba de decirme usted que su Comité no acepta la violencia en ninguna de sus formas, sin excepciones.

—Sí —dijo Hereford palpándose la dolorida mandíbula.

—Entonces, ¿por qué me pegó? —preguntó Belter sonriéndose.

—¿Y por qué me pegó usted primero? —rugió Hereford.

—Eso no interesa. Conteste mi pregunta.

—No sé... Fué instintivo... la única manera de detenerlo a usted —tartamudeó Hereford, y entonces, haciéndose la luz en su cerebro, prosiguió—: ¡Ya veo! Usted está tratando de hacer un paralelo entre su ataque y el del Invasor. Pero usted me atacó por sorpresa, sin ninguna razón...

—Igual que el Invasor —sonrió Belter.

—Pero... yo *tuve* que pegarle... o si no... —tartamudeó Hereford.

—Igual que el Sistema Solar al Invasor. Bueno, Hereford, ¿qué le pare-

ce si vamos a votar antes que se le ponga negro el ojo?

LAS tres naves que llevaban "La Muerte", protegidas por otras más pequeñas, se deslizaron por el Cinturón de Asteroides entre Marte y Júpiter. La nave llave "Delta" iba en el medio, flanqueada por las gemelas "Epsilon" y "Sigma", a unos dos mil kilómetros de separación entre ellas.

Hereford, convencido por Belter, había anunciado a sus partidarios en un discurso histórico que el uso de "La Muerte" era indispensable para la salvación del Sistema Solar. No todos habían aceptado sus palabras, y el discurso era tema de discusión constante en todos los planetas, pero la ley que prohibía el uso de aquel arma espantosa pudo revocarse sin mayores dificultades.

Como prueba de su decisión, él, el líder de los pacifistas, se había comprometido junto con Belter en "La Muerte", la nave desde donde el "Comandante" Osgood, su capitán, pondría en acción a "La Muerte".

Durante varios meses siguieron las huellas del Invasor usando los informes recibidos desde todos los rincones del Sistema Solar. No podían usar radar ni formas semejantes de detectores, pues ya sabían por la experiencia del puesto militar de Neptuno y de varias naves de guerra destruidas que el Invasor aprovechaba todos los rayos detectores para guiar con ellos sus formidables bombas de corto alcance.

Se tenían ya muchos datos sobre el Invasor. Se conocían cuatro radiaciones que emitían los motores de la nave a diferentes aceleraciones. Se estaba ya seguro de que su tripulación era una forma de vida semejante a las del Sistema Solar, pues el aspecto hermético de la nave indicaba que se mantenía adentro una atmósfera constante. Lo que más desconcertaba era la natu-

raleza casual de sus ataques. El Invasor vagaba de un extremo a otro del Sistema y sólo cuando en su camino sin rumbo fijo se atravesaba alguna nave o ciudad las atacaba.

Los militares suponían que el Invasor estaba simplemente tratando de averiguar qué armas tenían en este Sistema. Se lo había bombardeado, radiado y tratado de envolver en nubes químicas, pero era invulnerable. ¿Cuándo se daría por satisfecho su capitán y decidiría regresar a su mundo con la noticia de que aquí había una presa fácil?

Sólo faltaba probar con "La Muerte". Todas las demás armas habían fracasado. Y ésta parecía ser la última oportunidad. El Invasor había casi desaparecido en el Norte celeste, sólo para volver atrás en una gran curva que parecía dirigirse a Júpiter. ¿Era para atacar en forma definitiva a los planetas o para hacer un último giro de observación antes de regresar a su mundo? De todos modos era definitivo: ahora o nunca.

LAS tres naves de "La Muerte" habían esperado, ocultas entre los asteroides del Cinturón, que se acercara el Invasor. Y por fin había llegado el momento de actuar, de salirle al encuentro y librar el combate final.

En perfecta formación las naves se dirigían al punto calculado para el encuentro. Como siempre que se viajaba con grandes aceleraciones, los tripulantes habían sido emborrachados con "impulsina", pues el cuerpo humano no resiste más de cierta aceleración sin perder, y aun con esa droga no se podía pasar de ciertos límites. La "impulsina" mantenía su efecto mientras la nave estaba acelerada, y los tripulantes volvían a la normalidad en cuanto la aceleración desaparecía o se hacía muy pequeña.

"Delta" era una nave terrestre; "Ep-

silon" era marciana y "Sigma" pertenecía a los planetas menores. Liss, el delegado de Júpiter, se había rehusado a intervenir en la acción. Los sentimientos del joviano habían sido heridos por el delegado de Marte y sus compatriotas se solidarizaban con él.

Esto había despertado gran furor entre los pueblos de los demás planetas. La decisión de utilizar "La Muerte" era tan tremenda que todos querían repartir las responsabilidades. Pero Júpiter fué inflexible: si no merecía la confianza de todos los planetas no intervendría en el combate.

A los cuatro días los controles automáticos detuvieron la aceleración y cesó el efecto de la "impulsina". Los tripulantes recobraron el conocimiento y el comando se reunió en la sala de proa del "Delta".

Estaban allí Belter, Hereford y Osgood, capitán de la nave. Los tres contemplaban la pantalla de táctica. Una mancha roja indicaba la posición del "Epsilon" a la extrema derecha; el "Sigma", a la izquierda, estaba representado por una mancha azul, y en el centro, abajo, estaba la señal verde del "Delta". Una zona dorada en el centro marcaba la región por donde se esperaba que pasara el Invasor, cuya posición en ese instante estaba dada por una mancha blanca, más arriba.

Osgood hizo algunos cálculos y ordenó ajustar la posición del "Sigma" con respecto a las otras naves.

—La posición exacta es lo fundamental —explicó Belter a Hereford—. Desde el "Epsilon" y el "Sigma" se enviarán dos rayos cuyos focos deben coincidir sobre el Invasor. Esos dos rayos por sí solos no tienen ningún efecto, pues se anulan entre sí. Pero entonces el "Delta" enviará un tercer rayo, muy débil, que rompe el equilibrio, y las vibraciones cambian de frecuencia al azar y con gran intensidad.

Esas vibraciones no afectan a los sólidos, que son transparentes por completo para ellas, pero los líquidos y gases, y principalmente los coloides, que son la forma fundamental de la materia viva, se ponen a vibrar al compás hasta desintegrarse.

—¿Y qué pasaría si las posiciones no fueran correctas?

—Nada. Si los focos del "Epsilon" y el "Sigma" no coinciden, el rayo del "Delta" no produciría ningún efecto..., salvo tal vez llamar la atención del Invasor hacia nosotros.

Hereford escuchaba atentamente.

—¿Qué peligro hay de que "La Muerte" se difunda por el espacio como las ondas en un lago? —preguntó.

—Muy poco si estamos en el vacío como aquí —respondió Belter—. Las ondas de "La Muerte" se expanden un poco, es verdad, pero desaparecen en seguida si no hay materia que las conduzca. Por supuesto que nunca nos atreveríamos a hacer esto cerca de algún planeta. Si las ondas de "La Muerte" llegan a alcanzar un planeta destruirían instantáneamente a todos sus seres vivos; por eso se decidió prohibirla para siempre.

—¡Es lo más bárbaro que haya ideado la mente humana! —exclamó Hereford—. ¡Es el suicidio de la humanidad! Un arma que no daña a las máquinas, sino a los seres vivos..., dejaría a los planetas intactos... y desiertos.

—Y lo peor es que no perdona. ¡Nadie puede escapar a su brazo cuando ha llegado a un planeta! —agregó lúgubremente Belter.

—¡A sus puestos!

La voz de Osgood tronó a través de los micrófonos por toda la nave, y una inmensa pantalla comenzó a llenarse de puntos luminosos a medida que cada tripulante ocupaba su puesto de combate: mecánicos, comu-

nicadores, artilleros de explosivos y radiaciones, calculistas, ingenieros de todas clases. Las tres naves estaban representadas en la pantalla y una luz roja indicaba cada puesto sin ocupar. Al minuto no quedaba nada rojo en toda la pantalla. Osgood asintió, satisfecho, y prestó toda su atención a la pantalla táctica, donde estaban señaladas las posiciones de las cuatro naves.

Después de controlar cuidadosamente por última vez la ubicación relativa de "Epsilon", "Sigma" y el Invasor, se volvió con una sonrisa burlona a Hereford.

—Hemos esperado varios meses a que llegara este instante —dijo—. ¿Quiere tener el honor de apretar el gatillo de "La Muerte", señor pacifista?

Hereford enrojeció, pero no perdió el control de su voz.

—Gracias —contestó poniendo las manos detrás de la espalda.

—Ya me lo imaginaba —dijo Osgood en tono despreciativo.

De una caja triangular sobresalían tres pequeñas palancas; una roja, otra azul y otra verde, colocada más arriba de las otras dos. Osgood bajó las dos más cercanas. De inmediato apareció en la pantalla una línea roja que corría desde el "Epsilon" hacia la zona dorada, y otra azul que se dirigía a su encuentro desde el "Sigma". El Invasor estaba en ese momento justo arriba del punto de encuentro.

Osgood lo observó atentamente a medida que se acercaba a la unión de las líneas roja y azul. Apoyó la mano sobre la palanca verde, volvió a hacer un rápido control de la pantalla... y bajó la palanca.

Obedienté, una delgada línea verde nació de la mancha que representaba al "Delta" y velozmente corrió hasta cortar las otras dos en su punto de unión.

Una nube púrpura oscureció la zona dorada.

—¡Ya está! —susurró Belter, sofocado—. ¡Esa zona púrpura... es eso! ¡"La Muerte"!

HEREFORD se apoyó temblando en la cabina. Le era agobiador el pensamiento de que el arma irresistible volvía a entrar en acción.

—¡Enfóquenlo! —gritó Osgood—. ¡Esto quiero verlo!

Belter dió un salto.

—¡Capitán! ¡No haga eso! ¿Recuerda lo que ocurrió en Neptuno?

—Ya tenemos tantas radiaciones en esta región, que unos rayos de radar ni se van a notar —dijo Osgood—. ¡Y además ya están listos!

La pantalla televisora se iluminó y en su centro apareció la imagen del Invasor. Como los rayos lo enfocaban continuamente, no parecía moverse.

—¡Una vista esquemática! —ordenó Osgood rugiendo.

De inmediato la parte inferior de la pantalla se oscureció y mostró una imagen reducida del Invasor, avanzando hacia una niebla púrpura, débil pero cada vez más intensa.

—¡Justo en el medio! —gritó Osgood—. ¡Se está metiendo de nariz en "La Muerte"!

De improviso, la imagen más grande dió señales de vida. Un chorro de humo blanco surgió de un costado de la nave.

—¿Qué les parece? —dijo Osgood lanzando un silbido—. ¡Tiene motores a retropropulsión también! Ya vieron que hay algo adelante, y, aunque no saben qué es, quieren esquivarlo...

—¡Miren! —exclamó Belter señalando la figura inferior—. ¡Fíjense qué curva está haciendo! ¡Pero... es imposible hacer una curva así a tal velocidad sin matar a la tripulación!

—Quizá ya conocen "La Muerte" y quieren evitarla a toda costa —dijo Osgood—. Eh, Belter, el interior de esa nave debe ser algo lindo de ver.

Púrpura, oro, blanco, azul, rojo y verde formaron una sola mancha en la pantalla táctica. Luego, lentamente, la mancha blanca se separó de las otras.

—¡Capitán! ¡Sigue en esa curva fantástica!

—¿Por qué no? —dijo Osgood—. Así habrán quedado los controles cuando "La Muerte" convirtió al piloto en emulsión. Pronto se le acabará el combustible y podremos abordarlo.

Se oyó un clic en la pantalla de comunicación con las otras naves y en ella apareció una cara.

—"Epsilon" —dijo.

—Buen trabajo, Hoster —dijo Osgood frotándose las manos.

—Gracias, señor —contestó el capitán de la nave marciana—. Capitán, mis calculistas han estudiado el nuevo rumbo de los restos del Invasor y parece que pasará muy cerca de nosotros.

—No lo pierdan de vista —dijo Osgood—. Si se acerca demasiado, esquivenlo, aunque sea por cincuenta metros. Ya están todos muertos adentro, de modo que no tendrán dificultad.

El marciano saludó, pero Osgood volvió a llamarlo antes de que desapareciera de la pantalla.

—¡Hoster!

—Sí, señor.

—Ustedes los marcianos son demasiado rápidos para las armas. Pase lo que pasare, Hoster, le ordeno no bombardear ni irradiar esos restos. ¿Comprende?

—Comprendido —dijo secamente el marciano, y desapareció.

—Esos marcianos —comentó Osgood—, qué tipos sanguinarios.

—Casi tanto como usted —respondió Belter.

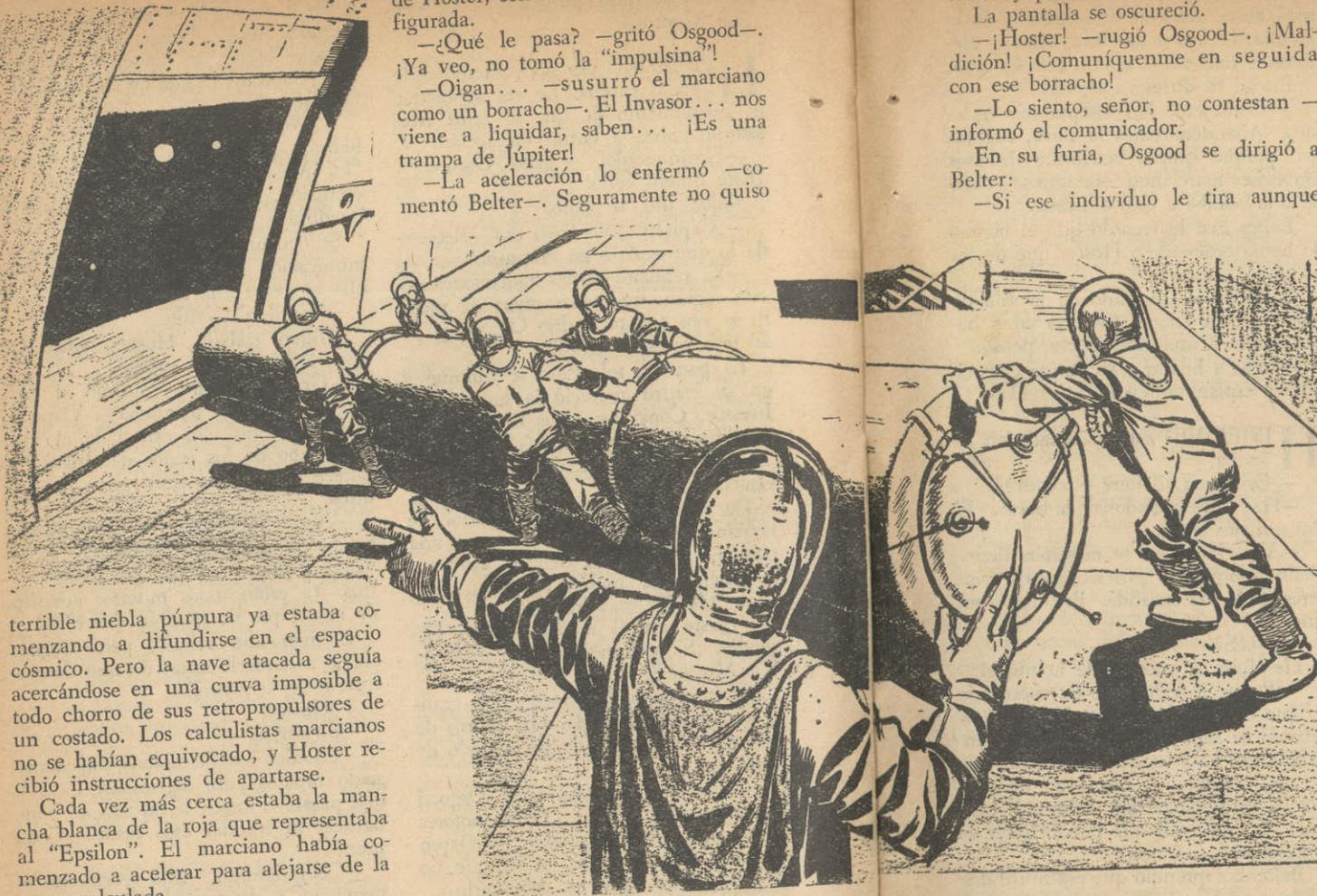
PASARON las dos horas siguientes observando la pantalla táctica. Los generadores de "La Muerte" habían sido cortados hacia rato y la

reció en ella con toda nitidez la imagen de Hoster, con la cara sumamente desfigurada.

—¿Qué le pasa? —gritó Osgood—. ¡Ya veo, no tomó la "impulsina"!

—Oigan... —susurró el marciano como un borracho—. El Invasor... nos viene a liquidar, saben... ¡Es una trampa de Júpiter!

—La aceleración lo enfermó —comentó Belter—. Seguramente no quiso



terrible niebla púrpura ya estaba comenzando a difundirse en el espacio cósmico. Pero la nave atacada seguía acercándose en una curva imposible a todo chorro de sus retropropulsores de un costado. Los calculistas marcianos no se habían equivocado, y Hoster recibió instrucciones de apartarse.

Cada vez más cerca estaba la mancha blanca de la roja que representaba al "Epsilon". El marciano había comenzado a acelerar para alejarse de la curva calculada.

—No me hace feliz esto —dijo Belter después de estudiar la trayectoria de los restos del Invasor.

—Tonterías —dijo Osgood de mal humor—, pero no quiero arriesgar una nave después de haber abatido al enemigo. ¡Comuníqueme con el "Epsilon"!

Cuando la pantalla se iluminó apa-

tomar "impulsina" para no dormirse y poder observar lo que ocurría.

—¡Hoster! ¡Usted no puede comandar una nave en ese estado! ¡Tome una dosis de "impulsina" y deje a cargo a su segundo!

—Oye, viejito —siseó el marciano—, yo sé lo que hago, ¿eh? Déjame en

paz en mi nave. ¡Yo los arreglaré a estos de Júpiter si se acercan demasiado!

La pantalla se oscureció.

—¡Hoster! —rugió Osgood—. ¡Maldición! ¡Comuniquenme en seguida con ese borracho!

—Lo siento, señor, no contestan —informó el comunicador.

En su furia, Osgood se dirigió a Belter:

—Si ese individuo le tira aunque

recordar siempre su odio a Júpiter.

—Por lo menos observémoslo de afuera lo mejor que podamos —propuso Belter acercándose a la pantalla televisora.

—Tiene razón, Belter. Fíjese qué diseño extraordinario tiene esa nave. Con esos chorros laterales puede hacer las curvas más extravagantes. Pero, ¿qué clase de tripulantes tiene que aguantan esas aceleraciones?

—¡Pasaron por "La Muerte"! ¡No pueden aguantar! —dijo Belter, y luego, contemplando pensativamente la trayectoria de los restos, agregó—: Capitán..., ¿no será posible que...?

—¡No! —interrumpió Osgood bruscamente—. ¡Pasaron por "La Muerte"! ¡No pueden estar vivos!

—Claro —dijo Belter, pero no se sintió aliviado. De pronto los dos se sobresaltaron. ¡El "Epsilon" había lanzado una bomba atómica sobre los restos del Invasor!

—¡Déme con "Epsilon"! —gritó Osgood al comunicador—. ¡Ordénele que cese el fuego o le formo corte marcial!

Belter se cubrió los ojos al explotar la bomba; la pantalla resplandeció como una lámpara de magnesio.

Cuando pudo ver bien de nuevo, la pantalla mostraba la imagen del Invasor. "Epsilon" había desaparecido.

OSGOOD se había sentado en un sillón.

—Cómo me gustaría haber tenido una nave de Júpiter en vez del "Epsilon" —dijo—. Esos jovianos saben obedecer órdenes, aunque hayamos sido enemigos en la última guerra. ¿Por qué tuvo que bombardear esos restos ese cretino borracho?

—¿Restos? —repitió Belter en un tono que hizo levantar la cabeza a Osgood. Señaló la pantalla. La mancha blanca se estaba ahora acercando lentamente a la verde, al "Delta". En el televisor se veía siempre la imagen del

Invasor, pero ya no usaba los motores de retropropulsión.

Se encendió una de las pantallas de comunicación interna de la nave.

—Detectores informa, señor —dijo un técnico.

—Informe.

—Se están recibiendo con gran intensidad las radiaciones tipo 2 de los aceleradores del Invasor, señor.

—Muy... muy bien.

Osgood abrió la boca, la mantuvo abierta un momento y luego la volvió a cerrar. Belter sintió impulsos de lanzar una carcajada histérica; sabía que el capitán había tratado de encontrar un juramento apropiado para la situación y tuvo que renunciar. Por fin dijo lo peor de todo:

—No están... muertos...

Belter ya no sentía deseos de reír.

—Pasaron por "La Muerte"... y no están muertos —dijo.

—¡No hay defensa contra "La Muerte"! —protestó Osgood—. Es un arma irresistible. ¡No puede ser!

Otra pantalla interna se encendió.

—Matemáticas —dijo otro técnico.

—Informe.

—La trayectoria de los restos cortará la nuestra...

—No diga "restos" —murmuró Osgood—. Diga Invasor.

Durante un momento el capitán del "Delta" pareció abatido. Luego apretó las mandíbulas y ordenó:

—¡Baterías! ¡Apunten al Invasor! ¡Servomecanismos! ¡Pongan control automático a todas las baterías! ¡Bombas, torpedos, rayos, todo lo que haya! ¡Y ahora a toda la tripulación, ATENCIÓN! Prepararse para abandonar la nave. El "Delta" luchará contra el enemigo por control automático. Las

naves salvavidas se dispersarán en el espacio en la dirección general del "Sigma" hasta observar el resultado de la batalla. Lléñense de "impulsina" y aléjense a toda aceleración. Eso es todo.

Luego se dirigió a Belter.

—¡Consejero! No discuta mis órdenes. Abandonaremos la nave, incluso yo, porque quiero vengarme de esos imbéciles marcianos. ¡Imagínese, tirarle una bomba a esos asesinos...!

Belter casi le recordó que él mismo le había ordenado a Hoster que dejara pasar los "restos".

Belter salió corriendo de la sala de mando. Por suerte, Osgood sabía hacer frente a una emergencia, pensó.

—Vaya a buscar a su amigo el pacifista y espérenme en mi salvavidas.

HEREFORD estaba sentado en su cama.

—¿Qué pasa, Belter? —preguntó.

—Hay que abandonar la nave. El Invasor nos ataca.

—Ah —Hereford se mostraba demasiado tranquilo—. No sirvió. El arma irresistible fué resistida. Bueno, yo me quedo.

—¿QUE?

Hereford se encogió de hombros.

—¿Para qué vivir? ¿Se da cuenta de lo que ocurrirá a mi doctrina pacifista cuando se sepa que existe una defensa contra "La Muerte"? No habrá nada que impida el comienzo de otra guerra interplanetaria. Estoy... cansado. Lo más útil que puedo hacer es convertirme en mártir.

Belter comprendió que era inútil discutir.

—Bueno —dijo—, por lo menos bebamos juntos antes de separarnos para siempre.

Hereford aceptó sonriendo. Belter puso toda la "impulsina" en el vaso del pacifista, que se durmió instantáneamente, y lo arrastró al salvavidas.

EL combate que se perdieron fué espectacular, según supieron más tarde. El "Delta" luchó hasta que no le quedó más que una batería, y ésa siguió escupiendo rayos contra el enemigo hasta que una bomba disruptora capaz de hacer polvo medio planeta terminó con todo. Luego el Invasor prosiguió su viaje hacia el Norte celeste, dejando en paz al aterrizado "Sigma".

Durante dos días, el "Sigma" estuvo recogiendo los salvavidas de la tripulación del "Delta". El último en aparecer fué el que llevaba a Belter, Hereford y Osgood.

—La nave está a sus órdenes, señor —dijo el capitán del "Sigma" a Osgood, según las costumbres de cortesía.

—Gracias. ¿Consiguieron recoger algún resto de la nave marciana?

—No, señor —dijo el capitán, un venusiano de aspecto preocupado. Su nombre tenía tantas sílabas que sólo se usaban las primeras tres: Holovik—. Y muy pocos del "Delta". ¿Qué... qué pasó?

—¿No lo vió usted mismo? Ya sé, tiene miedo de decirlo. Bueno, está claro: el Invasor tiene una defensa contra "La Muerte". ¿No es magnífico?

—Sí, señor —la boca de Holovik hizo una mueca—. Magnífico...

—Bueno, no se eche a llorar —exclamó Osgood, y se puso a examinar los restos de la batalla recogidos por el "Sigma"—. Ponga a trabajar a todos sus técnicos en esto. Quiero saber si hay radiactividad, y de qué clase. ¿Qué es esto?

"Esto" era un cilindro de unos diez metros provisto de tres antenas cortas en cada extremo.

—No sé, señor —contestó Holovik—. Me imaginé que era un arma secreta de ustedes... Ya no nos informan de todo como durante la guerra.

—¡Déjese de protestar, hombre! Si eso es un arma secreta, no es terrestre.

—Tampoco es del "Epsilon" —agregó Belter—. Yo revisé la nave marciana antes de salir y no había nada que se le pareciera.

—Entonces, ¿de dónde demonios...? ¡OOOH! —Este OH fué coreado por todos los presentes en tono de profundo respeto. Al mismo tiempo dieron todos un inconsciente paso atrás.

—¿De qué se trata? ¿Qué es? —preguntó Hereford, que hasta entonces no había abierto la boca.

—No sé —contestó Belter—, pero me gustaría verlo lejos. ¡Es del Invasor!

—¡Sáquenlo de aquí! ¡Rápido! —tronó Osgood.

EL misterioso objeto fué expulsado cuidadosamente de la nave mientras Osgood se enfrentaba con el capitán Holovik.

—¡Usted es un cretino! ¿Cómo se le ocurre meter en su nave un objeto desconocido?

Uno de los oficiales acudió en socorro de su atribulado capitán.

—Ese fué el objeto que los detectores no registraron hasta que estubo a menos de un kilómetro —informó—. No consigo comprenderlo. El equipo de radares no tenía ningún desperfecto.

Belter pensó un momento.

—Esto es muy similar a lo que destruyó el puesto militar en Neptuno, ¿recuerdan? —dijo—. Lo tenían enfocado con un radar y de pronto desapareció. Dejó de reflejar las ondas del radar y volvió a aparecer cuando explotó en el puesto.

—Un "desviador", ¿eh? —contestó fríamente Osgood—. Aunque fuera cierto que pueden construirse, no ven-

Grutas del milagro

LAS minas abandonadas de uranio en Montana, EE. UU., son visitadas con casi tanta asiduidad como Lourdes por gente que piensa curarse con las débiles emanaciones radiactivas.

ga a decirme que el Invasor los usó para protegerse de "La Muerte". "La Muerte" es una vibración material, no una radiación; no se la puede desviar.

—¿Quién habla de "La Muerte"? —exclamó Belter—. ¿No me comprendo? Lo que tenemos aquí es una de sus bombas disruptoras. Corto alcance, siempre de corto alcance. Equipadas con un desviador y poco combustible. Creo que el Invasor, al ver que el "Delta" se le resistía, lo atacó con varias armas al mismo tiempo. Esta bomba fué lanzada contra el "Delta", pero cuando llegó a destino la nave ya había desaparecido, destruída por otra bomba. Entonces siguió su camino hasta que se le terminó la carga. Por eso apareció de golpe en los detectores.

—Eso parece lógico —dijo Osgood mirando con respeto a Belter—. Desviador, ¿eh? Mmmm... si fuera posible desarmar esa bomba y examinarla... podríamos construir algo semejante y acercarnos al Invasor sin ser detectados... ¡Holovik! A ver si consigue un par de voluntarios que le saquen el explosivo a esa bomba.

—¡Al instante, señor! —dijo Holovik con aire un poco más feliz.

EN los laboratorios de todo el Sistema Solar comenzó un trabajo frenético e incesante de análisis de los aparatos descubiertos. El primer resultado fué que el llamado "desviador" en realidad no desviaba las ondas, sino que por cada onda que reflejaba era capaz de emitir otra igual y con una diferencia de fase tal que anulaba la primera.

Toda la información obtenida se transmitía de inmediato a los demás laboratorios del Sistema. Además se mantenía vigilado de lejos al Invasor.

Belter tenía muchas cosas en qué pensar esos días. Los jovianos, por ejemplo. Júpiter había sido una gran ayuda para desentrañar el misterio téc-

nico del "desviador", y fué idea de los jovianos usar cierto isótopo del boro en las válvulas, que le permitían durar mucho más tiempo, con lo cual se obtuvo un aparato mucho mejor que el del Invasor. Y, sin embargo, los jovianos no olvidaban la ofensa recibida de los marcianos.

Otro asunto grave era el comportamiento futuro de Hereford. El pacifista tenía aún enorme influencia en el Sistema y su Comité pro Paz exigía que si con las nuevas armas se lograba derrotar al Invasor, se destruyera su nave sin buscar el secreto de la defensa contra "La Muerte".

Había una solución a estos problemas, y Belter terminó por decidirse el día que recibió el informe de Adison. Adison era el científico a cargo de los laboratorios terrestres; su informe era el máximo secreto y en él se invitaba a Belter a examinar una pequeña nave de dos plazas equipada con el desviador construído en la Tierra. Belter se guardó el informe en vez de comunicarlo a los otros consejeros y se fué a ver a Hereford.

—¿Le interesa evitar una nueva guerra? —le preguntó.

—¡Qué pregunta!

—Muy bien. Me acompañará en una excursioncita. ¿Cuándo puede estar listo para salir?

Hereford lo estudió un instante.

—Dentro de media hora —dijo—; ya veo que está apurado.

DOS horas después estaban los dos en el espacio a bordo de una nave patrullera, donde se hallaban también Adison, su nave desviadora y la tripulación.

El plan de Belter era acercarse con la nave grande a la zona recorrida por el Invasor y desprenderse a gran velocidad con la nave desviadora, calculando de tal modo que sin gastar mayor carga su trayectoria se cruzara con

la que seguía el Invasor... si es que éste no cambiaba de pronto su rumbo.

Después de hechos todos los cálculos, Belter dedicó su atención a Hereford. Lo encontró en su cabina, meditando abstraído.

—Vengo a explicarle el motivo de este viaje —dijo Belter.

—Antes que nada se trata de los jovianos. Esos individuos piensan tan bien y tan rápido que me dan miedo. ¿Recuerda qué ansiosos de ayudarnos a estudiar el desviador estaban? ¿Cómo lo explica, si antes no quisieron cooperar en la lucha contra el Invasor?

—Diría que por fin se dieron cuenta del peligro que corría el Sistema Solar y decidieron poner su granito de arena —respondió Hereford.

—Eso creí yo al principio también. Pero, ¿se le ocurrió pensar en lo que ocurriría si Júpiter tuviera una defensa contra "La Muerte"?

Hereford palideció.

—Ya veo. La guerra anterior la ganamos gracias a que a último momento descubrimos "La Muerte". Si Júpiter conociera una defensa no seríamos adversarios para ellos.

—Así es. Los jovianos nos llevan gran ventaja en ciencia y técnica. Sólo nuestra habilidad para fabricar armas suicidas nos permitió vencerlos. Ellos son demasiado sabios para tratar de conquistar a una raza que insiste en usar armas capaces de destruir hasta

a los que las usan. Pero si saben cómo defenderse de "La Muerte"...

—¿Entonces usted sospecha que los jovianos están buscando por su cuenta esa defensa?

—Sí. Usted sabe que el mejoramiento que permite acercarse al Invasor desde gran distancia con una nave desviadora es un invento de Júpiter. Eso significa que ellos ya han tenido tiempo de sobra de construir naves apropiadas para abordar al Invasor, y sólo esa ventaja y la confianza que se tienen les ha hecho comunicar ese invento a los demás planetas. Estoy seguro de que en este momento alguna nave desviadora joviana se está acercando al Invasor, si es que ya no lo ha abordado. Tenemos que llegar los primeros, y si no podemos... ¡veremos qué se hace cuando estemos allí!

LA pequeña nave desviadora recorre por inercia el espacio hacia el Invasor, sin usar sus motores. Los dos hombres que transportaba hablaban en voz baja.

—Ya estamos bien al alcance de sus detectores de meteoros —dijo Belter—. No sé qué pensar. ¿Seremos realmente invisibles o están jugando con nosotros?

—Con tal que ese aparatito desviador no se descomponga —susurró Hereford—. ¡Nunca he visto cosa tan complicada!

Cortisona para los artríticos

UNA nueva teoría sobre el origen de la artritis ha sido presentada por médicos de la Universidad de California. Según ella, la culpable de la enfermedad es la hormona del crecimiento producida por la glándula pituitaria. En condiciones normales, llegada la madurez esa hormona es contrarrestada por otra: la ya famosa cortisona, producida por las glándulas suprarrenales. Pero si por cualquier causa (principalmente la edad avanzada) se produce menos cortisona, la hormona pituitaria hace crecer tejidos de las articulaciones y sobreviene la artritis.

—Ya no resisto más esta incertidumbre —dijo de pronto Belter—. ¡Voy a poner en marcha los motores y salga lo que saliere de una vez!

Belter cerró un contacto y la nave se aceleró, acercándose al Invasor, que ya era visible a simple vista en el espacio. Dos horas después se encontraban a unos cien metros de él.

De pronto Belter sintió que le apretaban el brazo.

Ahogando un juramento preguntó a Hereford:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me agarró?

Hereford estaba señalando por una ventana a un costado de la lóbrega nave del Invasor.

—Mire..., allí..., esa sombra oscura...

¡ES una abertura! Una escotilla o algo así —dijo Hereford.

Belter asintió. Preocupado, contempló en torno de él. ¿Se ocultaría alguna trampa?

—¿Le parece que debemos entrar ahora?

—Sí. Pero..., Belter..., antes de hacerlo quiero que me diga algo. ¿Por qué me hizo acompañarlo?

—Porque usted es un luchador.

—¡Vamos! ¿De modo que se trae un compañero pacifista porque tiene carácter de luchador? Como broma es mala.

—No lo traje para que ayude a luchar —explicó Belter—. Yo sé que usted quiere que el Invasor sea destruido sin averiguarse cuál es su defensa contra "La Muerte". Yo pienso al revés. Usted, en la Tierra, podría lograr su objeto con unos cuantos discursos de luchador, convenciendo al pueblo. Aquí, en cambio, lo puedo vigilar personalmente.

—Demonio calculador —dijo Hereford entre furioso y admirado—. ¿Y si yo trato de destruir la nave por mis propios medios?

—Antes lo mato —respondió Belter con sinceridad.

—¿Se le ha ocurrido que yo podría matarlo a usted impunemente si así lo quisiera, sin cargo ninguno?

—No lo hará. Usted es enemigo de la violencia desde el fondo de su alma. ¡Y basta de discusiones frente al enemigo!

Belter atendió a los controles. Su mente estaba a medias dominada por el miedo. ¿Y si el Invasor enviara un rayo de una frecuencia no trabajable por el "desviador"? Probablemente quedarían hechos polvo.

Llegaron lenta y silenciosamente junto al enorme casco plateado. Belter detuvo su pequeña nave casi por completo con respecto al Invasor y la orientó de modo de entrar sin tocar los bordes de la escotilla.

—¿Recuerda la película del ataque a Neptuno por el Invasor? —dijo de pronto Hereford—. La bomba desviadora se vió un instante en la pantalla al salir de la nave y rápidamente desapareció.

—¡Tiene razón, Hereford! Eso significa que el "desviador" no funcionaba hasta que la bomba salió de la nave. Entonces es mejor que cortemos el nuestro al entrar.

Manejando los controles con infinitas precauciones, Belter hizo pasar su nave por la escotilla y al mismo tiempo cortó el desviador. Sólo cuando estuvieron dentro notó que se estaba morriendo la lengua. Con un esfuerzo intentó serenarse...

LA cámara donde entraron estaba iluminada, pero con una luz verde difusa que no producía sombras. En la parte delantera había una enorme estantería con fila tras fila de bombas disruptoras sin la cabeza explosiva. Un riel que pasaba frente a las bombas conducía a una puerta herméticamente cerrada. Debía ser el depósito

de explosivos. Otro riel conducía a la escotilla, junto a la cual había un aparato lanzador de proyectiles. Era evidente que la carga de las bombas y los disparos se hacía automáticamente.

—Nuestra nave se parece bastante a las bombas —murmuró Belter—. Podemos acomodarla en esos estantes y nadie lo notará.

Belter extrajo dos trajes cósmicos del depósito de su nave y explicó a Hereford el uso de los controles de presión, humedad, oxígeno, gravedad y radio-comunicación, y agregó, como última instrucción:

—Es mejor que no conversemos por radio, aunque podemos dejar abiertos los receptores. Si estamos juntos podemos hablar por conducción, tocando nuestros cascos.

Después de ubicar la pequeña nave en un estante entre las bombas, los dos hombres salieron de ella en sus trajes cósmicos.

Silenciosamente se dirigieron a la parte trasera de la cámara.

Encontraron una escalerilla que conducía a una abertura en forma de rombo. Los escalones eran angostos y muy juntos, soldados a las paredes. Subieron.

Se encontraron en un corredor, demasiado bajo para estar parados. Tenía sección triangular, con la punta para abajo, pero ensanchada. El piso estaba formado por barras atravesadas.

—¡Maldición!

Belter saltó como si lo hubiesen acuchillado y vió que Hereford hacía lo mismo. Aquella palabra había surgido de sus receptores de radio, sorprendiéndolos por lo inesperada. Belter hizo señas negativas con la cabeza y su compañero lo imitó. Ninguno de los dos había dicho eso.

—¡Roñosos jovianos!

Belter hizo señas a Hereford de quedarse inmóvil y regresó a la abertura

romboidal, asomando cuidadosamente la cabeza por ella. Ya acostumbrado a la luz verdosa, pudo distinguir una pequeña figura que acomodaba en la estantería de las bombas... una nave del mismo tamaño.

¡Una figura humana! Un hombre que había atravesado las defensas del Invasor como él y Hereford. Un hombre con una nave desviadora.

¡Pero si nadie sabía que esas naves podían construirse! Nadie, salvo algunos técnicos, y los miembros del Consejo Militar, por supuesto.

El hombre terminó de ubicar su nave junto a las bombas, y, pistola en mano, se dirigió a la parte trasera de la cámara.

BELTER lo vigiló hasta verlo descubrir la escalerilla. Entonces volvió junto a Hereford y tocó su casco con el otro.

—Es un marciano —dijo—. Tenía que ser. Sólo un marciano es tan estúpido como para meterse aquí.

Vió que Hereford sonreía, pero sin hacer el comentario obvio. En silencio los dos avanzaron por el corredor. No había la menor señal de vida.

Pero ya se oían débilmente los pasos del marciano en el corredor, y Belter comentó:

—Tendría que salir y detenerlo. Estos marcianos no tienen más que músculos en la cabeza. Es capaz de seguir adelante y liarse con toda la tripulación. Pero tengo mucho interés en saber cuáles son sus intenciones, y además nuestra situación no puede empeorar mucho. ¿Le parece que podremos seguirlo e intervenir en el momento oportuno?

—No hay necesidad de ser prudentes —contestó Hereford.

—¿Qué quiere decir?

Hereford señaló una masa informe en un rincón de la sala en la que se encontraban. Belter se acercó y la tocó

con su guante. La sustancia se hizo polvo bajo sus dedos de una manera harto familiar. Horrorizado, se echó atrás.

—Está... muerto —susurró.

—Ya me lo imaginaba. “La Muerte”, ¿verdad?

—Sí; ya he visto ese espectáculo en las naves jovianas durante la guerra pasada. Pero entonces... no tenían defensa contra “La Muerte”. No comprendo...

—Vamos a ver qué hace ese marciano —propuso Hereford.

—Sí, al menos es algo concreto. Vamos a la sala de controles. Allí lo encontraremos con seguridad.

Encontraron la sala de controles antes que el marciano, seguramente porque no andaban con tantas precauciones.

Acababan de abrir una puerta corrediza al final de un pasillo, y Belter estaba entrando, cuando se detuvo tan súbitamente que Hereford chocó con él.

En el centro de la cámara había un par de mesas de control en forma de rombo partido por la mitad. Entre las dos mitades había un pasaje y en él algo; algo que se agachaba sobre los controles.

Algo que estaba vivo.

Se movió, levantándose un poco del

tablero sobre el que estaba inclinado. Se hallaba completamente envuelto en algo transparente; un traje cósmico, sin duda. Belter y Hereford se echaron atrás para no ser vistos.

Pero la criatura no había notado su presencia. Se volvió lentamente hacia la otra mitad del tablero, pero de pronto se detuvo.

Se oyó un golpe en la pared del extremo opuesto de la cámara. Luego un trozo de la pared comenzó a brillar, a ponerse al rojo y luego al blanco, hasta que por fin se fundió, dejando una abertura de buen tamaño. A través de la abertura entró el marciano.

—¡Y pensar que no le costaba nada abrir la puerta! —pensó Belter con disgusto—. ¿Por qué siempre hacen las cosas a lo bruto estos marcianos?

El marciano se detuvo, y su mirada se posó en la criatura que estaba junto a los controles.

—¡De modo que hay una defensa al fin y al cabo! —dijo a través de su transmisor de radio, que no había cerrado—. ¡Quedó uno vivo al menos! Vamos, Júpiter; hace rato que descubrí tu juego. ¿Crees que me engañaron con esa treta de destruir a sus propias fuerzas en Titán? Invasor, ¿eh? ¡Lindo cuento de hadas! ¡Fuera de esos controles! Quiero ver cuál es la defensa contra “La Muerte”. Y no

Potencia imprevisible

EN todo el mundo se especula sobre “la potencia imprevisible” anunciada para las armas atómicas del futuro por el ex presidente Truman en su mensaje de despedida. Teniendo en cuenta que acaba de explotar la primera bomba-H en Eniwetock, se justifica que muchos divulgadores científicos estén hablando de una reacción en cadena iniciada por una bomba de hidrógeno y que consumiría una región de la atmósfera exactamente controlada. Los meteorólogos afirman que eso es improbable por la escasa velocidad de difusión de las partículas en el aire. Esperemos que tengan razón. Si una reacción así llega a escapar de control, la atmósfera se convertiría en un Sol en miniatura.

trates de llamar a tus compañeros; están todos muertos, por toda la nave. Algo falló en la defensa y sólo quedaste vivo tú. Pero no ha de ser por mucho tiempo...

LEVANTO su pistola; el joviano tembló. Belter se agarró de la puerta con la mano izquierda y apoyó sobre ese brazo su pistola. Pero cuando estaba apuntando, Hereford se acercó y levantó el caño de la pistola.

—¿Qué pasa ahora? —pensó furioso Belter.

Hereford movió la cabeza y sonrió. Llevó la mano al cinturón y puso en funcionamiento el transmisor. Entonces dijo con su voz suave y profunda:

—Suelta esa pistola, hijo.

El efecto que hizo esa frase en el marciano fué tremendo. Se quedó duro, y la pistola se le cayó de la mano instantáneamente.

Belter entró en la cámara y se ubicó en un extremo, desde donde podía cubrir con su pistola tanto al marciano como al joviano. Hereford se adelantó y recogió la pistola caída.

—¡El pacifista! —exclamó entonces el marciano, ya más dueño de sus nervios.

¿Qué demonios está haciendo usted aquí?

—¿Qué demonios está haciendo usted aquí?

—Impidiendo que usted use sus músculos en vez de su cerebro. ¿Y qué está haciendo usted aquí?

—Explorando —dijo sombríamente el marciano.

—¿Por cuenta de quién?

—¿Qué le parece?

—Me parece que lo hace por cuenta de Marte —dijo abruptamente Belter—. Sería lindo para Marte apoderarse del secreto de la defensa contra “La Muerte”, ¿verdad? ¡Hace rato que están cansados allá de hacer de segundones de la Tierra!

—¡Nosotros no estamos locos! —res-

pondió el marciano—. Nunca firmamos la paz con Júpiter, ¿recuerda? Sabíamos lo que hacíamos. Fíjese lo que ocurrió —con un gesto señaló al joviano, inmóvil junto a los controles—. Durante unos cuantos años jugaron al Invasor hasta llenar de miedo todo el Sistema Solar. ¡Ja! ¡Tratados con Júpiter! ¿Por qué demonios no los exterminaron a todos cuando tuvieron la oportunidad? Pero no, los terrestres tienen sentimientos generosos. ¡Ah, pero si Marte consigue esa defensa contra “La Muerte”, haremos las cosas bien! Y tal vez cuando hayamos derrotado a todos permitiremos que los terrestres vivan y trabajen para nosotros. Nuestro Consejero nos informó hace rato que se estaban construyendo naves desviadoras y tuvimos tiempo de sobra de copiar una. Mala suerte para usted si no se dió cuenta.

—No tan mala —respondió Belter—. La prueba es que estoy aquí y apuntándolo con mi pistola.

—¡No por mucho tiempo! —exclamó el marciano dando un salto a un costado.

—¡Cuidado, Hereford!

BELTER hizo un disparo de foco pequeño, pero erró. Y el marciano ya estaba detrás de Hereford, volteándolo y sacándole la pistola que llevaba en el cinturón, y se la sacó antes que el otro pudiera recobrase de la sorpresa ante el súbito ataque.

—Ya sé que el pacifista no va a tirar —dijo entonces el marciano—, de modo que primero irá usted al infierno, Belter, y luego lo seguirá el viejo amante de la paz; allí estará tranquilo. Después conseguiré el secreto de la defensa, con o sin ayuda de ese langostino de Júpiter.

Apuntó a Belter con su pistola, y éste supo que había llegado su fin. Cerró los ojos. Oyó el clic del gatillo, pero no sintió nada. Trató de volver

a abrir los ojos, y con asombro notó que pudo hacerlo. Y allí se quedó mirando a Hereford, que acababa de desintegrar la cabeza del marciano. El clic había sido de la pistola del pacifista.

—Lo maté, ¿no? —preguntó Hereford lastimosamente.

—Para mantener la paz —contestó Belter con voz temblorosa—. La muerte es una cosa relativa, Hereford. Usted ha salvado muchas vidas con su acto.

Luego se dirigió a los tableros de control y se enfrentó con el joviano. Hubiera dado cualquier cosa por un traductor, pero esos aparatos no se hacían portátiles todavía.

—Joviano, ¿quiere comunicarse conmigo? Extienda la membrana para decir "sí" y recójala cuando tenga que responder "no".

"Sí", fué la respuesta. El joviano era perfectamente telepático y comprendía todo lo que decía Belter, pero los hombres no tenían esa habilidad.

—¿Hay algo en esta nave que pueda resistir a "La Muerte"?

—Sí.

—¿Piensa comunicar su descubrimiento al Consejo Militar del Sistema Solar?

—Sí.

—¿Sabe desconectar los controles automáticos de la nave?

Como respuesta el joviano extendió una de sus pinzas acercándola a uno de los controles.

Era una caja cuadrada. Una luz anaranjada brillaba en su centro y junto a ella había una palanquita. La palanquita estaba inclinada hacia un lado. Belter apoyó su mano en ella y miró al joviano.

La membrana se extendió afirmativamente. Los jovianos no mentían. Belter movió la palanquita hacia el otro lado y la luz anaranjada se extinguió.

Todos los controles automáticos de



la nave estaban fuera de acción. El Invasor ya no podía causar más daño a ningún planeta.

TIEMPO después Belter presentó su informe a la Asamblea General Interplanetaria. Este es el texto del discurso que pronunció:

"Esta Asamblea General se ha reunido con el propósito de aclarar de una vez por todas el problema del Invasor y los rumores que han corrido sobre la existencia de una defensa contra "La Muerte", de una posible guerra entre los planetas y otras fantasías por el estilo.

"Ya todos conocen la historia de mi llegada con Hereford a bordo del Invasor, y la subsiguiente aparición del marciano y su... —aquí Belter tuvo que carraspear— ...su muerte acci-



dental. Permítanme aclarar que no hay pruebas de que ese hombre estuviera representando al Gobierno de Marte o a ninguno de sus partidos políticos. Hemos decidido que actuaba por su propia cuenta, probablemente por lo que podríamos llamar un exceso de patriotismo.

"En cuanto a la presencia del joviano en la nave..., es un episodio perfectamente explicable. Júpiter es una nación derrotada. Me atrevo a decir que si cualquiera de nuestros planetas hubiera perdido la guerra, sus habitantes cometerían actos semejantes a los de este joviano. Por otra parte, tampoco aquí hay pruebas de que el Gobierno de Júpiter tuviera conocimiento de lo que estaba haciendo este individuo. Lo que hubiera hecho si se encontraba una defensa contra

"La Muerte" a bordo es pura hipótesis y no debemos discutirlo siquiera.

"Tengo aquí una copia de la declaración hecha por este joviano. Por supuesto, hemos controlado todo lo que dice y lo hemos sometido a todos los detectores de mentiras. Esta declaración resuelve todas las incógnitas que la presencia del Invasor planteó al Sistema Solar. Hela aquí:

"Por razones emanantes de la filosofía joviana, tomé una nave desviadora y partí en ella antes que el mejoramiento inventado por nosotros fuera comunicado al Consejo Militar. Me aproximé al Invasor con todo éxito y lo abordé. Oculté mi nave entre las bombas disruptoras, pues era de tamaño y forma parecidos. Luego recorrí la nave invasora esperando ser atacado en cualquier instante, pero nada ocu-

rió. Todas las escotillas que daban al espacio estaban abiertas, excepto el depósito de explosivos. Llegué a la sala de controles y encontré el control de todo el armamento de la nave.

"Pero mi descubrimiento más importante fué un registro de pensamientos, una especie de testamento dejado por los tripulantes de la nave, que eran seres de estructura semejante a la nuestra, por lo cual no me resultó difícil comprenderlo al cabo de un tiempo de estudio. Citaré lo que decía:

"Somos de Sygon, el mayor de los dos planetas de Sykor, una estrella de Symak. El planeta más pequeño, que llamamos Git, está habitado por una raza loca, un error de la naturaleza, una raza que vive en guerra entre sus miembros y contra sus vecinos, que aspira a conquistar por el orgullo de vencer, y mata por el placer de matar. A medida que progresa, sus armas son más terribles y capaces de volverse contra ellos mismos, pero eso no los detiene.

"Su planeta les alcanzaba perfectamente, pero no estaban satisfechos. Sygon no les convenía de ningún modo, pues su atmósfera les era irrespirable y su gran masa los aplastaba contra el suelo, pero igual estaban decididos a conquistarlo.

"Los matamos por millones, pero siguieron viniendo. Construyeron armas increíbles para derrotarnos y nosotros las mejoramos y los rechazamos.

"Pero, por fin, idearon el arma final: una vibración terrible que atacaba las mismas células de nuestros cuerpos convirtiéndolas en emulsiones, y contra eso no había defensa. La primera vez que la usaron murió casi toda nuestra raza. Los que quedamos vivos unimos nuestros recursos para construir esta nave: "Venganza Eterna". Está construída para atacar automáticamente cualquier cosa que emita radiaciones del tipo que utilizan los seres intelligen-

tes. Rondará por el sistema de Sykor y atacará todo lo que venga de Git.

"Git atacará la nave con su arma irresistible y todos nosotros moriremos. Pero la nave seguirá su ruta. Git desatará su odio sobre Sygon y toda nuestra raza perecerá. Pero la nave seguirá su ruta. Atacará, atacará sin cesar hasta que un día Git será destruído.

"Y la nave seguirá en el espacio, y si un día una nueva raza inteligente aparece en Git y llega a inventar aparatos que emitan radiaciones, volverá a atacar hasta que vuelva a destruirlos. Atacará con más fuerzas, pues entre un ataque y otro girará en torno de Sykor acumulando energía cósmica.

"Sólo cuando Sykor se enfríe, o explote, o sea arrastrado por una estrella errante, cesará la nave sus ataques. Pero aún entonces es posible que se pierda durante un tiempo incalculable en el espacio vacío y termine por aparecer en otro sistema similar al que lo engendró. Si eso ocurriera, nuestra nave llevará el terror y la muerte a sus habitantes. Eso sería injusto, es verdad, pero sería sólo una prolongación de la ilimitada maldad de Git".

Belter interrumpió un momento su discurso. Luego prosiguió:

"Por desgracia para nosotros, lo injusto ocurrió. El "Venganza Eterna" llegó a nuestro sistema: una nave de muerte habitada por muertos. Puedo agregar que, según nuestros estudios, esa nave fué construída hace catorce millones de años terrestres.

"El joviano que encontramos a bordo dijo que había una defensa contra "La Muerte" en la nave. En efecto, "La Muerte" nada puede contra una tripulación que ya estaba muerta catorce millones de años antes. Esa es la única defensa que existe, y, por eso, todos los planetas han acordado que "La Muerte" debe ser puesta otra vez fuera de la ley, para siempre. ♦



Bueno. Pues a los chicos les resulta mucho más simpático todavía.

COMPRELO A SU CANILLITA O A SU LIBRERO

Etapa

Un asalto inesperado, de noche, es algo bastante aterrador; pero lo es aún más en el mundo al otro lado de la Galaxia.

Y aunque uno esté dotado de un instrumento que multiplica las facultades de los sentidos, es duro encontrarse solo, encallado en un planeta tan húmedo, tan triste, tan poco acogedor..., donde los que desean irse deben matar o ser matados...



por F. L. WALLACE



ilustrada por SIBLEY

—**M**MUSCULOS tensos —me informó Dimanche—. Índice neural 1,76 arriba de lo normal. Hay secreción de adrenalina en todo el sistema. En efecto, te está acechando. Intenciones: probablemente asalto a mano armada.

—No me interesa —dije con tono firme, pero de una manera que sólo Dimanche podía escuchar—. No tengo cara de víctima. Me vuelvo al hotel y de allí no me muevo.

Yo estaba parado cerca del borde de la vereda.

—Primero hay que llegar —señaló Dimanche—. Es decir, ¿no es peligroso para un extranjero caminar por la ciudad?

—Ahora que lo mencionas, me pare-

ce que sí —contesté. Miré alrededor con aprensión—. ¿Dónde está?

—Detrás de ti. Por el momento hace como que se interesa por los artículos de una vidriera.

Un nativo de ojos castaños y distraídos pasó a mi lado. Aparentemente no le extrañaba ver a un terráqueo solitario, con su manzana de Adán subiendo y bajando silenciosamente. Uno de los axiomas triplidianos era que todos los viajeros estaban locos.

Levanté la vista. No se veía ni un solo taxi aéreo; al oscurecer paraban todas las actividades en Triplid. Sería demasiada suerte encontrar un taxi antes de que llegara la mañana. Naturalmente, podía volver caminando al hotel, pero, ¿era tan buena la idea?

UNA ciudad triplidiana tenía sus peculiaridades. Y era especialmente apropiada para ciertos tipos de violencia. Los pedestres seres humanos estaban en evidente desventaja.

—Rectifico — dijo Dimanche —. No es asalto común. Tiene intenciones homicidas.

—Sin embargo, todavía no estoy convencido — dije. Esforzándome por aparentar despreocupación, caminé hacia un pequeño café, caliente, iluminado y seco. Quizás adentro me encontraría más seguro...

¡Al diablo con el tipo que me seguía! En una ciudad normal hubiera sido fácil escapar de él. Pero en Triplid nada era normal. Dentro de una hora las calles iban a estar brillantemente iluminadas, desde el punto de vista de los nativos. Un ser humano se sentiría a oscuras.

—¿Por qué me eligió justo a mí? — pregunté quejumbrosamente a Dimanche —. Debe de haber algo que supone que va a obtener.

—Estoy trabajando en eso — dijo Dimanche —. Pero, no te olvides, tengo mis limitaciones. A distancias cortas puedo examinar el sistema nervioso, recoger e interpretar los datos fisiológicos. No puedo leer el pensamiento. Lo mejor que soy capaz de hacer es informar acerca de lo que una persona dice o subvocaliza. Si te interesa realmente saber por qué te quiere matar, yo sugeriría que le plantees la cuestión a la policía triplidiota.

—Triplidiana, no triplidiota — corrigió distraídamente.

ERA un consejo que no me fue posible seguir, por bueno que pareciera. No podía ofrecer ninguna evidencia a la policía, salvo a través de Dimanche. Había varias razones, muchas de ellas de orden legal, para no mezclar a Dimanche en este asunto. La policía solamente entraría en fun-

ciones al encontrarse un cuerpo. El mío, por ejemplo, flotando boca abajo en alguna calle tranquila...

—¿Armas?

—Fue lo primero que busqué al registrarlo. Nada demasiado peligroso. Un cuchillo largo, una cachiporra. Las dos escondidas entre sus ropas.

Decididamente, Dimanche necesitaba un buen curso de semántica. El cuchillo seguía siendo la más silenciosa de las armas. Capaz de matar a un hombre. Mi mano se alargó hacia el bolsillo. Felizmente, tenía un medio de protección.

—Informe — dijo Dimanche —. No necesariamente definitivo. La evidencia es demasiado pobre. Oigámoslo, de cualquier manera.

—Su objeto está relacionado de algún modo con el retraso de tu partida. Por alguna razón no debes salir del planeta.

La información era alarmante. Un millar de sistemas estelares me estaban esperando, y una astronave para llevarme a cada uno de ellos.

Claro que la nave que estaba esperando no había llegado todavía. Triplid era un punto de trasbordo para estrellas cercanas al centro de la Galaxia. Al dejar la Tierra ya sabía que tendría que esperar algunos días aquí. No había pensado en una demora de cerca de tres semanas. De todos modos, no era muy raro. Los horarios interestelares no se cumplían tan exactamente como debieran.

¿Había alguna relación entre este hombre, quienquiera que fuese, y el retraso de mi partida? De acuerdo con Dimanche, el hombre pensaba que la había. ¿Se autoengañaba o tenía acceso a informaciones que yo no poseía?

HICE una pausa para hacer un resumen mental de mí mismo. Yo era Denton Cassal, ingeniero de ventas. Era un buen ingeniero y, debido a la comprensión perfecta que existía

entre mi instrumento y yo, el mejor vendedor de Neurónicos, S. A. Teniendo en cuenta estas cualidades, había sido elegido para hacer un largo viaje, del cual ya había realizado la primera parte. Tenía que ir a Tunney 21 a ver a un hombre. Ese hombre no podía interesar a nadie, salvo a su compañía.

El tipo que me seguía no podía estar interesado en mí mismo ni en mi misión, que era de carácter comercial, ni en el hombre de Tunney. Y si el análisis de Dimanche resultaba correcto, el móvil no era el dinero. ¿Qué es lo que quería, entonces?

¿Secretos? Yo no tenía ninguno, excepto, en cierto sentido, Dimanche. Y ése era un secreto muy bien guardado en la Tierra, donde el instrumento había sido inventado y fabricado, y era difícil que alguien pudiera enterarse de su existencia desde tan lejos.

Y sin embargo el criminal quería matarme. ¿Quería? Más bien ya me daba por muerto. Quizá valiera la pena investigar un poco más la cuestión.

—Será mejor que te muevas — dijo Dimanche —. Está sospechando.

Me moví lentamente a lo largo de la estrecha vereda que bordeaba la corriente de transporte, a ambos lados de la calle. Otra vez estaba lloviendo. Era lo más común en Triplid, un planeta donde se controlaba artificialmente el tiempo, y a los nativos les gustaba la lluvia.

Ajusté los controles del pequeño campo de fuerzas que repelía la lluvia. Aumenté el ángulo del campo hasta que el agua resbaló sin impedimentos y disminuyó el alcance hasta lograr la máxima visibilidad. Maldije ese clima miserable y los seres casi anfibios que lo creaban.

AGUA. El material ideal para la ingeniería. Simple, barato, flexible hasta el infinito. Con un mínimo de mecanismos y a una velocidad ca-

paz de romperle la nuca a cualquiera, la corriente transportadora fluía en niveles diferentes a través de toda la ciudad. El triplidiano sólo tenía que zambullirse para ser llevado rápida y silenciosamente a destino. Mientras que un ser humano... Me dieron escalofríos. Si me encontrasen ahogado pensarían en un accidente. No se haría ninguna investigación. El tipo que me seguía había elegido el lugar apropiado.

Una muchacha triplidiana pasó. Usaba una piel marrón muy suave; la que le había dado la naturaleza.

—Síguela — me indicó Dimanche —. Tenemos que examinar a nuestro sujeto a menor distancia.

El asesino en potencia estaba todavía mirando la vidriera. El hombre era corpulento, de un físico adecuado para la violencia, si es que el tamaño tenía algo que ver con eso. La cara, sin embargo, desentonaba con el resto: era suave, casi humilde; la cara de un científico o de un estudioso.

—Nada — dijo Dimanche con disgusto —. Su mente se congeló cuando pasamos cerca. Pude sentir cómo encogía los hombros al acercarnos. Ya se siente culpable, evidentemente.

Me detuve bastante más allá de la vidriera donde el asaltante miraba y aguardaba. Saqué nerviosamente un cigarrillo y busqué a tientas el encendedor.

—Excelente idea — comentó Dimanche —. No se va a atrever a nada en esta calle. Demasiado peligroso. Da vuelta en la próxima callejuela y deja que, por un rato, siga la luz de tu cigarrillo.

Con el encendedor en la mano le contesté:

—Es una manera de completar las averiguaciones. Pero, ¿no sería más seguro concentrarnos en el problema de cómo regresar al hotel?

—Tengo curiosidad por ver qué pasa. Da vuelta ahí.

—Vete al diablo — dije nerviosamente. A pesar de todo, al llegar a la esquina no dejé de dar vuelta.

Era el equivalente Triplidiano de un callejón, estrecho y oscuro, con el agua aceitosa moviéndose lentamente de un lado y las altas y cavernosas paredes del otro.

—Tranquilo — advirtió Dimanche —. Está entrando en el callejón, con paso rápido. Sorprendido y complacido de que hayas tomado esta ruta.

—Yo también estoy sorprendido. Pero no diría que complacido. Por lo menos en este momento.

—Cuidado. No te distraigas.

El aparato que tenía escondido en mi cuerpo se mantuvo silencioso por unos instantes y luego prosiguió:

—La presión sanguínea aumenta, la respiración es más agitada. En un momento así, es posible que verbalice el porqué de sus intenciones de eliminarte. La situación es crítica.

—Ya lo creo — convine amargamente.

Seguía empuñando con firmeza el encendedor. Era difícil resistir la tentación de darme vuelta. La oscuridad se volvía cada vez más siniestra.

—Quieto — dijo Dimanche —. Está verbalizando algo acerca de ti.

—Resolvió que, después de todo, yo soy un buen muchacho. Me va a pedir fuego solamente.

—No creo — contestó Dimanche —. Está murmurando: "Pobre diablo. Me repugna hacerlo. Pero se trata de su vida o la mía".

—Tiene más razón de la que se imagina. Sin embargo, ¿para qué toda esta violencia? ¿No hay ninguna pista?

—Ninguna — admitió Dimanche —. Está muy cerca. Va a ser mejor que te des vuelta.

ME di vuelta apretando el botón del encendedor. Debería haberme sentido más seguro, pero no fué así. Apenas si podía ver algo.

Una sombra oscura se abalanzó sobre mí. Casi no tuve tiempo de saltar hacia la pared. Pude sentir el ruido del golpe lanzado por el asaltante.

—¡Ehh! — grité.

Sólo el eco contestó; nada más. Tuve la desagradable sensación de que nadie vendría a socorrerme.

—No esperaba esa reacción — explicó Dimanche —. Por eso falló el golpe. Ahora viene de vuelta.

—¡Estoy armado! — grité.

—Eso no lo va a detener. No te cree.

Apreté el encendedor. Es decir, lo que había sido un encender hasta hacía unos segundos. Ahora, una hoja fina como una aguja se proyectaba por uno de los extremos. En un principio había sido diseñado como instrumento quirúrgico de emergencia. Un poco de imaginación y algunos cambios habían alterado sus funciones, convirtiéndolo en un estilete compacto y eficiente.

—Seis metros de distancia — avisó Dimanche —. Sabe que no lo puedes ver, pero él puede ver tu silueta por la luz que viene de la calle. Lo que no sabe es que yo puedo detectar cada uno de sus movimientos y mantenerte informado sin que él pueda oírme.

—Sigue controlándolo — gruñí nerviosamente, mientras me aplastaba contra la pared.

—A la derecha — cuchicheó Dimanche —. Un metro. Bajo. Dale ahora.

Desesperadamente hice lo que me decían. ¿A cuánto quedaba un metro en la oscuridad? Por suerte, no me equivoqué. El estoque encontró poca resistencia y más bien blanda: carne. La hoja se dobló sin romperse. Mi contrincante emitió un sonido ronco.

—¡Ataca! — aulló Dimanche —. Ya lo tienes. Está asustado.

Ataqué violentamente, lanzando estocadas a diestro y siniestro. Algunos de los golpes llegaron a destino, otros no. El hombre se desplomó, gruñó y luego quedó silencioso.

Tanteé en sus bolsillos y encendí una luz. El hombre estaba tirado sobre la vereda, cerca del agua, inmóvil.

—El corazón late muy lentamente — dijo Dimanche en tono solemne —. La respiración es apenas perceptible.

—Entonces no está muerto — respondí, aliviado.

De los labios entreabiertos se desprendía una espuma rojiza que bajaba hacia la barbilla. La cara estaba llena de tajos, de los cuales manaba sangre abundantemente.

—No respira; el corazón dejó de latir — declaró Dimanche.

HORRORIZADO, observé el cuerpo. Defensa propia, por supuesto. Pero, ¿qué pensaría la policía? Suponiendo que me creyeran, de cualquier manera tendrían que investigar. El estoque era un arma escondida ilegalmente. Y me interrogarían hasta descubrir a Dimanche. Lamentable, pero, ¿qué podía hacer?

Revisé el cuerpo concienzudamente. Todos objetos personales que eran absolutamente inútiles para una identificación y una billetera que contenía una extraordinaria cantidad de dinero.

Me levanté perplejo. Contra las afirmaciones de Dimanche, no encontraba ninguna conexión entre el muerto y mi problema de llegar a Tunney 21.

Me incliné para recuperar el estoque-encendedor. Dimanche me gritó algo. Antes de que pudiera reaccionar, alguien se me tiró encima. Unos dedos fuertes me buscaron la garganta mientras rodaba por el suelo.

Logré desembarazarme de mi agresor y me puse en pie tambaleando. Unos pasos que se alejaban rápidamente. Después oí una zambullida. Fuera quien fuere, se escapaba por el camino del agua.

—¿Así que había muerto? — protesté indignado. El muerto más vivo que jamás haya tratado de estrangularme.

—Puede que haya algunas razas de hombres que sean capaces de controlar sus funciones básicas — dijo Dimanche a la defensiva —. Cuando le revisé el corazón no latía.

—No te olvides de hacerme recordar, la próxima vez, que no debo tomarte tan al pie de la letra — le refunfuñé.

Con todo, me sentía aliviado. Yo no había querido matar a ese hombre. Y ahora no quedaba nada por explicar a la policía.

Sin embargo, había algo que faltaba: mi cartera. El asaltante me había des- embarazado de ella en el segundo "round" del encuentro.

En realidad, no importaba mucho. Apreté la billetera que había extraído del supuesto muerto. Dos minutos antes había pensado entregarla a la policía. Ahora me pareció justo quedarme con ella para compensar la pérdida. Tenía muchísima más plata que mi cartera.

Dejando de lado la tarjeta de identificación, el cambio me había sido netamente favorable. La tarjeta de identificación, una pieza rectangular de material plástico, era útil para obtener crédito, pero con la plata que tenía ahora no iba a necesitarlo. En último caso siempre podía pedir otra.

Una tarjeta blanca se desprendió de la billetera. La agarré antes de que llegara al suelo. La examiné con curiosidad. Sobre el fondo blanco se destacaba una sola palabra impresa: MATA. Sin duda alguna, mi asaltante desconocido había hecho la prueba...

EL viejo tenía la vista clavada en la puerta mientras un proyector visual completamente pasado de moda se balanceaba peligrosamente sobre su cabeza. Yo me hallaba demasiado lejos y no pude enterarme de lo que decían. El técnico abrió los ojos y se concentró. Lentamente apareció un nuevo letrero en la puerta:

Se trataba de un letrero bastante pobre, como era de esperar en un planeta tan oscuro y atrasado. El viejo técnico se colocó frente a la puerta siguiente y cerró otra vez los ojos.

Con el ánimo deprimido, caminé hacia la entrada. Necesitaba ayuda y tenía que encontrarla allí.

La Asociación de Ayuda tenía más trabajo de lo que había supuesto. Me las arreglé para escurrirme en una de las habitaciones de consulta.

Una mujer apareció en la pantalla, vigorosa y fría.

—Por favor, conteste a todo lo que la máquina le pregunte. Cuando complete el informe yo lo recibiré.

No estaba muy seguro de que me fuera a gustar.

—¿Es necesario? —pregunté—. Sólo necesito dos o tres datos.

—Tenemos ciertas reglas que respetamos. —La mujer sonrió fríamente—. No puedo darle ninguna información hasta que llene ese requisito.

—A veces las reglas son un poco tonas —dije—. Quisiera hablar con el consejero principal.

—Con él está hablando —dijo ella. Su cara desapareció de la pantalla.

La Asociación de Ayuda al Turista Astral estaba provista, además de las reglas de procedimiento, de un exceso de curiosidad oficial. Cuando la máquina terminó, tuve la sensación de que prácticamente me podrían hacer de vuelta con los informes que me habían sacado. Mi personalidad había sido embutida en una serie de preguntas y respuestas. Pero sobre un punto no revelé nada: las razones de mi viaje a Tunney 21 no le interesaban a nadie más que a mí.

El consejero principal volvió a aparecer. Edad, indeterminada. Un poco más alta que lo normal, más bien del-

gada. La cara era ancha en las sienes, estrecha en la barbilla, y sus ojos eran enigmáticos. Una mujer peligrosa.

LE echó una ojeada a los datos. —Denton Cassal, nativo de la Tierra. Destino, Tunney 21—. Levantó la vista hacia mí.

—Rehusó contestar por qué iba a Tunney 21. Quizás yo pueda adivinar. Son los mejores científicos de la Galaxia. Usted quiere estudiar con ellos.

Bastante cerca, aunque errado en dos puntos. Eran buenos científicos, aunque no necesariamente los mejores.

Había, sin embargo, un investigador relativamente oscuro en Tunney 21 que Neuronics S. A. quería incorporar a su personal. Por los fragmentos de sus trabajos que habían llegado a la Tierra a través de tan vasta distancia, Neuronics pensaba que con su ayuda podría perfeccionar la radio instantánea. La compañía que pudiera construir una radio capaz de atravesar toda la extensión de la Galaxia sin atraso de tiempo podría exigir el precio que quisiera; por ejemplo, el control de todas las comunicaciones, el transporte, el comercio. Mi recompensa sería un porcentaje sobre ese monopolio.

Visto desde afuera, lo que tenía que hacer era muy sencillo: convencer al investigador de que viniera a la Tierra, si podía. Tenía que adivinar el precio del Tunnesiano antes de que el mismo Tunnesiano lo supiera. Además, teniendo en cuenta que su fama como científico sólo era excedida por su arrogancia, yo debía convencerlo de que no sería cuestión de trabajar para salvajes. La existencia de Dimanche era un factor fundamental.

La voz de ella interrumpió mis pensamientos:

—¿Cuál es su problema, entonces?

—Se me dijo en la Tierra que quizás tuviera que esperar algunos días en Triplid. Hace ya tres semanas que

estoy aquí. Quiero saber qué pasa con la nave que tiene que llevarme a Tunney 21.

—Un momento, por favor—. Ella miró algo que estaba debajo de la pantalla. Levantó la vista—. Rickrock C llegó ayer. Salió hoy para Tunney.

—¿Salió? —Me levanté y volví a sentarme, tragando saliva—. ¿Cuándo llega la próxima?

—¿Sabe cuántas estrellas hay en la Galaxia? —preguntó ella.

—No —contesté.

—Correcto —dijo ella—. Billones... Tunney, de acuerdo con los datos que tengo, está cerca del centro de la Galaxia, dentro del tercer anillo. Usted ha cubierto alrededor de un tercio de la distancia hasta allí. El tránsito local, o sea dentro del millar de años luz, no es difícil de arreglar. Para distancias mayores ya es cuestión de suerte. Usted tuvo su oportunidad y la perdió. Francamente, Cassal, no sé cuándo va a aparecer otro buque destinado a Tunney por aquí o cerca de aquí. Dentro de cinco años, quizás.

SENTI que estaba palideciendo.

—¿Cuánto tiempo me llevaría llegar con transportes locales, saltando de un planeta a otro?

—Siga mi consejo: ni lo intente. Cinco años, si tiene suerte.

—Supongo que no. —Ella dudó—. ¿Está decidido a seguir?

Contesté con un enfático movimiento de cabeza; ella suspiró.

—Si ésa es su decisión trataremos de ayudarlo. Para empezar a mover las cosas necesitamos una copia de su tarjeta de identificación.

—Hay algo raro en ella —dijo Dimanche. Era la voz corriente del instrumento, no más fuerte que el ruido que hacía la sangre al fluir por las arterias y las venas. Yo la podía oír porque estaba prácticamente dentro de mi oído.

No le llevé el apunte.

—¿Tarjeta de identificación? No la tengo conmigo. Quizás le perdí.

Ella sonrió escépticamente. Se levantó y desapareció de la pantalla: —Un momento.

Al volver, dijo: —Tengo noticias para usted, sea quien fuere. —Dió un vistazo al papel que tenía en la mano—. Los informes del aeropuerto indican que cuando Rickrock C despegó esta mañana, había un tal Denton Cassal a bordo con destino a Tunney 21.

—No era yo —dije asombrado. Sabía quién era, sin embargo. El hombre que había tratado de matarme la otra noche. Ahora quedaban claras las razones del ataque. El asaltante quería mi tarjeta de identificación. Lo peor del caso es que la había obtenido.

—Sin duda alguna no era —dijo con un tono de aburrimiento—. Los extranjeros parecen no advertir lo que significan los viajes galácticos.

¿Extranjeros? Evidentemente, así llamaba ella a los que vivían más allá del segundo anillo de transbordo.

ELLA seguía hablando.

—Diez años para cruzar la Galaxia, sin pararse. Por ahora no hay nave capaz de hacerlo. Tener horarios exactos es imposible. Una nave se retira para reparaciones y no vuelve más al servicio. Se la necesita con más ur-

Tiempo Tormentoso

LA energía consumida por una tormenta común es cincuenta veces mayor que la producida por la bomba atómica de Hiroshima. En este aspecto, sería mejor que el hombre no llegue a superar a la naturaleza.

gencia en otro lado. El hombre que dependía de él queda esperando: pasan años antes de que, desesperado, caiga por fin en la cuenta de que nunca llegará.

“Si tuviéramos radio instantánea ayudaría mucho. La confusión no desaparecería del día a la noche, pero disminuiría. No tendríamos que depender de las naves para recibir las noticias. Las reservas podrían hacerse con tiempo, se podría establecer crédito, obtener duplicados de la documentación posiblemente extraviada.

Ella parecía exagerar las dificultades. Cierta era que el centro estaba más congestionado. Tomando cada estrella como el punto de partida de un número limitado de astronaves y usando la probabilidad estadística como guía... bueno, nadie sería capaz de llegar a su lugar de destino.

Hundí la cabeza entre las manos. en actitud meditativa.

—La próxima vez —dijo ella— no deje que nadie le saque su tarjeta.

—No me la van a sacar —prometí.

—**S**OMOS una agencia filantrópica —dijo Murra Foray—. Su caso es especial. Con todo...

—Comprendo —dije con aspereza deliberada—. Aceptan contribuciones. Ella asintió.

—Siempre que el donante esté en condiciones de dar. No le pediremos tanto como para comprometer su nivel de vida.— Y mencionó una suma que haría peligrar mi seguridad económica si tardaba demasiado en llegar a Tunney 21.

La miré tristemente.

—Supongo que vale la pena. Siempre me queda el recurso de trabajar, si es necesario.

—¿Como vendedor? —preguntó ella.— Le va a resultar difícil hacer negocios con los triplidianos.

Me levanté:

—Si eso es todo lo que se le ocurre...

—Eso es todo. Lo mantendremos al tanto. Deje su contribución al salir.

Una puerta que no había notado al entrar se abrió sin hacer ruido. La agencia era eficiente.

—Recuerde —dijo todavía el Consejero— que las tarjetas de identificación no son fáciles de fabricar. No acepte una falsificación burda...

No contesté, aunque la idea me pareció digna de ser pensada. La Asociación sabía tener en cuenta el lado práctico del asunto.

La salida me llevó hacia un ineludible buzón de contribuciones. Tuve algunas dudas acerca del aspecto filantrópico de la oficina.

—**Y**A lo tengo —dijo Dimanche— mientras contaba melancólicamente el dinero que tenía que depositar.

—¿Qué es lo que tienes? —pregunté.

—La mujer. Murra Foray, el Consejero Principal. Es de Kaznador. Es una Kaznadora.

—¿Qué es eso?

—Una subraza humana del otro lado de la Galaxia. Estaba vocalizando algo acerca de su planteta de origen cuando la conseguí localizar.

—¿Alguna otra información?

—Ninguna. En cuanto llegué el lugar se llenó de guardias electrónicos. Desaparecí de allí lo más rápidamente posible.

—Ya veo.

No tenía idea de qué podía significar eso. De cualquier manera, sonaba mal.

—Lo que yo quisiera saber es —dijo Dimanche—, ¿por qué precauciones tales como guardias electrónicos? ¿Qué secreto oculta la Asociación?

No sabía qué responder.

Había entrado por un lado de un edificio que ocupaba toda una manzana. Salí por el otro lado. La agencia era más grande de lo que yo pensara. El viejo estaba mirando una puer-

ta cuando salí. Aparentemente había cambiado todos los letreros del edificio. Me reconoció.

—¿Usted también está atascado? —preguntó con voz cascada.

—¿Atascado? —repetí—. Llámelo así si quiere. Estoy esperando mi nave—. Era yo quien quería hacer preguntas—. ¿Por qué todo este cambio de letreros? Pensé que la Asociación de Ayuda era una agencia antigua. Se podría comprender si la agencia fuera nueva.

El viejo cacareó:

—Reorganización. El Consejero Principal anterior renunció repentinamente, a medianoche, dicen. Al nuevo no le gustó el nombre de la agencia, así que hizo que lo cambiaran.

“Es lo menos que se podía esperar de ella”, pensé.

—¿Y qué tal es esta Murra Foray?

El viejo guiñó los ojos misteriosamente. Abrió la boca y pareció sentir miedo. Desapareció como por encanto.

Contemplé desalentado cómo se alejaba. El viejo tenía miedo de perder el empleo, le tenía miedo al Consejero Principal. ¿Por qué? Me encogí de hombros y seguí caminando. La agencia se había puesto ahora en movimiento en beneficio mío, pero no pensaba depender de ella solamente.

DE cualquier manera, eso no alteraba mi necesidad de dinero. Caminé al azar por las calles mientras Dimanche buscaba.

—¡Ah!

—¿De qué se trata?

—Ese hombre. Está haciendo sonar algo que tiene en las manos.

Se dice a sí mismo: “¿Dónde conseguir más”. Va para allá.

—Un hombre con sentido común —comenté—. Sigámoslo.

Abiertamente, el hombre se dirigía hacia una sección de la ciudad que yo todavía no había recorrido. El creía que la oportunidad estaba allí.

Repentinamente el hombre entró en un edificio. Cuando llegué a la puerta había desaparecido en el interior.

Me detuve en el umbral.

“Oportunidades S. A.”. Dimanche leyó lentamente el cartel.

—Lentamente, Riesgo, Azar. ¿Qué significa esto?

—Un garito —murmuró Dimanche—. Bueno, es una oportunidad como cualquier otra. Hay alguien adentro pensando en la plata que está ganando.

—El dueño, sin duda alguna.

Dimanche permaneció silencioso mientras investigaba.

—Es el dueño —confirmó por fin—. ¿Por qué no entrar, de todos modos? Llueve. Y se puede tomar algo.

Quedaba implícito el hecho de que, como siempre, Dimanche tenía curiosidad por ver de qué se trataba.

ENTRE y pedí algo de beber. Era un lugar variable cuyo aspecto dependía más bien del espectador: brillante, agradable, armonioso si estaba ganando, deprimente y vulgar en caso contrario. Por el momento yo no pertenecía a ninguno de los dos bandos. Reservé mi juicio.

Había una serie de aparatos de juego. Uno en particular parecía interesante. Involucraba el cálculo probabilístico del número de electrones que pasaban por una abertura.

—Ese no —cuchicheó Dimanche—. Está arreglado.

—Pero si ni siquiera es necesario —murmuré—. Las probabilidades puras favorecen a la casa.

—Aquí no hay probabilidades que valgan. Mira a tu alrededor. ¿Cuántos Triplidianos ves?

Miré. No había nativos ni siquiera en calidad de empleados. Un lugar destinado específicamente a esquilmar a los turistas.

Asentí.

—Suficiente. No es el tipo de oportunidades que yo andaba buscando.

—No te apresures —objetó Dimanche—. Hay ciertos aparatos que yo no puedo controlar. Pero puede haber otros en que mis datos te ayuden. Párate y ensaya algunos aparatos.

Hice una buena provisión de níqueles y vagué a través de todo el establecimiento mientras los gastaba tratando de obtener la máxima información de los dispositivos.

—Ese —instruyó Dimanche.

Puse una moneda. El aparato me devolvió una lluvia de ellas. La plata se derramó sobre el suelo tintineando alegremente. Una muchedumbre se agolpó alrededor para ayudarme, ostensiblemente, a recoger las monedas.



—Había un circuito adentro —explicó Dimanche—. Le largué un chorro de electrones y aflojó.

PASAMOS a otros juegos, aunque había perdido todo el entusiasmo inicial. Las posibilidades de ganar parecían hacerse remotas.

—Alto ahí —dijo Dimanche—. Veamos esto.

—Permíteme que te dé yo un consejo —dije—. Es seguro que aquí no podemos ganar. Cualquiera raza de la Galaxia tiene un juego como éste. Se distribuyen unas tarjetas de material plástico con ciertos valores impresos. La gracia está en recibir ciertos conjuntos de valores en las tarjetas que te dan. Parece simple, pero un principiante es incapaz de ganarle a un jugador avezado.

—Todas las razas de la Galaxia —murmuró Dimanche—. ¿Cómo lo llaman en la Tierra?

—Cartas —dije—, aunque hay muchas variedades dentro de la clasificación general.

Me lancé a una exposición detallada del tema. Si fuera algo con lo que estuviera familiarizado, muy bien, pero en algo que no conocía y con reglas extrañas...

Sin embargo, Dimanche estaba interesado. Nos quedamos y observamos. El que jugaba era bastante chapucero. Las cartas se perdían dentro de sus grandes manos. Ni Triplidiano ni muy humano, era un tipo desagradable, difícil de situar. De físico corpulento, usaba una vestimenta notable por lo mal que le quedaba. Un sombrero duro y redondo, fuertemente encajado en su cráneo, completaba el adefesio. Su manera de vestir era considerada, evidentemente, la última moda en algún punto del Universo.

—No parece difícil —comenté—. Quizás haya alguna "chance".

—Mira a tu alrededor —dijo Dimanche—.

Todo el mundo piensa lo mismo. Es la lucha clásica, hombre contra hombre y todo el mundo contra la casa. Naturalmente, la casa no pierde nunca.

—¿Para qué perdemos el tiempo, entonces?

—Porque tengo una idea —dijo Dimanche—. Siéntate y pide cartas.

—Decídetes. Has dicho que la casa no puede perder.

—La casa no ha jugado contra nosotros. Siéntate. Recibes ocho cartas, con opción a dos más. Ya te diré lo que tienes que hacer.

Era simple. Nueve series, de veintisiete cartas cada una. Cada serie formaba una ecuación diferente. La mano más baja era una cuadrática. Una cúbica la superaba. Todo lo que tenía que hacer era recordar mis matemáticas, adivinar lo que no recordaba, y sacar las cartas adecuadas.

—¿Cuál es el juego más alto? —preguntó Dimanche. Su voz sonaba distraída como si estuviera prestando más atención a otra cosa.

Atisé las cartas cerradas sobre la mesa. Puse algo de dinero en el lugar de las apuestas y no contesté.

—Lo tuviste la vez pasada —dijo Dimanche—. Una curva encefálica tridimensional. Una onda cerebral modulada en el tiempo. Si hubieras apostado bien, podrías ser ahora el propietario del lugar.

—¿Ajá? ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque la tuviste tres veces seguidas. Las probabilidades son contra de que eso suceda son astronómicas. Tengo que averiguar qué es lo que pasa antes de apostar a lo loco.

Pedí una botella. El camarero me la estaba sirviendo cuando Dimanche hizo un descubrimiento.

—¡Ya lo tengo!

Un grito de Dimanche era más o menos equivalente a un silencioso puntapié en la cabeza. Dejé caer la bebi-

da. El jugador que estaba a mi lado puso mala cara pero no dijo nada. El tallador disimuló y siguió dando las cartas.

—¿Qué es lo que tienes? —pregunté limpiando la mesa y tratando de no perder de vista las cartas.

—Cómo arregla el tapete —explicó Dimanche en un tono más bajo y menos doloroso—. Muy hábil. Mírale el sombrero.

—Ridículo, ¿no?

—No me refiero a eso. Está bien encajado sobre sus orejas y le toca el saco. El saco frota contra los pantalones, que a su vez están en contacto con la silla en la cual se sienta.

—Es verdad —convine, y aumenté la apuesta—. Pero yo no le veo nada de raro, salvo el físico.

—Es un circuito, un proyector visual dividido en sus componentes. El sombrero es un circuito de comando que hace contacto, a través de sus ropas, con la unidad emisora escondida en la silla. Así queda completamente disimulada la existencia de un proyector visual.

Me mordí los labios y lancé una mirada furtiva a sus cartas. Interesante. ¿Y eso qué tiene que ver con el juego?

—El tapete —exclamó excitado Dimanche—. La parte de atrás es común, con un dibujo bastante complicado. La parte de adelante es de un plástico especial, sensible a la influencia del proyector visual. No necesita ninguna destreza manual. Puede hacer aparecer cualquier valor sobre la carta que se le antoje. Allí quedará hasta que a él se le ocurra.

Tomé mis cartas.

—Tengo una ecuación de Lorinaru. ¿Puede cambiarla?

—Poder puede, pero ésa no es la manera de trabajar que tiene. Antes de dar las cartas decide cuáles recibirá cada uno. Se concentra sobre cada car-

ta mientras la reparte. Puede cambiar una mano después que el jugador la recibe, pero entonces se le descubriría el juego.

—Es claro.

Observé pensativamente cómo el rastrillo se llevaba mis apuestas. Mis ganancias se habían evaporado. El recién llegado ganó. Me levanté.

—Siéntate —cuchicheó Dimanche—. Recién estamos empezando. Ahora que sabemos lo que hace y cómo lo hace, vamos a hacerle la zancadilla.

LA mano siguiente empezó como siempre, dos cartas de posibilidades más o menos buenas, una apuesta, y luego otra carta. Observé atentamente al tallador. Su aspecto inhábil era pura apariencia. En ningún momento las cartas estaban destapadas. La habilidad real, esa contabilidad rápida que se realizaba en su mente, quedaba oculta. Una duplicación en las manos de los jugadores hubiera sido desastrosa.

Recibí la última carta.

—Apuesta fuerte —dijo Dimanche. Trepidando de emoción, deslicé el dinero hacia el lugar de las apuestas.

El tallador miró la mano que había recibido y comenzó a sentarse. De golpe, se puso en pie nuevamente. Se rascó la mejilla y miró perplejo a los jugadores. Con suavidad se agachó lentamente hacia la silla. El contacto fue más corto. Se levantó indeciso. Un murmullo impaciente comenzó a crecer. Se dió una carta, la miró, y sin decir nada pagó a todo el mundo. Los jugadores bullían de curiosidad.

—¿Qué pasó? —pregunté al comenzar la siguiente vuelta.

—Induje un cortocircuito en la instalación —dijo Dimanche—. No podía sentarse para cambiar la última carta que había recibido. De cualquier manera decidió probar, dándose de nuevo una carta.

—Sin embargo, pagó sin preguntar qué teníamos.

—Era lo único que podía hacer —explicó Dimanche—. Tenía cartas repetidas.

El tallador tenía mala cara. No parecía sentirse muy tranquilo. Se dieron las cartas y el juego prosiguió casi como de costumbre. Cierzo, el tallador estaba nervioso. No podía quedarse sentado. Sudaba. Tuvo que pagar nuevamente. Gané mucho y no fui el único.

El grupo que nos observaba creció en un abrir y cerrar de ojos. Hay un sentido indefinible que le dice a un jugador cuándo otro está ganando.

Esta vez el tallador se quedó en pie. De vez en cuando su pierna hacía contacto con la silla. La alejaba con un sacudón cada vez que se daba una carta a sí mismo. En la última carta titubeó. Era increíble todo lo que podía sudar. Levantó un ángulo de la carta sin decir lo que tenía, se sentó con determinación. La silla se rompió. El tallador sonrió débilmente mientras el camarero le traía otra silla.

—Estoy un poco nervioso —declaró con pesadez—. Si ustedes me perdonan por algunos minutos mientras tomo algún sedante...

—Probablemente va a consultar con el gerente —observé.

—El es el gerente. Está hablando con el dueño.

—No lo pierdas de vista.

A los pocos minutos, el tallador apareció con un hombre de apariencia modesta que llevaba una silla nueva. Su aspecto era algo diferente aun cuando fuera la misma persona. Su traje era nuevo, sin manchas de sudor. Durante su breve ausencia había sido provisto con un nuevo proyector visual debidamente controlado. La casa tenía intenciones de localizar la causa de las perturbaciones.

—Sigamos jugando —el tallador-gerente sonrió con suavidad a cada uno de los jugadores. No sospechaba de nadie, todavía.

—Quizás se hayan decidido a usar un tapete sin trampas.

—No tienen de ese tipo —contestó Dimanche:

El tallador se sentó deliberadamente en la silla. Probaba. Pudo resistir la descarga que lo atravesó. La tímida sonrisa se convirtió en una triunfal.

—Tomó un sedante —analizó Dimanche—. También hizo disminuir la potencia del circuito emisor. Supone que con eso bastará.

—La acción de los sedativos no dura mucho —dije—. Trata de que haya desaparecido para el momento en que advierta que soy yo. Confúndelo.

EL juego siguió adelante. La situación era demasiado pesada para los otros. Jugaban mal a propósito y apostaban extraordinariamente. Uno por uno fueron perdiendo y se fueron retirando. Estaban desesperados por ganar, pero mucho más por conservar la vida.

El lugar estaba que explotaba, y el tallador también. El sudor resbalaba por su cara y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Con tanto líquido su rígida sonrisa se fué borrando. Trató de mantenerla con firme determinación.

Levanté la vista. El gentío se había replegado o había sido replegado por los agentes mezclados con él. Estaba sólo frente al tallador. La plata se acumulaba en montones impresionantes alrededor de él. Era mucho más de lo que necesitaba.

—Le propongo una última mano —dijo el tallador-gerente haciendo una mueca. Por el tono de la proposición era evidente que uno no podía negarse.

Asentí.

—Por una buena suma —agregó el tallador, y dijo la cantidad.

Por rara casualidad, era exactamente todo lo que yo tenía sobre la mesa.

—Presiona — murmuré a Dimanche—. Se ve que el sedante ya dejó de hacer efecto. Está en el mismo punto que al principio. Líquidalo si es necesario.

Las cartas se repartieron lentamente. El tallador estaba pálido como la cera. Mis cartas eran increíblemente malas. De alguna manera, el tallador se ponía a la altura de la situación. Se levantaba y se sentaba.

—Trata de sugestionarlo —dije a Dimanche—. Hazle cambiar las caras. Trabájale bien los nervios.

Dimanche no contestó: probablemente estaba demasiado ocupado con los circuitos.

El tallador estiró la mano. Pero no llegó a tocar las cartas. Peligro: Dimanche estaba en acción. La sonrisa desapareció de su cara. Lo que quedó fué una expresión de angustia. Estaba demasiado seco como para lágrimas. El saco humeaba levemente.

—Calor, ¿eh? —pregunté—. Quizás esté más fresco sacándose el sombrero.

El sombrero rodó por el suelo. Ahora todo el mecanismo quedaba destruido. Como las cartas habían salido, quedaban. Ya no podían cambiarse.

—Mejor así —dije.

MIRE la mano que tenía. Había cambiado un poco. Dimanche tenía algo que ver con eso.

El tallador examinó una por una sus cartas. Su cara cambió de color. Se quedó sentado, inmóvil.

—Usted gana —dijo sin esperanzas—. Muestre sus cartas.

Se levantó.

—Usted ganó. Supongo que ya tendrá suficiente, ¿no es así?

Me encogí de hombros.

—Aquí hay una agencia del Banco Galáctico. Voy a depositar esto antes de que usted levante las cartas.

El tallador asintió tristemente y llamó a un empleado. La gente, viendo que no había pelea, se fué alejando lentamente.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Los hombres no tienen vergüenza —suspiró Dimanche—. Algunos humanoides sí. El tallador la tenía. Lo obligué a proyectar en sus cartas algo que no era de ninguna manera una serie.

—Hubiera sido bastante embarazoso si se llegaba a descubrir —convine—. ¿Qué le hiciste proyectar?

Dimanche me lo dijo, y sin duda me puse rojo, lo cual es bastante poco común en mí.

El tallador-gerente regresó y la transacción se completó. Mi dinero estaba seguro en el Banco Galáctico.

—De ahora en adelante usted no es persona grata para nosotros —dijo el tallador malhumorado—. No vuelva más por aquí.

UNA vez en el hotel, subí directamente a mi habitación. Esperé la llegada del equipo que había pedido y lo controlé detalladamente. Satisfecho con todo lo que había, me percaté de que la habitación era muy pequeña para mis propósitos.

Tomé el intercomunicador y disqué Servicios.

—Necesito el mayor departamento del hotel.

—Eso cuesta caro.

—Ya lo sé. Si tienen alguna duda acerca de la solvencia consulten con el Banco Galáctico.

Observé mientras consultaban. De ahora en adelante el servicio iba a ser extraordinariamente bueno.

—Tardaremos dos horas en prepararle el departamento.

—Muy bien —dije.

Otra cosa —medité un momento—

Ponga un servicio permanente en el aeropuerto. Si aparece un buque con destino a Tunney 21 o cerca, reserve

lugar para mí. Que no se vaya hasta que yo esté listo, cuente lo que cuente.

Colqué y me acosté a dormir.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dimanche a la mañana siguiente.

—Necesito una tarjeta de identificación.

—Sí, Y las falsificadas son generalmente caras y burdas, como señaló esa mujer Kaznadora, Murra Foray.

MIRE el equipo.

—Cara, sí. Pero no burda si nosotros la hacemos.

—¿Nosotros hacemos la falsificación?

Dimanche era incrédulo al respecto.

—Eso es lo que acabo de decir.

Considéralo de esta manera. Yo he visto mi tarjeta un número incontable de veces. Si yo tratara de dibujarla tal como la recuerdo saldría cualquier cosa y no pasaría. Sin embargo, ese recuerdo está en mi cerebro, grabado en cadenas neurónicas, exacto hasta el último detalle. —Hice una pausa significativa—. Tú tienes acceso a mi memoria.

—Por lo menos parcialmente. Pero, ¿qué valor tiene?

—Por medio de un proyector visual haremos la impresión sobre algún material plástico. Yo trato de pensar intensamente en la tarjeta de identificación, tal como la recuerdo. Tú la recibes y luego me la pasas nuevamente mientras yo me concentro en la proyección sobre el plástico. Una vez obtenida, cambiamos la composición química del material plástico. Resistirá cualquier cosa, menos análisis destructivo. Pero eso lo hacen muy rara vez.

Dimanche se quedó en silencio.

—Ingenioso —fué su comentario—.

Hay partes con las que podríamos aneglamnos: el sello oficial, inclusive la impresión electrónica. Eso, sin embargo, es la parte gruesa. La impresión de la corteza está más allá de nuestra capacidad. Podemos poner sólo lo

que tú recuerdas, y tú recuerdas sólo lo que viste. Y no ves lo suficientemente fino. El aspecto general sería reconocible, pero no sucedería lo mismo con la estructura fina, ni con las cargas almacenadas allí, ni tampoco con sus interrelaciones.

—Sin embargo, tenemos que hacerlo —insistí.

—Muy bien —dijo Dimanche susurrando—. Tengo una idea. Piensa en la tarjeta de identificación.

Pensé.

—Suficiente —dijo Dimanche—. Ahora pellízcate.

—¿Dónde?

—En todos lados —respondió con irritación—. Un lugar por vez.

Hice lo que me decían, aunque la cosa pronto se hizo aburrida.

Dimanche me detuvo.

—Arriba de la rodilla derecha.

—¿Qué pasa allí,

—Es el acceso principal a la parte del cerebro que nos preocupa —dijo Dimanche—. No podemos fotome-dir tu cerebro tal como se hizo originalmente, pero podemos investigarlo desde lejos. Los resultados serán más simples, naturalmente. Algo así como un modelo en escala comparado con el original.

—¿Investigarlo desde lejos? —tartamudeé. Una terrible sospecha me atravesó el cerebro. Traté de apartarla inútilmente—. ¿Qué significa eso?

—Lo que suena. Estímulo y respuesta. A partir de eso puedo construir un mapa bastante exacto de tu cerebro. Nuestros instrumentos de prueba serán un poco crudos por necesidad, pero efectivos.

Reuní los instrumentos sin apurarme. Mi encendedor podía quemar y cortar. Necesitaba un objeto pesado para golpear. Un irritante violento para las terminaciones nerviosas. Algo para congelar la carne...

Dimanche interrumpió:

—Hay algunas glándulas que tenemos que tener en cuenta. Fíjate si hay algún estimulante.

—Sí, un estimulante. Jamás usé una de esas condenadas cosas.

—Pero iba a tener que hacerlo. Las próximas horas no serían nada agradables. Ni tampoco aburridas.

La vida podía hacerse difícil en Triplid.

EXAMINE la tarjeta de identificación con ansiedad. Me parecía perfecta. Cómo le parecería a los aparatos de control electrónicos, era otra cosa. Tenía que averiguar eso inmediatamente sin exponerme.

Apenas bajé el comunicador golpearon a la puerta trayendo lo que había pedido. Colocaron una máquina encima de mi cabeza y la tarjeta de identificación en una ranura. Se registró el código de la tarjeta; la máquina localizó la correspondiente área del cerebro. Se hizo un relevamiento de la estructura, se registraron los impulsos, y se los transformó en un rayo de luz que oscilaba sobre una película.

La tarjeta de identificación fué registrada de la misma manera. Ahora había un medio de comparación.

Las huellas digitales pueden ser duplicadas, es decir, siempre que la raza en cuestión tenga dedos. Toda inteligencia, no importa cuánto difiriera de la del vecino, tiene un cerebro. Cada tarjeta de identificación lleva un índice psicométrico que corresponde a la personalidad total. La alteración de alguna parte del cerebro puede dar como resultado una disminución del índice.

El técnico retiró la tarjeta y me la devolvió.

—¿A dónde tengo que mandar las tiras?

—No las manda —le contesté—. Tengo que enviar un mensaje personal con ellas.

El técnico se alejó con su máquina

a cuestas. Después de pensarlo debidamente, escribí el mensaje:

“Asociación de Ayuda al Turista Astral. — Murra Foray, Consejero Principal. — Si usted estaba pensando en conseguirme otra tarjeta de identificación, no lo haga. Como ve, pude localizar la que había perdido.”

Añadí el mensaje a las tiras y envié todo por el canal comunicador.

ME estaba afeitando cuando llegó la respuesta. Terminé apresuradamente, notando que me observaban los ojos brillantes y divertidos de ella. Su moral era su moral dondequiera que fuese.

—Denton Cassal —dijo—. Un trabajo magnífico. Las dos tiras coinciden dentro de una tolerancia del uno por ciento de error. La mejor falsificación que conozco apenas si resistía el seis por ciento y no fué más que una casualidad afortunada. Lo felicito.

Asumí un tono de dignidad profesional.

—Ojalá no fuera usted tan amiga de la palabra “falsificación”. Ya le dije que había extraviado la tarjeta. En cuanto la encontré le mandé la prueba. Quiero llegar a Tunney 21. Haría cualquier cosa por acelerar el proceso.

Su sonrisa tintineó alegremente.

—No necesita decirme cómo la hizo o dónde la consiguió. Me inclinó a creer que la hizo solo. Como usted lo advertirá, nuestro problema no es el respeto de la ley. De vez en cuando la agencia se ve obligada a conseguir nueva documentación. Si hay alguna manera mejor que la que nosotros utilizamos, me gustaría saberlo.

Suspiré. Por alguna razón el corazón me latía más rápidamente.

Como no contestaba, ella se inclinó hacia mí.

—Quizá quiera discutirlo personalmente conmigo. Con más tiempo.

—¿En la agencia?

Ella me observó muy sorprendida.

—¿Qué le pasa? ¿Estuvo durmiendo? La agencia ya está cerrada. El Consejero Principal no puede pasarse el día trabajando.

¿Durmiendo? No, no había estado durmiendo, pero había estado igualmente muy ocupado. Dejé de lado mis pensamientos y señalé un lugar sin vacilar. Quedamos en cenar juntos.

MIRE a la mujer que venía caminando hacia mí.

Este cuerpo no era exactamente humano. Una insignificante alteración en las proporciones lo denunciaba como una desviación de la raza humana. Algunas de las nuevas subrazas, comparadas con la original, le ganaban, por lo menos, en belleza; de la misma manera que los Cro-Magnons en relación con los Neanderthals.

Sabía vagamente que el consejero principal no era necesariamente lo que parecía en la agencia. Que fuera capaz de una metamorfosis tan grande era difícil de creer, aunque agradable de aceptar. Mi reacción debió ser muy visible.

—Por favor —dijo Murra Foray—. Soy una Kaznadora. Adoramos el camuflaje.

—Kaznadora —repetí turbado—. Ya lo sabía. Pero, ¿qué es eso?

—No esperaba que me preguntara eso. No le voy a contestar. —Se acercó—. Pensé que me preguntaría cuál era la verdadera: si la que está aquí o la que conoció en la oficina.

No puedo recordar qué le contesté.

Debió ser satisfactorio, porque ella sonrió y se acercó aún más. La mesa nos estaba esperando.

El tiempo pasó con rapidez. Alimentos que ingería sin sentirles el gusto. Música que oía sin escuchar. Fugas geométricas luminosas que miraba sin ver. Licores que tomaba... y aquí terminaban mis recuerdos, con la química complicada de los estimulantes triplidianos...

MURRA Foray, por lo menos a mis ojos, parecía un sueño de esos acerca de los cuales los hombres nunca hablan. Sin embargo, ella sólo se interesaba por mi trabajo, o por lo menos así lo parecía.

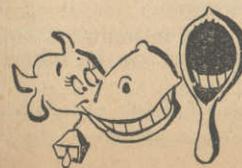
—Triplid es un lindo lugar —dijo ella jugando con su vaso—, si es que a uno le gusta la lluvia. Los nativos parecen bastante contentos. Pero la Galaxia es grande y hay miles de planetas raros en ella, cada uno de los cuales les parece ideal a los que se han adaptado a él. No tengo que explicarle qué pasa cuando la gente viaja. Quedan encallados. Lo que importa no es el tiempo que se pierde viajando realmente, sino el que se pierde esperando la nave apropiada y obteniendo los documentos necesarios. Créame que eso puede ser muy importante, como usted ya lo ha visto.

Asentí. Ya lo había visto.

—Así empezó la Asociación de Ayuda al Turista Astral —continuó ella—. Una organización aislada que predica con el ejemplo. Algunas veces se llama Mutualidad de Ayuda al Turista.

Dentadura vacuna

MILAGROS de la genética aplicada: las vacas de antes recién tenían la boca llena de dientes a los cinco años. Las nuevas razas han progresado tanto, que ya a los tres llegan a ese estado..., si llegan.



Y también tiene otros nombres. El objeto es siempre el mismo: conseguir que las personas atascadas puedan llegar adonde quieran.

Ella parecía ansiosa, implorante.

—Por esa razón estoy tan interesada en su método para hacer tarjetas de identificación. Es la cosa que se pierde más a menudo. Que se roba, si usted prefiere la verdad.

La compañía que me empleaba no tenía ningún interés en dejar escapar el secreto de Dimanche. No vendían el instrumento: lo hacían para uso de ellos mismos. Era una ventaja sobre sus competidores que tenían intenciones de seguir manteniendo. Aun cuando yo lo recomendará no se lo venderían a la agencia.

Más aún, sería de poca utilidad para la Asociación de Ayuda. Dado que ella era Consejero Principal, lo más probable sería que fuera ella quien lo usase. No podría hacer tarjetas para ninguno que no fuera ella misma, y eso solamente después de adquirir mucha habilidad.

La otra variante sería injertárselo y volvérselo a sacar a todo aquel que lo necesitara. Pero cuando eso ocurriera el secreto habría desaparecido. No había por qué tener más confianza a los turistas que a las demás personas.

SACUDI la cabeza.

—Lo que usted me dice es muy razonable, pero por desgracia no puedo ayudarla.

—No quiere ayudarme.

Esto tenía su intriga. Ahora era la agencia y no yo quien pedía ayuda.

—No le sigas el juego — advirtió Dimanche, que había permanecido todo el tiempo silencioso.

Ella se inclinó hacia adelante como prestando atención. Me sentí un poco incómodo. ¿Podía ser posible que ella hubiera escuchado mi conversación privada? Claro que no. Sin embargo...

—Por favor — dijo ella, y su tono sirvió para ahuyentar mis temores—. Hay una situación de emergencia y tengo que atenderla. ¿No me acompañaría usted? — Sonrió—. La Asociación siempre tiene estas situaciones.

Se estaba levantando:

—Es demasiado tarde para ir a la oficina. En mi casa tengo algunas máquinas por cuyo intermedio me mantengo en contacto con el aeropuerto.

—Me pregunto... — dijo Dimanche, perplejo—. No subvocaliza en absoluto. No he podido obtener absolutamente nada de ella. Estoy seguro de que no recibió ninguna clase de llamado. Ten cuidado. Podría ser una celada.

—Muy interesante — dije. No tenía ganas de discutir.

Su habitación era muy lujosa, pero no me impresioné por eso. El lujo se podía encontrar en todo el Universo. A las mujeres de Kaznador, no. La observé mientras manejaba las máquinas agrupadas en un costado de la habitación. Hablaba en voz baja; no podía distinguir las palabras. Movía diales y apretaba botones: había interferencias en las comunicaciones.

Por fin terminó.

—Estoy cansada. ¿Podría aguardar mientras me cambio?

—Creo que su "emergencia" era pura invención — dijo Dimanche en cuanto ella salió—. Estoy seguro de que no operó el comunicador. Lo único que hizo fué moverse.

—Moverse — murmuré recostándome contra el respaldo—. Y de qué manera...

—La he estado observando — dijo Dimanche—. Me asusta.

—Yo también la he estado observando. Aunque no quizá de la misma manera.

—Vete mientras todavía te resulta posible — advirtió Dimanche—. Es peligrosa.

POR algunos instantes reflexioné sobre lo que me decían. Dimanche nunca me había traicionado. Y, sin embargo, cabía otra explicación.

—Mira — dije—. Una máquina es una máquina. Pero entre los seres humanos hay hombres y hay mujeres. Lo que a ti puede parecerte peligroso es simplemente una forma normal de comportamiento...

Me interrumpí. Murra Foray acababa de entrar.

Como si llegara desde el otro lado de la Galaxia, de donde en realidad provenía. Una mujer puede ser delgada y hermosa, sin hacerlo demasiado evidente.

Me dolían los tendones de las manos y mi boca estaba seca. Aunque no de miedo. Un campanileo estridente sonaba en mis oídos. Sacudí la cabeza y me levanté.

Ella se acercó.

El campanileo seguía oyéndose. No era pura imaginación; era una voz real, la de Dimanche, que gritaba:

—¡Kaznadora! Es una palabra deformada. En el idioma de ellos quiere decir Cazadora. ¡Ella es capaz de oírme! — ¿Oírte? — repetí estúpidamente.

Me estaba besando.

—Desciende de carnívoros. Aguda sensibilidad auditiva. Nos ha estado escuchando todo el tiempo.

—Claro que sí; desde la primera conversación que tuvimos en la oficina — dijo Murra—. Al principio no vi qué valor podía tener, pero me convenciste. — Puso sus manos suavemente sobre mis ojos—. Odio hacerte esto, querido, pero necesito imprescindiblemente a Dimanche.

Hasta ese momento me había estado ablandando con caricias. De ahí en adelante lo hizo a golpes.

Yo siempre me había considerado un atleta. Lo era en la Tierra. Murra Foray era una Kaznadora, que significaba cazadora, una descendiente de

carnívoros extraordinariamente fuertes.

No pude hacer absolutamente nada. Casi en la cuenta de que era inútil resistir cuando vi que no podía mover las manos, y casi en seguida perdí el sentido.

ME desperté desnudo y solo. Hubiera preferido no hacerlo. Traté de seguir durmiendo, pero no pude.

Me paré temblando y metí la dolida cabeza entre las manos. Pasé los dedos entumecidos por el cabello. Me detuve. La protuberancia detrás de la oreja había desaparecido.

—¡Dimanche! — llamé, y me miré el abdomen.

Delante de mis ojos se destacaba visiblemente una fina cicatriz.

—¡Dimanche! — grité nuevamente.

No hubo respuesta. Dimanche ya no estaba conmigo.

Me afirmé sobre los pies y miré la pared. Había sido lo suficientemente amable como para devolverme a mis habitaciones. Al fin pude reunir la cantidad de fuerzas necesaria para recorrer las piezas. Nada faltaba. La plata, la tarjeta de identificación, todo estaba allí.

No podía probar que ella se había llevado a Dimanche. No faltaba nada que pudiera considerarse de valor. Inclusive podría haber alguna prohibición local contra Dimanche. Naturalmente, nada específico; pero podían sacar a relucir alguna antigua ordenanza: violación de la propiedad privada o algo por el estilo. Cualquier cosa serviría para el caso si eso les permitiera confiscar el aparato y estudiarlo a fondo.

Lo peor que podía suceder es que la policía creyera en mi historia. Pudiera ser que recuperaran a Dimanche, pero yo no lo volvería a ver.

Sonreí amargamente y el esfuerzo me dolió.

"Querido", me había llamado mien-

tras me pegaba hasta dejarme inconsciente. Después había canturreado algo mientras me sacaba el pequeño instrumento.

Me podía imaginar a sus no muy remotos antecesores saltando desde un lugar oculto y atrapando la indefensa presa...

No valía la pena seguir esa línea de ideas.

¿Para qué necesitaba a Dimanche? Ya había insinuado que a la agencia no le interesaba la legalidad como tal. Podía creerle. Si la quería para hacer tarjetas de identificación, pronto advertiría que era inútil. No es que eso me sirviera de mucho consuelo... Era muy poco probable que me lo devolviera después de hacer el descubrimiento.

COMENCE por vestirme nuevamente entre agudos dolores. La única posibilidad era hacer otro Dimanche. Si podía. Iba a ser un trabajo duro, aun para un experto neurónico familiarizado con el proceso. Yo no era un experto, pero había que hacerlo de todos modos.

El nuevo instrumento tenía que ser mejor que el anterior. Quizá no tan pulido, pero más completo. Más potente. Sonreí pensando esperanzado en darle una sorpresa a Murra Foray.

Olvidándome de mis dolores y penas comencé a trabajar inmediatamente. Como no tenía problemas de dinero, me resultó bastante fácil utilizar las mejores casas de productos neurónicos y electrónicos de Triplid.

Cada una iba a construir una parte del nuevo instrumento. Ninguna de las dos partes tenía valor sin la otra.

Me retiré a mi departamento y empecé a hacer los primeros bosquejos. Era mucho más difícil de lo que había pensado. Conocía los principios fundamentales, pero los detalles reales eran mucho más complicados.

Funcionalmente, Dimanche se dividía en tres partes principales. Había un cerebro con memoria que operaba de manera muy parecida a la forma que lo hacía el cerebro humano. A diferencia del cerebro humano, sin embargo, no tenía ningún cuerpo que controlar, y por consiguiente estaba mejor acondicionado para procesos puramente pensantes. De construcción completamente neurónica, era muchísimo más pequeño que un cerebro electrónico de la misma capacidad.

La segunda función era de carácter electrónico, parecida al radar. A diferencia de éste, descubría y registraba impulsos nerviosos a distancia, en vez de objetos materiales. Podía contar los latidos del corazón, medir el ritmo de la respiración, y era inclusive capaz de analizar aproximadamente el contenido del torrente sanguíneo. Enfocado en forma apropiada sobre los nervios de la lengua, labios o laringe, transmitía los datos al cerebro neurónico, que entonces los reconstruía en palabras. Lectura de labios llevada al límite.

Por último, quedaba la voz de Dimanche, un parlante controlado por el cerebro neurónico.

Por conveniencias de la instalación del cuerpo, Dimanche estaba dividido en dos partes. La más grande se injertaba generalmente en el abdomen. La más pequeña, que contenía el parlante, en el hueso detrás de la oreja. Trabajaba por conducción ósea, permitiendo una comunicación silenciosa entre operador e instrumento. Realmente muy conveniente.

No era suficiente conocer eso, como yo sabía por experiencia propia. Había hablado con los expertos de la compañía, había visto los diseños, y aun planos de versiones mejoradas. Necesitaba algo mucho mejor que lo mejor que se hubiera diseñado.

La dificultad era la siguiente: *Dimanche recibía la potencia directamente*

te del sistema nervioso del cuerpo al cual se lo había injertado. En esas condiciones Murra Foray me superaría. Ella era mucho más fuerte que yo físicamente y también, quizá, en la producción de energía nerviosa.

Una solución sería proveer al nuevo instrumento con porcentajes mayores de energía nerviosa proveniente del cuerpo. Eso era peligroso: un pequeño error de cálculo y el usuario era hombre muerto. Y, sin embargo, tenía que encontrar la manera de ganarle en potencia.

Me restregué, fatigado, los ojos. ¿Cómo hacer para obtener más potencia?

De repente di un respingo. Ahí estaba, claro está, una fuente auxiliar de potencia que no era necesario injertar en el cuerpo, potencia extra para utilizar en los casos de emergencia.

Neuronics S. A. nunca había hecho algo semejante, jamás se le había ocurrido la necesidad de un instrumento parecido. No lo necesitaban para tratar con los clientes. Sólo querían información adelantada por intermedio de los pensamientos subvocalizados.

Era mucho más fácil para mí concebir la idea que fabricar el instrumento. Al finalizar el primer día advertí que el proceso sería lento.

Me encerré en las habitaciones y tomé pastillas para no dormir, contra las vigorosas protestas del médico. En una semana tuve los dibujos necesarios, burdos pero legibles. Un experto tendría que hacer innumerables correcciones, pero quedaba bien claro lo que se pretendía.

Una semana. Durante todo ese tiempo Murra Foray se habría vuelto día a día más eficiente en el manejo de Dimanche.

ME froté la oreja, contento por la sensación de incomodidad. Sentía el estómago lastimado, pero ya pasaría. Los triplidianos habían hecho el

nuevo instrumento tal como se lo había pedido. Habían, inclusive, construido una batería auxiliar mejor que la que había especificado. Palpé las pilas chatas en mi bolsillo. En una situación de emergencia podía confiar en ellas, mientras que Murra Foray tenía que limitarse a la energía de su propio sistema nervioso.

Lo que ahora poseía podía a duras penas considerarse el mismo instrumento. Quizá una versión militarizada del mismo. No parecía correcto usar el mismo nombre. Había que darle otro, firme y vigoroso, que sugiriera potencia. Diman. Un nombre tan bueno como cualquier otro. Diman contra Dimanche. Cassal contra una reina.

Estaba caminando por una calle, con la acostumbrada corriente de tránsito. Llovía. Decidí probar el nuevo instrumento.

Exploré las vecindades de la Asociación de Ayuda al Turista Astral manteniéndome alejado de los posibles detectores. Pura precaución. No había ninguna indicación de que Murra lo hubiera localizado. Para ser de Kaznador no estaba muy alerta, aparentemente.

Me acerqué más. El mismo técnico viejo estaba trabajando en la puerta. Un pensamiento horrible me atravesó. Era muy fácil de verificar. Había tenido lugar otra "reorganización". El nuevo letrado decía:

MUTUALIDAD DE AYUDA AL
TURISTA ASTRAL
M. A. T. A.

Delly Mortinbras, Consejero Principal

Me recosté contra el edificio: me sentía extrañamente asustado y desorientado.

MATA era la palabra impresa en la tarjeta que mi asaltante del callejón había dejado dentro de la billetera. Yo la había interpretado, natu-

ralmente, como una orden. No lo era, evidentemente.

La primera vez que había visitado la Asociación de Ayuda, estaba en proceso de reorganización. El único propósito de la reorganización, lo comprendía ahora, había sido cambiar el nombre de manera que no reconociera en esa palabra la sigla de la organización.

Ahora no interesaba más, probablemente, que lo supiera o no, de manera que el nombre había vuelto a ser otra vez el primitivo: Mutualidad de Ayuda al Turista Astral. MATA.

Por eso Murra Foray estaba tan segura de que la tableta de identificación hecha con la ayuda de Dimanche era una falsificación. Ella conocía al hombre que me había despojado de la original, y quizá inclusive lo había ayudado a planear el robo.

TODO eso tenía poco sentido. Sin embargo, de alguna manera tenía que tenerlo. Había sospechado que la organización se dedicaba al contrabando, pero era evidente que no. Cualquiera fuera el nombre que usara, en realidad se dedicaba a ayudar al viajero atascado. El problema era: ¿a qué viajeros?

Debía haber agentes en el aeropuerto controlando todo cliente probable que llegara, averiguando dónde iba, si sus papeles estaban en orden. Entonces, tal como me había sucedido a mí, el candidato era despojado de sus papeles de manera que alguno atascado aquí pudiera seguir para ese destino.

Volví a mi departamento y me tendí sobre la cama. El epílogo no iba a tener lugar.

Todos los que tenían algo que ver con la agencia, incluyendo a Murra Foray, se habían quedado atascados por una razón u otra: falta de tarjeta de identificación, de dinero o de cual-

quier otra cosa. Ese era el personal de la oficina: un grupo de naufragos desesperados. La "filantropía" era para ellos y nadie más. Robaban las tarjetas y el dinero de los viajeros que mejor les parecía, dejándolos aquí abandonados, y éstos a su vez tenían que entrar a formar parte de la oficina y utilizar los mismos métodos para continuar sus viajes por la Galaxia.

Era una cadena infinita de viajeros atascados que robaban y atascaban a otros viajeros, los cuales tenían a su vez que robar y atascar a otros, y así sucesivamente...

YA no iba a poder alcanzar a Murra Foray. Había utilizado su tiempo y Dimanche para hacer su propia tarjeta de identificación y escapar. Volvía a su lugar en Kaznador, y ya debía estar a varios años luz de distancia.

¿O no? Los letreros de la oficina habían sido cambiados. Quizá la nave estuviera todavía en el aeropuerto o viajando por debajo de la velocidad de la luz. Me sentí vencido. Sería lo mismo; de cualquier manera no podía llegar a bordo.

Súbitamente se me ocurrió una idea. ¡Quizá yo no podía, pero Dimanche sí! A diferencia de mi viejo instrumento, éste era capaz de operar a enormes distancias, siendo que la potencia no dependía de mi limitada energía nerviosa.

Con calculada furia, dejé que Dimanche se lanzara hacia el espacio.

—¡Ahí estás! — exclamó Murra Foray —. Estaba seguro de que lo podrías hacer.

—¿Sí? — pregunté fríamente. ¿Dónde estás ahora?

—Dejando la atmósfera, si es que se puede llamar atmósfera a esa cosa que cuelga alrededor de este planeta.

—No es la atmósfera lo malo — dije

con el tono más desagradable que pude encontrar —. Es la filantropía.

—Por favor, no lo tomes así — imploró ella —. Los Kaznadores somos gente diferente, lo admito, pero algunas veces necesitamos ayuda. Necesitaba a Dimanche y me lo llevé.

—Corriendo el riesgo de matarme.

Su alegría era extraña, casi se diría triste.

—No te hice daño. No podía. Eras demasiado atrayente, como un..., bueno, como ese animal de Kaznador que en la tierra llamarían osito.

—¡Osito! — repetí ya fuera de mí —. Cuidado. Este puede tener garras.

—¿Garras largas? ¿Tan largas como para llegar a Kaznador?

Ella se refa, pero su risa sonaba frágil y ansiosa.

Dimanche lanzó un golpe, bajo mi orden muda. La risa cesó.

—Ahora la has hecho buena — dijo Dimanche —. Se quedó fría.

No había ninguna razón para tener remordimientos; era extraño que los sintiera. Mi garganta estaba seca.

—De manera que tú también puedes comunicarte conmigo. A través de Dimanche, naturalmente. Construí un instrumento magnífico, ¿no es cierto?

—Temible — dijo Dimanche con consternación —. Ella ha perdido el conocimiento.

—Ya te oí la primera vez — vacilé —. ¿Está muerta?

Dimanche investigó.

—Claro que no. Tan poca cosa no puede hacerle daño. Su sistema nervioso es formidable. Creo que tiene la suficiente potencia como para alumbrar una ciudad. ¡Hermoso!

—Estoy enterado de su belleza.

SIGUIO un silencio forzado. Dimanche lo rompió

—Ahora que conozco los hechos, estoy orgulloso de haber sido elegido su instrumento. Su necesidad era mayor

que la tuya. Los Kaznadores son especiales; su estructura cerebral también. No necesariamente mejor, sólo diferente. Nada más que los centros de la audición y los de la visión se parecen a los del hombre.

Otra vez hubo silencio.

—No, no se hace la desmayada — informó Dimanche —. Por un momento pensé... Pero no importa.

La conversación estaba durando más de lo que esperaba. La nave debía ser muy vieja y lenta. Todavía había algunas cosas que quería averiguar si quedaba tiempo.

—¿Cuándo pasan a velocidad superlumínica? — pregunté.

—Hace rato que pasamos — contestó Dimanche.

—¡Repíte eso! — dije asombrado.

—Digo que hace rato que estamos viajando a una velocidad superior a la de la luz. ¿Hay algo malo en eso?

Nada malo, de ninguna manera. Teóricamente había una sola manera de comunicarse con una nave que se moviera con velocidades superiores a la de la luz, y esa manera todavía no había sido inventada.

No había sido inventada hasta que yo construí Dimanche.

Inconscientemente, había hecho mucho más de lo que pensaba. Debería haberme sentido exaltado.

Dimanche interrumpió mis pensamientos:

—Supongo que ya sabes qué es lo que ella piensa de ti.

—Me lo explicó con bastante claridad — dije —. Un osito de juguete. Una cosa sin cerebro, para diversión de los chicos.

—En Kaznador, las mujeres son violentas y agresivas — dijo Dimanche.

—La voz se hacía cada vez más débil a medida que el buque, ya a varios años luz de distancia, se deslizaba hacia el vacío inconmensurable —. En lo que se refiere a las palabras, la



moral es muy estricta. Por ejemplo, jamás se usa la palabra "querido", a menos que la persona lo sienta realmente. Los hombres de Kaznador son débiles y de poca inteligencia.

La voz era apenas audible, pero siguió:

—El héroe romántico central en los sueños femeninos...

Dimanche desapareció como la luz.

—¡Diman! — grité violentamente. Diman respondió con todo lo que tenía:

—... es el osito de juguete.

Me invadió de golpe una sensación de exaltación y triunfo. No había tiempo para vacilaciones, y no vacilé. Nuestras acciones habían sido dirigidas una contra la otra, pero nuestras emociones, que ambos habíamos tratado de ignorar, eran reales y profundas.

EL gravitador me dejó en la planta baja. En pocos minutos estuve en la Asociación de Ayuda al Turista.

Rectificación. Ahora era la Mutualidad de Ayuda al Turista Astral.

Y, aunque nadie más que yo lo sabía, hasta eso estaba mal. Busqué en seguida al viejo técnico.

—Hay otra reorganización — dije lisa y llanamente —. Quiero que cambie los letreros.

El viejo se enderezó cuanto pudo.

—¿Quién es usted? ¿A qué viene?



ME senté en el centro de control. Cada una de las habitaciones de recepción se podía revisar de una ojeada. Además había un panel especial, directo desde el aeropuerto, que registraba los datos esenciales de cada uno de los viajeros recién llegados.

El negocio era aburrido. Las últimas naves habían traído pasajeros con los destinos más increíblemente absurdos, nada que me pudiera preocupar.

Pensé en el instrumento. Era el suplemento de potencia lo que hacía la diferencia. Dimanche con más potencia era igual a Diman, y Diman elevaba al usuario muy por encima de los demás hombres. Había poco que temer.

Diman era, a decir verdad, un modelo muy primitivo de radio instantánea. Era burdo; como todos los primeros pasos. Limitado en alcance, por el momento era prácticamente inútil para eso. Pero el alcance podía extenderse fácilmente. Enganche un cerebro

—Me acabo de elegir — dije —. Soy el nuevo Consejero Principal.

El viejo reflexionó un poco. Era solamente un empleado secundario, pero ya hacía mucho tiempo que estaba en el trabajo. No era nadie, pero era capaz de reconocer el poder cuando lo tenía delante. Se restregó los ojos y caminó con paso vacilante bajo la lluvia. Rápidamente apareció el nuevo letrero:

MUTUALIDAD DE AYUDA AL
TURISTA ASTRAL

Denton Cassal, Consejero Principal

manufacturado neuronicamente a uno humano, agréguele una pequeña batería atómica, y ya está Diman.

El último paso era la parte que me tocaba en el invento. ¿O se lo debía todo a Murra Foray? Si ella no hubiera robado Dimanche, nunca hubiera sido necesario construir el nuevo instrumento.

Murra Foray. Me pregunté cuáles serían las costumbres maritales en Kaznador. Ojalá el matrimonio sea una costumbre en Kaznador. . . , Pensé.

Me percaté de que, oficialmente, mi misión estaba terminada. No había ya ninguna necesidad de ir a Tunney 21. El investigador que debía ir a buscar, podía muy bien quedarse allí con su oscura arrogancia. Mi deber era volver inmediatamente a la Tierra. Pero la Galaxia era muy grande y había muchos lados adonde ir.

Uno me atraía especialmente: Kaznador, tan lejos del centro de la Galaxia como la Tierra, sólo que en la dirección opuesta, increíblemente lejos en términos de dificultades de transporte. Iba a ser difícil aun para un hombre que gozara de los servicios de Diman.

Arrojé una mirada al panel. Alguien quería ir a Zombo.

—Delly — le dije a mi ayudante —. Prueba con el 13. Puede ser que éste

te sirva para regresar a tu planeta.

Delly Mortinbras asintió agradecido y desapareció.

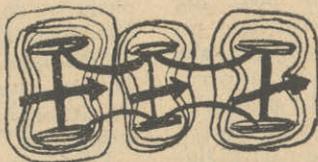
Seguí buscando. Había más detalles de los que primitivamente imaginara, pero estaba aprendiendo rápido. No bastaba con tener identificación, dinero y destino. La nave apropiada podía llegar sin lugar para un nuevo pasajero. Alguien tenía que ser convencido de que Triplid era una ciudad maravillosa para pasarse unos días de vacaciones.

Este sistema no podía mejorar rápidamente. Había demasiados billones de estrellas. Primero tenía que ser perfeccionado, independizándolo del elemento humano, y luego vendrían las instalaciones. Un proceso lento, aun cuando Murra estuviera a mi lado para ayudarme.

Algún día volvería a la Tierra. Tenían que recibirme bien. La información que yo iba a enviar a mis ex empleadores Neuronics S. A., compensaría más que suficientemente la pérdida de Dimanche.

De pronto me puse alerta. Acababa de llegar un informe.

Había una vez, pensé con ternura mientras leía el informe, un osito de juguete que no podía llegar a Kaznador. Con garras. . . , aunque no pensaba que fuera a necesitarlas. ♦



más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Correo Argentino. Franqueo a pagar. Cuenta N° 574. Tarifa red. Conc. 4923. Reg. Nac. de la Prop. Intelect. N° 414.547. Distribuidores: Cap. Fed. C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113. Buenos Aires.

EN EL PROXIMO NUMERO

más allá

PUBLICARA

UNA NOVELA COMPLETA

Hijo de Marte

por Cyril Judd. *En un planeta recién conquistado, una comunidad intrépida lucha contra la ambición y codicia de los hombres y contra supersticiones y creencias sobre criaturas mitológicas, que quizás existen de verdad...*

APASIONANTES CUENTOS

El Séptimo Orden

por Jerry Sohl. *En la historia, todos los invasores han sido derrotados, por la fuerza de las armas o por la superioridad cultural de los vencidos. Pero ese invasor era omnipotente, omnisciente... ¿Era o parecía?*

Un Arma Anticuada

por L. Ron Hubbard. *Los gladiadores romanos protagonizan una deliciosa aventura de fantasía científica de un valor peculiar y único.*

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Los Misterios de la Luna

Tercera parte de la famosa obra de Willy Ley, ilustrada magistralmente por Chesley Bonestell.

EL SISTEMA SOLAR

Más cifras y datos científicos sobre los planetas hermanos.

MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

\$ 5.-